

METAMORFOSIS DE LA IDENTIDAD

Cruz de destinos

ORLANDO MALDONADO ROA





METAMORFOSIS DE LA IDENTIDAD

CRUZ DE DESTINOS

Orlando Maldonado Roa

Orlando Maldonado Roa
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-5267-4
Depósito Legal: ZU2024000374

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

“En nuestro afán por transformarlo todo, nos hemos llenado tanto de confusión, que a lo bueno llamamos malo y lo malo, hacemos perfecto”

Orlando Maldonado Roa
El autor

DEDICATORIA ESPECIAL

A la mujer que comparte mi vida
por su paciencia y tolerancia:

Elva Jaimes.

A mis hijos:

Daniel Alejandro.

Edwin Eimar

Carlos Alberto (Q.E.P.D)

A mi amadísima e incondicional hermana:

Lina Rosa Maldonado.

A la memoria de:

María Maldonado (Marisita) (Q.E.P.D)

A los pueblos del sur del Estado Táchira Salazar y el Topa-
cio.

A MODO DE PRESENTACIÓN...

Quiero que este ensayo de novela llegue a ustedes y les haga reflexionar sobre si no se debe hacer un alto; he intentar rescatar lo que hemos perdido en el camino.

Metamorfosis de la identidad fue escrita pensando en todos aquellos cambios que han marcado un antes y un después en el desarrollo del ser humano en el último siglo; es un buen cuento, una narrativa que no solo se basa en el drama que misteriosamente sufren sus personajes, sino que a través de su historia se van dando un sin número de transformaciones que van marcando la vida de sus protagonistas.

Con toda humildad, a través de este ensayo deseo llamar su atención, llevarles un mensaje a que nos revisemos y analicemos si nos hemos perdido en el tiempo, en las redes de un modernismo que me espanta y que ha hecho que perdamos nuestra identidad, nuestras costumbres y sin brújula estemos sumergidos en una falsa sociedad donde el amor al dinero y al poder hace que nos devoremos unos a otros sin moral ni vergüenza alguna, destruyendo nuestro propio entorno, sin hábitat y creencias, alejados por completo de Dios, olvidando esa esencia que él mismo puso en cada uno de nosotros sin la cual no podríamos convivir...

“De entre los hombres te arrojaron y con las bestias del monte fue su lugar. Su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta crecer su pelo y sus uñas como las garras de las aves”

Libro del profeta Daniel 4.32, 33.

CAPÍTULO I

En el año 2008 en alguna ciudad de España... El frío invierno hacía caer copos de nieve moteando de blanco las calles, casas y avenidas de la hermosa ciudad. A pesar de los guantes, la gruesa chaqueta, el gorro y la bufanda al cuello, el frío hacía tiritar al joven, que de prisa empujó la puerta de la tienda colándose adentro, restregándose las enguantadas manos en un intento por darse calor.

El leve chasquido de la puerta hizo que un trío de clientes y el par de tenderas repararan un momento en él. Era alto, delgado, de tez blanca, boca más bien pequeña de labios angulosos, ahora algo resecos por el frío. Descubriéndose la cabeza al quitarse el gorro, su negro y abundante cabello ondulado hacía resaltar aún más sus vivaces e intensos ojos azules. Saludó con una sonrisa, mostrando unos dientes bien alineados y cuidados, haciéndolo aún más atractivo.

—Buenas tardes—dijo.

Las simpáticas jóvenes detrás del mostrador le observaron con más atención, hubiesen jurado que era europeo por sus rasgos físicos, pero su acento latino lo delataba. Un hombre al cual no parecía gustarle los turistas respondió, regañón:

—Buenas tardes para usted, capullo... lo que es a mí, este invierno de mierda que ya dura mucho me está congelando hasta los huevos—terminó diciendo con desprecio—. ¡Los turistas parecen inmunes a todo!

Salió dando un portazo, haciendo estremecer la puerta de vidrio de la tienda de cosméticos y fragancias más visitada de la ciudad por propios y extraños. El joven encogió los hombros, restando importancia al asunto; una de las jóvenes detrás del mostrador le sonrió cortésmente, diciéndole con aquella forma tan particular de arrastrar la “s”:

—Usted perdone, no todos somos tan groseros en la ciudad, es que el largo invierno pone a algunos de un humor de perros, que ni para qué te cuento, macho.

—Gracias—agradeció el joven la gentileza de la muchacha, mientras se quitaba los guantes y los metía en los bolsillos de su chaqueta.

—Creo...—dijo el atractivo joven—...que no es descortesía, sino más bien una forma tradicional de decir las cosas aquí en España.

—Hombre—dijo la simpática chica—, si eso es tradicional entonces tenías que haberle dicho: ¡Ve a tomar por culo, cabronazo!

El hombre no pudo evitar la carcajada ante el comentario de la mujer y sin dejar de sonreír dijo:

—Sería una buena forma de adaptarse.

La muchacha le respondió:

—¡Hombre, que si no, te soltarían tal guantazo!

El hombre, con la sonrisa en el rostro, metió su mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y extrajo un pequeño papel donde había una dirección y un nombre, lo cual leyó enarcando las cejas, mirando a la joven:

—“El Paraíso del Perfume”, ¿señora La Belle?—Esto último lo pronunció a manera de interrogante.

La simpática española también dijo a modo de pregunta:

—¿Buscas algo muy especial? ¿Eh?

—Sí—respondió el joven—, alguien a pocas cuadras de aquí me dijo que esta era la mejor tienda de perfumes de la ciudad y me recomendó que, a ser posible, fuese atendido por ella—terminó diciendo él mientras blandía el trozo de papel.

—No hay problema—dijo cortés la joven—, veré si está disponible y quiere atenderle.

La joven desapareció por detrás de unos anaqueles y vitrinas donde se exhibían infinidad de perfumes y cosméticos de la más amplia variedad.

Una pareja de enamorados que habían sido atendidos por la otra tendera salieron comiéndose a besos; afuera la nevada seguía cayendo suavemente. Caminó a lo largo del local admirando la iluminación y algunas piezas decorativas que le daban al recinto un ambiente acogedor; todo artículo a la venta era de la mejor calidad, con la particularidad de que era solo para féminas. De pronto sus ojos se cruzaron con una pintura que colgaba adecuada y estratégicamente al fondo del local. Podía jactarse de conocer de la materia y aquella pintura era una verdadera obra de arte. Una inspiración divina: su piel nacarada, su cabello rubio largo, sus rasgos maduros de mu-

jer en la plenitud de sus deseos, sus ojos grises que parecían vivos, en los cuales brillaban un halo de misteriosos anhelos y sueños.

Aquella mujer en el cuadro era, sin temor a equivocarse, una de las más naturalmente bellas que hubiese visto; y vaya que, a pesar de su corta existencia, eran ya muchas las que había conocido.

Los ojos azules del joven quedaron presos, recorriendo y detallando cada rasgo del rostro de la mujer en la pintura, y es que sin proponérselo parecía identificarse con ella, como si un extraño poder le impidiera apartar la mirada del cuadro; notó en este que no había una firma de autor, solamente aparecía en él lo que era quizá su fecha de elaboración, donde se apreciaba solo el año: 1960. Suspiró, para la fecha aquella mujer de belleza sin igual debería ser una...

La voz temblorosa, aguda y algo jocosa se dejó oír tras de sí, sacándole de su ensueño:

—Ve acostumbrándote, joven; la decepción se vuelve parte de nuestra vida, el tiempo no perdona.

Giró un tanto sorprendido, mirando a la anciana mujer a sus espaldas, al otro lado del mostrador; esta entonces sufrió una reacción inesperada, dilató mucho los ojos casi con espanto, sosteniéndose de un firme anaquel, pues sus débiles piernas en aquel momento parecían negarse a sostenerle. Su cansado cuerpo fue sacudido por un estremecimiento y con voz entrecortada pronunció un nombre:

—¡E-Eli-Eliseo!

La joven que antes lo atendiera, que permanecía unos pasos detrás de la anciana, se apresuró a sostenerle, pues amenazaba con desplomarse.

—¿Se siente bien, señora?—le preguntó aquella, con gesto de verdadera preocupación y extrañeza mientras acercaba un pequeño y tapizado taburete y le ayudaba a sentarse. El joven visitante no atinaba qué hacer o decir, estaba muy sorprendido. La anciana, con los ojos entrecerrados y una de sus blancas manos en su arrugado rostro, murmuraba por lo bajo.

—Estése tranquila, señora—le dijo la joven con cariño—. Iré a preparar un té.

—¡No! No te preocupes, muchacha—pronunció la mujer

mayor, apresurándose a tomar la mano de la joven posada sobre su hombro.

—Le ayudará a sentirse mejor, señora—insistió la joven.

—Ya, ya me siento mejor, gracias, mujer—dijo la anciana, volviendo el color que había huido de su rostro. Abrió sus grises y cansados ojos y lentamente levantó su arrugado rostro e, intentando mantener la calma, trató de enfrenar con rudeza el final de su destino. Sí, al volver a posar los ojos en la figura varonil y el atractivo rostro del joven supo que la hora de su muerte había llegado sin duda; pero lo que más le impresionaba en aquel instante era el pleno conocimiento de la existencia de Dios y de lo benigno que era con ella y de la gran oportunidad que le brindaba para la salvación de su alma, para el perdón de sus pecados y la liberación por completo de todo el peso de secretos ajenos y propios.

Se levantó del taburete con decisión y su rostro había adquirido una calmada serenidad, cuando, avanzando un paso, extendió su mano diciendo:

—La Belle—el joven la estrechó con suavidad y se presentó a su vez:

—David Ramírez Moncada—ella se estremeció a pesar del redoblado ánimo. Él intentó buscar en los ojos de ella aquellos sentimientos calcados en la pintura, pero los deseos, los sueños y anhelos habían desaparecido y en su lugar había en ellos una luz de esperanza y paz, apenas opacados por un velo de sentida tristeza. Solo el color gris de sus ojos y el nacarado de su piel arrugada eran el parecido con la mujer en el cuadro; lo demás, el tiempo no la había perdonado.

La voz de La Belle se dejó oír de nuevo, desconcertándolo cada vez más:

—Cincuenta años, hube de esperar este momento, muchacho—dijo.

David iba a decir algo con la sorpresa y la incertidumbre pintadas en su rostro, pero la anciana le interrumpió diciendo a la joven detrás de ella, casi tan sorprendida como él:

—Puedes regresar a tus quehaceres, querida, gracias—la diligente joven se retiró con un gesto de aprobación.

David intentó poner las cosas en su lugar; estaba muy lejos de casa y no quería crear más confusión en aquella noble mujer.

—Disculpe si le causé antes alguna impresión que le hizo confundir, pero...

—David Ramírez Moncada, eres el vivo retrato de tu abuelo—interrumpió La Belle.

Aquella afirmación de La Belle le hizo estar seguro de lo confundida que estaba aquella mujer y así se lo quiso hacer saber.

—Disculpe—dijo—, no tengo ningún parecido físico con mi abuelo, señora La Belle. No quiero ser grosero, pero creo que está usted muy, pero muy confundida.

La Belle le miró más fijamente y le respondió a David, dejándolo más confundido aún:

—No, seguro que no, hijo. Tu abuelo Leonardo es moreno de hermosos ojos negros soñadores.

David parpadeó y por un instante quedó con un gesto de estupidez en su rostro.

—S-sí, sí—dijo—: ese era mi abuelo. ¿Quién es usted, señora? Ninguna de sus preguntas recibía respuestas, sino otro extraño interrogante.

—¿Era? ¿Acaso ya falleció?—preguntó la anciana con angustia en la voz.

—Sí—respondió el joven—, mi abuelo falleció hace poco más de un año.

La Belle metió la barbilla en su escuálido pecho; un profundo pesar se adueñó de ella en aquel instante. Retrocedió hasta el taburete donde antes reposara y se sentó allí, haciéndole una seña a la joven del principio. Aquella, muy diligente, fue hasta ella y, a un gesto de la anciana, se inclinó para que esta murmurara algunas palabras a sus oídos. Hecho esto, La Belle se levantó del asiento y se retiró del local, a lo que supuso el desconcertado David era su lugar de descanso.

La simpática joven miró la cara interrogante del hombre y le dijo con una sonrisa un tanto nerviosa:

—La señora te pide disculpas y me encomendó que te tome el pedido y lo lleve a su habitación para que así ella misma pueda atenderlo de nuevo.

David echó una ojeada a su alrededor; por un momento parecía perdido de la realidad. Afuera, la nevada había apaciguado un poco. Miró el cuadro de La Belle, de varias décadas atrás, y preguntó a la atenta española:

—¿Cuál es el nombre de la señora?

—¿Por qué no se llama La Belle, supongo?

Siempre con amabilidad, la muchacha le respondió:

—Esa fue otra de sus recomendaciones, que no contestase ninguna pregunta referente a su persona.

—¡Por favor! —dijo David algo contrariado—. Es solo su nombre, ¿no puedes decírmelo?

—No; no puedo decírtelo —dijo la joven.

—A ver —dijo el joven extendiendo las manos con las palmas hacia arriba, repasando los hechos—.

—Yo entro aquí, tú me atiendes, cruzamos algunas palabras, luego pregunto por ella, tú vas a buscarla, ella sale, me ve, se confunde, me llama por ese nombre; ¿Cómo era?

...Ah sí, Eliseo, Eliseo me dijo, casi le da un síncope, un patatús y luego para el colmo nombra a mi abuelo, lo describe físicamente y le digo que efectivamente ese era mi abuelo, le hago saber que está muerto y eso le afecta emocionalmente. Estoy del otro lado del mundo, es la primera vez que vengo aquí; aunque ya había visitado España en otras ocasiones, no entiendo... ¿estoy en un reality acaso?

El joven paró en su monólogo y, lanzando un suspiro, terminó diciendo a modo de pregunta:

—¿No crees que necesito que me aclaren las cosas?

La joven dijo:

—No estoy más enterada que tú de este asunto, la verdad nunca la había visto de ese modo, a lo mejor sale luego y te da alguna explicación, así que por favor dime ¿qué es lo que deseas, David?

Este lanzó un nuevo suspiro mirando de nuevo la pintura en la pared, había algo en ella con lo que se sentía familiarizado.

—Bueno, pues lo que vine a buscar aquí son dos fragancias, algo muy especial, para mi madre y mi hermana —la muchacha apuntó en un pequeño talonario el pedido del joven y preguntó—. ¿Algo más?

—No; no, nada más —respondió David, un tanto ausente.

La joven le sonrió considerada y se marchó desapareciendo por detrás de aquellos anaqueles.

David quedó un rato observando en aquella dirección. Sospechaba la situación en la que se veía envuelto, descartando

las posibilidades de ser víctima de algún truco o jugada sucia. Algo que sí había notado apenas conocer a aquella intrigante anciana era que, a pesar de los muchos años que parecía tener viviendo en España, era tan venezolana como él, de eso estaba seguro.

El chasquido de la puerta lo sacó de sus cavilaciones; casi media docena de clientes ingresaron al local. Justo en aquel instante apareció La Belle, seguida de la joven, que se dispuso a la atención de los recién llegados, y la anciana vino directa hacia donde aguardaba David. Éste notó que La Belle había llorado, era fácil de deducir por el enrojecimiento de sus ojos. Traía consigo dos pequeños estuches que el joven adivinó eran las fragancias que había pedido y una especie de cuaderno de regular volumen, sujeto con tiras elásticas que ayudaban a mantenerlo bien cerrado; supuso que era su cuaderno personal donde llevaba sus apuntes de ventas especiales.

Acomodó sobre el mostrador los objetos frente a David, diciéndole con voz un tanto ronca, quizás por las emociones, refiriéndose a las fragancias:

—Son lo más exclusivo que tengo, hijo —hizo una pausa y continuó—. Es un obsequio de mi parte, es lo menos que puedo hacer —su voz parecía quebrarse por momentos. David solo atinó a preguntar:

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

La Belle empujó con suavidad el cuaderno diciendo:

—No debes preocuparte ahora por quién soy yo, eso no es importante. Sé de dónde vengo, lo que fui y lo que ahora soy... lo que necesitas saber es quién eres tú. ¿Acaso sabes quién eres tú?

Aquellas frases de la anciana hicieron mella en todo su ser. ¿Cómo era posible que él, que se había graduado con honores como biólogo, la ciencia que estudia el origen de la vida, nunca se hubiese molestado por conocer sus orígenes, sus antepasados? Su cabeza se llenaba de interrogantes mientras la anciana, poniendo un dedo frente al rostro de David, le preguntó:

—¿Crees que hoy entraste aquí por casualidad?

El confundido joven no supo responder, a lo que la anciana prosiguió:

—No, hijo, no puedo negar la existencia de los hechos casuales, pero hoy la casualidad no empujó esa puerta, no. Hoy tú estás aquí para que se cumpla el propósito de mi existencia, el propósito que Dios puso en mí desde el día de mi nacimiento. Ese Dios que la ciencia niega y que actúa de manera misteriosa... él te ha traído hasta aquí hoy, al otro lado del mundo, para que yo, hijo —sollozó la anciana, su voz más ronca aún—, para que yo pueda morir en paz.

Se hizo un pequeño silencio. La Belle empujó el cuaderno aquel hacia David, que no sabía cómo reaccionar, y prosiguió: —Aquí —dijo la anciana con una voz que por momentos se apagaba, señalando el cuaderno—. Aquí te encontrarás, hijo, aquí están todas las respuestas que quieres escuchar, es tu verdad, la verdad de otros; de lo que fuimos y de lo que hemos perdido, de aquella forma de vida que extinguimos para transformarla en este sistema que es hoy, este sistema moderno y actualizado que de a poco consumió nuestras raíces y nuestras creencias, que nos quitó los prejuicios y la moral, borrando la vergüenza de nuestras caras, convirtiéndonos en esclavos y en algo peor que eso: en autómatas sin identidad ni voluntad propia.

La anciana puso su dedo índice sobre el extraño cuaderno y sentenció:

—Puedes tomarlo o dejarlo, llevártelo y tirarlo en cualquier cesto de basura y seguir tu vida como si jamás hubieses estado aquí y nada de esto hubiese pasado, diciéndote quizás que solo fue un encuentro casual con una anciana loca, afectada o fanática de quién sabe qué cosa, es... es tu elección.

La Belle tomó las manos del joven entre las suyas temblorosas, mirándole escrutadoramente el rostro, como si quisiera grabar en sí cada rasgo de aquel en su mente. Le dijo casi como un susurro, con dos lágrimas brillando en sus grises pupilas:

—Adiós, hijo, cuídate, que Dios guíe tus pasos.

David quiso decir algo, exigir débilmente una aclaración, pero de su boca no salió nada más que un susurrado:

—Adiós.

La Belle desapareció como una sombra allí por detrás de los anaqueles sin darle tiempo a más, cuando tarde quiso reaccionar. El joven cogió los dos estuches de perfume y, tras una

duda, tomó también el cuaderno, el cual, según la misteriosa anciana, respondería todas sus interrogantes. Movió la cabeza negativamente, como intentando sacar de sus pensamientos aquello que lo intrigaba. Iba en contra de sus conceptos científicos, pues creencias no tenía ninguna. Fue hacia donde las jóvenes ya despachaban a dos últimos clientes, colocó los estuches frente a la joven que antes lo había atendido. Aquella, en silencio, tomó el cuaderno y lo envolvió cuidadosamente en una bolsa de papel, luego lo introdujo en una bolsa plástica, haciendo otro tanto con las fragancias:

—Disculpa si antes quise presionarte para que me hablaras de ella—dijo David.

La hermosa española se apresuró a responder:

—No te preocupes. No es para menos, ¡con tanto embrollo! David tomó el paquete con el cuaderno y lo puso bajo su brazo izquierdo y, extendiendo su otra mano, estrechó la menuda y sutil de la joven, diciéndole:

—Gracias por tu atención, has sido muy amable...

—Susana—le dijo ella, mirándole firmemente a los ojos—, mi nombre es Susana.

—Fue un placer conocerte, Susana—dijo él, sosteniéndole la mirada. Luego, como sin querer, deshicieron el apretón de manos. David se colocó el grueso gorro de lana y fue hacia la puerta, abriéndola. Un ramalazo de aire frío le hizo estremecer, giró la cabeza antes de salir y se llevó con él la mirada lánguida de Susana. Afuera, la nevada había amainado casi en su totalidad, aunque el clima seguía siendo terrible. Un grupo de niños y adolescentes ya corrían por allí arrojándose copos de nieve. Pensó en la capacidad que tienen los seres vivos para adaptarse a cualquier ambiente, por inclemente que este sea. A punto estuvo de arrojar el cuaderno aquel en el primer cesto de basura que encontró a su paso, pero la voz de aquella anciana se oyó en su mente...

¿Sabes quién eres tú? Desistió de su intención, diciéndose que, después de todo, quizá hubiese algo importante que rescatar de todo aquello.

Lo que David no sabía era que, a partir de aquel encuentro con la misteriosa La Belle, el concepto que tenía de la vida científica, moral, espiritual y social daría un giro inesperado,

pues las sorpresas apenas si comenzaban y que, dentro de apenas unos días, el mundo tal y como lo conocía le parecería un lugar extraño.

San Cristóbal, Venezuela, cinco días después, en una zona residencial de las más lujosas en la parte alta de la ciudad.

Había llegado de España en el último vuelo diurno, se habían presentado algunos inconvenientes en la terminal aérea del País Vasco debido al mal tiempo. Se sentía cansado, no obstante compartió con su madre algunos pormenores de su viaje, entregándole a su progenitora el obsequio que le había traído, acompañado de un cariñoso abrazo y un gran beso. Luego se fue a descansar, no sin antes decirle a su madre que tenía algo muy novedoso para contarle sobre su encuentro con una extraña anciana que le había dejado muy intrigado. Su hermana no se encontraba en la casa, a través de correos electrónicos le había hecho saber que se encontraba en el cumpleaños de una amiga mutua y que llegaría pasada la medianoche.

Despertó al día siguiente sintiéndose relajado. Estiró una mano, tomando su moderno teléfono, miró la hora y se asombró de lo tarde que era... las nueve y cinco marcaba el digital. Había caído como una piedra. Pensó.

Se levantó estirándose, relajando sus músculos, lanzando un fuerte bostezo. En aquel momento resonó el teléfono en tono de mensaje. Volvió a tomarlo y leyó:

“Hijo, Dios te bendiga, el desayuno está listo, yo estoy en la academia. Valentina llegó muy tarde, déjala que duerma. Carmen tiene el día libre.”

Un rato después, ya aseado y vestido casualmente, sentado a la mesa, se preparaba para desayunar. El comedor era un lujo de comodidades, igual que el resto de la amplia casa. Tomó el control y encendió el moderno televisor colocado estratégicamente en el recinto. Subió en el menú de canales haciendo parpadear el aparato; por asociación, quizás, se detuvo en un canal español, donde un abrigado reportero aparecía en la pantalla dando un reportaje de los inconvenientes que el crudo invierno causaba en el país.

—Las fuertes nevadas han causado atrasos en los vuelos y estaciones del metro—decía el reportero—, pero los de la comunidad gay salieron a pesar del tiempo a lamentar el falle-

cimiento de una mujer emblemática para ellos a la cual se le conocía como La Belle.

El tenedor cayó de la mano de David, que de prisa aumentó el volumen, a la vez que no salía de su asombro.

—La Belle fue encontrada muerta en su cama por una de sus empleadas, en su casa de habitación donde también regentaba una famosa tienda de cosméticos. Hoy la comunidad gay lamenta la desaparición física de La Belle, la cual ya contaba con ochenta y dos años de edad. La Belle es recordada por reconocer públicamente a principios de los ochenta, ser de naturaleza lesbiana y por su lucha por los derechos de igualdad de la comunidad gay. Hoy, bajo este temporal, personas de la comunidad que en vida representaba y de otras distintas comunidades le dan el último adiós a esta mujer de origen venezolano, nacionalizada en España, a la cual, según la nota, no se le conocen familiares; pero son cientos los que hoy acompañan la corte fúnebre, mientras su ataúd se cubre de blanca escarcha... y pasando a otro reporte...

David sentía que flotaba en una nube, su asombro y desconcierto no cabían en él. Miró su teléfono, necesitaba sin duda hablar con alguien de aquello, ahora. Pero su progenitora no llegaría hasta pasada las dos de la tarde, no podía simplemente decirle por mensajes lo que sucedía, no podía llamarla y entablar una conversación con ella, era imposible. ¿Enviarle un mensaje diciéndole que se había presentado una emergencia? No, no era correcto.

¿Presentarse en la academia interrumpiéndola en plena clase? También le pareció imprudente. Intentó calmarse respirando hondo. ¿Qué le pasaba, acaso no todo en la vida, según su punto de vista... era casualidad?

David quiso poner los pies sobre la tierra, pero en su cerebro resonó con claridad la voz de la anciana diciendo: “Dios te ha traído hasta aquí desde el otro lado del mundo, para que yo, hijo, pueda morir en paz”.

No pudo serenarse y con largas zancadas fue hasta la habitación de su hermana, deteniéndose frente a la puerta y cuando se disponía a tocar se detuvo. ¿Qué iba a decirle? Ya la conocía, se levantaría con resaca, quejándose, y le diría: “la biología te está volviendo loco, chamo”.

De prisa fue a su habitación con la mente llena de la voz de La Belle. Con desesperación buscó en su maleta, la cual no había tenido tiempo de desempacar la noche antes, su ropa y otros enseres quedaron en desorden diseminados en el piso. Lo encontró, allí estaba, lo aferró con sus manos como si temiera que fueran a arrebatárselo, sentándose en la cama mirándolo un momento, pensando en lo cerca que había estado de tirarlo en el cesto de la basura. Iba a quitar las elásticas que le sujetaban, pero entonces sonó el timbre de la casa, tuvo un sobresalto y maldijo por lo bajo, seguro era uno de sus amigos o de su hermana, que querían darle una sorpresa, qué inoportuno.

Se asomó por la ventana de su habitación, que daba al cuidado jardín; en el portón de la entrada un hombre dirigió su vista hacia la ventana. Al ver el movimiento de la cortina, aquel vestía de uniforme aludiendo a algún tipo de empresa. A punto estuvo de mandarlo al carajo, seguro era algún vendedor de aquellos que se multiplicaban en los últimos meses debido a la falta de empleo fijo y bien remunerado, él mismo pensaba en si terminaría vendiendo helados un día de estos. Fue hasta la puerta de la casa, abriéndola, cogió las llaves de la reja que daba al jardín y se detuvo un momento mirando más detenidamente al hombre aquel. Las precauciones no estaban de más, la delincuencia era otra de las muchas plagas que azotaba la sociedad. David avanzó hacia la reja donde el visitante parecía impacientarse.

—Buenos días—dijo aquel parado en la acera, sosteniendo en la mano lo que parecía una tabla de notas.

—Buenos días—respondió David sin abrir el portón—. ¿Qué desea? —preguntó.

—¿La familia Ramírez Moncada? —respondió el hombre con otra pregunta.

—Sí—respondió David con algo de impaciencia.

—Le han enviado un paquete, señor, firme aquí donde dice recibido.

Dicho aquello, el hombre pasó la libreta a través de la reja para que David le firmase donde le indicaba. Solo entonces reparó el joven en el camión cava de color blanco que se encontraba estacionado al otro lado de la calle, el cual tenía

escrito en letras mayúsculas: “Envíos desde el extranjero en veinticuatro horas”.

En principio pensó que era algo para su madre, pasaba con regularidad. Pero al ver aquel anuncio en el vehículo, leyó muy bien lo que iba a firmar y descubrió con asombro que aquella encomienda procedía de España y que se hacía a través de una línea de cosméticos. Con gesto de perplejidad, el joven vio cómo de la cava otro empleado venía hacia él atravesando la calle con una caja de cartón de regular tamaño y peso, muy bien sellada con un precinto de seguridad.

Abrió la reja, entregando la libreta al hombre sin apartar la vista de la encomienda. El hombre, al lado de David, viendo la cara de estupidez del joven, pensó quizá en la bobadita que le habrían mandado desde España al riquillo aquel. David tomó la caja, que no pesaba mucho de acuerdo al volumen de la misma, escuchó vagamente a los hombres despedirse, balbuceando él apenas:

—¡Gracias!

Cerró el portón de prisa yendo hacia la casa, cerrando la puerta del salón tras de sí. Rápido fue a la habitación y puso el paquete sobre la cama junto al libro. Parecía haberse serenado y un tanto escéptico reflexionó sobre aquellos últimos acontecimientos en su vida, una vida hasta ahora tranquila, sin contratiempos, dedicada a los estudios, una vida rozagante, llena de lujos, comodidades, una vida donde solo le había hecho falta su padre, el cual los había abandonado muy niños, al cual no extrañaba mucho, pues aquel vacío lo había llenado su abuelo, un abuelo callado y taciturno que en momentos precisos sabía dar buenos consejos a quien quisiera oírlos.

Su madre se había casado con su padre cuando ya ella pasaba de los treinta, debido quizá a una discapacidad que le acompañó por muchos años, hasta que aprendió a superarla. Estudió arte, algo que le apasionaba y le ayudaba a mantenerse incomunicada de los demás. Su callado abuelo permanecía junto a ellos apoyándole en todo momento. Al crecer, ellos se dieron cuenta de que lo callado de su abuelo no era más que una gran tristeza, que lo acompañaría por siempre. Aquel intentó inculcarles la firme creencia en Dios, por eso ciertas diferencias surgieron en el cuadro familiar, cuando él, David, decidió estudiar biología,

su abuelo se distanció un poco de él y nunca supo por qué le molestaba tanto que estudiase esa carrera.

Su madre enseñaba arte a niños con la misma discapacidad que ella, aquello no tan solo fue de una gran valoración humana, sino que además le aportaba buen dinero y la hizo muy conocida en casi todo el país, siendo pues muy solicitada para eventos, reuniones y exposiciones afines a su labor.

A veces la había visto llorar en soledad, no entendiendo ni recibiendo ninguna explicación del motivo de su angustia. Otras veces la había sorprendido en la madrugada sentada por allí, ensimismada, sufriendo de insomnio, a su lado el abuelo como un perro guardián diciéndole palabras en voz baja que parecía calmarla.

Ahora recordaba las palabras de su abuelo en su lecho de muerte: “Dios es lo único que existe, hijo, no le cierres las puertas.”

Ya muerto aquel, la ocupación de su madre, los amigos, las comodidades, los lujos, los autos, los viajes, la plaga del internet y los estudios, habían llenado sus vidas, olvidando por completo el consejo de su abuelo.

Biología, “ciencia que explica con lujo de detalles la formación y evolución de todo ser vivo en el planeta, echando por tierra toda la creencia, superstición y la existencia de un ser divino dador de vida”. Ciencia que nos da la libertad de pensamiento y acción, sin temor a un castigo del alma, pues según esta, el alma no existe, siendo como animales y al igual que estos, debemos morir sin más esperanza.

¡Dios! Dioses son los que tienen acceso al internet, pensaba David hacía apenas unos días atrás. Solo bastaba con apretar unos botones o teclas y todo se resolvía casi sin moverse de donde estaba. Esto era palpable, presente, al alcance; no una vana creencia que en nada parecía favorecer los deseos del hombre, aun cuando sus intenciones fuesen buenas. En todo esto reflexionó David mientras miraba la caja y el libro aquel sobre la cama, objetos que hacía apenas unos días pertenecían a una anciana mujer que hoy la sepultaban en España.

¿Casualidad? ¿Existiría tal casualidad? No; quizá no, pero como hombre de ciencia debía agotar todos los recursos que esta aportaba, no podía dejarse llevar por especulaciones sobre asuntos en los que jamás había creído. Aún le quedaba

el recurso de que aquella anciana se hubiese equivocado, el ser humano por naturaleza tiende a equivocarse, confundirse, más si está próximo al fin de su existencia. Sí, aquella anciana debió confundirse ante la proximidad del fin.

Todo suceso era mental, su mente le había confundido por el afán de sus creencias, la mente humana en un estado de suma presión crea situaciones las cuales luego afirmará como la existencia de algo sobrenatural. Resolvió echar por tierra todos aquellos falsos pensamientos, buscó en la gaveta de una lujosa cómoda, extrajo una tijera y con esta en mano fue hacia la cama y cortó el precinto de seguridad de la caja de extremo a extremo, abrió las pestañas del empaque y dentro apareció un paquete cuadrado envuelto con viejos periódicos. Con mano nerviosa descubrió el objeto y, aunque tenía una sospecha de que se trataba, sus ojos parpadearon nerviosos al posarse de nuevo en aquella pintura de La Belle que él tanto admiró en España; con sumo cuidado la posó sobre la cama. En el fondo de la caja quedaba otro paquete similar al primero, optó por buscar respuestas, pues hasta ahora todo indicaba que aquella pobre mujer se había equivocado.

Tomó el cuaderno y cortó las ligaduras que lo mantenían cerrado, apenas hacer esto un papel doblado cayó al suelo. David lo cogió y desdobló con mucho cuidado, pues parecía tener muchos años; su color era amarillento y había perdido cierta textura, pareciendo como el trozo de un pergamino. Leyó con algo de dificultad, admirando los rasgos de la escritura, parecía ser la respuesta a otra misiva. La nota decía así:

“Amadísima hermana, no sabes la inmensa alegría que me da saber que estás bien y saber de ti después de varios años pensando si no te había pasado algo. Nunca me molestó tu ausencia en el funeral de papá, sabes que siempre entendí tus razones; lo que no comprendo es por qué no nos visitas si sabes dónde estamos. Hermanita, es necesario que sepas, así es mi deseo, de la muerte de nuestro querido amigo Alcides Tarazona; falleció hace tres meses. Te cuento que, según parecía, presentía que la muerte le seguía los pasos, pues se fue a Colombia, dízque a poner a bien dos o tres propiedades que tenía allá, luego regresó y nos firmó una carta poder dejándonos su casa aquí en San Cristóbal, en donde nos acogió

después de ocurrido todo aquello. Aunque me opuse a este deseo, me dijo que lo hacía por la niña, a la cual quería como a su nieta y ella hasta abuelo le decía.

Repentinamente se enfermó y murió una semana después con el nombre de Eliseo en su boca, imagino que por aquello de que fue el amigo más cercano que aquel pudo tener.

Yo, querida hermana, me hice la promesa de nunca más volver a relacionarme emocionalmente con ninguna otra mujer, tú sabes cuánto la amaba y de lo injusto y horrible de su pérdida; la tristeza es mi compañera y mi confidente, nunca imaginé la vida sin ella. La niña está bien, estudiando y siempre pregunta a su modo por su tía. Ya la he llevado a varios doctores, pero hasta ahora sigue igual.

Las propiedades de papá parecen que tienen un comprador por fin. Me alegra el corazón saber que estás realizando lo que tanto soñaste; mamá se equivocó porque al final fuiste tú y no yo, la roca contra la que todo se desmenuzaría”.

Te quiere, tu hermano.

David buscó un nombre que identificara al autor de aquella carta, pero no halló nada. Por estar en poder de La Belle suponía que era de un hermano de esta, pero ¿quién era aquel hermano? ¿Qué sucesos horribles habían sucedido? ¿Quién era aquella que había muerto horriblemente? ¿Quién era la niña que parecía sufrir una enfermedad incurable?

El joven, humedeciendo el pulgar con la punta de la lengua, pasó la primera hoja del cuaderno y, escrito a modo de introducción, pudo leer:

“Transcurridas ya tres décadas en Europa, a donde llegué para intentar olvidar sin conseguirlo, me entregué por mi naturaleza a los placeres lésbicos, perdida por momentos en la lujuria y el libertinaje, liberándome de los tabúes y prejuicios que me sujetaban, más para entonces los hechos seguían nítidos en mi mente y los fantasmas de los muertos seguían persiguiéndome a todas partes. Deseaba con toda mi alma ver a mi amado hermano y mi sobrina, pero me negaba a volver, pues temía hacerle daño al no soportar el peso de todos los secretos que me fueron revelados y mi hermano, mi pobre y buen hermano, ya había tenido suficiente. Sabía, sin embargo,

por aquel juramento que hice de no llevarme ningún secreto a la tumba, que llegaría el momento en el que todo sería revelado. Antes de comenzar a perder la lucidez de mi mente, decidí escribir, describiendo con bastante detalle la época, los personajes y los hechos que nos marcaron y de cómo, sin saberlo siquiera, pudimos liberarnos del mal. Yo de alguna manera lo había desatado con mi nacimiento y yo hube de terminarlo con la muerte de la persona que mucho antes de mí nos había marcado.

Pedí a Dios desde entonces, sabiendo que no lo merecía por mi naturaleza y libertinaje, pero busco exonerar de todo prejuicio a ella y revelar que fue ella también el gran amor de mi vida, la única mujer que amé. Pido al creador que no perdone mi alma, pero que de alguna forma este recuento de los hechos llegue a manos de mi familia. Sé que ese momento llegará y que luego será la entrega de cuentas a mi señor.

La Belle.

David cerró el cuaderno en un impulso, preguntándose: ¿Qué hechos, prejuicios y secretos habían llevado a aquella mujer a autoexiliarse? ¿Qué había sido tan terrible? El joven pensó en su madre, muda, triste, atemorizada. En su abuelo, solitario y melancólico. En su hermana, la cual no parecía tener un propósito en la vida. Pensó en sí mismo: ¿Por qué había comenzado a sentir que, a pesar de sus carreras académicas, lujos y comodidades, estaban vacíos? Con decisión, abrió de nuevo el cuaderno, comenzando a leer de nuevo...

En una época muy distinta en la que la palabra del hombre era empeñada, según me contó mi santa madre, que Dios la tenga en su seno, entre los años de 1914 y 1920 la incertidumbre de una guerra civil tenía conmovido a todo el país. Pensar distinto a favor del uno o del otro y decirlo manifestando el pensamiento era, con seguridad, firmar la sentencia de muerte.

Casi todo el país estaba levantado en armas, totalmente dividido los unos contra los otros; en principio, los desacuerdos fueron aprovechados por algunos para lanzar arengas sobre moral y principios basados en ideales. Al producirse los primeros muertos, los ideales se convierten en odio, y lo que comienza como una necesaria causa se convierte en una bús-

queda personal de venganza. Se manipula la mente del común para cumplir tal fin y dar rienda suelta a su odio disfrazado de justicia, moral e ideales; las divisiones idealistas alcanzaban a todas las esferas sociales de la época, las familias y amigos eran divididos por el fanatismo a una causa u otra.

Las guerras deshumanizan al hombre, sea cual sea su causa o ideal; el enemigo merece la muerte, es el objetivo, es para lo que se lucha, cuando el diálogo se agota y ya no se entra en razón.

De todo enfrentamiento surgen historias de hombres que lograron mantenerse del lado correcto de esa línea invisible que separa lo justo de lo inmoral, y de otros que la cruzaron con su fanatismo enfermizo, convirtiéndose en fieras, cometiendo actos meramente bestiales sin ningún asomo de piedad, alejados por completo de Dios.

La lluvia de perdigones los había obligado a atrincherarse detrás de las rocas y de la corteza de los árboles; en la hondonada, tras de sí, habían quedado varios hombres muertos en grotescas posiciones. Les habían emboscado, sorprendiéndolos, y casi la mitad del grupo había quedado allí para no levantarse más. Ya no estaban al alcance de las balas, aunque el enemigo estaba allí al acecho. El comandante reunió al grupo de sobrevivientes con cautela y les dijo:

—Le daré una morocota de oro y una botella de whisky al voluntario que regrese a la hondonada y me traiga las alforjas de mi caballo muerto y mi sable.

Los hombres de rostros cansados y descuidados se miraron entre sí, por un momento parecía que nadie quería un desafío con la muerte. Pero de pronto un hombre alto, rubio, de ojos grises, fibroso, de brava estampa, dio un paso al frente y, entregando su rifle, dijo con voz resuelta:

—¡Yo voy, mi comandante!

Este, que sabía de las agallas de aquel, le preguntó:

—¿Y vas a ir desarmado?

Por los ojos del voluntario pasó un brillo metálico, al tiempo que respondía con voz serena.

—Me basta con el cuchillo.

Ya la tarde caía cuando el hombre aquel se arrastraba por entre los matorrales tal cual serpiente, sigiloso y vigilante; el resto del grupo quedó a la expectativa de lo que podría su-

ceder. Algunos no daban un centavo por la vida del infeliz aquel; el comandante sonreía con malicia oyendo a sus hombres murmurar.

Su táctica indígena, silenciosa y efectiva, le daba resultados. Se había arrastrado hasta la hondonada sin que el enemigo se percatara de ello. Estudió el terreno y sus posibilidades; había muchas rocas y árboles, aquello era lo que les había salvado la vida aquella tarde. El caballo muerto estaba a escasos veinte metros, sobre este y los cuerpos de los hombres muertos ya revoloteaban algunas moscas; el enemigo había quedado a sus espaldas, allí arriba, apostados tras las rocas. Su ventaja era la sorpresa; lo difícil no era llegar hasta el caballo, la parte difícil era el siguiente paso, pues el otro lado de la hondonada era una pared rocosa, de modo que la única manera de salir era volviendo sobre sus pasos. No lo pensó más, no era hombre de faltar a su palabra, primero muerto.

De dos terribles saltos dejó su escondite y corrió zigzagueando entre los árboles y rocas, poniendo la espalda a las balas. Para su suerte, el enemigo no se esperaba aquello. En su camino cruzó con uno de los cadáveres, tomó su rifle y fue entonces cuando oyó un grito de advertencia. Pero ya la primera etapa de su osado plan estaba terminada; se lanzó de bruces detrás del caballo muerto, revolviéndose como un tigre, pegándose al lomo del animal. Con movimientos casi imposibles de seguir, desenfundó su cuchillo y cortó de un tajo la tirilla de cuero que sujetaba las alforjas a la silla. Una lluvia de balas cernió la panza del inerte animal y un hedor nauseabundo cundió la atmósfera; algunas resquebrajaron ramas tras de sí, silbando al estrellarse en las rocas.

El sable colgaba de una correílla del pomo de la montura, quedando medio atrapado bajo el lomo del cuadrúpedo. Haló con fuerza, recuperándolo mientras las balas seguían buscándolo. Atándose el sable al estilo bandolero, con movimientos calculados del pequeño espacio que dominaba para no recibir una bala, hizo otro tanto con las alforjas y luego asomó el rifle que hubiese recuperado del cadáver y realizó dos disparos calculados hacia la dirección de donde venían las balas. El confiado grupo de atacantes se ocultó por instinto y fueron estos escasos dos segundos en los que el osado voluntario aprovechó para jugarse la vida a cara o cruz.

Con una agilidad asombrosa, saltó a campo descubierto y corrió en zigzag con toda la rapidez que le era posible:

—¡Mátenlo, carajo!

Gritó uno de aquellos hombres encolerizados.

Tronaron las armas y una bala rozó la mejilla del atrevido hombre de ojos grises que, guiado por su instinto, se lanzó tras una roca casi en el mismo sitio de donde había salido unos minutos antes, pegándose a la peña. Allí el poder del fuego de sus atacantes disminuía, a menos que se arriesgaran a salir a descubierto.

La voz encolerizada se oyó de nuevo.

—¿Vamos a dejar que se escape ese pendejo?

Un hombre se lanzó casi corriendo ladera abajo, saltando de roca en roca, dispuesto a darle muerte. El catire, encorvado detrás de la piedra como estaba, se llevó con cuidado la culata del rifle a su hombro derecho; si dejaba que aquel hombre lo sitiase, lo matarían con seguridad. No podía ceder la ventaja que había ganado. Asomó la cabeza apenas y apuntó... ¡bang! El que bajaba hizo una extraña pirueta y rodó como un muñeco desarticulado, yendo a caer unos metros más abajo, quedando de cara al cielo con los ojos muy abiertos mientras una mancha de sangre se extendía en el costado izquierdo de su pecho. Sin pena ni remordimiento, el catire, a cuatro patas, corrió pegado a la peña, casi fundiéndose en ella. Una andanada de plomo lo buscó, mientras la voz colérica se desataba en una lluvia de maldiciones.

Unos minutos después llegó hasta su grupo, que atrincheros le vieron llegar boquiabiertos, trayendo con él las alforjas, el sable y, además, un rifle. Pasó de largo hacia donde estaba el comandante, que le miraba con cara de hipócrita.

—¡Caramba, catire, yo era echándoles una vaina!—dijo, mientras metía la mano en las recién recuperadas alforjas, sacando una botella de whisky que milagrosamente no se había partido, lanzándosela al suicida, que la cazó en el aire mientras apretaba la mandíbula, chispeándole los ojos peligrosamente.

—¡Pero, hombres como usted son los que necesita la causa!—exclamó el hipócrita con tono solemne, mientras destacaba una pequeña botella plana de brandy escocés y se empinaba un largo trago. Tomando respiración, dijo mientras chasqueaba la lengua:

—Desde hoy lo nombro teniente, catire. Disponga ya de los hombres.

Un par de años después, un hombre caminaba trastabillante, le traían atado a la cintura, sujeto el lazo a la cola de un caballo, cinco hombres más le seguían en aquella terrible procesión, sujetos entre sí por la cintura con aquel largo cáñamo; sabían que su muerte era casi segura, el odio dominaba por completo a los hombres después de varios años de guerra, algunos de ellos sollozaban en silencio, mientras eran casi arrastrados en una dirección que desconocían por entre aquel intrincado e improvisado camino.

Una media hora más tarde, llegaron a un maltrecho campamento en un risco dominante, les hicieron poner de rodillas alineándolos entre golpes y maldiciones. Aquel que encabezaba la procesión de prisioneros apretaba la boca entre los fuertes culatazos que recibía, sentía una sed terrible, tenía la garganta seca, su cuerpo magullado a consecuencia de los golpes temblaba de dolor y fiebre, sus ojos intensamente azules se levantaban al cielo, en un ruego quizás.

—Busque a mi teniente Moncada —dijo el que fungía como jefe del grupo que los había arrastrado hasta allí a otro hombre que había aparecido a recibirlos—. ¡Rápido! —ordenó.

Aquel desapareció detrás de un alto peñasco y, dos minutos después, un hombre alto, delgado, fibroso, de mortecinos ojos grises, avanzó hacia donde, de rodillas en tierra, aguardaban los seis prisioneros rodeados de sus captores.

Un respiro de alivio salió del pecho del prisionero de ojos azules. El teniente detuvo su firme paso frente a la línea de los desdichados, paseó su mirada vacía por aquellos. Un momento, solo un momento, detuvo su mirada en el último de la línea, apartó su mirada de aquella que le rogaba calladamente, como si aquellos ojos azules quemasen; apretó la mandíbula y dijo:

—Usted ya sabe lo que hay que hacer con ellos, Montilva. No me haga perder el tiempo.

El prisionero de ojos azules tragó saliva. ¿Sería posible que no le hubiese reconocido? ¿Lo habían llevado tan lejos sus ideales? Se preguntó el hombre aquel; iba a decir algo, pero un duro golpe con la culata de un arma casi lo dejó inconsciente.

El teniente fue de prisa, perdiéndose detrás del peñasco. Su cara era una máscara donde no se traslucía ningún sentimiento, sus hombres se dieron prisa por cumplir su orden.

No había pasado un minuto y aquel llamado Montilva se plantó ante él con una gran inquietud en su cara.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el superior colérico.

El subalterno dudó de lo que iba a decir, pero, sin embargo, dijo:

—Hay un prisionero que asegura que es su hermano y pide por piedad que lo deje hablar con usted.

El teniente apretó los puños y con voz que helaba la sangre dijo:

—Dígame una cosa, Montilva.

—¿Qué cosa, mi teniente? —preguntó el subalterno, apartando sus ojos de la terrible mirada de su superior.

—¿Tiene usted familia entre nuestros enemigos?

Montilva lo pensó antes de responder, sabía que la pregunta era un arma de doble filo, así que optó por decir:

—No; no, mi teniente.

—¡Pues yo menos, carajo! Así que vaya y cumpla la orden antes de que lo mande a fusilar a usted también por pendejo.

CAPÍTULO II

Las montañas verdes, gigantescas eran hermosas, misteriosas y deseables como una mujer que no ha sido tocada jamás. Tierra fértil, tierra virgen, tierra donde un hombre con deseos de superación, esperanzas y valor humano podía echar raíces. Acantilados ríos y mesetas, le rodeaban cientos de nacientes de agua pura y cristalina corrían cantarines hacia el caudaloso río que bajaba impetuoso por entre las montañas, entre vertiginosas cascadas que se transformaba suave y manso al desembocar en el hondo y hermoso valle.

El clima variaba naturalmente dependiendo de la época del año, haciendo que las misteriosas montañas variaran en su aspecto y paisaje. A veces estaba vestida de blanco, tal cual novia esperando ser desposada, en otras aparecía de un verdiazul intenso, tibio como en una desnudez que incitaba a la exploración de su cuerpo montañoso. Pero en otras volviese intensamente inhóspita, fría desdeñosa y altiva en un extraño coqueteo con quienes se atrevieran a internarse en la maraña de su virginal cuerpo.

Fue allí en una de sus mesetas donde Héctor Moncada, asqueado de la guerra tratando de zafarse de aquello que lo atormentaba, huyendo de sí mismo, hizo un pacto en medio de la naturaleza, intentando reconciliarse con Dios, dejando atrás, perdida en aquellas inmensas montañas la fiera, la bestia que llevaba dentro para quizás así, encontrar un poco de paz. Héctor decidió que aquel era un buen lugar para comenzar de nuevo, no traía nada más consigo que un costal con algunos trapos, algunas rudimentarias herramientas a lomos de un escualido burro y la mujer que le había motivado tener aquellas inmensas ganas de progresar y de ser alguien mejor en la vida. Héctor era un líder natural, él no era un hombre común y corriente, sus ademanes y su facilidad de palabra con su perfecta pronunciación le hacían ser un hombre sobresaliente que intentaba ser educado. Esto le ganó el respeto y cierta admiración entre los demás en los años que siguieron porque Héctor Moncada no fue el único que huyó avergonzado de su pasado, detrás de él vinieron otros como siguiendo sus pasos

a través de las misteriosas montañas, decididos a enterrar la bestia sanguinaria en los que los había convertido la guerra. Nadie hablaba de su pasado o de qué lado había luchado, fue como una regla que nadie dictó pero establecida como de mutuo acuerdo para poder lograr la convivencia.

Lo que en principio fue una que otra improvisada casucha de troncos, diseminada en las faldas de la montaña, fuese convirtiéndose en algo más asociado en lo que, por su liderazgo natural Héctor era el que siempre estaba a la cabeza de las decisiones que se tomaban, escuchado, respetado y temido pues algunos de los que después llegaron conocían de sobra la personalidad anterior de aquel.

La gente como de común acuerdo se fue ubicando en una de las mesetas de más baja altura, de las que rodeaba la montaña, la cual, su ubicación hacia el norte le daba una hermosa vista hacia el hondo valle. Los pioneros se expandían tomando tierras para la siembra, los que por voluntad tomaron el rango de líderes se preocupaban por el mejoramiento de la aldea y por aplicar normas que ayudaran a mantener un orden social e igualdad de condiciones para todos los habitantes.

No existían comodidades, ni lujos, ni conocimientos de mucha letra, no existían carreteras, ni maquinarias. Allí solo había trochas indefinidas, la población más cercana e importante estaba casi a cinco horas de camino.

Todo lo utilizado para consumo o para bien y servicio era conseguido con ingenio, trabajo duro y mancomunado, todos desde niños, mujeres, hombres y ancianos como uno solo, en una costumbre aprendida y heredada, trabajaban con tesón, aplicando los unos, aprendiendo los otros; el detergente para lavar ropa era conseguido por medio de un arduo proceso y sacrificio del cebo de ganado o en su defecto, de tierra y ceniza también era indispensable la siembra de árboles de tártago, pues de la semilla de esta planta se extraía un aceite para hacer mechurrios o lámparas para alumbrarse.

Igualmente se procesaba el algodón con improvisados husos fabricándose el hilo para tejer y coser; de la planta de fique se fabricaban lazos y cabuyas de bolsillo, también costales...y así la vida se desarrollaba sin más afán que el día a día siempre innovando entre lo rudimentario de la época.

Las casuchas de troncos con techos de palma, pasaban a ser de barro o bahareque con techos de varas de caña brava cubierto de greda, rematadas con teja que con gran esfuerzo y cuidado traían a lomos de bestia desde el poblado más cercano.

La tosca aldea iba tomando forma convirtiéndose en un punto referente; algunos pioneros extendieron sus dominios a lo largo y ancho del valle y comenzaron a llamar a la rustica aldea de arriba: Ranchos Valientes, porque vista desde abajo la montaña parecía aún más inhóspita y salvaje. El agua fue traída desde las partes más altas a través de canales de maporeta o tan solo era extraída del naciente más cercano, utilizando unos elaborados recipientes llamados taparos, los cuales eran el fruto del árbol del mismo nombre que a través de un corto proceso les convertían en vasijas de distintos tamaños y usos, ya fuese para extraer, depositar y conservar el agua o para servir alimentos en ellos.

Las necesidades fisiológicas se hacían entre la maleza tomando precaución de que fuese a distancia prudencial de la casa, el lavado de la ropa así como el aseo personal para aquellos que no les favorecía la posición del agua por gravedad, debían hacerlo en el arroyo más cercano a la casa.

Por aquellos tiempos eran muy común los convites, que no era otra cosa que la de unir fuerzas y voluntades para realizar alguna tarea, ya fuese a favor de una persona o para el bien común.

Con Héctor Moncada a la cabeza se logró la construcción de la iglesia con todo y su orgulloso campanario, el cual fue traído de una aldea vecina a cinco horas en bestia, por consiguiente hubo de oficiarse una misa para la bendición de la pequeña iglesia y del cementerio que estaba al otro extremo de la pequeña aldea. Se ofició una misa solemne por parte de un sacerdote que previamente por diligencias de Santiago Salcedo junto a un juez de paz, fueron movilizados desde la ciudad para que en un acto público este juramentara a Santiago Salcedo como alguacil de la aldea quedando adherida aquella a las leyes de la república, desde ese momento siendo bautizada por voz unánime como: Ranchos Valientes, siendo reconocido allí mismo por su empeño y sacrificio a Héctor Moncada como su fundador, aquel con modestia aceptó tal reconocimiento y felicitó en privado a Santiago por su cargo

y por su ayuda en aquellos años, se podía decir que aquel era hasta ahora el mejor amigo de Héctor, ambos eran jóvenes y ambos soñaban con una familia al lado de sus esposas.

Fue un día alegre aquel, donde no faltó el aguardiente extraído de los entonces populares alambiques, de a poco se animaron y se oyó el sonido de un desafinado cuatro y los desacordes de una guitarra, acompañados de los alaridos de una sinfonía, un bonachón hombre de cara sonrosada por los efectos del alcohol, animado por los tragos y algunos de sus estrafalarios amigos, comenzó a cantar una pajarrera más desafinada aun que los instrumentos, y la gente entusiasmada comenzó a bailar sin ton, ni son.

Las tierras de Héctor limitaban por el oeste con la aldea, en principio la aldea se asentó en tierras que él había tomado para sí, esta no era más que una veintena de rusticas casas de lado y lado del camino que pasaba hacia el norte por un costado del cementerio, descendiendo zigzagueante hacia el valle.

La iglesia se ubicaba hacia el sur del poblado, aquel era silencioso durante el día pues casi en su mayoría tanto hombres, como mujeres y niños con capacidad ya para alguna faena salían a ganarse el pan en las labores propias del campo. Por las noches ya era más animado el poblado, cuando en cada corredor se colgaba un mechurrio de aceite con su luz mortecina, donde se refugiaban las miradas a hurtadillas de los más mozuelos en amores furtivos que en la mayoría de las veces morían tan solo en eso, miradas.

Los más viejos charlaban de cualquier cosa o echaban cuentos mientras escupían chimó, acaparando la atención de la bribonada que ni por asomo se atrevían a interrumpirlos propensos a recibir un par de fuetazos; un poco más allá en el alambique de Bernabé, algunos iban a echar un trago y se dejaba oír las notas de un guitarra, el llanto incesante de algún recién nacido hacia vacilar por momentos al viejo de los cuentos y más allá, hacia el norte en la oscuridad una jauría de perros hacían turno detrás de una perra en celo, en el oscuro cementerio donde ya nadie se molestaba de su descarada forma de aparearse o de que olisquearan, orinándose en la cabecera de sus tumbas, sobre las gruesa cruces de madera.

Así el tiempo transcurría cada día con su afán, intentando cada uno surgir, criando a sus hijos con rectitud, en trabajo, honestidad, respeto a los demás y la creencia en Dios, sin alterar el orden establecido por la naturaleza en una integración tierra, hombre que sostenía en una balanza el equilibrio de todo.

Entre todas estas, Héctor construyó su casa escogiendo para ello un lugar entre sus tierras, colina abajo a prudencial distancia de la aldea donde la algarabía de celebraciones y fiestas no rompieran la calma en la que esperaba vivir, conocía bien a los hombres y a veces era mejor mantenerse un tanto alejado de estos, en su corazón había un verdadero sentimiento de amor hacia aquella mujer que conociéndole tal cual era le había aceptado, una mujer que lo había mirado de forma diferente sin miedo, odio, aprehensión o desprecio. En los profundos ojos negros de Isabel había encontrado esperanza y perdón, y ello le había inspirado para hacerse la promesa de cambiar y al lado de esa mujer ver crecer a sus hijos, a los muchos hijos que esperaba engendrar como era lo acostumbrado, por eso redoblo esfuerzos y construyó una casa harto novedosa que fue la admiración de propios y extraños.

La casa era grande amplia de gruesísimas paredes de barro tapiado, de extensos corredores en derredor, de techos de gruesas varas de caña brava con manto de greda, cubierto de tejas bien alineadas y a la vez cubiertas que le hacía completamente impermeable, en medio del corredor principal estaba la entrada a la casa de pesadas y altas puertas de madera maciza trabajada a mano de dos obras, sostenida de gruesas y ordinarias bisagras, esta daba a un ancho y corto pasillo que desembocaba en otros amplios y acogedores corredores internos que daban a las habitaciones circundando la casa, tal obra era rematada por un hermoso jardín central en el cual ya se notaba la delicadeza de la mano femenina, cultivado de rosas, amapolas, flores silvestres y cayenas.

Las habitaciones o dormitorios eran seis, tres a cada lado de la entrada, en semicírculo y cerrando este al fondo se encontraba la amplia cocina de estufa, que también servía de comedor y junto a esta un semí escueto zaguán que servía de leñera, para guardar herramientas y aparejos de las bes-

tias, siendo esta la entrada trasera de la casa, siendo más bien hacia un costado viendo hacia el norte.

Isabel era una mujer de belleza sobresaliente, morena de ojos profundamente negros, muy expresivos; tenía en ella un halo de extraño magnetismo que hacía que al aparecer en público, todos, hombres y mujeres se volvieran a verla, aquello en vez de hacerla altiva y orgullosa, la hacía sentir extraña haciéndole una mujer tímida que temía socializar, retraída y un tanto apartada de los demás, encerrada un poco en sí misma.

No obstante como buena mujer de la época, era hacendosa en sus quehaceres, llevando su casa con respeto, influenciando en ella su gusto por las flores, he aquí el motivo de aquel novedoso jardín central, el cual cuidaba con suma delicadeza y esmero; sintiendo crecer en su vientre el fruto de su relación con Héctor Moncada.

Como era de esperarse la pequeña aldea crecía en habitantes y concurrencia, pues una cosa trae la otra. El cultivo del café predominó en el lugar por encima del cacao, la caña de azúcar y otros rubros que solo se cultivaban para el consumo, mientras que el café se convirtió en una fuente de ingresos, ya fuese monetaria o como trueque.

Caminos, trochas, veredas y atajos, venían a encontrarse con los dos caminos reales que iban de este a oeste y de norte a sur. El cruce entre los dos caminos los lugareños lo llamaron “pata de gallina” y de a poco se fue haciendo un lugar referente al cual se le atribuían cuentos, mitos, apariciones y pactos del hombre con el demonio.

Arrieros, peones, patrones, maleteros, el muchacho del mandado, hombres y mujeres de a pie o a caballo, iban y venían en distintas faenas en un trajinar diario, quincenal o mensual haciendo del poblacho un sitio alegre y ya muy conocido por otras aldeas y poblaciones a larga distancia de allí. Los maleteros (vendedores ambulantes) y los arrieros, además de ser mercaderes eran casi el único enlace entre las aldeas y poblaciones más industrializadas y modernas, trayendo en cada visita noticias que recogía, siendo una novedad para los lugareños, de ahí lo importante y lo populares que eran estos personajes, hartos conocidos que fueron y la hospitalidad, atención, confianza y cariño que les fue brindada, pues eran esenciales

entre aquellas personas humildes y trabajadoras creyentes de Dios, arraigadas a supersticiones en una ignorancia sana, manteniendo vivas sus creencias, tradiciones y valores que hacían precisamente que la sociedad conservara una identidad propia, libre, autóctona como debió seguir siendo. Por aquellos días, en el sendero que conducía hacia el sur...

Héctor frunció el ceño, pensando si no se habría extraviado de la dirección que llevaba, al notar que cada vez se acercaba más a la espesura de la montaña, había ido hasta allí por indicaciones de Santiago, el cual debido a su cargo había estado haciendo un censo del número de habitantes que vivían dentro de los límites de Ranchos Valientes. Lanzó un respiro de alivio al notar la senda que se apartaba del camino real siguiendo hacia el suroeste en descenso hacia las montañas, cada vez más cerca de los límites de la aldea.

Movió suavemente las riendas de su caballo, haciendo que el animal tomase la trocha que se notaba muy poco transitada, las plantaciones de café hacían un buen trecho que habían quedado atrás, una espesa maleza se extendía a los costados del camino, siguió descendiendo algunas decenas de metros más, y hasta sus oídos llegó el rumor suave de un arroyo, no tardó en llegar a las cristalinas aguas de aquel, donde dejó que su caballo bebiese tranquilamente mientras con la vista seguía el camino que se iba en ascenso en una medio travesía hacia el oeste. Azuzo a su caballo siguiendo el camino, no había ascendido mucho trecho cuando descubrió lo que al parecer por sus formas era una mujer que caminaba delante de él tomando un curva en el camino, con una vasija sobre su cabeza desapareciendo por un instante de su vista.

Apuró el paso de su caballo con la intención de darle alcance y efectivamente, allí trasponiendo la curva la encontró de repente a un costado del camino tomando un descanso, a sus pies descalzos, un taparo casi lleno de agua del arroyo. Los grises ojos de Héctor se encontraron con los negros ojos de la mujer de color que brillaron estremecidos. Aquella llevaba un trozo de tela como almohadilla sobre su pelo semiafro, no bajó la mirada, la barbilla levantada algo altiva ante la mirada inevitablemente escrutadora del hombre.

Un vestido largo, algo ceñido de vivos colores, hacia resaltar las curvas de su escultural cuerpo y el hermoso color de su raza, el vestido sin mangas y a medio busto que remojado cómo estába con el agua derramada, dejaba insinuar unos senos redondos casi inexplorados, que se movían al ritmo de la respiración agitada de la mujer, Héctor aparto de su mente un inicuo pensamiento y dijo con una voz quiso fuera la suya:

—¡Buenas tardes!— Y se sorprendió bajando la mirada.

—¡Buenas, señor!— Respondió ella, que no era ninguna adolescente y que contaba más o menos la misma edad del hombre, mirándole con desparpajo.

El caballo resopló inquieto.

—¿Es usted la señora Jacinta?— Preguntó Héctor ya recuperando el aplomo.

—No señor, esa es mi mamá— Respondió la morena con energía.

—Ah! Respondió aquel y volvió a preguntar:

—¿Y se encuentra la señora?

—Sí mi don; si, se encuentra, siga el camino que él lo lleva derecho— Pronunció la joven mientras levantaba una de sus manos señalando el camino, las distintas pulseras de cobre y otros metales tintinearón al movimiento del brazo de la mujer. Héctor por un instante reparo en aquello, luego en un ademán hizo avanzar su caballo diciendo:

—¡Gracias!

La encontró allí, en lo que era un improvisado corredor de palma que dependía de un desorganizado rancho de troncos que parecía incrustado en la peña.

—¡Buenas tardes!— Saludó sin bajarse del caballo.

La mujer, sentada en el tronco donde estaba tejiendo algodón para hacer hilo contestó levantando la cabeza...

—Buenas tardes señor, siga adelante.

Héctor escudriñó los alrededores mientras descendía del caballo y reparo entonces en una especie de altar casi detrás del rancho donde media docena de imágenes eran alumbradas por gruesos cabos de cebo, se rumoreaba en la aldea que aquella mujer era una bruja.

La sesentona mujer también le escudriñaba a él y pareció arrugar el entrecejo removiéndose inquieta en su asiento al

tiempo que señalaba un tronco y le decía al recién llegado...

—Síntese señor y dígame ¿qué se le ofrece?

Héctor sujeto el cabresto de su montura a un botalón del corredor y aceptando la invitación que le hacía la madura mujer, paso al recinto sentándose en el rustico tronco.

La mirada de aquella mujer escudriñó su alma haciéndose sentir entre inquieto y molesto por el descaro de aquella, busco y no encontró ningún parentesco entre aquella y la sensual morena del camino y dudando preguntó:

—¿Es usted la señora Jacinta? ¿La partera?

—Sí señor, la misma que viste y calza—Contestó la mujer.

Héctor dudó de nuevo, sin embargo dijo:

—Vera señora mi esposa está embarazada y ha estado con algunos malestares y vine a pedirle que fuera usted a mi casa para que le hiciera una de esas sobas... Usted sabe para enderezar al muchacho.

Jacinta que parecía prestarle más atención al hecho de preparar el algodón a lo que decía aquel, de pronto levanto la cabeza y preguntó:

—¿Primeriza?

Héctor como sorprendido contestó:

—Sí; si primeriza.

—¿Y qué es lo que siente?— Preguntó la mujer.

El hombre encogió los hombros, a la vez que respondía...

—Pues dolor no muy fuerte y no se sería bueno que fuese usted que es la que sabe de esas cosas ¿no?

Termino por interrogar a la impasible mujer, de aspecto más bien indígena.

Aquella mirándole de forma extraña volvió a preguntar:

—¿Y qué espera?

Héctor pareció tomar aire y contestó muy seguro de sí:

¡Ja! Pues un varón.

Jacinta noto un muy fuerte egocentrismo en la respuesta del hombre, volvió a concentrarse en su tarea diciendo como para sí misma:

—Pues yo mañana por la tarde le llevo allá mi don.

Héctor se apresuró a decir:

—Yo le mando un obrero con una mula par...

—No; no, es necesario mi don— Levanto la cabeza Jacinta,

mirándole— Yo mañana por mi propio pie le llevo allá, no se tome esa molestia.

El entonces intento decirle qué camino tomar para llegar a su casa, pero nuevamente la madura mujer, le interrumpió al decir:

—Yo sé dónde es, no hay otra casa como la suya.

Héctor sintiéndose contrariado ante las negativas y el comportamiento extraño de la mujer, se levantó para irse en el preciso instante en que llegaba la mulata que encontrase en el camino con el taparo de agua sobre su cabeza. Paso cimbreante junto a él, lanzándole una mirada a hurtadillas mientras que el hombre luchaba para no verla, clavando su mirada en la tierra. El tiempo pareció detenerse un instante tan solo unas milésimas de segundos, que para aquella extraña mujer llamada Jacinta, bastaban, conocedora ella de las rarezas de la vida.

Héctor fue hacia su caballo soltando las riendas y montando ágilmente sobre este, se despidió de la mujer:

—Hasta mañana pues doña.

Aquella le respondió con un tono que el no supo definir:

—Hasta mañana será, si Dios quiere don Héctor.

Este casi respingo al oírle pronunciar su nombre, la miró desde su caballo que nervioso caracoleaba a un lado y al otro, no sabía si aquella mueca en el rostro de la mujer quería ser una sonrisa de burla o de amabilidad, todo el rato había estado tomándole el pelo, haciendo que no le conocía, echó un vistazo hacia el altar aquel, ninguno de los velones estaba encendido, ni siquiera lo tomó en cuenta; movió los talones haciendo que su caballo emprendiera un veloz trote alejándose de la casucha de troncos de donde a través de una rendija, la mujer de piel negra le miraba.

Casi tres meses después, en una madrugada clara bañada por la luna, el llanto de un recién nacido llenaba todos los rincones de la casona, Isabel, con cara lánguida pero feliz daba a luz a su primer hijo llenando de momento las expectativas de su esposo, que al oír el llanto del recién nacido levantase del banco donde permanecía sentado en un costado de los corredores internos de la casa y miró nervioso hacia la puerta de la habitación, Santiago que le acompañaba en la espera se sacudió el sueño ante el fuerte llanto del infante, Jacinta asomó entreabriendo la puerta y con una seña llamó a Héctor, que zaqueando fue presuroso hacia ella:

—Es un varón—Dijo Jacinta.

—¡Ja! Ya lo sabía—Comento el aludido lanzando una interjección—Con esa voz de mando no podía ser una hembra.

Santiago que había ido en pos de su amigo notó en el comentario de Héctor un reconcentrado orgullo y un cierto desdén a la vez y de entonces se dijo, sabiendo que más pronto que tarde su esposa Benilde también quedaría en cinta, que él no haría tal diferencia y que fuese lo que Dios quisiera.

En la casa grande había siempre mucha actividad debido a las faenas en las plantaciones de café, caña y cacao, que era lo que más predominaba, por lo cual no era extraño que en la casona aparte de Isabel, se vieran en distintas faenas domésticas a otras mujeres yendo de allá para acá y de aquí para allá, por lo tanto no fue extraño que Jacinta y Domitila, como se llamaba la sensual morena, fueron ocupadas frecuentemente por Héctor e Isabel, para ayudar en faenas relacionadas con la manutención de la obrerada que por temporadas se ocupaban en la recolección de las cosechas.

Las miradas a hurtadillas, los ramalazos de deseo y la pasión, que en principio quería desbordarse entre Héctor y Domitila parecía contenida, aquel, amaba a su joven y bella esposa y en su personalidad no estaba el de ser un hombre promiscuo, aquellos pensamientos inicuos quedaron dormidos y su mente fue ocupada por el deseo de seguir adelante con la meta propuesta, orgulloso en demasía de su primer hijo, el cual bautizaron Leonardo del cual los padrinos fueron, Benilde y Santiago.

Domitila era una mujer diligente y hacendosa en cuanto tarea domestica le fuera encomendada, por eso Isabel le fue tomando consideración y de a poco llegó hasta a encariñarse con ella dándole su absoluta confianza, fue aquella confianza, aquel cariño y las advertencias de Jacinta, lo que la joven morena tomo en consideración, pues a pesar de un oscuro tramo de su pasado ella tenía buenos sentimientos e intento esconder toda aquella pasión y el torbellino de deseo que le brotaba por los ojos cada vez que tenía a Héctor Moncada cerca, el cual parecía indiferente y parecía haber encontrado el rumbo y la paz deseada, pero algo que solo Isabel sabia rompía con la aparente armonía de Héctor y eran ya muchas las

madrugadas en lo que lo había sorprendido deambulando por los corredores o simplemente sentado en un banco viendo hacia el camino que bajaba de la montaña como si esperase a alguien, o como si temiese que apareciese lo que un día había dejado atrás, y es que la conciencia es el más poderoso de los fantasmas y aquel fantasma no dejaba de seguirle.

Año y tres meses después....

El sol moría detrás de las imponentes y misteriosas montañas, las sombras de esta se estiraban hacia los callejones arrojando los montes más bajos para ir desapareciendo con la entrada de la noche. Las manos presurosas de la negra Domitila encendían las lámparas de aceite de tártago en la casona mientras que un concierto de grillos se dejaba oír metidos entre las rendijas de la caña brava del techo.

Jacinta y su madre entraban y salían de la habitación conyugal llevando agua hervida ya tibia de un color verdoso con el zumo de algunas hierbas, que al poco rato volvía a salir con el agua ya de un color extraño, dentro la esposa de Santiago, ya embarazada se mantenía al lado de su comadre Isabel que sudando a mares intentaba expulsar de su vientre a su segundo hijo, pujando con fuerza, Benilde secaba insistentemente la frente empapada de sudor con un trozo de cobija.

La comadrona regresó de prisa a la habitación con más agua caliente, echó una ojeada al angustioso rostro de Isabel, palpo su bajo vientre como sopesando las posibilidades, tomó una botella y poniendo en su mano aquel mejunje, lo unto en el bulto que era la barriga de Isabel; y sobando con fuerza le dijo a Isabel:

—Este muchacho va a ser flojo, puje mi doña, puje con fuerza, porque si no este muérgano se deja morir ahí en la barriga. Afuera Héctor y Santiago sorbiendo sendos pocillos de agua miel que les había traído Domitila, conversaban en voz baja con cara de preocupación por lo complicado que a última hora se estaba haciendo el parto de su segundo hijo.

De pronto el llanto de un recién nacido causó conmoción en toda la casa, los grillos parecieron acallar un tanto su incesante canto, el pequeño Leonardo, en una improvisada cuna de made-

ra rolliza, se despertó llorando a lo que Domitila presurosa salió de la cocina tomándolo en sus brazos, intentando calmarlo.

La puerta de la habitación se abrió y una pálida Benilde, con signos de dolor en su rostro salió con paso vacilante con ambas manos puestas en su vientre, Santiago preocupado fue rápido a donde su esposa ayudándole, el rostro impasible de Jacinta, asomó por la puerta diciéndole a Domitila: lleve a doña Benilde que se recueste un rato, ya me desocupo y voy a sobarla.

Héctor tomó al pequeño que seguía llorando mientras que Domitila y Santiago acompañaban a Benilde a la habitación de huéspedes, Héctor preguntó con verdadera preocupación: —¿Y cómo esta Isabel? ¿Y el niño?

Jacinta con la parsimonia que la caracterizaba respondió:

—Están bien, el niño es su misma estampa, así como ese es la estampa de doña Isabel— Señalando el pequeño que Héctor tenía en brazos.

Escasas ocho semanas después Benilde dio a luz a una niña, la cual fue la alegría de sus padres, llenando de amor su hogar, Santiago se entregó por completo rendido ante el candor y la inocencia de la hermosa María Aurora, como llamaron a su hija, Santiago cumplía la promesa que se había hecho de no hacer diferencias con sus hijos dando gracias a Dios por darle una niña tan hermosa,

Héctor por su parte había bautizado Eliseo a su segundo hijo y no cabía de orgullo por sus dos varones, tal parecía que la vida le sonreía y que de su pasado solo quedaba vestigios que de a poco iban quedando enterrados para siempre.

Un año después...

La casa era estremecida por los truenos mientras el agua de la lluvia se estrellaba contra las tapias. Héctor afuera en la explanada a un costado de la casa intentaba controlar los caballos que asustados con el fragor de la naturaleza amenazaban con abalanzarse contra la cerca de varas de la caballeriza, el agua empujada por el viento lo empapaba todo, los relámpagos se sucedían uno tras otro, iluminando por momentos la bravía escena.

—¡Señor Héctor! ¡Señor Héctor!—Oyó que le llamaban entre el fragor de la tormenta.

Vio hacia la casa y allá en el zaguán pudo distinguir a pesar de la fuerte brisa, la luz mortecina de una lámpara y quien le sujetaba le pareció un fantasma. La negra Domitila con un cobertor blanco sobre sus hombros, volvió a llamarle a todo pulmón:

—¡Señor Héctor dice mi mama que venga rápido!

Aquel no halló más remedio, abrió el falso y espantó a los caballos que salieron huyendo despavoridos, ladera abajo.

Héctor, corrió hacia la casa chapoteando barro, entró al corredor donde la morena mujer le dijo desdoblado una gruesa cobija:

—¡Hay mi señor quítese esa ropa, que le puede dar una pulmonía, válgame Dios!

Héctor se dispuso a despojarse de la ropa y mientras lo hacía preguntó:

—¿Cómo está?

Domitila con voz de verdadera preocupación respondió:

—Sigue con el derrame, pero ya está haciendo labor de parto mi don.

Un nuevo relámpago ilumino la estancia, en los ojos de la negra, aquella pasión dormida pareció avivarse al ver la varonil figura de Héctor, casi desnudo. Aquel tomó la cobija y cubriéndose con ella, maldijo por lo bajo y fue a sentarse en un banco junto a la puerta de su habitación, un trueno ensordecedor hizo que algunos terrones cayeran del techo, Domitila se persigno espantada, no había visto una tormenta así nunca; era como un mal presagio. En aquel momento la puerta de la habitación se abrió y apareció el taciturno rostro de Jacinta, Héctor se levantó como un resorte del banco, la mujer miró a ambos y en su rostro por primera vez el hombre noto un gesto más que de preocupación y como si le costase hablar, como si lo que iba a decir fuese a ser una especie de maldición pronunció:

—Es; es una niña señor Héctor.

El viento aulló contra las tapias con más fuerza, Domitila se estremeció, Héctor miró a la partera como si ella pudiera remediar aquello, era imposible, el hombre no podía ocultar su contrariedad; mas sin embargo preguntó:

—¿Isabel, cómo está ella?

Jacinta dudó un momento, sabía que lo peor estaba por decir y que a partir de entonces nada en aquella casa volvería a ser igual.

—Señor Héctor— Comenzó diciendo la mujer asumiendo que era su responsabilidad ponerlo al tanto de la situación— Como usted ya sabe este embarazo de la señora fue muy complicado y a última hora se presentó esa infección que gracias a Dios y los santos las dos están vivas porque casi siempre uno de los dos muere mi don; la niña nació con el cordón umbilical enredado en su cuello, estaba moradita cuando la saque señor, la señora tiene mucha fiebre, yo voy a hacer todo lo que pueda don Héctor. Pero si sigue muy mal habrá que sacarla en andas para el pueblo para que la vea un doctor, además don...— Dijo la mujer haciendo una pausa.

—¿Qué?— Preguntó Héctor.

Jacinta lo miró fijamente y resuelta dijo:

—La experiencia me dice que existe la posibilidad que la señora Isabel no pueda tener más hijos mi don.

Héctor retrocedió dejándose caer en el banco como si acabara de recibir un mazazo, la partera sintió un poco de pena por él, parecía derrumbado y queriendo consolarle de alguna manera dijo:

—Es una posibilidad mi don, una puede equivocarse, la señora es muy joven y se va a poner bien, también la niña, si la viera mi don es muy bonita, se parece a usted y...

Héctor ya no quiso escucharla, se levantó como mordido por una serpiente y de varias zancadas desapareció en la penumbra mientras la tormenta no parecía tener fin; Jacinta tomó a su hija del brazo con fuerza que hizo ademán de ir tras el patrón y enfrentándola le dijo:

—¡Déjalo muchacha! ¡Déjalo! No seas terca, te lo advierto por última vez, aléjate de Héctor Moncada y de su familia o lo vas a lamentar muchacha, lo vas a lamentar.

La tormenta terminó muriendo no sin desatar un sin número de sentimientos con el nacimiento de Angelina como la llamo su madre, la cual marco un antes y un después en la vida de sus padres.

Dentro de Isabel algo también moría, debatiéndose entre la infección y la fiebre, luchando por permanecer con vida; pues en su

subconsciente ya sabía por aquel instinto de madre que su pequeña hija, iba a necesitar de una especial atención de su parte.

Héctor apenas sí quiso saber de la recién nacida, preocupándose un poco por la salud de Isabel. Lo hacía por deber más que por voluntad, pues a partir de aquella noche, su actitud cambio hacia ella, despreciando a la niña, haciéndolas a ambas culpables de aquello que para él por su orgullo y egocentrismo era una humillación con la cual no podía lidiar.

Fue el pequeño Leonardo de casi tres años el que comenzó a ser víctima de la dureza y asperezas de su padre, quizás porque en lo físico no se parecía a él y en un afán por hacerlo más hombre que cualquier otro, pero en cuanto a Eliseo, el mediano, le dedicó una especial atención, siendo condescendiente con este sin poner un límite; a tal punto que el niño fue creciendo sabiéndose protegido de su padre y sintiéndose mejor que sus hermanos, así Héctor veía la angustia de Isabel; pues se sentía impotente para hacer algún reclamo por lo diferentes sentimientos que estaba sembrando en su hijos, aquel casi disfrutaba amargándole la vida de aquella forma, esa era su venganza, pero lo que Héctor no sabía era que llámese casualidad, karma, Dios o destino, la mesa estaba servida para que un fantasma del pasado fuera tomando forma en cada desprecio y odio que el sembraba en sus hijos.

Santiago y Benilde habían procreado tres hijos, pero el ultimo murió de rubéola a causa de la altísima fiebre cuando tenía un año de edad, el segundo hijo de aquellos se llamaba Fernando y así pues por la amistad y el compadrazgo que unía a las familias, los cinco muchachos compartieron mucho en su crianza, pareciendo a veces como hermanos, aunque estaba claro que no lo eran y alcanzada la pubertad, aquella etapa adolescente, había surgido entre Eliseo y María Aurora cierta ilusión pasajera que no duró mucho y que murió solo en eso, una ilusión quizás solo llevados por ese despertar natural de la vida que nos hace descubrir el lado correcto de la sexualidad.

Dos décadas pasaron sin que la geografía del lugar variase demasiado, esto gracias a que el cultivo del café favorecía en gran manera el ambiente; otras cosas si habían cambiado, física, material y sentimentalmente.

Los jóvenes se hicieron más viejos, los niños adultos, en la iglesia se celebraban bodas, bautizos y misas fúnebres lo que conllevaba a que en el cementerio las cruces se multiplicaran. Entre las cuales se encontraba la de Jacinta Gonzales, heredando desde entonces Domitila, el legado de su madre.

Leonardo Moncada era un muchacho moreno, alto, delgado, de negros ojos soñadores como los de su madre Isabel, un poco serio y tímido, siendo un poco agrio a veces debido quizás porque a él le había tocado aprender a fuerza de asperezas de su padre, a llevar las riendas del lugar con todo lo que conllevaba mantener a flote la producción de la plantación.

Sin embargo dentro de sí Leonardo era manso de buenos sentimientos, un poco soñador, sabía tocar la guitarra y en ella se refugiaba de tarde en tarde sacando hermosas notas que hacían suspirar a su hermana Angelina, tan soñadora como él; a veces dedicaba unas improvisadas estrofas a su madre a la cual adoraba, sacándole a esta un esbozo de sonrisa que apenas iluminaba su rostro pálido y marchito.

La belleza de Isabel se había ido opacando con el tiempo, callada por allí, por los rincones, sumisa, rumiando su desdicha, mientras recordaba su corto periodo de felicidad al lado de aquel hombre al que un día creyó había logrado cambiar. Veinte años hacía de aquello y desde entonces sentía sobre sí la mirada acusadora de Héctor, desechándola como a un coroto dañado que ya no puede repararse ni dársele más uso; ella sin saberlo atacada psicológicamente, sentíase culpable en parte y acepto viendo a otra parte ante aquel desfogue sexual que Héctor mantuvo por años con Domitila, la cual hasta entonces aún permanecía junto a la familia.

En los ojos de Isabel ya solo había resignación, tolerancia y perdón; a él porque al fin de cuentas era el padre de sus hijos y a ella porque había llegado a aceptarla como complemento de la madre que no podía ser, pues Isabel en su amargura y desdicha no pudo compartir y expresar su cariño como hubiese querido con sus hijos y fue Domitila bajo su mirada complaciente la que le robó casi por completo aquellos momentos que por derecho natural eran suyos.

Sin embargo la negra Domitila nunca trato ser más que una empleada con algunos beneficios, profesando a pesar de su

pasión por Héctor un gran respeto por su patrona, además de un cariño especial por los hijos de estos a los cuales toleraba y a lo que los muchachos correspondían formando con el pasar de los años un vínculo familiar motivado quizás a que ellos llenaban aquel espacio vacío que había en su vida y en el nadie parecía reparar.

Angelina creció sabiéndose despreciada de su padre, solo a ella Isabel dedicó una especial atención saliendo a veces de su letargo emocional. La niña debido a aquella grave infección que había presentado su madre al ella nacer, había sido una infante muy enfermiza. Domitila se desvivía por la pequeña y eran muchas las noches en las que junto a Isabel se turnaban en largas vigiliass en las que angelina deliraba consumida por la fiebre. Flaquita, ojerosa y pálida; así transcurrió su niñez, en lo que su padre comentaba con desprecio...— Esa enclenca de seguro no se cría.

Muchas veces lloró en el regazo de su madre y otras en los brazos de Domitila, no entendiendo la indiferencia con que aquel le trataba y las comparaciones que hacía de ella haciéndola sentir insignificante, no fue hasta ya alcanzar su adolescencia que comenzó a entender con claridad que su padre no la quería y empezó a preguntarse a sí misma cual era la razón y acoso a su madre y a Domitila con preguntas que no obtenían respuestas, pero la niña no desistía en su empeño por conocer los motivos y un día cuando ya casi terminaba su etapa adolescente, Isabel entre lágrimas le confeso los hechos que antecedieron a su nacimiento y de allí el motivo del repudio de Héctor y de la crianza egoísta e irresponsable que le daba a sus dos hermanos, no tomando en cuenta las consecuencias de sus actos. Fue aquel el primero de los secretos que conociera y desde aquel día se afirmó aún más aquella comunión que había existido entre madre e hija, que para la época muchos no comprendían.

A sus veintiún años, Angelina Moncada, la niña débil y enfermiza, había desaparecido y ahora podía estar segura de ser la joven más bonita de la región.

Su piel era suave, blanca, con mejillas sonrosadas y ojos grises, misteriosos, donde se mezclaban sublimes sentimientos. Su pelo largo y rubio estaba recogido en una trenza que caía

por delante de su hombro. Debajo de su largo vestido floreado, algo ceñido, se podían adivinar las formas armoniosas de su cuerpo. Tenía una sonrisa más bien tímida en su boca roja, carnosa y sensual, que incitaba al beso.

La dureza y los muchos desprecios de su padre, en combinación con el amor y aquella comunión con su madre, habían hecho de ella una mujer en todo el sentido de la palabra; ya muchos se habían estrellado contra el muro que era Angelina Moncada. Obviando a sus hermanos, por los cuales sentía aquel cariño natural, la joven parecía sentir cierto desprecio hacia los hombres, empujada quizás por aquel resquemor hacia su padre. Inteligente como él, sensible como su madre y soñadora como ella misma, sabía que más allá de todo aquello que conocía desde niña, había un mundo distinto, algo más que ella añoraba.

Sabía que detrás de aquellas montañas había pueblos y ciudades, personas diferentes en pensamiento, en su forma de vivir y de ver las cosas. Sí, allí, tan cerca y tan lejos, estaba lo que ella anhelaba, no allí en aquella casona que se le hacía una cárcel. Pero podía tomar su libertad cuando quisiera. ¿Qué la detenía? Para su padre ella apenas existía, y su madre, la pobre, la secundaba en sus sueños. Entonces, ¿qué le impedía volar hacia su destino? ¿Acaso el amor de algún hombre? No, Angelina no se había enamorado de hombre alguno aún, pero sí la detenía un sentimiento, un sentimiento de afinidad y unión que nace en el corazón en los momentos en que los más sublimes sentimientos afloran y se comparten con esa persona que es tu igual. Entre confidencias y sueños de estar siempre unidas, entre complicidades, compartiendo momentos imborrables entre lágrimas y risas, bromas, comparaciones y asombro de los cambios físicos que las convertían en mujeres, y de promesas inquebrantables hechas entre sí y María Aurora.

María Aurora Salcedo, la hija de Santiago y Benilde, bonita, inteligente y sencilla, era común verla reír; tenía un no sé qué que llamaba la atención, que encendía las miradas a su paso, sus movimientos al andar, su mohín al mover la boca al hablar, gracia y encanto que le habían ganado el cariño de quienes la trataban, poniendo cada cosa en su lugar, no dejando que algunos confundiesen su fácil trato con algo

más. Al igual que Angelina, sabía lo que quería, aunque sus sueños no iban más allá de aquello que conocía desde niña, aun sabiendo que más allá de todo eso la vida ofrecía más y posibles mejores oportunidades. Pero para ella todo estaba allí; su ideal eran sus padres, quienes le enseñaron a ella y a su hermano Fernando que no es Dios el causante de los tropiezos del hombre, sino los deseos del corazón de este, al cual Él creó para vivir de forma sencilla, pero el hombre se complica la vida, pues siempre quiere tener más y, mientras más tiene, más problemas añade a su existencia.

María Aurora solo deseaba un hombre que la amara, casarse, tener hijos y vivir allí para siempre, rodeada del cariño de todos. Tan sencillo como eso; no era mucho lo que deseaba, pero a veces las cosas más sencillas se vuelven tan difíciles de conseguir.

Había una larga fila de pretendientes, entre los cuales estaba su amor pasajero de la infancia, el cual recordaba esbozando una sonrisa como nostálgica, recordando aquellos días en los que la inocencia de su recién nacida adolescencia le había hecho creer que era amor lo que sentía por aquel, pero todo había quedado en solo eso, una ilusión de casi niños y hoy, por su parte, no cabía más sentimiento hacia él que el de una amistad sincera cargada de un cariño especial, aunque aquel la seguía pretendiendo.

A sus veinte años, en el corazón de la joven iba creciendo un sentimiento de verdadero amor hacia una persona a la cual conocía desde niña, al igual que Eliseo. Aquella persona, aunque muy cercana y con él infinidad de vicisitudes compartidas, no habían sido tantas debido a que casi siempre tenía algo que hacer, doblegado por el carácter de su padre; sí, María Aurora había ido albergando en su corazón un sentimiento que al principio confundió con respeto y admiración, pero con el pasar de algunos años se dio cuenta de que estaba enamorada de Leonardo. Si algún hombre la merecía, era él. Pero la gran pregunta que se hacía: ¿Y él, qué sentía Leonardo por ella? Y, aun si aquel albergara algún sentimiento de amor hacia ella, ¿se atrevería a manifestarlo? Con lo callado y tímido que era...

Pero María Aurora era una mujer de ideas fijas, así que, ya segura de sus sentimientos, sabía que la única que podía ayudarle en aquel trance era su casi hermana, amiga y confidente, Angelina.

Isabel, apoyada por su hija, seguía cuidando aquel jardín más por no desanimar a Angelina que por deseo, pues su gusto por las flores había muerto desde hacía muchos años; la tarde se hacía opaca y ya las guacharacas comenzaban su estruendo allí en los cafetales, entre las ramas de los guamos.

Leonardo punteaba su guitarra recostado en una hamaca que colgaba de sus extremos de las vigas a un costado del corredor interno; los perros ladraron alertando a los de la casa. Héctor, que en una esquina del corredor principal partía maíz en un pilón de madera, levantó la vista hacia el camino y, de una ojeada, reconoció al que llegaba.

El tropel de la bestia se dejó oír en la explanada; Leonardo dejó de puntear la guitarra, adivinando de quién se trataba. Los cascos de la bestia se fueron amortiguando a medida que se acercaba a la casa, deteniéndose hacia el costado de la entrada posterior; se oyó el resoplido fuerte del animal. Domitila se asomó a la puerta de la cocina, limpiándose las manos con un trapo de fogón.

—Es el señorito Eliseo que ya regresó con quién sabe qué bicho—dijo esta.

Isabel dejó su quehacer al igual que Angelina, se lavaron las manos en una vasija dispuesta allí para aquello. Leonardo continuó punteando la guitarra distraídamente. Las botas de montañero de Eliseo se dejaron oír por el corredor.

Salvo porque sus ojos eran intensamente azules y su pelo de color negro, Eliseo Moncada era idéntico a su padre en los días de su plena juventud en cuanto a lo físico se refería, pues en cuanto a pensamiento y obra distaba mucho de parecerse a aquel.

Eliseo era inquieto, irresponsable, zalamero y enamorado; la crianza que recibiera de su padre lo hizo la persona que era, como librándole de ciertas complejidades que en vez de realzar sus valores lo hicieron atrevido, descarado y egocéntrico. Eliseo, contrario a su hermano, llevaba una vida rebosante, tranquila, sin muchas responsabilidades, cayendo en la holgazanería. Quizás lo único que el joven tomaba en serio era aquella afición por la caza en solitario, la cual era su pasatiempo desde adolescente y que cada día crecía más, excediéndose a veces, cayendo en el fanatismo. Isabel muchas

veces le recriminó esta actitud, pero el joven siempre terminaba saliéndose con la suya apoyado por su padre, el cual le había dicho: ¿Cuál es el mal? Al menos son solo animales. La manera de decirlo, a modo de indirecta, decía cuanto remordimiento había en su conciencia y la manera absurda con que creía descargarla.

Era clara la relación distante que existía entre Leonardo y Eliseo. A aquellas alturas de su vida, la diferente actitud de su padre para con ellos los hacía discutir con frecuencia desde que eran unos mozalbetes, y para entonces el comportamiento holgazán, exigente y egocéntrico de su hermano era algo que ya Leonardo casi no soportaba. Pero intentaba hacerlo solo para complacer a su madre y no causarle más tristezas. Héctor casi siempre intervenía en sus discusiones y encontraba la forma de inclinar la balanza a favor de Eliseo, haciendo que Leonardo se tragara su rabia, pues a fin de cuentas era su padre el dueño de todo. Entre ellos quedaba un resquemor que de a poco se alimentaba con cada discusión, con cada acción, víctimas ambos de la estupidez de su padre, y más temprano que tarde llegaría el día que, al llenarse, solo faltaría la gota que derramara el vaso de la ira.

El atractivo Eliseo llegó hasta los presentes, aquel aspecto de montañero le quedaba al hilo con su barba de tres días, pasó a un lado de la hamaca donde su hermano descansaba y saludó con una pregunta:

—¿Qué? ¿Dándole al coroto ese?

—Ajá —respondió aquel— aquí, matando la tarde.

—¡Ja! —respondió Eliseo— yo no tengo maña para esa cosa. Fue al encuentro de su madre que lo santiguó dándole la bendición y le preguntó de manera recriminatoria:

—¿Ahora qué daño le hizo a esos animalitos?

Eliseo no respondió y, tomando la mano de Angelina que se había acercado también a saludar a su hermano, le hizo dar una vuelta diciendo:

—A esta mujer hay que buscarle un novio, ¡caray!

Isabel lo miró muy seria y le dijo:

—¡Bueno, suelte, suelte, carajo, y respete a su hermana! Cree que ella va a andar como vos, calentando camas. Eliseo iba a decir algo, pero en aquel momento salió la negra Domitila con

una vasija con agua de panela para el recién llegado, que lo agradeció zalamero echándole el brazo por encima, diciéndole: —Es que lo que más me hace falta cuando estoy allá en la montaña son los cuidados de mi negrita.

Y mientras bebía agua a grandes sorbos escuchó a su madre decir: —Quién le manda, pendejo, estar por allá haciéndole daño a esos animalitos sin tener necesidad.

—Déjelo, mamá, un día de estos le van a venir dando un susto. —Dijo Angelina. El aludido casi escupe el agua al soltar la carcajada y dijo riéndose:

—Qué hermanita tan boba, creyendo en esas vainas; como que le está aprendiendo a Domitila, le falta es el altar lleno de matachos en el cuarto, ji, ji, ji... —se rió Eliseo.

Su madre, en tono aprensivo, le dijo:

—Respete a los mayores, mijo, respete.

Domitila, conciliatoria, pronunció:

—No se preocupe, mi señora, el señorito es ignorante de muchas cosas.

Eliseo, un tanto arrepentido de su comentario, pidió:

—Perdón, perdón, pero es que Angelina se inventa unas cosas...

Su madre, disculpándolo, dijo:

—Ya está bueno ya, vamos para la cocina para que mate el hambre y usted, Domitila, que fue la que lo acostumbró a arreglarle esos animales, vaya a ver qué fue lo que mató esta vez el muérdago este.

Eliseo, mientras iba a la cocina, comentó:

—Ahí les traje un cachicamo, pero... ¡Qué animal más grandel!

Parece que mientras más lejos voy, más grandes son todos los animales, hasta las hormigas, ¡caray! Yo creo que entre cuatro bichas de esas se lo cargan a uno si se descuida, ¡ja, que sí que! Leonardo, en su hamaca, movió la cabeza negativamente ante el comentario exagerado de su hermano. Angelina comentó:

—Después dice que una es la que inventa cosas. Domitila había ido al zaguán, y desde donde estaban Angelina y Leonardo pudieron oír su comentario de asombro:

—¡Válgame Dios! Los dos se miraron y el joven curioso se levantó dejando la guitarra en la hamaca; ambos fueron al zaguán, donde Domitila observaba con ojo de asombro al inerte cadáver del animal que yacía tirado en la dura tierra. Los dos

jóvenes también quedaron asombrados del tamaño de la pieza. Leonardo, tomándolo de la cola, tanteó su peso diciendo:

—Pesa como diez kilos, y reconoció: no exageraba esta vez el mentiroso de Eliseo.

Domitila dijo entonces, pensando Leonardo que le ganaba a Eliseo en exagerar:

—Hay unos muchos más grandes.

—¿Más grandes que ese? —señaló Angelina el cuerpo del negruzco cachicamo que Leonardo ya volvía a colocar en el suelo.

—Sí, mi señorita Angelina, aunque no me lo crean, yo los he visto.

—Respondió Domitila.

—¿Cuándo? —preguntaron casi al unísono los dos jóvenes.

Domitila pareció reflexionar un momento y respondió:

—Cuando era una niña, como de nueve años, allá en mi tierra de Yaracuy, en algunas partes del llano hay una clase de cachicamo gigante que le dicen solapa.

—¿Gigante? —preguntó Leonardo, enarcando las cejas algo incrédulo.

—Sí, mi niño Leonardo —respondió Domitila con aquella acostumbrada forma cariñosa de llamarlos—. Son más del doble que estos, mis niños, se los aseguro, yo no les diría mentiras a ustedes.

—Yo sé que no, mi negrita —le dijo Angelina— pero si el tamaño de este animal me tiene asombrada, imagínese esos que usted dice, ¡yo me espanto, que va!

—Ay, mi niña, no diga eso, que de por sí este animal ya me trajo malos recuerdos —pronunció Domitila con algo de congoja en la voz.

—¿Por qué? —preguntó Leonardo, curioso por saber algo del pasado de aquella cariñosa mujer, que conocían desde niños, pero de la cual su pasado era hasta ahora un misterio. Una extraña tristeza pareció apoderarse de la pobre mujer, y con una voz profunda dijo:

—¡Ay, mis niños! Mi vida dio muchas vueltas antes de conocer a mi mamá de crianza, la difunta Jacinta, que Dios la tenga en su gloria. Jacinta me crió porque yo quedé huérfana de madre y después no supe más de mi taita desde que le cogieron preso. Leonardo miró a su hermana y fue esta la que preguntó:

—¿Y por qué se llevaron preso a tu papá, Domitila?

—Una vez mi papá salió huyendo y nos llevó con él, a mi hermanito de catorce meses y a mí; se internó por unas montañas casi parecidas a estas. Anduvimos varias horas en el afán de huir; él no se daba cuenta de que nos íbamos perdiendo en aquellas montañas hasta que ya después de más de medio día de andar sin rumbo, el terreno quebrado quedó atrás y llegamos a terreno llano donde, les digo, es más fácil perderse. Yo lloraba y me ardían los pies despellejados de puro andar; mi hermanito lloraba sin descanso. Yo no me atrevía a decirle nada a mi taita porque le cogí un miedo, aunque él con mi hermanito y conmigo fue siempre muy cariñoso y bueno. De pronto, de entre las matas, salieron dos cachicamos gigantes osando como hacen los puercos, con semejantes narices. En principio nos asustamos porque apenas los conocíamos de oídos y se decía que eran sagrados o que eran espejismos de indígenas para ahuyentar a cazadores o curiosos; pero mi viejo dijo que si Dios los ponía en su camino era por alguna razón y el hambre que ya teníamos le pareció una buena razón. Y con aquel machete que llevaba desde que huyera, se les fue encima y logró matar uno de esos gigantescos animales, dándole dos machetazos. Mi viejo lo despresó y con unos cerillos que llevaba prendimos candela y así, a medio sollamar, comimos hasta que nos hartamos. Mi pobre hermanito tan pequeño apenas si comió de ese bicho, y no paraba de llorar. Papá le hizo una cuna con la cáscara del solapa y con unos bejucos; la colgó de unas matas y comenzó a mecerlo y a cantarle y así pasamos aquella noche en vela y perdidos; al otro día mi taita se cargó al niño y yo la cáscara del cachicamo e intentamos regresar. Volvimos a caminar casi todo el día; mi hermanito estaba enfermo y no paraba de llorar. Mi viejo me quitó la cáscara y lo acomodó, lo abrigó con su camisa, amarró la cáscara con los bejucos a unas ramas y comenzó, mese que mese y cante que cante. Casi como dos horas después fue que de entre los matorrales comenzaron a salir hombres de uniforme, bien armados, que nos rodearon y amarraron a mi pobre viejo, que no se defendió y seguía cantándole a mi pobre hermanito para que se durmiera. Con asombro y susto escuché a uno de ellos decir que el niño tenía muerto como siete horas y que mi pobre taita había perdido la razón. Desde

aquel día me separaron de mi papá y nunca más volví a verlo ni a saber de él.

Domitila terminó su relato con un suspiro profundo, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas. Los dos jóvenes, uno por cada lado, se apretaron contra ella, mirando los tres el cadáver del cachicamo casi a sus pies. Fue Leonardo quien quiso saber y preguntó sin esperar que la respuesta fuera tan trágica:

—¿Y por qué huía su papá, qué fue lo que hizo?

La morena mujer quedóse en vilo un momento y con voz quebrada respondió:

—Él mató a mi madre de dos machetazos y también a su amante.

Dicho esto, mientras Angelina y Leonardo asimilaban la confesión de la mujer, esta se agachaba y, cogiendo al cachicamo muerto, decía mientras salía del recinto:

—¡Voy a arreglar este bicho antes que se oscurezca, caracha! Aquella noche, mientras intentaba dormir, Angelina recordaba lo que Domitila les había contado y reflexionaba sobre muchas cosas que desde niña había escuchado en conversaciones y comentarios que sin querer se había enterado, como aquel rumor de que su padre había mantenido por años un amorío con la morena mujer, con el conocimiento de su madre. Aquello, aunque nadie lo aclaró, tampoco ninguno negó que fuera así, y era una especie de secretillo que se manejaba lo más discreto posible en el seno de las familias Moncada y Salcedo.

Ellos, los hijos de Héctor, nunca manifestaron ningún rechazo por Domitila, pues nunca aquella se sublevó contra Isabel o quiso ser o sentirse más que ella; por lo tanto, nunca le dio una razón para odiarla y hoy por hoy la veían casi como a una segunda madre, pues aquella se había ganado ese derecho, soportando junto a su madre calladamente: trabajos, penas y humillaciones. Recordaba lo hermosa que era aquella mujer, al igual que su madre, y de cómo hoy se veían marchitas, con sus sueños inconclusos. ¿Si alguna vez tuvieron sueños? Sí, seguro que alguna vez soñaron, pero no fueron más lejos de allí.

Angelina comenzó a reflexionar sobre sí misma y se juró que muy pronto ella se iría de allí; que ella no iba a quedarse a que su juventud se marchitara para luego andar como su madre

y Domitila añorando lo que se había perdido. No, ella no cometería ese error y menos a entregarle su juventud a algún hombre de allí. No era por desprecio, era solo que aquello no encajaba en sus planes; así fue cayendo en los brazos de Morfeo, el cual la llevó en sus alas a un mundo surreal, que ni por asomo asociaba a lo que conocía, donde se vio rodeada de extraños que la llevaban en sus hombros, unos con alegría, otros llenos de tristeza, pero todos alababan su belleza, mientras que una rara llovizna, que parecía trocitos de blanco algodón, iba cubriendo a todos y el suelo por donde andaban.

CAPITULO III

Santiago y Benilde siempre sintieron un gran aprecio por los hijos de sus compadres; acentuándose tal cariño con el pasar de los años. Fue mucho lo que las dos familias compartieron, siendo en algún tiempo unas de las más unidas de la región, pero el cambio de actitud de Héctor hacia Isabel después del nacimiento de Angelina y la diferente manera en que crió a sus hijos, había hecho que el matrimonio Salcedo, al ir notando los resultados de aquello, se hubiera distanciado de los Moncada, sobre todo de Héctor, el cual cada día se fue haciendo huraño y poco comunicativo; solo muy de vez en cuando hacían una corta visita de cortesía por respeto al compadrazgo y para que Benilde, que siempre fue muy amiga de Isabel, compartiera con esta un momento de tertulia que su apagada comadre parecía disfrutar por la disponibilidad, la facilidad de expresión y el buen genio del que hacía gala la madre de María Aurora.

Estas cortas visitas casi siempre eran los domingos por la tarde, cuando cesaban prácticamente todas las faenas o después de una misa que por ocasión se oficiaba en la iglesia del poblado. Eran los jóvenes de las familias quienes empujaban a estas visitas para así ellos aprovechar para sus escarceos.

Santiago y Héctor conversaban de sus asuntos más referentes al trabajo o a otros hechos que a su vida personal, pues hacía ya mucho tiempo que aquella confianza entre ellos se había acabado y ninguno de los dos se metía en la vida privada del otro.

Por ratos se hacía un silencio entre ellos, roto por el característico canto de las guácharas, al que apenas unos segundos después otro grupo les respondía un poco más alejadas en un careo repetitivo y sonoro; más lejos, en las montañas, los aullidos de los araguatos eran roncós, marcando sus dominios.

En la cocina, Isabel, su comadre Benilde y Domitila departían en el típico chismorreó mientras preparaban chocolate para compartir con los presentes en la casa.

Leonardo, tímido y entregado al trabajo como era, apenas si le quedaba un poco de tiempo que aprovechaba para descansar y, recostado en su hamaca, rasgaba las cuerdas de su

guitarra, queriendo pasar desapercibido y ocultarse con sus sueños detrás de las notas de aquella.

La piel de la encantadora María Aurora se erizaba al oír la suave melodía mientras simulaba prestar atención al arreglo del jardín en compañía de Angelina; quisiera sentarse junto a él y que todas aquellas notas se las dedicara solo a ella, se desesperaba por momentos y lanzaba escondidas miradas al joven, que en algunas ocasiones las atrapaba lo más disimuladamente posible, intentando no hacerse ninguna ilusión con María Aurora, pues aunque estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo, tenía claro que su hermano la pretendía y que, aunque la muchacha parecía resistirse a las pretensiones de Eliseo, terminaría por aceptarlas, pues hay un viejo refrán que dice: va tanto el cántaro al agua que por fin se rompe.

Se sentía un poco celoso e impotente, ocultando sus sentimientos por timidez, por respeto y porque creía que no tenía ninguna oportunidad frente a su hermano en la disputa por el amor de María Aurora. Él no sabía, pero aquella falta de seguridad era culpa de las humillaciones que su padre le había causado, haciéndole sentir toda su vida menos que aquel, y mientras Eliseo utilizaba mañas y artimañas para lograr conquistar a la joven, él se dedicaba al manejo incesante de la finca.

Pero los meses pasaron y hasta aquel día el mañoso Eliseo no recibía ni un indicio de que la joven quisiera un amorío con él y, por el contrario, aquel día le tocaba recibir una desagradable sorpresa, una sorpresa que aceleraría mucho los acontecimientos en las vidas de algunos.

Eliseo había pasado un buen rato en la piedra de amolar sacando filo a su descomunal cuchillo de caza del cual casi nunca se desprendía y del que hacía mucho alarde, pues de verdad era una pieza especial, la cual se había hecho traer por un conocido maletero que periódicamente visitaba la comarca. El arma blanca era de doce pulgadas de acero inoxidable con cachas de nácar y con las iniciales de su nombre grabadas profundamente en su hoja: E.M.

Un rato después, permanecía por allí sentado a un extremo del corredor interno, pareciendo concentrado en la limpieza de una escopeta y la preparación de pertrecho y munición para aquella, pero su concentración era disimulada y levantaba la

vista cada vez que oía las risitas de las muchachas. Su ego sufría al notar que María Aurora apenas si le había prestado atención durante el buen rato que llevaba allí. Algo contrariado, se levantó y se fue a continuar su tarea en la parte de atrás de la casa. Las jóvenes no parecieron darse cuenta de la ausencia de aquel y, al poco rato, lavándose las manos en el agua de la vasija, fueron a la habitación de Angelina, que quería obsequiarle un vestido a su amiga, el cual ya no le gustaba mucho.

Angelina abrió la ventana que daba al corredor de atrás para poder ver con mejor claridad, empinándose en la punta de los pies. La joven destrabó el rollizo madero que aseguraba el alto ventanuco.

María Aurora pensó que aquel era el momento preciso para poner al tanto a su incondicional amiga de lo que sentía por su hermano Leonardo, aquella mientras buscaba en su improvisado guardarropa, descolgando un sencillo vestido floreado a tonos azules y blancos y lo puso sobre la cama.

—Es este, a mí casi no me queda ¿sí te gusta? —preguntó a María Aurora, que de momento parecía un tanto ausente.

—¿Qué pasó, no te gustó? —volvió a preguntar la joven al ver el poco entusiasmo de su amiga.

Aquella reaccionó diciendo:

—¡Ah!, ¡Sí claro, está bonito, claro que me gusta!

—Yo pensé que no... —dijo Angelina.

—¡Sí, sí! Lo que pasa es que necesito contarte algo que pasa y quiero que me ayudes, ¿sí? —terminó interrogando María Aurora.

Angelina vio la súplica en los ojos de su amiga y dijo:

—Cuéntame pues, que ya me picó la curiosidad.

María Aurora, segura de que nadie las oía y de que su amiga era de por sí la caja de sus secretos, le confesó con vehemencia en la voz:

—Estoy... enamorada, muy enamorada de Leonardo.

No hubo sorpresa en la reacción de Angelina, más bien dijo a su amiga con un velo de tristeza en su voz:

—Ya lo sabía, ¿crees que no me he dado cuenta cómo le miras desde hace tiempo?

María Aurora, además de tristeza, sintió cierto reproche en la voz de su amiga y con algo de desconcierto preguntó:

—¿Yo pensé que te alegraría saberlo?

Angelina no supo qué responder, vacilando y sintiéndose confundida por primera vez frente a su amiga de toda la vida, dijo: —Bueno, es que yo pensé, bueno, que sería algo pasajero, como con Eliseo —se sentía intranquila y no entendía por qué.

María Aurora, que menos entendía la reacción de su amiga, le respondió:

—No, con Eliseo fue un juego de niños, Angelina, lo que siento por Leonardo es diferente, es algo que ya ni dormir me deja por la incertidumbre de no conocer lo que siente él por mí y por eso necesito que me ayudes, necesito saber qué siente, a veces creo que él también está enamorado de mí, pero siempre me trata con tanto respeto que no sé, ¿sí me ayudarás? —había en verdad ruego en la voz de su amiga que Angelina no tuvo fuerzas para negarse, a pesar de que algo allí muy dentro parecía resistirse y lo confundió con temor a la reacción de su hermano Eliseo, si entre su amiga y Leonardo aquello lograba concretarse.

—Sí, está bien, pero cuidado con Eliseo, sabes que está detrás de ti desde hace mucho tiempo —dijo Angelina.

María Aurora, exaltada, tomó ambas manos de su amiga entre las suyas y le dijo:

—¡Gracias, amiga! ¡Sabía que podía contar contigo!

Angelina, que no dejaba de estar confundida, sintiéndose extraña, le respondió lo que para ella era una promesa:

—Siempre, siempre puedes contar conmigo, lo sabes.

María Aurora iba a decir algo, pero en aquel momento se escuchó la voz de su madre en la puerta:

—A ver, muchachas, salgan para que repartan el chocolate, ¡caray!

Angelina dobló con mucho cuidado el vestido que le obsequiara a su amiga, sujetándolo con una tirilla que consiguió por allí, lo dejó sobre la cama y salieron, dejando la ventana abierta.

María Aurora y su madre llevaron la caliente y estimulante bebida a su padre y a Héctor, que seguían en su charla, mientras que Angelina les llevaba a sus hermanos, la cual hubo de dar voces para que pasado un rato apareciese Eliseo, viniendo del corredor de atrás; aquel cogió la bebida y fue a sentarse en un banco de madera, sorbiendo con pausa sin dejar de observar a Leonardo, que descuidadamente se levantaba de su hamaca

para llevar el pocillo a la cocina. En la mirada del hermano menor había celos y rencor. Unas horas después, mientras moría la tarde...

Llegaron a la casa con la puesta del sol, María Aurora se apeó de la mula y se fue de prisa a su habitación, que no era más que un pequeño aposento oscuro en el que tenía los pocos enseres con los que contaba, pero al fin y al cabo era su habitación en la que tenía privacidad. Abrió el pequeño ventanuco por donde los últimos rayos de claridad se colaban, afuera oyó a su papá decir mientras sonreía:

—Fernando, vení vos y desaperás esa mula, porque esa muer-gana muchacha como que venía purgada con el chocolate.

Oyó a su madre decir entonces:

—Es que se va a medir un vestido que le regaló Angelina, mijo. María Aurora sonrió en su habitación mientras veía el vestido doblado sobre la cama. Tomándolo, lo extendió tal cual era sobre esta, entonces un papel doblado cayó casi a sus pies. Sorprendida, lo tomó de prisa y, desdoblándole, se acercó a la luz.

“Señorita, es necesario que hablemos, la espero el domingo que viene en el café del plan a las cinco de la tarde, por favor no me envíe una respuesta, no vaya a faltar, quedo de usted.”

Atentamente:

Leonardo Moncada.

Temblando, la joven dobló la nota y la posó sobre su corazón que parecía desbocado y, ruborizada, pensó en la prisa que se dio Angelina en ayudarle. Claro, mientras ella y su madre habían ido al corredor principal, ella había hablado con Leonardo y... ay Dios, qué vergüenza, qué pensaría aquel de ella. Se dejó caer sobre la cama, de cara al techo con los brazos en cruz, lanzó un suspiro hondo. Bueno, ya estaba hecho, ahora solo quedaba esperar al día de la cita, sabía que los días se harían eternos; cerró los ojos y con todas las ansias de mujer aflorando por cada poro de su virginal cuerpo dejó volar su imaginación.

Llegó por el camino del norte con la maleta de trastos a sus espaldas, sostenida por un pretal a su cabeza; gordito, bonachón y algo harapiento, un sombrero de paja de alas anchas le cubría la cabeza, con el pantalón arremangado, los pies llenos de barro, mientras que sus alpargatas descansaban atadas a la

pretina. Con su lento andar, particularidad del baquiano que sabe que del afán queda el cansancio, se reconcentraba con su lengua, jugueteando distraídamente con dos o tres huecos en su encía que dejaban la falta de tales dientes. Arribó al cementerio donde se detuvo, descargando el pesado costal. Sacó un mugriento pañuelo y, quitándose el ancho sombrero, secó el sudor que perlaba su frente. Hecho esto, extrajo de uno de los bolsillos de su vieja camisa guayabera un cabo de vela y una caja de fósforos, de los cuales, extrayendo uno, lo rascó con la uña y, encendiendo la vela, la colocó al pie de una lápida. Puso una rodilla en tierra e inclinando la cabeza oró silenciosamente por las almas de los muertos. Un rato después se levantaba y, tomando sus trastos, continuaba su camino, trasponiendo el cementerio y entrando a Ranchos Valientes.

Alcides Tarazona era uno de los muchos maleteros que, con sus comunes y novedosas mercancías, andaban por las aldeas y pueblos del sur, trayendo no solo cachivaches sino noticias que ponían al tanto de lo que ocurría o estaba por ocurrir en la vida política o social del país. Alcides Tarazona venía a Ranchos Valientes desde que aquel se fundara, no siendo entonces desconocido por nadie de la comarca y si alguien no conocía al popular maletero, era entonces que no era de allí. El informal comerciante conocía a la mayoría desde su nacimiento y, a su paso por la aldea, era recibido con hospitalidad de los adultos y algarabía y jolgorio de los muchachos que, ya de tarde, descansaban de la faena del día.

—Hombre, mano Alcides, entre para que tome café.

—Dios me le pague, mano Zósimo, voy de afán, otro día será.

Una novedosa vitrola sonaba en la cantina, mientras que un borracho intentaba sostener el botalón de una cerca para que no se cayese. Bueno, esto era lo que parecía. Una jauría de famélicos perros en los que las pulgas y garrapatas parecían una multitud en huelga de hambre le salieron al paso, casi desmayándose con cada ladrido.

Un grupo de bribones le rodearon, impidiéndole casi avanzar, y le acosaron con preguntas curiosas:

—¿Si trajo metras y trompos? —preguntó un niño pecoso y mugriento de pelo rojizo.

Alcides le conoció, aquel era el nieto de mano Zósimo.

¡Hombre, qué largo iba a ser aquel mozalbetel!, pensó.

—¿Si le trajo la sinfonía a papá? —interrogó pelo de totuma, un barrigón de aspecto indio, mientras se sonaba los mocos que le salían a raudales por la nariz.

—¿Y yo-yos, mano Alcides, si trajo? —Aquel otro pelirrojo era hermano del pecas y, mientras hablaba, no cesaba de ras-carse el culo, señal de que los parásitos en cualquier momento le comerían hasta el dedo.

—¡Yo quiero una escopeta para matar picures! —otro esmirriado y entelerido bribón que, además, era bizco de un ojo, desplazándolo hacia afuera tanto que confundía su oreja con la punta de su nariz y, para colmo, sus padres lo bautizaron Casimiró.

El bonachón Alcides mirándolo pensaba: ¿para qué diablos quiere una escopeta este enteco? Se va a matar, por Dios santísimo, y pasaba por entre la bribonada sonriéndoles y mesándoles el cabello procurando que no le untaran mucho de mocos.

Traspasó la aldea pasando frente a la pequeña y orgullosa iglesia, donde se persignó deteniéndose dos segundos y continuando su marcha hacia el sur. Anduvo unos quince minutos, apartando luego por una vereda hacia el este justo antes de llegar a “pata de gallina”, el cruce de los caminos reales. Aquella vereda le conducía hacia la casona de Héctor Moncada, familia con la que por años sentía una especial afinidad y estos por él.

No había transitado mucho trecho cuando tropezó con Eliseo, que montado en su caballo le saludó entre sorprendido y alegre:

—¡Hombre, don Alcides, que el tiempo sí pasa rápido!... ¿Ya hace dos meses que se fue?

El cincuentón comerciante estrechó la mano que le tendía el joven, sin desmontar del caballo.

—¿Cómo está, don Eliseo, qué hay de nuevo?

Eliseo respondió sonriendo:

—No, pues eso es lo que le pregunto yo a usted, ¿qué nos trae de nuevo?

—¡De todo un poco, hombre, de todo un poco! —respondió también Alcides con su peculiar sonrisa, donde se notaba la falta de algunos dientes—. Ya que me lo menciona, pues por ahí le traigo un libro para que se ilustre.

—¡Ah, caray! Mano Alcides, si bastante coscorriones me dio mamá para que aprendiera a leer en la cartilla, ¿ahora me vaya a poner a leer un libro? No, qué va.

—Huy, mi amigo, pues este es un libro que yo estoy seguro a usted le va a interesar.

—¡Ja! —dijo aquel—, pues habría que ver.

Alcides entonces dijo:

—Viera que a la gente le está gustando la lectura, don Eliseo.

—Sí, pero en las ciudades —dijo aquel—, donde la gente necesita ser más... ¿cómo es que se dice?

—Culta —respondió el mercader.

—¡Esa vaina! ¿Pero aquí qué? La escuela más cercana está a cuatro horas y son escasitos los que mandan a estudiar.

—¡Ju! —pronunció Alcides como meditando y dijo—: y bien que me los he topado por estos andurriales a las cinco de la mañana, ya a medio camino; muy sacrificado, pero lo que se consigue con sacrificio es a lo que más valor se le da, ¿no cree usted, amigo Eliseo?

Aquel no supo qué responder, el comerciante había metido sin saber, el dedo en una llaga abierta.

Eliseo movió las riendas apretando los talones sobre las costillas de la bestia, que salió casi al tropel cuesta arriba.

—Bueno, mano Alcides, nos vemos ahora y vemos el fulano libro ese.

—Hasta luego, don Eliseo, ¡déjeme una muchacha para mí, caray! —casi le gritó el viejo, conociendo los dotes de mujeriego del joven.

La risa de Eliseo retumbó en las faldas de la montaña.

—¡Ja, ja, ja!

La llegada de Alcides a la casa de los Moncada era esperada con ansias por Angelina, la cual acosaba con preguntas al mercader; el cual, sonriente, intentaba responderlas todas, recordándole a la bribonada que le asediaba en Ranchos Valientes.

La joven quería estar al tanto de lo que ocurría en las ciudades con el propósito de tener una idea del ambiente que encontraría por si en algún momento decidía irse de allí.

Todos, más los jóvenes que los viejos, se interesaban por ver las diversas mercancías que traía en el costal el mercader, el cual lo más novedoso lo mostraba y daba una breve explicación de

cómo aplicar o usar. Las mujeres siempre se interesaban por las telas, sus colores y texturas y por el agua de Florida o agua de Lucena, únicas fragancias usadas como colonia.

Los hombres tendían más a demandar herramientas, municiones y sombreros, pues era lo de más usanza en su rutina diaria.

Domitila también se hacía traer por encargo algunos matachos, como les decía Héctor a las figuras de barro cocido o yeso alusivas a las fieles creencias de aquella; que mezclaba con algunas figuras comunes de la fe católica.

Al principio, muchos sentían recelo de Jacinta y Domitila y las llegaron a catalogar de brujas y, aunque aquella apreciación no había desaparecido del todo, la desconfianza sí lo había hecho en gran parte de la gente, y hoy daban a Domitila un trato cordial y amigable, también ganado por aquella a fuerza de favores y buena fe.

Después de algunos regateos y oficio de comerciante, Alcides, Héctor y Leonardo, acomodados por allí en el amplio corredor interno, conversaban animadamente, derivando la charla en uno y otro asunto, centrándose por momentos en las nuevas noticias que traía el mercader, que tocaba el tema político y del gran desarrollo social que el gobierno de turno le estaba dando al país; que se sabía era una dictadura que ninguno por allí había sentido ni muchas de aquellas aldeas de las cuales un gobierno u otro sabían de su existencia, a pesar de estar adheridas a las leyes actuales de la república.

Decía el mercader de las grandes obras que se construían, entre ellas carreteras, autopistas, puentes y de los materiales que se usaban para ello: cemento, cabilla, bloques, tubos de hierro y concreto.

Angelina, que había venido a llamarles a la cena, estuvo oyendo durante un rato mucho de lo que conversaban los hombres y se admiraba de todo lo que hablaba Alcides, de lo cual la mayoría de los de allí no conocían; pues, sobre todo, los más jóvenes no habían salido ni una vez a la ciudad, por lo tanto, ella como Leonardo quedaban prendidos de la conversación, sorprendidos y hasta dudando de que todo lo que aquel mencionara en verdad existiera.

Desde la puerta de la cocina, Domitila dijo en voz alta:

—Angelina, muchacha, que la cena se enfría.

Doña Isabel, con la ayuda de la negra Domitila, encendía las lámparas de la casa mientras la noche se hacía silenciosa y oscura. La familia y el huésped cenaron en silencio, salvo por el comentario preocupado que hizo la dueña de la casa...

—¿Dónde estará el sinvergüenza aquel? —Era obvio que se refería a Eliseo.

Angelina y Leonardo encontraron sus miradas, pudiendo ellos opinar sobre las andanzas de su hermano, pero preferían no opinar y buscarse una discusión con su padre en aquel momento. Afuera, los perros comenzaron a ladrar y los comensales agudizaron el oído esperando oír el trote del caballo de Eliseo. Pero no era la presencia de aquel lo que molestaba a los canes, los cuales arreciaban en sus ladridos yendo hacia el camino y regresando con aullidos y temor.

Héctor, que apenas terminaba su cena, se levantó de prisa y salió al corredor interno y, descolgando un rejo de la pared, salió por la puerta de atrás y, desde la cocina, los demás escucharon su vozarrón:

—¡Chits, chits, carajo!

De inmediato cesaron los ladridos y aullidos de los canes y solo Angelina miró cómo Domitila se persignaba mientras trasteaba en la estufa. Luego le vio, como preocupada, ir a asomarse hacia el exterior desde la puerta de la cocina, mientras volvía a oírse la voz de su padre:

—¡Carajo, pocilgas! ¿Cuál es el escándalo?

La cerrada noche volvió a quedar en silencio, se oyeron los pasos de Héctor que regresaba al interior de la casa. Los demás terminaron la cena sin más comentarios, solo Domitila, que recogía la mesa ayudada por Angelina, parecía preocupada. Isabel fue a su aposento, mientras que Héctor y su huésped iban hacia el corredor principal. Leonardo descolgó su hamaca allí, en el corredor interno, y se disponía a recostarse en ella cuando oyó un estruendo de trastos que venían de la cocina y la voz de Domitila que, con espanto, exclamaba:

—¡Ave María purísima!

El joven rápido fue a la cocina y, al entrar, vio a Domitila que, con los ojos dilatados y cara de espanto, miraba hacia un rincón de la estancia, mientras que Angelina, que para el momento limpiaba el comedor, se había vuelto hacia la more-

na mujer y quedaba impávida al oír el pronunciamiento de la mujer evocando a la Virgen. Afuera, los perros comenzaron a ladrar lastimeramente. Domitila se persignó mientras que Leonardo iba hacia ella, animando a su hermana a moverse y yendo también hacia la espantada mujer, que temblorosa se agachó a recoger los utensilios en desorden en el suelo.

Afuera se oyó de nuevo la voz de Héctor, que colérico acallaba los lúgubres aullidos de los perros:

—¡Otra vez! ¿Pero qué tienen estos animales hoy?

—¿Qué pasó, Domitila? —preguntaba el joven a la mujer, poniéndole una mano en el hombro, agachándose junto a ella e intentando que le mirase. Angelina, que ayudaba a poner en orden los trastos, le interrogó mirando de soslayo hacia el oscuro rincón.

—Sí, ¿qué le asustó así, Domitila? ¿Qué? —La mujer no respondió.

Poniéndose de pie, fue a llevar algunos trastos al improvisado lavadero de maporeta a un costado de la habitación. Los dos jóvenes le siguieron. La débil luz del mechón hizo danzar macabramente sus sombras en la gruesa pared de barro. Domitila se volvió mirando insistentemente hacia aquel rincón con claro nerviosismo y, con voz temblorosa, dijo:

—¡Ay, mis niños! Sé que no me comprenden ahora, pero como quisiera haberme apartado a tiempo de la vida de ustedes.

Leonardo y Angelina se miraron desconcertados y preguntaron casi al unísono:

—¿Pero de qué hablas, mi vieja, qué te hemos hecho nosotros? Domitila dijo, no respondiendo su pregunta, sino advirtiéndoles con mucho frenesí en su voz:

—Pase lo que pase, mis niños, fortalezcan su corazón con el perdón... no le den paso al odio.

Angelina y Leonardo la observaron extrañados de la actitud de la mujer. Ambos quizá pensaron que era el fanatismo a sus creencias lo que la hacía desvariar.

La nerviosa mujer hizo ademán de irse. Leonardo la detuvo preguntando:

—¿Por qué nos dices eso, qué pasa? No entendemos.

—Ay, mijo, ni yo misma lo entiendo, ya ves, ni yo misma. —Y bajando la voz confesó con la cara transfigurada y la voz ner-

viosa— algo muy malo va a pasar, cuídense, mis hijitos, cuídense, el mal anda por ahí agazapado buscando al más débil.

Domitila se fue de prisa dejando boquiabiertos a los dos jóvenes. Afuera, como un mal presagio, los perros comenzaron a ladrar de nuevo y, con las últimas palabras de la negra retumbando en su cabeza, oyeron el trote de los cascos de un caballo que se acercaba a la casa, no cabiendo duda de que se trataba de Eliseo; no supo por qué Angelina sintió un estremecimiento extraño y a su mente, más extraño aún, vino el nombre de María Aurora.

Aquella noche, Domitila no pudo dormir. Un grueso cabo de cebo encendido iluminaba un pequeño altar en un hueco en la pared de barro; la Virgen María y el Santo Niño no faltaban entre otros ídolos alusivos a sus creencias. La mortecina luz hacía que los collares, pulseras y anillos en el cuerpo de la negra brillaran tenuemente, mientras que, arrodillada con los brazos levantados, oraba con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Toda la semana se estuvo corriendo la voz de que aquel domingo habría misa en la pequeña iglesia de la aldea, aquello gracias a las diligencias de Prudencio Roa y su familia que coordinaban todo lo relacionado con las visitas de algún clérigo a la lejana o don Santiago Salcedo.

Los caminos y veredas se animaron desde la madrugada. Los lugareños se tomaban muy en serio cada visita del sacerdote a la comarca; aquello era todo un acontecimiento, ya que la mayoría de los habitantes asistía; unos para profundizar su fe, otros para salir un tanto de la rutina del día a día. Muchos se aglomeraban en lo que parecía una plazoleta frente a la capilla.

María Aurora había llevado puesto el vestido que le regalara Angelina, mientras que aquella se vestía con uno que le había hecho aquella semana su madre y Domitila; las dos, sencillamente ataviadas, eran la atención de los jóvenes y de uno que otro viejo verde, ¿por qué no?

El sermón fue sobre la fe, el perdón y la tolerancia. Santiago y Benilde no podían menos que mirar de reojo a sus compadres Héctor e Isabel.

María Aurora buscaba la mirada de Leonardo, ruborizándose ambos cada vez que sus ojos se encontraban. Eliseo, un poco

más atrás, se daba cuenta, más pendiente de aquellos que del sermón, inquieto se removía en su asiento, tranquilizándose a sí mismo diciéndose que él tenía sus propios planes y una sonrisa de conejo se dibujaba en su varonil rostro.

Domitila, a los pies del Cristo crucificado, rezaba fervorosamente dándose golpes de pecho. Leonardo reparaba en ella, la cual después de lo de aquella noche había estado un tanto ausente y esquiva, como para evitar que él y Angelina le pidieran más explicaciones a sus palabras, aquellas que vinieron a la mente del joven en aquel instante. Leonardo sacudió la cabeza como desechando aquellos pensamientos y buscó de nuevo la mirada de María Aurora, que le sonrió haciéndole olvidar todo.

Terminaba la misa, muchos volvieron a sus casas, mientras que algunos optaron por compartir un rato de charla sentados en ordinarios bancos a la sombra de los mangos y pomarrosas en la improvisada plaza; algunos fueron a hurtadillas al bodegón de Bernabé a echarse unos aguardientes propensos a recibir la excomuni3n.

Héctor Moncada, que ya se iba, hubo de quedarse un momento por pedido de Prudencio y Santiago.

Domitila sali3 con los ojos enrojecidos. Leonardo la vio cruzar unas palabras con Angelina y luego se fue en direcci3n al cementerio, adonde iba cada domingo que podía.

El sacerdote, acompa3ado de Prudencio y Santiago, paseaba saludando a unos y a otros y se detuvo en el grupo que formaban los Moncada y algunos amigos.

María Aurora, aprovechando que su padre estaba distraído, en un arranque se acerc3 con disimulo a Leonardo y le dijo de modo que nadie más pudiera oírlo, pensando en la cita con aquel aquella tarde en el caf3 del plan.

—Lleva la guitarra para que toques algo para mí.

Leonardo se sonroj3 y la joven aún más, y se apart3 rápido no creyendo que se hubiese atrevido a tanto; su rostro era un carmesí. El joven qued3 un momento desconcertado, pero unos segundos después crey3 entender a lo que se refería María Aurora y sonri3 complacido y feliz.

Domitila había andado un rato deambulando entre la treintena de tumbas, luego encendi3 una vela y la pas3 junto a una cruz

de madera que pertenecía a su amiga y madre de crianza: Jacinta Gonzales. Los recuerdos hacían mella en su decaído ánimo.

Aquella mujer no solo le había tendido una mano amiga en aquellos momentos difíciles cuando contaba con tan solo doce años, ganándose apenas la comida lavando trastos y mu- gre y sirviendo hasta de desahogo sexual de algún degenerado enfermo, Jacinta se convirtió en su protectora desde el mismo día que la conoció, a la cual ella, pasado un tiempo, comenzó a ver como a una madre. Siempre fueron solo ellas, pues Jacinta no podía tener hijos y, debido a ello quizá y a que Domitila era una niña hacendosa, diligente y humilde, la crió como tal. Mucho tiempo deambularon de un lado para otro sin residencia fija, la mayor se ganaba la vida como comadrona y trabajando en oficios del hogar y faenas del campo en los que la niña siempre ayudaba en lo que podía.

Jacinta era apreciada, respetada y hasta temida por sus extrañas creencias, lo que ayudaba a mantener alejados a algunos pretendientes de Domitila, que al llegar a la plenitud de su pubertad era una morena escultural, rasgos físicos de su brava y rebelde raza. Fue así como en aquel ir y venir en los afanes de sus vidas, vinieron al sur, terminando por asentarse en los límites de aquella comarca a la que llamaban Ranchos Valientes; fue entonces, en plena madurez, con una sexualidad a medio desfogar, que conoció a aquel hombre, a Héctor Moncada, al cual deseó con toda la efervescencia y el fuego pasional que llevaba semi contenido por tanto tiempo. Mas, sin embargo, aquella misma tarde, mientras Héctor se alejaba en su caballo, oyó a su madre decir con voz profunda...

—El destino de este cristiano es incierto, arrastrando un pasado tenebroso, inhumano, hay que tener cuidado del trato con esa familia... mucho cuidado.

Se había contenido en sus deseos por él, Dios sabía que se había contenido, pensó Domitila mientras se persignaba con mano temblorosa frente a la tumba de su madre, pero aquella madrugada, después del nacimiento de Angelina, ya no pudo más pese a la advertencia de Jacinta, y aquella los sorprendió en el zaguán revolcándose salvajemente como dos animales en celo sobre los sudaderos de las bestias.

Ahora, solo hasta ahora, sabía cuánta razón tenía aquella cuando poco después le advirtió por última vez:

—Detente ahora, muchacha, hazme caso, si lo dejas no te tocará a ti el mal que por capricho él causará a su familia, un mal que desde hace mucho le sigue, esperando el momento para desatarse, y el momento ha llegado, mujer, apártate de él. Tan solo un mes después, la misteriosa y buena mujer había fallecido repentinamente una noche allá en su casucha de troncos, una noche en la que Domitila no se encontraba con aquella, pues con excusa de quehaceres había ido a la casa de los Moncada.

Domitila lloró desconsoladamente la muerte de su madre y olvidó de momento su idilio con Héctor y hasta pensó en marcharse, pero fue doña Isabel la que, compadecida y agradecida por el gran cariño y cuidado que les prodigaba a sus pequeños, quien le pidió quedarse. Desde entonces había permanecido con la familia, devengando un salario por sus quehaceres y hasta hacía unos días había venido a dar fe de los presagios de su difunta madre; sí, aquel espectro agazapado en el rincón de la cocina le había venido a demostrar cuánta razón tenía aquella.

Su idilio con Héctor había terminado hacía ya algunos años al ir marchitándose su belleza y sosegado aquel fuego de deseo que sentía por él. Allí la mantenía el amor por los muchachos, la consideración y la deuda moral que sentía debía pagar a doña Isabel, aquellos eran los hijos que extrañamente no había concebido, presentía que Jacinta tuvo mucho que ver con su esterilidad, pero no le recriminaba, es más, le perdonaba por quitarle ese derecho y en el fondo se lo agradecía. ¿Qué hubiera sido de su vida si hubiera concebido hijos con Héctor? Se preguntó mientras se secaba las lágrimas; la respuesta era obvia, serían solo unos bastardos.

Isabel preparaba café, eran pasadas de las cuatro de aquel domingo y Domitila nada que llegaba, no era de extrañar, a veces se quedaba comadreando arriba en Ranchos Valientes. Mientras recibía el café que su madre le daba, Leonardo le dijo: —Yo vi a Domitila hablando con Angelina y después se fue al cementerio.

—Sí —dijo aquella, detrás de su hermano—, me dijo que iba a encender una vela a la finada.

Isabel solo encogió los hombros y dijo, continuando en sus quehaceres:

—Ya llegará ahora más tarde.

Eliseo, entre tanto, había ensillado su caballo y amolado muy bien su descomunal cuchillo. Luego tomó los aparejos de caza y se dispuso a salir bajo la mirada recriminatoria de su madre, que le dijo...

—Eliseo, hijo, mire cómo está el cielo encapotado, más noche va a llover y ¿usted se va a ir para la montaña? ¡Qué manía la tuya, muchacho! Y en domingo, válgame Dios.

—¡Ay, mi vieja! Más bien deme la bendición que ya me estoy yendo —respondió Eliseo, que parecía tener mucha prisa. Isabel le santiguó diciendo:

—¿Cuándo vas a sentar cabeza, ah?

El joven la besó en la frente como respuesta y se fue a grandes zancadas, dejando desconcertada a su madre, que no recordaba cuándo fue la última vez que Eliseo le prodigara tal muestra de cariño. Fue hacia la cocina y, por un pequeño ventanuco en esta, vio a Eliseo, que, jinete en su caballo, ya rebasaba la primera curva del camino que lo llevaría a las inhóspitas montañas. Isabel sintió un pequeño presentimiento y en voz baja pidió al Creador protección para su hijo. Ella no lo sabía, pero de alguna forma aquel Eliseo que hasta hoy habían conocido, ya no regresaría más.

Angelina sonreía viendo a su hermano Leonardo peinar una y otra vez su negro cabello, según él iba a la casa de los Salcedo a conversar un rato con Fernando y tratar algún asunto con él, relacionado con las faenas de la recolecta de café que sería para dentro de unos quince días, pero Angelina sabía ya por confesión de María Aurora aquella mañana frente a la iglesia, que aquel tenía una cita con su amiga en el denominado café del plan, propiedad de su padre. No quiso hacerle saber a su hermano que ya lo sabía, respetando la reserva que aquel quería darle al asunto, después de todo, no había necesitado de su ayuda y había tomado la iniciativa enviando aquella nota en el vestido.

Domitila había estado visitando a algunos amigos en la aldea después de su visita al cementerio, así le sorprendió la tarde. Habíase sentido un poco más aliviada luego de su visita al

cementerio donde le había hecho una promesa a su difunta madre, promesa que la llevaba a tomar una decisión, le había costado hacerlo pero era lo mejor que podía hacer. Fiel a sus creencias debía realizar aquel ritual para así terminar de ponerse en paz con el alma de Jacinta y con ella misma.

Unos minutos estuvo pensando, conocedora de la geografía del lugar, en el sitio ideal para tal fin, sin que pudiese ser interrumpida y decidió que el mejor lugar para aquello era aquel pequeño arroyo que corría junto al café del plan. Iba pensando muchas cosas mientras avanzaba hacia el sur en dirección a la cruz de caminos o “pata de gallina” como comúnmente se le conocía.

Con los ahorros de toda su vida podría establecerse en algún otro lugar, debía ya apartarse del camino de aquella familia aunque se le partiera el alma, debía hacerlo aun parecía tener tiempo. Quisiera advertirles claramente, pero sabía de antemano que apenas si le creerían, además ¿qué iba a decirles? Nada concreto, solo suposiciones basadas en sus creencias supersticiosas a las cuales ninguno de ellos era adepto a pesar de la época. Entonces lo mejor era apartarse porque la verdad había comenzado a sentir miedo, un miedo extraño sin a ciencia cierta saber a qué.

Así, sumida en sus pensamientos, llegó al referido cruce de caminos en el cual de común acuerdo Héctor y Santiago habían dejado sin talar una franja espesa de árboles. La mujer giró hacia el camino real que venía del este y un poco más abajo se desvió hacia la izquierda por una zigzagueante y pedregosa vereda que conducía al café del plan. Llegó cansada y con los pies ardorosos a la pequeña cascada que con un sonido suave y burbujeante caía en un pequeño pozo que se derramaba yéndose en una suave cinta entre piedras semi sumergidas y la verde yerba que crecía en la rara planicie formada por la naturaleza. Domitila miró a su alrededor, nada parecía cambiar con los años, recordó cómo aquel lugar hacía muchos años había sido cómplice de algunos fogosos encuentros con Héctor.

Se sentó en una piedra y, luego de quitarse las alpargatas, metió sus cansados pies en las frescas y reconfortantes aguas del arroyo. Un rato estuvo así con los pies sumergidos mientras empapaba su pañuelo y lo pasaba por su cuello y rostro. Un

momento después se levantó y de los bolsillos de su largo faldón extrajo un grueso velón y una caja de fósforos, colocó el velón sobre la superficie plana de una de las piedras, dentro del cauce del pequeño arroyo y, extrayendo un fósforo, lo raspó y se dispuso a encender el velón, en voz baja comenzó a decir una oración...

El sonido de los cascos de un caballo le contrarió, sobresaltándose; levantó la cabeza intentando ver al que venía por la vereda, pero de momento las ramas del cafeto y las curvas del camino se lo impidieron. Sintió entonces el quemón en las yemas de los dedos y, ahogando un gemido de dolor, tiró el fósforo e introdujo su mano en el agua intentando menguar el dolor al tiempo que lanzaba un gemido. Precavida, pegó su espalda a la pared de la roca húmeda a un costado del pequeño salto de agua, se agachó y quedó semiculta por unos helechos que crecían entre el musgo por donde escurría el agua, goteando sobre su rostro y pelo humedeciéndolos. No quería levantar rumores y que la llamasen bruja como algunos le decían a su madre de crianza cuando vivía, la gente tergiversaba las cosas cuando no las entendía.

Las patas del caballo hacían rodar piedrecillas llegando a la planicie, la morena mujer pensó que de nada serviría aquel improvisado escondite si al jinete se le ocurría ir hacia allí. Arrugó extrañada el entrecejo al reconocer al hombre en su caballo ¿qué hacía aquel allí a aquellas horas un domingo? A punto estuvo de salir al encuentro del joven, pero esperó picada por la curiosidad, quería saber qué llevaba al joven hasta aquel lugar. Miró el velón sobre la piedra sin encender y dudaba si dejarse ver o permanecer oculta.

El hombre se apeó de su caballo y se fue a ocultarlo un poco más abajo, volviendo inmediatamente a donde se había apeado y, sentándose en la dura tierra al pie de un grueso aguacate, tomaba briznas de yerba que mordisqueaba nervioso, escuchándolas luego. Miraba insistentemente hacia el camino en un claro signo de ansiedad. Fue aquella actitud del hombre la que hizo que Domitila continuara oculta mientras que en su mente se decía, basada en su experiencia, que el joven esperaba a una mujer.

Todo había salido mejor de lo esperado, pensaba María Aurora, jinete en su mansa mula tomando ya la vereda que la llevaría al sitio mencionado por Leonardo para su encuentro. Estaba nerviosa y llena de ansiedad, sí, parecía que la suerte les ayudaba, su padre se encontraba acompañando al sacerdote de regreso al pueblo, no había sido difícil convencer a su madre de dejarle venir de visita donde los Moncada, sentíase un tanto desleal con su progenitora pues era la primera vez que le mentía, pero le quitaba peso de conciencia el saber que sería solo por aquella vez, pues de seguro Leonardo hablaría con sus padres e iniciarían un noviazgo formal.

Domitila pasó de la curiosidad al asombro al descubrir la presencia de la joven que montada en su mula descendía por el pedregoso camino con cara complacida. Jamás se hubiera imaginado la preferencia de María Aurora por aquel joven. La morena mujer reflexionó por un instante de lo poco que se conoce a las personas, aun cuando los conoces de toda la vida; no sabía ella cuánta razón tenía al pensar así, pues dentro de poco lo comprobaría con sus propios ojos, estaba en el lugar y la hora señalada, llámese karma, fatalidad, casualidad o castigo.

María Aurora pasó de la emoción y las ansias al sobresalto al ver salir al hombre que la aguardaba, oculto detrás de un grueso aguacate.

—¡Eliseo! —exclamó parpadeando asombrada, frunciendo el entrecejo.

Este lanzó una risita al ver la cara de estupor de la joven y preguntó:

—¿Qué? ¿Sorprendida?

La joven giró la cabeza de un lado a otro como dudando de no haberse extraviado de camino.

Un pequeño silencio siguió a la pregunta irónica de Eliseo, hasta ellos llegaba claro el sonido del pequeño salto de agua desde donde unos ojos y oídos estaban atentos a la escena que comenzaba a desarrollarse.

María Aurora desmontó del cuadrúpedo, el cual resopló con fuerza y comenzó a mordisquear la hierba fresca al costado del camino. Con rabia contenida encaró al joven, sabiendo que había sido víctima de un juego infantil de aquel.

—¿Por qué me haces esto? ¿Ah, Eliseo?

Aquel no respondió, de momento la miró detenidamente de arriba abajo, mientras se sentaba sobre una piedra pensando que aquella había venido muy bonita al encuentro de su hermano. Recogió una brizna de hierba y se la llevó a la boca en aquel ademán ansioso.

—No es una broma, quería que habláramos nada más —dijo con una sonrisa de conejo.

María Aurora se encorajinó aún más al oír la estúpida respuesta de aquel, y dijo:

—Para hablar conmigo no tenías que recurrir a una mentira, lo hubiésemos hecho en cualquier lugar, en mi casa o en la tuya, en cualquier ocasión, Eliseo. ¿Por qué el embuste?

—Bueno, hay ocasiones especiales que necesitan sitios especiales —respondió aquel y enseguida preguntó—. ¿Hubieras venido si pongo mi nombre en la nota?

Siguiendo un impulso, la joven respondió sin dudar, con firmeza:

—No, no hubiese venido —se mordió los labios un tanto arrepentida de su espontaneidad.

Eliseo apretó las mandíbulas con rabia, sus ojos azules se achicaron y con voz que quiso fuera tranquila preguntó, dejando ver su otro lado:

—¿Acaso soy menos que mi hermano?

María Aurora miró sorprendida al joven, sintiéndose frente a un desconocido. ¿Cómo era posible que fuera tan orgulloso? Le respondió, queriendo calmar un tanto la actitud irracional de aquel:

—No fue lo que quise decir, no te compares con nadie, todos somos diferentes, Eliseo.

El joven se puso de pie, mirándola de manera extraña; estaba hermosa, demasiado hermosa. No asimilaba que el tocadiscos de su hermano le hubiese ganado la preferencia de la única mujer por la que estaba dispuesto a replantearse su vida. Mas, sin embargo, el caprichoso modo en que su padre lo había criado lo hacía un ser que tomaba malas decisiones.

María Aurora retrocedió un paso al notar la mirada un tanto perversa del joven, el cual parecía un animal al acecho. Jamás se imaginó sentirse así ante la presencia de aquel. El enervado Eliseo dijo, dejando salir todo su egocentrismo y mezquindad:

—¡Claro, yo soy distinto, nadie puede compararse conmigo! María Aurora, moviendo la cabeza en forma de hastío, se agachó cogiendo las riendas de la mula que pastaba y, disponiéndose a montar, le dijo a Eliseo, que seguía mirándola de aquella forma:

—Sí, Eliseo, en eso tienes razón y hasta hoy me doy cuenta —y, poniendo énfasis en sus palabras, dando por terminada la conversación, le dijo—: Eres el ser más egoísta y orgulloso, en eso nadie puede compararse contigo.

Colocó un pie en el estribo, dispuesta a marcharse, pero qué lejos estaba la joven de conocer el corazón de Eliseo.

Aquel de dos largas zancadas salvó la distancia que los separaba y tomándola con fuerza de las muñecas le hizo volverse con violencia, la joven intentó zafarse en varios intentos, pero le fue imposible. El aliento agrio y fuerte del hombre chocó contra su rostro diciendo con marcada rabia y celos:

—¿Te olvidas que soy el único que te ha besado? ¿Ah? ¿Se te olvida?

María Aurora, luchando por zafarse de las férreas manos del hombre, le respondió firmemente mientras le pedía:

—¡Éramos unos niños, por Dios! ¡Y por favor, suéltame, Eliseo! Aquel pareció calmarse y aflojó apenas un poco las muñecas frágiles de la joven que continuó diciendo:

—Suéltame, por favor, no pierdas nuestra amistad. Yo te aprecio, te quiero como a un hermano, de niños es una cosa, ya de adultos todo cambia, entiende, ¿sí?

María Aurora iba bajando el tono de voz a medida que hablaba, creyendo así calmar los ánimos de su agresor. Pero, contrario a lo que ella pensaba, Eliseo le dobló las manos a su espalda y la atrajo hacia sí, buscando su boca con desesperación, intentando besarla a la fuerza, mientras iracundo decía, dejando aflorar sus bajas pasiones:

—Yo te enseñaré lo que es un hombre de verdad, Aurorita. ¿Crees que te voy a dejar para el pendejo de mi hermano? Él nunca te besará como yo, lo único que sabe tocar es el trasto de guitarra, nada más.

Mientras forcejeaba, la joven pensó si Angelina le había dicho a este sus sentimientos por Leonardo, pues de otra manera, ¿cómo se había enterado? Roja como un carmesí, luchaba

ferozmente esquivando la boca ávida del hombre, sentía un dolor agudo a la altura de los codos. Eliseo, buscando otra estrategia, le soltó las manos e intentó sujetarle el rostro, ella, aprovechando estas milésimas de segundos, le soltó tal bofetada que hizo eco en el cafetal; la reacción del enfurecido Eliseo no se hizo esperar, cegado por la rabia descargó un fuerte golpe por detrás del oído de María Aurora, la cual en un amago de asombro se desvaneció semiinconsciente. Al caer, su vestido hizo un revuelo quedando en desorden, dejando a la vista la carne prieta del nacimiento de sus muslos. Aquello terminó por enloquecer a Eliseo, que, ávido de oscuros deseos, se abalanzó hacia ella.

Domitila, desde su escondite, apenas si podía creer lo que estaba viendo; el asombro y el miedo la tenían paralizada sin saber qué hacer.

María Aurora apenas si se podía mover sobre el duro suelo. Eliseo, en un acto salvaje, le subió el vestido hasta más arriba de la cintura, paseó su mirada viciosa y pervertida por la fina piel de la inerte joven; con saña estrujó los senos por sobre la ropa con sus manos temblorosas, mientras de su boca babeante escapaba una especie de gruñido, ronco, extraño, como el de alguna especie de animal. De un tirón desgarró la braga interior de la joven, que, en un acto de instinto, trataba de oponerse a lo que estaba por suceder, movía la cabeza de un lado a otro. Eliseo, con aberrante prisa, desabrochó su pantalón y, con un gemido ronco, penetró con salvajismo la virginidad de la desdichada María Aurora, que, ya recuperando la conciencia, lanzó un ronco grito de dolor y asco, las lágrimas brotaron a raudales por el rostro de la joven, estremecida de angustia e impotencia.

Los sonidos de la tarde parecían haberse apagado, una bandada de pájaros voló en silencio, alejándose, como si no quisieran ser testigos de tal bajeza humana.

En vano la pobre y humillada joven intentaba oponerse a los ímpetus del hombre, empujándole por el pecho para apartarlo de sobre sí, pero este, con un movimiento rápido, extrajo de la funda colgada a la correa de su pantalón aquel enorme y feroz cuchillo, el cual, poniéndoselo al cuello de María Aurora, le dijo:

—Quieta, Aurorita, quieta, deja que te disfrute e intenta disfrutar, haz de cuenta que es mi hermano.

María Aurora le escupió el rostro con todo el desprecio y la rabia que era capaz de sentir.

Eliseo apretó peligrosamente el cuchillo contra el cuello de la joven, un pequeño surco se le dibujó en este, corriendo un pequeño hilillo de sangre.

—Escucha bien, mujer —le dijo aquel con una voz que no era la suya, con un frío azul en sus ojos, tan fríos como el acero en su cuello—, si tengo que poseerte muerta, lo haré, no creas que no soy capaz de matarte. Podrás amar a mi estúpido hermano, pero yo seré el primero que te disfrute y quién sabe si hasta termines queriéndome.

María Aurora se debatió entre sollozos amargos y entrecortados y, mirando a su violador, le dijo con profundo odio en su voz:

—¡Anda! Poséeme, poco hombre, ¡poséeme! Pero jamás, jamás me tendrás, maldito, ¡jamás! Voy a odiarte hasta el último aliento de mi vida, Eliseo Moncada, porque desde hoy el único sentimiento que puede albergar mi corazón por ti es asco, asco y odio, degenerado infeliz.

Por la cara del aberrado pasó una ola de sentimientos dañinos, por un momento la joven pensó que iba a matarla, pero no fue así y optó por humillarla más y continuó poseyéndola hasta saciar todos sus bajos instintos. María Aurora, sabiendo ya que era imposible luchar contra la corriente, cerró los ojos con un rictus de asco en su boca sintiendo el vaivén de la virilidad de su agresor. Pensó en Leonardo y se descubrió culpándolo un poco de su desgracia. Eliseo, sobre ella, se tensó como un poseso y, gruñendo como un perro, se fue relajando hasta dejarse caer con todo su peso sobre el mancillado cuerpo de la joven, retiró el cuchillo y giró cayendo de espaldas sobre la tierra, lanzando un hondo suspiro de satisfacción.

María Aurora le oía respirar agitadamente junto a sí, trémula de rabia; estuvo un largo minuto así, temiendo que si se movía la atacara de nuevo. Luego, con movimientos pesados, arregló su ropa y trabajosamente se puso de pie, sintiendo un dolor en su bajo vientre. Tambaleante, guiada por el sonido del agua, fue hacia el pequeño arroyo a escasos veinte metros;

una pequeña mancha de sangre quedó sobre la yerba, donde ocurriera tan abominable acto.

Eliseo, sentándose, la siguió con la mirada, sin un asomo de arrepentimiento; la joven intentó limpiarse un poco con el agua fresca y limpia del arroyo. Le dolía el cuello terriblemente a causa del golpe que recibiera de Eliseo. Lloraba ya sin lágrimas, temblando como una hoja, sabiendo que todo había cambiado para ella, que ya nada sería lo mismo y que hacía solo un rato pensaba en lo hermosa que era la vida y que ahora, ahora solo había decepción, asco, impotencia y odio, un odio feroz hacia aquel que le había desgraciado la vida.

Volvió sobre sus pasos, pasando como una sonámbula frente a Eliseo; cogió las riendas de la mula y, poniendo un pie en el estribo, se acomodó de medio lado sobre la montura, sintiendo una fuerte punzada. Eliseo, sabiéndose claro dominador, se levantó de donde estaba y, yendo hacia ella, detuvo el avance de la bestia diciéndole con voz amenazante:

—Si tratas de fregarme voy a negarlo todo y diré que te me entregaste voluntariamente, así que ándate con cuidado, Aurorita, ándate con cuidado.

La joven ni siquiera le miró, azuzó al animal para que anduviera y partió camino arriba, sintiendo calambres de dolor a cada paso del animal; pero aquel dolor era nada comparado con el que en el fondo de su alma sentía.

CAPÍTULO IV

Eliseo sentía la garganta seca; fue al arroyo por agua. A su paso miró sobre la maleza las bragas rotas de María Aurora; las cogió, lanzándolas a la suave corriente de agua. Se arrodilló junto a la orilla y, juntando las manos, bebió agua de prisa, sediento, echándose agua sobre el rostro y cuello, empapándose su pecho. Por pura casualidad, sus ojos fueron corriente arriba y tropezaron con un grueso cabo de cebo que permanecía sin encender sobre una piedra.

Su mente trabajó de prisa, asociando palabras sueltas que oyera aquella tarde en la casa; maldijo por lo bajo, dando una fuerte bofetada al agua al tiempo que se levantaba e iba hacia allí con todos sus agudos sentidos de cazador alertas. Llegó al pequeño salto de agua y, en una ojeada, supo que alguien había estado allí hasta hacía apenas unos minutos, y si aquello era así, eso significaba que habían visto todo. Como buen rastreador, miró los pequeños helechos doblados y un rastro junto a la húmeda pared de roca; una persona lenta y torpe acababa de trepar por allí hacia casi nada.

Miró hacia arriba, achicando sus azules ojos, barriendo con su mirada cada posible escondite en el terreno que se prestaba para eso. No tardó en descubrir un bulto que intentaba escabullirse detrás de una piedra. Eliseo, con voz de trueno, gritó: —¡Ey! ¡Usted, detrás de la piedra, baje ya hasta aquí!

El rostro moreno de Domitila asomó detrás de la ordinaria roca; en sus ojos había aún asombro y espanto por todo lo que hacía un rato había presenciado.

Eliseo, desde abajo, con una sonrisa de hiena, le dijo como si nada: —Sabía que eras tú, Domitila; apenas vi el velón sobre la piedra, dije: ¿Quién más podría ser? Tú y tus creencias, mi vieja. Baja para que hablemos.

Domitila no pudo evitar un repeluzno; veía claro en el joven aquel macabro juego del gato y el ratón. La tarde cada vez se hacía más silenciosa y gris. La mujer dijo, tratando de sonar tranquila:

—¡Ay, mi niño, voy pa' la casa! Hoy en todo el día no me he asomado por allá y tengo que apurarme pa' ayudar a doña Isabel a preparar la cena.

Ni siquiera la mención de su santa madre le hizo desistir de su empeño.

—¡He dicho que bajes hasta aquí, mujer! Solo quiero que aclaremos algo —dijo Eliseo.

Domitila, muy a su pesar, hubo de bajar de nuevo hasta el salto de agua, donde le aguardaba Eliseo con aquella sonrisa malévola. No podía huir; aquel de tres zancadas le hubiera dado alcance. Sus piernas temblaban al llegar ante la presencia del joven.

Eliseo le miró diciendo de forma repetitiva:

—¡Ay, Domitila! Domitila... ¿Qué voy a hacer contigo, mujer?

La pobre mujer, intentando sonreír, le respondió:

—A qué, mi niño Eliseo, ¿qué, qué va a hacer conmigo? Vámonos pa' la casa, mijo, que por el camino nos coge la noche. Eliseo, en un movimiento pausado, sacó lentamente su descomunal cuchillo y, agachándose, comenzó a rasparlo contra una áspera piedra, mientras miraba fijamente a aquella mujer que le había visto nacer un día y llenado desde entonces de mimos y cuidados.

Levantándose, caminó dos pasos hasta ella y, rascándose la espalda con la punta del aterrador puñal, le preguntó a la asustada mujer, que yacía quieta, trémula como un animal asustado: —¿Vas a jurar aquí, delante de mí, que tú no has visto nada y lo vas a callar por siempre? ¿Ah, Domitila, dime? —preguntó Eliseo.

La mujer sabía que si juraba no haber visto lo allí ocurrido debía callarlo por siempre, y estaría agregando un pecado más a su alma, precisamente ahora que había decidido ponerse en paz con Dios, con los vivos y con los muertos. Así que lo único que podía hacer era decir la verdad, aunque le costase la vida; quizá muriendo hallaría un poco de gracia a los ojos de su creador. Muy tarde había decidido apartarse del camino. Aquel ente, agazapado en un rincón de la cocina, le miraba ahora a través de los ojos azules de Eliseo, entre burlón y serio; aquella peste le había alcanzado. Levantó la cabeza y le miró de frente, con aquella sangre rebelde bullendo por sus venas. Observó el velón sobre la piedra que no había podido encender; los cafetales ya se llenaban de sombras cuando, resuelta, dijo:

—¡Ay, mi niño, perdóneme, pero ni puedo jurá que no he visto ná, ni puedo callá lo que sí he visto!

El descomunal cuchillo entró por el ombligo, casi atravesándole de lado a lado.

—¡Aughss! —exclamó la pobre, con los ojos desorbitados por el espanto, el dolor y la sorpresa.

—¡Que me matas, mijo! —dijo, a la vez que extendía su mano derecha, tomándolo de la camisa con dedos agarrotados.

Eliseo se zafó de un tirón, haciéndose a un lado. Domitila se fue trastabillando en dirección al arroyo, quejándose lastimosamente, negándose a caer, extendiendo sus brazos como si quisiera abrazarse a alguien. Y es que, en una alucinación de muerte, veía quizás a su madre de crianza, Jacinta, que de pie junto al velón le aguardaba con los brazos abiertos. La segunda puñalada le vino por la espalda, perforando un pulmón; cayó de bruces, sumergiendo el rostro en el agua, haciéndola burbujear, intentando respirar en un ronco gorgoteo espeluznante.

Eliseo, totalmente transformado y trastornado, se agachó y, cogiéndole por un hombro, la volteó de cara al cielo. La moribunda tosió agua y sangre, con la mirada vidriosa, perdida, y con voz quebrada sentenció:

—E... el capricho de tu padre te... te ha condenado, mi niño; u... un día tú serás lo que cazas; y... tu padre —tosió con sonido sibilante—, tu padre tendrá que termi... terminar lo que un... un día empezó.

Tosió de nuevo, ya sin fuerzas, y una lágrima corrió por su mejilla. La última puñalada se la metió entre las costillas con tal fuerza que sus huesos crujieron horriblemente; su cuerpo se arqueó en un último estertor y luego se fue relajando hasta quedar inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.

La sangre corría en hilillos de su cuerpo a las cristalinas aguas, tiñéndolas de rojo. Un silencio atroz sucedió a los hechos. Eliseo, como un poseso, observaba la cara de la muerta. Una ráfaga de aire pareció hacerle reaccionar, y como impulsado por un resorte se apartó del cuerpo de la difunta, trastabillando, cayendo sentado entre la verde hierba de la orilla. Se pasó las manos por la cara, dándose cuenta de que las tenía tintas de sangre. Se abalanzó de bruces al arroyo y, como un loco, comenzó a lavarse manos y rostro, empapándose por com-

pleto. Casi se arrastró de nuevo hacia la orilla, y allí, tirado entre las bayas y anamú, miraba el cadáver de la que fuera su segunda madre y, con voz quejumbrosa y recriminatoria pero sin lágrimas, le decía:

—¿Qué te costaba jurar, ah? ¿Por qué no lo hiciste? ¿Me ibas a condenar a mí, que era como tu hijo?

Un momento después se levantó y, arrastrando los pies, fue hacia el cadáver de Domitila y, inclinándose sobre este, intentó retirar su cuchillo de entre las costillas, dando un fuerte tirón, pero este no cedió. Se ayudó entonces con su otra mano, halando con más fuerza, pero solo consiguió levantar unos centímetros el cadáver de la infortunada; tal parecía que el feroz cuchillo se había trabado entre los huesos del mortal cuerpo. Lo intentó cinco, seis, siete veces, pero le fue imposible, lo cual le hizo darse por vencido. Algo sobrenatural flotaba en el ambiente.

Exhausto, volvió a dejarse caer sentado en la orilla, y así estuvo otro largo rato hasta que, sorprendido, se dio cuenta de que la noche era cerrada y oscura. Levantándose, fue por su caballo, en el cual tenía todos sus aparejos de caza, incluyendo un pico, una pala y un machete de veintidós pulgadas metido en su adornada funda. Cogió estas tres herramientas y, regresando al arroyo, se fue cauce abajo, alumbrándose con una linterna, buscando un lugar donde sepultar el cadáver de la difunta. No podía dejarlo allí con su cuchillo clavado en él; era como hacer una confesión. Nadie en toda la aldea tenía un cuchillo como el suyo. De pronto, sus ojos tropezaron con una piedra del tamaño y forma de una gran mesa, muy cerca de donde el terreno volvía a quebrarse, terminando la planicie. Haciendo uso del machete, cortó varias varas de diferente grosor, utilizando unas para cabos del pico y la pala y otras como palanquines, con los cuales, con gran esfuerzo, movió centímetro a centímetro la pesada piedra, dejando libre la superficie donde pensaba sepultar el cadáver.

Dos horas estuvo cavando sin darse reposo; el sudor chorreaba por su torso desnudo, las ampollas en sus manos le escocían. Ayudado por la luz de su linterna, observó el hoyo y se dijo que era suficiente. La noche era silenciosa, oscura y fría. Oteó el horizonte y recordó que su madre le había dicho

que aquella noche llovería; un relámpago lejano le confirmó lo acertado de los pronósticos de doña Isabel. Regresó al lugar donde yacía el cadáver de Domitila, represando el cauce del arroyo. No quiso detallar su estado; lo tomó por los pies, sintiendo un repeluzno al contacto frío del yerto cuerpo, y lo arrastró corriente abajo hasta llegar a la altura de donde había cavado, a unos diez metros de la orilla. Terminó por arrastrarlo hasta el borde del hoyo; hizo un último intento para extraerle el cuchillo, lo cual no resultó, y contrariado y deshumanizado por completo, terminó por empujar el cadáver hacia la improvisada sepultura. Se oyó un sonido bajo al caer, quedando de cara al firmamento, con aquellos ojos mortecinos que parecían seguir todos los movimientos de Eliseo, quien parecía despojado de toda piedad. Tentado estuvo de descuartizar el cuerpo y de recuperar su cuchillo, pero, en un repeluzno, se arrepintió.

Cogió la pala y continuó con su lúgubre tarea, ahora tapando con tierra el cuerpo de Domitila, del cual estaba seguro jamás sería encontrado y de quien todos se preguntarían por su suerte. Media hora más tarde, el desalmado joven concluía su tarea y, haciendo uso de los palanquines, volvió a colocar la piedra en su lugar. Sintió en su rostro y torso los primeros goterones de la lluvia que amenazaba con caer; casi sonrió pensando que el agua le ayudaría en sus propósitos de borrar toda huella. Pensando en ello, intentó que el terreno quedara en las mismas condiciones físicas de antes. Concluyó observando el terreno, sintiendo conformidad. Lo único que más lamentaba era la pérdida de su cuchillo.

Recogió todos sus aparejos junto con las varas que había cortado para ayudarse en su bestial tarea, acomodó todo de buena manera en su caballo y montó en este, partiendo rumbo a la montaña de cacería, mientras que un fino relámpago dejaba ver figuras fantasmales que se agazapaban tras los matorrales, como temiendo al ensordecedor trueno que se dejó oír, mientras que la pertinaz lluvia iba en crecimiento, volviéndose un torrencial aguacero que parecía hacerse cómplice del atroz crimen allí cometido.

Aquella misma tarde, Leonardo llegó a la casa de los Salcedo montado en su brioso rosillo, con la clara ilusión de ver a

María Aurora y tocar algo especialmente para ella, como se lo había insinuado la muchacha más temprano al salir de la misa. Desmontó, cual ágil era, del cuadrúpedo, el cual ató a un guamo. El káiser ni siquiera ladró; además de perezoso, conocía de sobra al visitante. ¿Para qué gastar su reposada energía? Mejor la guardaba para otra ocasión; movió la cola desde donde permanecía echado, sin levantar siquiera la cabeza. Santiago salió al encuentro de su amigo con una sonrisa en el rostro, a la vez que con voz clara decía:

—Es Leonardo, mamá.

Estrecharon las manos cordialmente, pasando luego al corredor, donde se sentaron en sendas sillas de madera tapizadas en cuero de ganado. Benilde apareció de inmediato con su eterna sonrisa, llevando en su charola dos humeantes tazas de café. Leonardo se levantó de su asiento, saludando a la mujer por la que profesaba un profundo respeto y mucha admiración.

—¿Cómo está usted, doña Benilde? —saludó Leonardo.

—¡Bien, mijo! ¿Y usted cómo está? —respondió ella.

—Bien, gracias —contestó el joven, tomando la taza de café que le ofrecían.

—¿Y don Santiago? —preguntó el visitante, mirando a los dos mientras volvía a tomar asiento.

Fue Fernando quien respondió tras un sorbo de café:

—Papá anda para el pueblo, regresando las bestias en las que llevaron al señor cura.

—¡Ah! Verdad que don Santiago tenía que llevar al padre de regreso —pronunció Leonardo.

—Sí, mijo, ya debe estarse devolviendo y se le va a oscurecer por el camino —pronunció Benilde.

Mientras hablaban, Leonardo miraba insistentemente hacia las puertas de la casa y cocina, esperando que por una de ellas apareciese el rostro de María Aurora.

Fernando, a quien su amigo había estado enseñando a puntear la guitarra, le dijo a modo de pregunta, mirando la guitarra de su amigo recostada a la silla:

—¿Vino como preparado para un toque el hombre?

Leonardo, que por momentos se desilusionaba al no notar la presencia de la joven, dijo por no quedar mal:

—Pues sí, por ahí, para distraerme.

—¡Ah, bueno, pues vaya y busque la suya, mijo! —dijo doña Benilde a su hijo—. ¡Y así nos distraemos todos!

Mientras la buena mujer iba a la cocina a llevar las vacías tazas y Fernando iba por su guitarra, Leonardo pensaba contrariado sobre la no presencia de la muchacha. ¿Se había ido con su padre al pueblo? ¿Le daba vergüenza salir a darle la cara después de aquella invitación?

Fernando volvió punteando su guitarra, sentándose de nuevo frente a su amigo; aquel, con algo de resignación, tomó la suya e hizo otro tanto. Por casi media hora estuvieron practicando, intercambiando impresiones y tocando la música popular de la época, mientras doña Benilde, muy alegre, preparaba la cena oyendo los acordes y punteos de las guitarras. El tarugo que tenía atravesado Leonardo en su garganta no aguantó más, y dejando de tocar de pronto preguntó:

—¿Y María Aurora, no está?

Fernando también dejó de tocar y le dijo, arrugando levemente el entrecejo, como si no comprendiera la pregunta de su amigo, y respondió:

—¿María Aurora? Está para la casa de ustedes —afirmó este. Leonardo, tomado por sorpresa, exclamó:

—¡No! Para la casa no está; yo vengo de allá.

Ahora el sorprendido fue Fernando, que levantándose de la silla comentó:

—Pero si de aquí se fue antes de las cinco y nos dijo que iba para allá.

Benilde se asomó a la puerta de la cocina y alcanzó a oír las últimas frases de su hijo, al tiempo que Leonardo también se ponía de pie con gesto de preocupación.

—¿Qué, María Aurora qué? —preguntó con algo de angustia la buena mujer.

—Nada, mamá —dijo Fernando—, que María Aurora no está en la casa de Leonardo.

—¿Cómo que no? Si esa muchacha me dijo que iba para allá —dijo Benilde.

—Tranquila, mamá, voy a ensillar el caballo y voy a subir hasta Ranchos Valientes; a lo mejor está donde mano Zósimo —alegó Fernando.

—Yo voy con usted —le dijo Leonardo a su amigo.

—Sí, muchachos, vayan a ver si está allá —dijo doña Benilde, aunque con duda y extrañeza terminó por decir—: Que es raro, María Aurora siempre dice a dónde va. ¡Ay! Que no llegue Santiago y no sepamos dónde anda.

Leonardo dijo a la preocupada mujer, tratando de quitarle importancia al asunto; él mismo creía que debía ser así, aunque también una duda pequeña, pero duda al fin, le hacía preguntarse el paradero de la joven.

—A lo mejor subió un rato a Ranchos Valientes antes de cruzarnos y ya debe estar en la casa con Angelina.

—Sí, quizá, mijo —dijo doña Benilde e insistió—, pero ella me dijo que iba para la casa de mi comadre Isabel a conversar un rato con Angelina.

Para entonces, Fernando ya había ensillado una bestia, disponiéndose para montar. Leonardo salió a donde había dejado atada su propia montura y, montando en esta, se despidió de Benilde.

—Hasta luego, doña Benilde, que mi Dios le pague.

—Hasta luego, mijo, perdone —dijo con humildad Benilde, y dirigiéndose a su hijo le encomendó—: Se trae a María Aurora antes de que llegue su papá.

El joven apenas movió la cabeza afirmativamente y, moviendo las riendas, hizo que su caballo comenzase a andar, tomando el sendero seguido por Leonardo, que con su guitarra en la espalda se sentía contrariado y estúpido, pensando que había malinterpretado las palabras de María Aurora y si aquello que sentía por ella era solo su sentimiento, y que al final de cuentas aquella inseguridad de los sentimientos de la joven por él había resultado cierta y que aquel cruce de palabras había sido solo un malentendido. Eran decenas de preguntas las que se hacía en su mente mientras sentía que algo muy fuerte le oprimía el pecho, haciendo que cada cierto tiempo respirara profundamente, como si le faltara el aire.

Llegaron a “Pata de Gallina” tomando el camino hacia la aldea; un poco más adelante, donde apartaba el sendero hacia la Casona de los Moncada, se detuvieron. El sol ya se ocultaba, los sonidos naturales del día desaparecían, siendo relevados por los nocturnos. Era el momento más triste de la tarde, ese

momento donde todo parece aquietarse para luego ir desapareciendo, con las sombras tomando formas extrañas. Fernando rompió aquel silencio y su voz sonó muy clara, yéndose por entre el bosque que circundaba el camino real:

—Voy para Ranchos Valientes y usted para su casa; lo seguro es que está en la casa de ustedes, pero no está de más ir hasta donde mano Zósimo.

—Sí, sí, seguro —respondió Leonardo y, sonriendo con picardía, dijo—: Y de paso le echa una ojeadita a la nieta de don Zósimo, ¿o no?

Fernando lanzó una risita; era sabido de los prometidos amores que tenía con aquella muchacha. Los dos tomaron el camino correspondiente: Fernando, complacido, aún con la sonrisa en los labios, y Leonardo, pensativo de la vergüenza que pasaría al llegar a la casa y encontrarse con María Aurora. Esa palabra, para la época, no existía en el vocabulario de aquellas gentes, pero se sentía ridículo.

Llegó a la Casona, la tarde amenazando con volverse noche. Apenas verlo llegar, Héctor, su padre, le salió al encuentro y casi sin dejarle desmontar le preguntó de manera seca, como había sido su costumbre:

—¿Vos no has visto a Domitila?

La pregunta no pareció sorprenderlo; de manera ambigua respondió:

—No, no la he visto.

Tomó el caballo de la rienda, llevándoselo a la entrada posterior, dispuesto a desensillar a la bestia. Angelina apareció entonces en la puerta y le hizo la misma pregunta:

—¡Ay, Leonardo, qué bueno que llegas! ¿Has visto a Domitila?

El joven respondió y a la vez preguntó:

—No, no. ¿María Aurora está aquí?

Angelina se sorprendió de la pregunta de su hermano, dejando a este más sorprendido con la respuesta que le dio:

—No, María Aurora no ha venido para acá. ¿Por qué?

Leonardo pareció quedar un momento paralizado, pensativo y confuso. Angelina, notando la contrariedad de su hermano y preocupada ahora por la suerte de su amiga, estuvo a punto de preguntarle acerca de su cita con ella en el café del plan, pero calló al notar la presencia de su padre, que había ido en

pos de Leonardo. Fue él quien, al escuchar la pregunta del joven, interrogó a la vez, sabiendo que su hijo venía de la casa de sus compadres:

—¿Y es que María Aurora no está en la casa de ella?

Leonardo no supo si responderle a su padre o no; no quería intercambiar ideas especulativas sobre el paradero de aquella, no con él. Sin embargo, hubo de decirle, tratando de sonar despreocupado y desviando la atención de aquel sobre el tema:

—Es que María Aurora venía para acá esta tarde, pero quizá subió para Ranchos Valientes y se le hizo tarde. A lo mejor no vino. De todas formas, para allá está Fernando, para donde mano Zósimo —respondió Leonardo.

—¡Ah, caray! —exclamó don Héctor—. Pues seguro allá está Domitila; eso fue que se encontraron donde Zósimo y se les hizo tarde comadreando. ¿Qué carajos? ¡Mujeres al fin! —concluyó, y se fue por el costado de la casa hacia el corredor principal, dando por sentado que así era.

Leonardo pensó que no era desacertada la conclusión de su padre; así lo decía la no presencia de Domitila, muy querida por Zósimo, su esposa y su nieta. Esta última, otra de los muchos seres humanos que la morena mujer había ayudado a venir al mundo en aquella aldea. Sí, de seguro era cierta la apreciación de su padre. Angelina no sabía interpretar la preocupación de su hermano como cierta o si era todo un plan fraguado para justificar la no presencia de la joven en su casa y la no visita a los Moncada después de su cita en el café del plan. Lo vio ir hacia la cocina mientras ella iba en busca de una lámpara, lista para encenderla pues la noche se cerraba. Leonardo se acomodó en el comedor, colocando los codos sobre la mesa, poniendo la cara entre sus manos en actitud pensativa. Su madre volteó a mirarlo desde la estufa al oír el ruido de la banca de madera donde el joven se había sentado.

—¡Uy, mijo! Ni siquiera te sentí llegar, creo que ya me estoy quedando sorda —exclamó Isabel.

Leonardo quiso sonreír, pero le salió una mueca, y su madre le preguntó:

—¿Vas a comer? Son los frijoles del almuerzo, mijo; es que nos quedamos esperando a Domitila, que siempre hace la cena, pero como no llegó ya no hubo tiempo de hacer otra cosa.

El joven, distraídamente, respondió:

—No, no, mamá, no tengo hambre.

Isabel entonces se acercó a su hijo, mirándolo detenidamente. Rasgó un fósforo y encendió la lámpara que estaba siempre dispuesta sobre el largo comedor de tablas, sentándose frente a su hijo, escudriñándolo. Era tan parecido a ella, tan transparente; sus sentimientos se le podían leer como en un libro abierto, tan sacrificado y entregado, capaz de dar todo por un sentimiento y de resignarse a perder lo que amaba calladamente.

—¿Qué pasó, mijo? ¿Qué te preocupa?

Leonardo la miró y, lanzando un suspiro, comenzó a decir, dispuesto a poner al tanto a su madre de todo lo relativo a él y María Aurora:

—Ay, mi vieja, es que...

Los ladridos de los perros y un grito angustiado de Angelina interrumpieron a Leonardo, que violentamente se levantó de la banca yendo afuera hacia la salida posterior, adonde había sonado la voz de su hermana. Su madre lo siguió, rezagada por las largas zancadas del joven; este traspasó el umbral de la puerta y vio entonces que su hermana y su padre ayudaban a una maltrecha María Aurora, que parecía a punto de desmayarse. Rápido fue hacia ellos, con la angustia pintada en su rostro, para intentar ayudar, olvidando de golpe su recién amargura. María Aurora, al notar la presencia de aquel, pidió, débil pero segura:

—¡No me toques! Por favor, Leonardo, ¡no me toques!

El joven quedó pasmado un momento sin saber qué hacer o decir; Héctor entonces dijo a Isabel, que asombrada y con angustia había salido para ver la escena:

—Traiga agua hervida, alcohol y unos trapos limpios. Y usted, Leonardo, vaya rápido y avise a mi compadre que a María Aurora la tumbó la mula cuando venía para acá. Vaya, vaya rápido, que los compadres deben estar preocupados.

Leonardo, desconcertado por la reacción de María Aurora al verlo, fue rápido en busca de su caballo, que apenas había desensillado. Volvió a ponerle la montura y, montando en él, salió veloz a buscar a su amigo Fernando. En la primera curva del camino, tropezó con la mula que montaba María Aurora, pastando tranquilamente a un costado del camino.

La maltrecha joven fue llevada a la habitación de Angelina recostándose en la cama de aquella, Héctor salió de la habitación notando que María Aurora comenzaba a tener fiebre, apenas salir aquel la joven con esfuerzo se sentó en la cama diciendo a su amiga apremiante:

—Cierra la puerta por favor. Ciérrala que no entre nadie.

Angelina notando la angustia en la voz de su amiga hizo lo que esta le pedía para luego ir hacia ella apartando con suma ternura algunos mechones de cabello del rostro demacrado de María Aurora, aquella sin poderse contener se abrazó a su amiga y en voz baja, trémula le confeso llorando angustiosamente:

—¡Me violó Angelina! ¡Me violó! ¡Tu hermano me violó!

Angelina exclamó sumamente sorprendida con rabia, preguntó:

—¿Que dices? ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Por Dios santo Leonardo! ¿Leonardo te hizo esto María Aurora?— Aquella con voz ahogada movió la cabeza negativamente y quedo muy quedo en el más íntimo secreto pronunció:

—Eliseo... Eliseo me violó.

Angelina volvió a sorprenderse, casi sin entender. María Aurora se abrazó con fuerza a ella y, a grandes rasgos, contó el engaño del que había sido objeto y el aberrante y humillante desenlace en lo que había terminado lo que en principio le pareció una broma de mal gusto. La indignación y la rabia iban creciendo en Angelina; lloraba, compartiendo el dolor de su amiga. A ruegos de aquella, hubo de jurar que callaría lo sucedido, pues pesaba sobre aquella una amenaza de muerte o más deshonra, si se podía deshonrar más a una mujer.

Afuera se oyó el galope de un caballo que se alejaba; las dos se miraron un momento. Se conocían tan bien que la Moncada supo lo que pasaba por la cabeza de la otra:

—Él no tiene culpa ninguna; su mayor mal es ser demasiado bueno. Te quiere y es capaz de perdonar todo. Escúchame lo que voy a decirte, María Aurora: si llega el momento, no voy a llevarme ningún secreto a la tumba; eso también te lo juro hoy ante Dios. Algún día se sabrá lo que hoy mi hermano hizo contigo, como que hay un Dios allá arriba que para abajo ve. En aquel momento, doña Isabel llamó a la puerta al notar que estaba cerrada; Angelina se apresuró a abrir, entrando su progenitora con agua hervida en un recipiente, alcohol,

yodo y unos trapos hechos jirones para usar como vendajes, si era necesario. Pero la única herida a la vista era aquella que presentaba en el cuello; lo demás eran golpes y magulladuras. Isabel, refiriéndose a la mula, dijo:

—¡Por Dios, muchacha, mira cómo te dejó ese animal!

Angelina iba a decir algo, pero la mirada suplicante de su amiga le hizo callar.

Leonardo volvió con don Santiago y Fernando, que apenas saludaron y pasaron adentro a saber del estado de la joven. Fue Angelina la que los condujo a su habitación, pasando los dos, padre e hijo, adentro, quedando Leonardo con su hermana en la puerta. María Aurora, apenas ver a su padre frente a sí, se soltó en llanto, a lo que este le agarró las manos e intentó consolarla diciéndole:

—Ya, hija, no es para tanto; yo me he caído más veces de una bestia.

—¡Ju! —exclamó Fernando—. ¿Te acuerdas cuando nos caímos juntos del macho romo que tenía papá? Eso sí fue un carajazo; menos mal que estábamos pequeños, que si no el golpe hubiese sido más duro.

María Aurora intentó calmarse, pensando que en verdad la caída de una bestia no era para tanto y que si seguía con aquella actitud iba a levantar sospechas de que era otro el motivo de su desespero. Así que, desde ese instante, comenzó a disimular y, respirando profundo, contó a su padre, muy a su pesar, la misma mentira que hacía un rato le había relatado a doña Isabel. La mula se había espantado en el cruce de caminos y había tomado el camino hacia el este, dando coces y saltos que terminaron por tumbarla, con tan mala suerte que uno de sus pies se había quedado atorado en el estribo, arrastrándola por algunos metros. Se zafó como pudo y fue en ese momento en el que se golpeó la cabeza por detrás de la oreja. No sabía cuánto tiempo estuvo inconsciente; lo cierto fue que cuando volvió en sí se dio cuenta de que se encontraba en la vereda que conducía al café del plan. Dolorida por los golpes y asustada, comenzó a buscar la mula, la cual encontró mucho más abajo.

María Aurora relató todo aquello tartamudeando y con pausa; nadie dudó de lo que decía, era coherente y, además, su con-

ducta hablaba por ella. Más allá, en su interior, la joven quería gritar a su padre la horrible afrenta de la que era objeto, pero calló. Calló porque temía por sí y por su padre, pues sabía casi con seguridad que si decía la verdad dividiría a las dos familias, pues Héctor de cierto le creería a su hijo Eliseo.

Fernando y su padre dejaron la habitación más tranquilos y estuvieron de acuerdo con Héctor e Isabel en dejarla allí esa noche. Fueron a la habitación a despedirse de María Aurora, yéndose luego de prisa, pues doña Benilde debería estar ya muy preocupada de que no apareciese ninguno con razones de su hija.

Apenas partir aquellos, Leonardo quiso entrar a la habitación, pero Angelina se le puso delante y blandamente le dijo:

—No quiere hablar con usted, Leonardo.

El joven, muy contrariado, preguntó:

—¿Pero por qué está así conmigo? ¿Qué le hice?

Su hermana le respondió, conciliatoria:

—Nada, no le pasa nada contra usted. Es que está golpeada y llorosa, y le da vergüenza que la veas así. Ya hablarás con ella después, ¿sí, Leonardo?

Por respuesta, muy contrariado, volvió la espalda y, con gesto de hastío, dijo:

—Ni que fuera yo la mula que la tumbó.

Isabel se acercaba con un bebedizo en un pocillo para la enferma, y miró extrañada a su hijo, que se alejaba murmurando entre dientes. Angelina, al igual que María Aurora, quería decirle a su hermano del acto bestial que había cometido Eliseo con aquella, pero se contuvo a duras penas. Se preguntó, mirando a su madre, si podría con el peso de aquellos secretos que le eran confesados. Ya lo sabría cuando bajase el degenerado de Eliseo de su excursión por las montañas; cómo poder verlo sin poderle decir mil veces lo maldito que era al desgraciar a su amiga así.

Al siguiente día, la joven fue llevada a su casa por su padre muy de mañana. Allí, la muchacha intentó, a pesar del dolor físico y moral, ocultar sus sentimientos, ya que a una madre hay cosas que no se le pueden ocultar. Tomó una actitud normal, luchando por no decir todo, arriesgándose a perder la confianza de sus padres, su moral y lo que más temía perder: el valor ante los ojos de Leonardo.

La repentina marcha de la negra Domitila, que no volvió a la casa, y la atención que acaparó en aquella primera semana ayudó a que María Aurora se recuperase y distrajera de cierto modo la atención de sus padres sobre ella. Muchas fueron las personas interrogadas por los Moncada sobre el paradero de la mujer; casi todos concordaron en que la habían visto cuando iba al cementerio.

El viejo Zósimo dijo que aquella tarde del domingo había estado en su casa y que les había comentado vagamente sobre su intención de irse de allí. Aquello fue tomado como un hecho; muchas personas en la aldea y alrededores lamentaron la marcha de la diligente mujer.

Los Moncada no concebían que se hubiese marchado sin despedirse y que no se hubiese llevado nada de lo que por derecho y trabajo le pertenecía. ¿A dónde iría? Angelina lloró tristemente junto a Leonardo, que se le arrugaba el pecho recordando todos los momentos al lado de aquella buena mujer a la cual querían casi como a su madre.

—¿A dónde se iría, Leonardo? ¿Por qué no se despidió? ¿Por qué? —preguntaba Angelina, sorbiendo sus lágrimas.

—No sé, no sé; ella nos quería mucho. A lo mejor pensó que si intentaba despedirse no la hubiéramos dejado ir —respondía Leonardo.

—¿Por qué irse? —repetía Angelina—. Nosotros éramos su única familia; no tiene a nadie más.

Miraban hacia el camino, suspirando, esperando ver aparecer a su Domitila con su cansino andar, su vestido de vivos colores y su pañoleta blanca anudada a su cabeza; pero la negra no volvió y se marchó definitivamente, así pensaban ellos.

Su madre los veía entristecida, por ellos y por la marcha de aquella mujer con la que había compartido trabajos, la crianza de sus hijos y la virilidad de Héctor, el cual, recostado en su hamaca, parecía reflexionar sobre muchas cosas.

Una tarde de aquellas, regresó Eliseo. Había en él algo diferente, su madre lo notó enseguida; no llegó como otras veces haciendo alharaca y alardeando sobre la pieza que había cazado. Muy por el contrario, su rostro parecía avejentado, como si todas aquellas noches no hubiese podido dormir, taciturno y distraído, y es que en su interior había una lucha feroz entre la razón, el corazón y la

conciencia. No había cazado nada, volvió con las manos vacías, era la primera vez que esto sucedía. Apenas si saludó a su madre, la cual le prodigó bendiciones y atenciones. Angelina lo miró con profundo desprecio, evitando dirigirle la palabra; supo a qué se debía el cambio de actitud de aquel o, al menos, lo sabía a medias, pues del resto no tenía ni idea.

Comía lento y en silencio, como si le costase digerir los alimentos, sus azules ojos clavados en la tapia. Escuchó los pasos detrás de él y la voz de su padre le preguntó:

—¿Te enteraste lo de Domitila?

Las manos de Eliseo temblaron levemente y respondió:

—Sí, ya mamá me comentó que se fue de repente y no se supo a dónde; pobre vieja —dijo—, nos va a hacer falta.

—Sí —dijo Héctor con sinceridad—, seguro que sí.

Salió al oír que Isabel reclamaba su presencia a la llegada de Leonardo y Fernando, que traían un arreo: cuatro mulas cargadas de maíz. Casi tropieza con Angelina, que ingresaba a la estancia y que había estado escuchando desde la puerta las preguntas de su padre a aquel. Con resolución, fue hacia el otro lado de la mesa, parándose justo frente a su hermano, que de inmediato notó la mirada cargada de rabia que le dirigía su hermana.

—¿Entonces no sabes? —dijo Angelina en voz baja y rabiosa— ¿que a María Aurora la tumbó la mula el domingo por la tarde y que la arrastró por el camino, pegándose en la cabeza con una piedra que la dejó sin sentido por un rato? ¿Ah, no sabes?

Eliseo tragó saliva y respondió, queriendo parecer asombrado:

—¿De verdad? ¿Y cómo pasó eso? ¿Y ella cómo está?

Angelina le respondió con todo el desprecio que podía sentir:

—Eres vil y rastrero, y reniego desde hoy de llamarte hermano. Violentamente, Eliseo se puso de pie al tiempo que levantaba su mano para abofetear a Angelina.

Esta hizo una mueca despectiva, ofreciéndole el rostro y diciendo:

—Anda, gran hombre, pégame. Pégame y me olvido del juramento que le hice a María Aurora de no decir nada la noche que, casi arrastrada, llegó aquí humillada y violada por ti, asqueroso animal.

—¡Cállate! ¡Cállate! —pidió aquel con voz baja y contenida en actitud amenazante.

Angelina, con el rostro levantado, le volvió a pedir:

—¡Anda, pégame! Dame gusto, a ver si eres tan macho con Leonardo y Fernando cuando escuchen la verdad, ¡dame gusto! De ver cómo te arrastran como el ¡bicho que eres! Escucha, escucha bien, Eliseo: no vuelvas a acercarte a ella, no la molestes, porque si lo haces le diré a todos lo ruin que eres y haré todo para que pagues, ¡te lo juro por Dios, así me condene contigo en el infierno!

Angelina había concluido pálida y temblorosa de la ira.

Eliseo había ido bajando la mano hasta dejar caer los brazos a lo largo de su cuerpo, mirando a su hermana con rabia y asombro. Angelina, abusando de su suerte, tomó el pocillo de aguamiel y se lo lanzó en el rostro. El tibio líquido empapó la cara y parte del pecho de Eliseo, que solo apretó los puños, pasando por sus ojos un brillo asesino.

La joven lo miró directo a los ojos y le dijo con sarcasmo:

—Ahora sí puedes comer en paz.

Se fue, trasponiendo la puerta a tiempo de escuchar cómo el plato se estrellaba contra la tapia. Angelina se fue directa a su cuarto, cerrando la puerta y lanzándose de bruces en su cama, sollozando de nervios. No creía que hubiese sido capaz de enfrentar a su hermano; tenía sentimientos encontrados que no sabía definir, sintiéndose extraña.

Eliseo salió echando lumbre de la rabia, pasó junto a los otros hombres que descargaban las mulas sin saludarlos siquiera, y fue a sentarse en un tronco rollizo en medio de la explanada. Héctor vino detrás de él al verlo en aquella actitud y, acercándose, le preguntó:

—¿Qué pasó, mijo, cuál es la rabia?

Eliseo tomó una brizna de hierba y se la llevó a la boca; aquel gesto era típico en él cuando algo lo tenía inquieto y nervioso. Respondió, haciéndose la víctima:

—Nada, nada, papá, que un día de estos le voy a voltear la cara a Angelina de dos cachetadas para que no se meta en lo que no le importa.

Héctor no dijo nada, pero entonces reparó en la funda vacía y preguntó:

—¿Y el cuchillo?

Eliseo respondió con naturalidad, de sobra sabía que se lo iban a notar:

—Lo perdí esta mañana allá en la meseta, lo busqué, pero no lo encontré.

A Héctor se le hizo ambigua la respuesta; sabía del alarde de aquel sobre su cuchillo y que ahora no le interesara su pérdida le pareció raro, aunque no le dio importancia y dijo algo optimista sobre el objeto:

—Puede que algún otro cazador lo consiga y, si lo conocen, como tiene las iniciales tuyas, hasta te lo devuelvan.

Eliseo miró a su padre solo un momento y dijo, mientras otro pensamiento cruzaba su mente:

—Sí, a lo mejor, papá, a lo mejor —pero él sabía que jamás lo iban a encontrar, jamás.

La funda vacía colgada de un clavo les hizo saber a todos la pérdida del preciado cuchillo de Eliseo. Era una lástima, pensó Leonardo, y lo comentó con Fernando, que estuvo de acuerdo con aquel.

María Aurora estaba preocupada, tenía motivos para estarlo; casi veinte días habían pasado desde aquel domingo trágico para ella y para la pobre Domitila, a quien muchos continuaban extrañando. Ahora más que nunca necesitaba de la ayuda de su amiga Angelina; si lo que sospechaba era cierto, debía ser más cuidadosa, mucho más. Mil pensamientos cruzaban su mente mientras, en la incertidumbre, se retorció las manos, sola en su habitación, conteniendo las lágrimas, pues llorar la delataría. Maldecía, maldecía mil veces al causante de aquella angustia.

Era una época donde el respeto hacía normas, instituidas e impuestas por los padres, no se podía evadir con facilidad. No era tan fácil salir de la casa y deambular de un sitio a otro como si tal, no; todo se hacía bajo estricto control de los progenitores, por lo cual María Aurora hubo de esperar un par de días más para poder hablar con su amiga, ayudada por su hermano Fernando. Todo bajo el engaño y la astucia, algo que en los últimos días se le iba haciendo común, no sintiéndose nada bien con esto; por el contrario, se sentía ruin, creciendo a cada momento un odio feroz hacia su violador. Entre sus miles de pensamientos iba urdiendo un plan, un plan en el que necesitaba del apoyo incondicional de Angelina.

Venían de llevar el almuerzo a los peones en los cafetales de don Santiago. Benilde iba delante de ellas con una canasta a su espal-

da, llevando trastes vacíos. Angelina encontró una excusa para quedarse rezagada y poder hablar a solas. Exclamó de pronto:

—¡Ay! María Aurora, bajemos unas guamas.

Aquella, como de sorpresa, dijo:

—Sí —dijo aquella mirando hacia arriba—, ¿nos esperas un momento, mamá?

Benilde se detuvo y mirándolas dijo:

—Yo voy andando, no se tarden, muchachas, que hay que tostar café y molerlo.

—¡Ajá! Ya vamos, mamá —pronunció su hija.

La buena mujer continuó su marcha camino arriba.

María Aurora la miró ir con pesar; Angelina también se sintió mal por engañar así a Benilde. Su amiga entonces se sentó sobre una piedra con gran pesadumbre, desapareciendo como por encanto su bien disimulada tranquilidad; ella hizo lo propio, sentándose muy cerca de aquella, quien le miró a los ojos y en los suyos dos lágrimas bailaban, amenazando con salir, cuando pronunció en un susurro:

—Creo que quedé embarazada...

Angelina quedó en vilo por un momento, abriendo mucho los ojos; no se esperaba aquella confesión. Como si el aire le faltase, preguntó confusa:

—Pero... ¿cómo sabes? ¿Qué harás? ¿Embarazada? ¿Embarazada? ¿Estás segura?

—No tuve mi regla y nunca se me retrasó antes —respondió su amiga y, como si Angelina tuviera las respuestas, preguntó—: ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —Había angustia en su voz.

Angelina no supo qué responderle de momento, pero por su mente pasaron algunas palabras sueltas que por casualidad había oído y, aunque no era una solución, podía ser una idea, y dijo:

—Si Domitila no se hubiese ido quizás nos hubiera ayudado, no sé.

—¿A qué? ¿Cómo? —preguntó su amiga.

Aquella dudó de lo que iba a decir, pero sin embargo lo hizo:

—A que no nazca —dijo Angelina.

—No; no —se levantó María Aurora de donde estaba, moviendo la cabeza negativamente, tomándose el vientre y, como

la mujer madura que siempre había demostrado ser, supo en aquel preciso momento que si estaba encinta, pues la sola mención de evitar esa vida le había hurgado en las fibras más sublimes de su ser, y supo que aquello era el amor de madre. No, jamás, prefería la humillación y el repudio de su familia y hasta perder a Leonardo, pero aquel ser que comenzaba a formarse en su vientre no tenía por qué pagar la maldad de otros. Debería haber otras formas, pero si no la hallaba, correría con los riesgos y las consecuencias.

Angelina, viendo la negativa de aquella, la intentó calmar y le dijo:

—No, está bien, no, es lo primero que se me vino a la mente. Yo escuché muchas cosas que hablaban Domitila y mamá, que se puede hacer cuando una mujer no quiere tener un hijo. María Aurora miró resuelta a su amiga:

—Yo no haría eso jamás, es un pecado, tú lo sabes.

Angelina había admirado siempre a su amiga, tan inteligente, tan madura y resuelta, y aun en aquel momento tan delicado para su vida personal, tenía la capacidad para pensar primero en su posible hijo antes que en su dignidad conseguida con creces y que se tambaleaba gracias al capricho de un ser como su hermano.

Tomó una mano de su amiga entre las suyas, enternecida, admirándola más, sintiendo una sensación extraña la cual ella misma desconocía totalmente; la miró a los ojos y, como si fuese una promesa, le dijo decidida también de una vez a dejar todo por ayudarla:

—Entonces vámonos de aquí, vámonos juntas lejos, a una ciudad donde nadie nos conozca, vámonos sin decirle a nadie. ¿Qué dices?

El brillo en los ojos y el fervor que puso en sus palabras estuvo a punto de contagiarla de una falsa esperanza. Sabía de los sueños de Angelina, de aquel deseo de marcharse de allí.

—¿Qué dices? —volvió a preguntar Angelina.

—No, Angelina, no puedo, ¿adónde iríamos? ¿Qué haríamos un par de mujeres campesinas que apenas saben leer y, además, una embarazada?

—Pues trabajar, María Aurora. Alcides dice que las ciudades están creciendo y que buscan mujeres y hombres para distintos trabajos.

—Nosotras no conocemos la ciudad —la interrumpió María Aurora—. Alcides dice, pero nosotras ni siquiera sabemos si es verdad.

—Yo... Yo estuve pensando... —continuó María Aurora— que quizá la solución es Leonardo. Me da mucha pena decirte esto, pero es mi única salvación. Ya si esto no resulta, me resignaré a mi suerte, pero no puedo irme así no más; no puedo hacerles esto a mis pobres papás.

Angelina dijo, mirando a su alrededor con sus grises ojos aún brillando:

—Yo sí, yo algún día, más temprano que tarde, me voy a ir de aquí; no voy a quedarme a ser una esclava. Luego, con un respiro profundo, preguntó... ¿Qué es lo que has pensado hacer?

Escuchó el ruido de las quebradizas aguas del caudaloso arroyo que descendía velozmente entre saltos y espuma. Llegó a este y descendió de la bestia, tomándola por el cabresto y echando una ojeada para comprobar que no había ningún testigo; dejó el camino real y subió por la orilla del cauce. Un poco más arriba se detuvo, buscando un sitio para cruzar; no tardó en hallarlo. Se quitó las alpargatas y las subió al pico de la silla, se remangó los pantalones y cruzó hacia la orilla opuesta. Avanzó apenas un poco más y divisó la gran piedra. Ella ya estaba allí, lo miraba desde que desmontó en el camino; su corazón galopaba en su pecho; lo que estaba por hacer jamás se le hubiera pasado por la mente sino fuera por las circunstancias.

Desde donde estaba se dominaba gran parte del cauce y del camino y de los que por allí transitaban, siendo imposible que desde aquellos alguien pudiera notar la presencia de bestias o personas detrás de la gran piedra. Era, pues, un sitio dominante, ideal y hartamente conocido por ellos desde su infancia.

Leonardo rodeó la piedra y dejó el caballo atado a una desnuda raíz que el cauce en las crecidas sacaba de los árboles. La mula atada con anterioridad arriscó las orejas, inquieta. Trepó hasta la cima de la piedra, arropada por las bajas ramas de algunos árboles; se sentía la frescura del arroyo, algunos picaflor revoloteaban chupando el néctar de la roja flor de cañuela que crecía a las orillas de aquel. El sol de media mañana hacía lanzar destellos a los pequeños saltos de agua.

María Aurora sonrió, ruborizándose al encontrarse cara a cara con él. Él la miró, admirando su belleza y el color de su vestido de rosas rojas, que hacía tono con la naturaleza a su alrededor; le quedaba sencillamente bonito. Sin saber qué decir, tímido, recogía trozos de ramas secas y las lanzaba al agua, donde, girando en pequeños remolinos, eran finalmente engullidas entre la espuma. Ella lo miraba hacer, pensando en lo mucho y desde cuándo adoraba a aquel hombre, tan sencillo, bueno y honesto; lo adoraba tanto que a punto estaba de arrepentirse de lo que premeditadamente había venido a hacer.

Quiso decirle la verdad y nada más, contarle la atrocidad que su hermano había hecho con ella, pero entonces quizá lo perdería para siempre y ya no la miraría como la estaba viendo ahora; además, estaban sus padres, los padres de él, el que dirán, los prejuicios.

—Oh, Dios mío, Dios mío, ¿en qué momento vino a desgraciarse su vida aquel animal?

Estaba en una encrucijada y solo él podía salvarla. Decirle la verdad, toda la verdad, sería condenarse a vivir con su desprecio, a vivir una vida desgraciada en la que la mala sombra de Eliseo predominaba. María Aurora se sentó en la roca, él fue a sentarse a su lado. Se miraron largamente, él con un sin-fín de sentimientos tan cristalinos como las aguas del cauce que corría allá abajo, ella con una nube gris que nublaba por un momento la limpieza de sus verdaderos sentimientos. El tiempo era su enemigo, el peor que había conocido, y debía eliminarlo apresurando lo que no tenía prisa.

—¿Pasarás toda la mañana mirándome? —le preguntó ella, ruborizada, tomando la iniciativa.

Los ojos de él brillaron como ascuas, prendidos con los de ella, muy cerca sus rostros.

—Podría mirarte así toda la vida, es como te he mirado siempre, María Aurora.

Ella, atrevida, le tomó una mano y le dijo en un susurro:

—Es lo que más deseo, que siempre me mires así, sin reproches.

Leonardo, tomando la otra mano de la joven, le preguntó:

—¿Y qué habría yo de reprocharte a ti?

La joven no respondió; era mejor. ¿Cuántas mentiras más habrían de decir?

Leonardo entonces le soltó una mano y, acariciándole el rostro, preguntó:

—¿Necesito entonces decirte que te quiero o te basta con mi mirada?

Ella paseó, embelesada, sus brillantes ojos por el rostro varonil de él; todo parecía borrarse, nada la atemorizaba. Respondió, convencida de que él era la protección y fuerza que necesitaba:

—Aunque tu mirada me alienta, necesito escuchar de tu boca eso que me dicen tus ojos.

Él entonces le dijo, con una promesa, sintiendo en su corazón un fuego que ninguna fuerza lograría apagar:

—Te amo, María Aurora, te amo desde siempre y te juro hoy aquí que por siempre te veré y amaré de esta manera, no importa cuánto tiempo pase.

La besó, limpia y tiernamente, en un beso húmedo y cargado de amor; ella le correspondió con toda la pasión de la que era capaz. Se dejaron caer en la superficie plana de la dura piedra, dejándose llevar, abrazados, besándose, haciéndose mil promesas, yendo cada beso más allá.

María Aurora maldecía la sombra de Eliseo, que le obligaba a vivir un momento que no había soñado así, aunque lo disfrutaba, pues amaba a Leonardo, pero no era como ella hubiese querido, ni el lugar, ni el momento.

Se entregó a un sorprendido y apasionado Leonardo, intentando consolarse, sabiendo que aunque no estaba bien, era necesario que así sucediera.

Sollozaba quedo ante el ímpetu suave de él, quien, en un gesto tierno, secándole una lágrima con la yema de su dedo e interpretando el sollozo de ella, le dijo para calmarla:

—¿Sabes que me casaré contigo? ¿Te casarías conmigo, María Aurora?

Ella lo miró con sus ojos llenos de lágrimas y, en un arranque de profunda conciencia, estuvo a punto de revelarle toda la verdad, pero en última instancia se abrazó a él, diciéndole con suma ternura:

—Me casaría contigo mil veces, Leonardo, mil veces. Eres el hombre de mi vida y el más bueno que hay.

Se olvidó de todo por un momento y se entregó íntegramente a él, sin reservas, desfalleciente de pasión, dejando que las

tiernas y suaves caricias de Leonardo terminaran por borrar las mancillantes y asquerosas de Eliseo.

CAPÍTULO V

Por aquellos días volvió el popular maletero Alcides Tarazona; como siempre había sido su costumbre, fue a hospedarse en la casa grande. Apenas llegar a ella con sus corotos a cuestas, le pusieron al tanto de la marcha de Domitila y quisieron saber si, por una de tantas, la había visto en la ciudad. Negó que la hubiese visto y lamentó sinceramente la ausencia de la morena, pues eran muchos años que tenía conociéndola y tenía con ella una buena amistad y buena relación comercial, pues eran muchas las mercancías que aquella le había comprado y otras que por encargo le traía, como aquellas imágenes y fetiches que aún permanecían en orden en su cuarto en espera de su posible regreso.

Como siempre, todos los de la casa se sentaron alrededor del mercader mientras este sacaba mercancías y se las enseñaba o explicaba su uso cuando eran novedosas. Héctor y Eliseo apenas si prestaron atención a los cachivaches que traía el mercader. El primero descansaba en su hamaca, con la mirada fija perdida en la tarde, en algún punto indefinido. Eliseo estacaba un cuero de un oso de montaña que había cazado en su última excursión a la meseta.

Leonardo le dejó una linterna y fue adentro para guardarla. Doña Isabel no se decidió por nada después de ver varios cortes de tela; Angelina sí dejó una cajita de mota para las mejillas. Alcides comenzó a guardar la mercancía en el costal mientras le decía a Héctor:

—¿Y no va a dejar nada usted, mano Héctor?

El aludido respondió con desinterés:

—No, mano Alcides, por ahí para el otro viaje será.

Eliseo entonces le dijo desde afuera, donde permanecía enfrascado estacando el cuero:

—Muy bueno el libro que me dejó el otro día, don Alcides.

—¡Ah! —exclamó el mercader levantándose de su silla—.

¿No le dije que le iba a gustar?

—Pues ahí lo estoy viendo, a ver si aprendo a disecar bichos como dice ahí. Quiero disecar todos los bichos que cace; voy a dedicarme a eso.

Alcides notó la apariencia descuidada de Eliseo y el énfasis que ponía en sus palabras.

Angelina llegó con café para los tres, pero el de Eliseo lo dejó sobre una banca; el mercader se dio cuenta de que cada vez aquella familia se iba distanciando más el uno del otro. Eliseo entró por el café y, sentándose, retomó el tema:

—Voy a arrancarles el cuero para la venta y otros los voy a disecar. Usted me va a traer lo que necesito; por ahí le tengo una lista. Se la voy a dar para que en el próximo viaje me los traiga.

Eliseo hablaba mientras sus ojos brillaban extrañamente; Alcides se dijo que a lo mejor tenía unos aguardientes en la cabeza y por eso aquella actitud delirante.

—¡Ju! —protestó por allá su padre—. ¿Te vas a volver rico con eso?

—Pues verá don Héctor que en la ciudad hay gente que vive de eso —dijo Alcides.

—¡Ja! —exclamó aquel, incrédulo.

—¡Ajá! —dijo el mercader y explicó, continuando—. A una señora se le murió el perro y lo llevó por allá a un negocio de esos y lo mandó a disecar; y si viera que en la sala de la casa tiene el bicho ese, parece vivo el muérgano, pero a lo que uno repara bien es solo un matacho y un buen dinero que pagó la mujer para que le hicieran ese trabajo. Héctor, que había entrado de lleno en la conversación, respondió:

—Eso es una vieja loca, mano Alcides, loca y rica; a lo mejor alguna extranjera de esas que tienen unas costumbres raras.

Alcides aceptó:

—Pues sí, don Héctor, en eso usted sí tiene razón, costumbres que han aprendido algunos allá en la ciudad; pues ya son varios los sitios donde se dedican a eso y de eso viven.

Héctor, a pesar de estar en contra de aquellas costumbres, por no oponerse a su hijo, terminó diciendo:

—Pues mientras le saque algo de provecho, no los mate en vano.

—Al final son solo animales, ni sienten ni se arrepienten, papá. Fue así como Eliseo, algunos días después, con la ayuda de dos peones, construyó un oscuro cobertizo de bahareque en el cual pretendía iniciar la preparación, disecación y el desollado de animales.

Desde que había leído aquel instructivo libro, su fanatismo

había crecido y ponía toda su energía en ello, viviendo cada día más apartado de los demás, encerrándose en sí mismo. Sus azules ojos, siempre mortecinos y perdidos, solo brillaban de vez en cuando, cuando María Aurora visitaba la casa grande. La joven, en principio, le temía y evitaba siquiera toparse con él. Angelina le dijo entonces:

—No debes temerle ni sentir vergüenza ante Eliseo. Es él quien debe sentir miedo; míralo de frente, con asco y desprecio; que sienta que para ti es un perro sarnoso, y te aseguro que bajará la mirada, porque en el fondo no es más que un cobarde, lo sé.

En los días subsiguientes... La noticia le llenaba de desconcierto, alegría, pero también preocupación. María Aurora, algo pálida, veía ir y venir a Leonardo de un lado a otro de la habitación, rascándose la cabeza como si tuviera comezón o piojos. No se sentía moralmente bien haciendo aquello, pero era el segundo paso que debía dar para salvar precisamente su moral.

Él se detuvo y la miró con cara interrogante:

—¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

Ella casi no podía sostener la mirada por la vergüenza al engañarlo así y dijo:

—Sí, estoy segura, Leonardo, estoy...

—¿Y será hembra o varón? —preguntó aquel ingenuo.

Angelina casi ríe mientras espiaba el corredor desde la puerta entreabierta de su cuarto, y volviendo un poco el rostro le hizo una señal a su hermano diciéndole:

—Sshitts... baja la voz.

—¿Importa eso? —preguntó María Aurora.

Leonardo le tomó las manos, diciéndole:

—No; no es eso, es que no me lo esperaba, no tan rápido.

María Aurora se sentía ruin al manipular la situación:

—Entonces, ¿estás molesto? —preguntó.

Como respuesta, él la atrajo hacia sí y, abrazándola muy fuerte, le dijo:

—¡Por Dios, María Aurora, no! Estoy asustado, porque mañana mismo voy a hablar con tus papás; a esto hay que ponerle remedio.

Angelina volvió a mirar a la pareja y se encontró con los ojos tristes de su amiga, que la miraban suplicantes por encima

del hombro de Leonardo. Volvió a ver hacia afuera, a tiempo de ver entrar a Eliseo, que regresaba con los peones que le ayudaban en la construcción del cobertizo. Apretó las manos con rabia, sabiéndolo causante de todos aquellos engaños a Leonardo; también se preguntó cuál sería la reacción de Eliseo si supiera que aquel hijo era suyo.

Al día siguiente, tal y como prometiera, Leonardo llegó por la tarde a la casa de los Salcedo. El káiser esta vez lo recibió con una actitud amenazante, tanto que, aun después de que Fernando lo espantase, siguió por allí gruñendo, amenazador, como si adivinara que el joven lo dejaría sin su ama María Aurora, quien era la que más atención le daba desde que era un cachorro.

Los de la casa recogían en sacos de fique una troja de café que habían asoleado durante el día. El joven, después de saludar, algo hermético por los nervios, se apresuró a ayudar; María Aurora se puso tensa apenas verlo llegar, y aquella actitud nerviosa la notó doña Benilde, que disimulaba no ver cómo los dos se lanzaban furtivas miradas mientras terminaban de apilar los granos.

Concluida la faena, los tres hombres fueron a sentarse al corredor, hablando de asuntos referentes a las cosechas y al clima. María Aurora llevó tazas de café para los tres; las manos de Leonardo temblaban levemente al igual que las de María Aurora. Habían acordado que lo del embarazo no podía saberse; era algo muy delicado y pondría furiosos a sus padres, criticándolos y tildándolos de irresponsables y pecadores.

A pesar de la casi familiar confianza, a Leonardo se le dificultaba tocar el tema que había venido a tratar y se removía inquieto en su asiento, participando algo ausente en la conversación que derivaba de un tema a otro, mientras transcurría la tarde. María Aurora asomaba cada rato a la puerta de la cocina, donde ayudaba a su madre, restregándose las manos nerviosas. Estaba casi por la séptima semana de embarazo y hasta ahora lo había disimulado muy bien, engañando a todos. Su plan era asumir muy rápido una convivencia con Leonardo, fuera o dentro del matrimonio, pues si dejaba pasar más tiempo, toda la trama se vendría abajo. Benilde sonreía viendo los nervios de su hija, diciéndose para sus adentros que en realidad allí había “gato encerrado”.

Leonardo afuera se decidía a enfrentar la situación y, tomando aire, dijo con voz grave que dejó un poco sorprendidos a los otros dos hombres:

—Pues veré, don Santiago, yo vine hoy hasta aquí porque quería hablar un asunto con usted y doña Benilde.

Fernando, al oírlo, la cogió al vuelo y apenas si dijo:

—¡Ja!

Su padre, un poco más retraído, preguntó:

—¿Caramba, muchacho, y eso?

Leonardo, con los nervios de punta, le respondió:

—Pues es un asunto de familia, es que bueno, yo... Este...

Bueno, pero tienen que estar aquí doña Benilde y María Aurora.

Fue entonces que don Santiago se dio con la palma de la mano por detrás de la nuca y, rascándose como si le hubiera picado un mosquito, dijo:

—¡Ah, caray! ¿En qué andan estos muchachos? —Y dando voces, llamó—: ¡Benilde! ¡María Aurora! Vengan para un asunto.

Doña Benilde salió con su amplia sonrisa, dispuesta ya a ponerse del lado de los muchachos, pues ya no cabía duda de cuál era el motivo de los nervios de aquellos. Se secaba las manos con un raído trapo de fogón; detrás de ella, calladita y temblorosa, la joven se estrujaba las manos.

Don Santiago, muy serio, dijo:

—Pues aquí estamos los que somos, mijo, habla a ver si nos podemos entender.

—Pues bueno, don Santiago, doña Benilde, yo vine a decirles que bueno, que yo y... María Aurora, este, pues... pues estamos, este... como quien dice, en amores —terminó por fin diciendo Leonardo.

La joven pareció encogerse, semi escondida detrás de su madre, cuando su padre le dirigió una severa mirada.

—¡Uh ju! —Movió aquel la cabeza, como analizando la situación—. ¿Y desde cuándo son novios?

Fue María Aurora la que respondió:

—Desde hace un mes, papá.

El hombre pasó la mirada de su esposa a los muchachos y dijo:

—¿Pero cómo es eso, caramba? Las cosas no se hacen

así. ¿Dónde quedó la crianza que recibieron ustedes dos? Se levantó y caminó por el corredor unos pasos. Doña Benilde hizo una seña a los muchachos para que permanecieran calladitos.

Santiago vino a sentarse de nuevo con la cara muy seria y, mirando a Leonardo, le dijo en tono de reclamo:

—Usted, mijo, tenía que hablar conmigo desde un principio. Nosotros no estamos pintados.

Benilde entonces intervino diciendo a su esposo en tono conciliatorio:

—Eso es lo que están haciendo, mijo, no sea tan severo con ellos. Leonardo miró a María Aurora, que le sonrió tímidamente; en sus ojos encontró el valor necesario para decir:

—Vine a pedir la mano de María Aurora, para casarme con ella, si Dios lo permite.

Ahora fue doña Benilde la que les dijo:

—Pero bueno, muchachos, primero el noviazgo, hay que conocerse un poco.

Leonardo dijo:

—Nos conocemos de toda la vida, doña Benilde, y queremos casarnos lo más pronto posible.

—¿Pero cuál es su afán?, ¿por qué tan rápido? —preguntó ésta.

—Bueno, pues es que, este... queremos, pues, vivir juntos, y no queremos arrejuntarnos a vivir amancebados, como quien dice —contestó Leonardo.

Por la mente de doña Benilde pasó una leve sospecha, aunque no creía que su hija fuese capaz de faltar a la moral y a las enseñanzas que ellos le habían dado en su crianza.

Santiago, entonces, pensando en la mejor forma de arreglar aquello y viendo en los muchachos una decisión ya tomada y de que terminarían juntos con o sin su consentimiento, les dijo como reflexión:

—Yo y mi vieja le dimos a estos muchachos una buena crianza, Leonardo, así como a ustedes se la dieron mis compadres. A usted yo lo considero el más cabal de los varones, porque Eliseo, no sé, ese muchacho, como que no sienta cabeza. María Aurora frunció las cejas ante la mención de aquel.

—Ella... —continuó don Santiago refiriéndose a su hija—, tiene ya veintiún años, no es una niña y, como siempre ha sido

una muchacha que se dio a respetar, nosotros ya desde hace tiempo la dejamos tomar sus propias decisiones, y si es decisión suya y es su deseo casarse, yo lo único que puedo hacer es darles mi bendición.

Todo quedó dicho sobre aquel asunto. María Aurora, después de todo, le daba gracias a Dios porque las cosas estaban saliendo mejor de lo que habían pensado ella y Angelina. El compromiso se hizo formal en una reunión de las dos familias en la casa grande, donde, por supuesto, no estuvo presente Eliseo, el cual ensilló su caballo muy de mañana aquel día y, sin despedirse de nadie, salió con rumbo desconocido. A doña Isabel ya le preocupaba mucho el aislamiento casi absoluto en el que permanecía aquel y se preguntaba: ¿Qué sería lo que pasaba con su hijo? ¿Por qué parecía vivir con rabia hacia todos? Como si los culpara por algo.

María Aurora se alegró de que aquel no estuviera presente; no soportaba tener que verle el rostro a ese infeliz. Escuchaba los comentarios que ya se hacían de la actitud de aquel, a lo que ella pensaba para sus adentros: que se cocine en su propio caldo ese malnacido. Se sobaba el vientre pensando que llevaba dentro de sí al hijo de aquel ser tan ruin; jamás, por ningún motivo, aquel debía saber que era su hijo e intentaría no vincular de ninguna manera a su hijo con aquel. Solo Angelina era conocedora de la verdad y era necesario que fuese así por siempre para poder tener un poco de esa felicidad con la que siempre había soñado.

Aprovechando una campaña misionera en la aldea, María Aurora y Leonardo se apresuraron en la búsqueda de padrinos y comenzaron a correr las amonestaciones por tres domingos seguidos, como era la costumbre, por si había algún impedimento.

María Aurora temía dos cosas: que su barriga comenzara a notarse o que Eliseo, solo por hacerle más daño, en un arranque de celos o egocentrismo, manchara su reputación, echando por tierra todo su plan. Eliseo parecía esconder su frustración en lo que parecía ser el centro de su vida; había perdido toda jovialidad y alegría, tragadas quizá por el peso de su conciencia. Habíase descuidado físicamente, dejándose la barba y el pelo; no parecía importarle nadie, pues en su mente todos a los que veía le miraban acusadoramente. No sabía que era su concien-

cia que le reclamaba por aquellas atrocidades cometidas; culpaba a los demás llamándoles hipócritas, recordando cómo era rodeado de amigos cuando iba de farra a la cantina, haciendo amigos en su derroche. Lo que no sabía era que hay algo que el dinero no puede comprar, como un verdadero sentimiento de valoración por lo que se es como ser humano, no por la posición y los privilegios o la belleza física; no, el dinero no compra el amor, porque el amor es libre, no tiene precio.

—Sí, el amor, el amor —dijo el cura en su última amonestación, mientras Eliseo, con su aspecto patibulario, parado en la puerta de la iglesia, hacía remover inquieta a María Aurora en el banco al lado de Leonardo.

—“El amor, queridos hermanos, el amor es benigno, es sufrido, es tolerante, es entregado, es capaz; el amor todo lo puede, todo lo ve, todo recibe. El amor es irreverente, es fe, es sabiduría, es perdón, porque el amor todo lo perdona; porque el amor puro y verdadero viene de Dios; porque el amor es la vida. Porque desde que el mundo era un lugar oscuro y vacío, lleno de tinieblas, Dios en su eterna sabiduría llenó aquel lugar oscuro y vacío... de luz, de vida, de amor, y creó al hombre a su imagen y semejanza; y luego, viendo que no era bueno para el hombre estar solo, creó ayuda idónea para él y formó a la mujer de una de sus costillas, haciéndolos una sola carne, sangre de su sangre, huesos de sus huesos. Y he aquí, queridos hermanos, que nació el primer matrimonio instituido por nuestro creador: un hombre y una mujer, y les dijo: ‘Id y multiplicaos y amaos,’ porque de amor y luz habían nacido. Por lo tanto, mis queridos hijos María Aurora y Leonardo, yo, como hombre de Dios, os digo estas palabras que pronunció nuestro Dios en el principio del mundo: podéis ir a consumir vuestro matrimonio, si no hay ningún impedimento.”

María Aurora tembló levemente, pálida, esperando oír la voz de Eliseo, pero aquello no sucedió, y mientras el cura despedía la misa, Eliseo se alejaba hacia las montañas, más lleno de rabia que nunca, sin hacer mella en él las palabras de verdad pronunciadas por el cura. Contrario a Eliseo, fueron muchos a los que sí les sirvió de reflexión lo dicho por el sacerdote. Entre ellos, Leonardo, que salió pensando en su hermano, con el cual se sabía muy distanciado.

María Aurora también meditaba mientras llegaba a su casa; entró casi corriendo a su cuarto, dando alguna excusa para no soltar el llanto que traía contenido delante de sus padres. Se tiró de bruces a la cama y lloró, lloró con llanto triste y melancólico mientras recordaba las palabras del sacerdote. ¿El amor, la verdad, el perdón eran la base del matrimonio?, parecía preguntarse.

Amor le sobraba para amar a Leonardo, no por una sino por varias eternidades si existiera tal posibilidad. La verdad, no existía tal verdad; estaba fundando su relación en una mentira, en una mentira blanca, pero mentira al fin. Aquello la atormentaba; a punto estuvo de levantarse del banco de la iglesia y decir la verdad y pedir perdón por su acto a Dios. Dios seguro la perdonaría, pues conocía cada uno de sus pasos, pero Leonardo, ¿la perdonaría aquel? Ese era el punto; no le importaba lo que pensarán los demás. Si tan solo tuviese la seguridad de que él la perdonaría y creyese en la verdad que ella le diera de los hechos... ¿o creería en la versión de Eliseo?

El perdón no, no existía el perdón en su corazón, no para Eliseo. Por el contrario, toda aquella amargura, aquella incertidumbre era por su culpa y, por momentos, crecía más su odio hacia él. Por su culpa sufría, por su culpa no encontraba esa paz que su espíritu necesitaba; le odiaba con cada partícula de su ser.

Tan solo el hecho de llevar en su vientre aquel pequeño ser que de ella se alimentaba le hacía reaccionar y respiraba profundo, calmándose, canalizando sus sentimientos, diciéndose que no merecía transmitirle tanto odio ni tristezas. En lo postrero intentaría no dejarse llevar por las emociones y hacer de cuenta, aunque sabía que era casi imposible, que aquello jamás había pasado en el café del plan y que el único padre que tenía su hijo era Leonardo. Nada de aquello era su culpa e intentaría darle mucha felicidad.

Llegó el anunciado día de la boda. Los novios salieron individualmente de su casa acompañados por los padrinos y vecinos, todos a caballo; algunos que no tenían bestia hicieron el camino a pie. El camino real fue adornado de arcos de palma y flores por los vecinos y amigos, demostrando así el aprecio

y la buena fe hacia la pareja. Era entonces muy popular la toreada del novio; fueron muchos los amigos de Leonardo que se apilonaron frente a la iglesia con toallas o pañoletas enrolladas al cuello esperando su turno para torear al novio. Las damas vestían muy elegantes, usando algunos trajes muy especiales para montar a caballo y adornados para la ocasión; usaban una falda de colores suaves, larga y ancha, llamada fundón, y un saco de sastre de mangas largas, rematando su vestimenta con largas botas de montar de cuero, el cabello recogido en trenza o moño y, sobre su cabeza, un sombrero de caña de ala ancha con cintas de colores vivos que se ataban al cuello.

Primero Leonardo y luego María Aurora quedaron muy emocionados y agradecidos con el caluroso, típico y colorido recibimiento por parte de sus coterráneos, que ingresaron a la iglesia detrás de ellos con gran algarabía al grito de “¡vivan los novios!”

La boda se celebró sin ningún impedimento; la pareja de recién casados levantaba murmullos de admiración por la belleza de ella y la estampa varonil de él. Por petición anticipada de la familia de la novia, la celebración del matrimonio sería en la casa de don Santiago. Hubo comida y licor; se dispuso una mesa especial para los padrinos, los padres y los novios, los cuales departían entre sonrisas, bromas y abrazos con la muchedumbre, recibiendo de estos halagos y presentes.

El ambiente era animado por grupos de música popular campesina, donde Fernando derrochó talento haciendo sonar su guitarra. Leonardo mismo, por pedido de este y su recién esposa, tocó un rato la guitarra, demostrando una gran maestría con el instrumento de seis cuerdas, ganándose el aplauso de los presentes y un gran beso que le estampó María Aurora, ante el barullo que armaron los presentes.

Angelina también disfrutaba de la fiesta a más no poder; hermosísima como estaba, levantaba rumores de admiración y despecho, pues no había un hombre allí que se hubiese ganado el amor de aquella mujer de inigualable belleza. Doña Benilde sonreía muy feliz por su hija, y no faltaba quien la sacara a bailar, pues era una experta en eso del baile popular junto con don Santiago, y era todo un acontecimiento que nadie se perdía cada vez que había la oportunidad de verlos.

Entre todo esto, la mujer reflexionaba, atando algunos cabos, pues solo se había hecho un poco la tonta, porque al final su hija había hecho una buena elección y no había querido interferir en su decisión. No le habían pasado desapercibidos ciertos cambios físicos en su hija, algo de pérdida del apetito, que había llorado el día que regresaron de la última amonestación y de su enemistad con Eliseo; ella no podía llegar a una conclusión, pero sabía que todo estaba relacionado con aquel apresuramiento de la boda.

Los recién casados, como en toda fiesta de bodas, desaparecieron como por encanto pasada la medianoche. Al irse dando cuenta de su ausencia, algunos invitados sonreían con malicia.

La casa grande había sido adornada para agasajar a los novios en una reunión familiar y de los más allegados a las familias, la cual sería al día siguiente después del mediodía.

Luego de desmontar, Leonardo fue y sujetó a María Aurora, ayudándola a bajar de la mula. La joven quedó en sus brazos, mirándose ambos con el deseo pintado en sus rostros, bañados solo por la luz de la luna llena; se besaron largamente sin apenas decirse nada, no hacía falta, sus expresivas pupilas lo decían todo. La llevó a su cuarto, así en sus brazos, entrando por el zaguán y atravesando el corredor interno. Solo los grillos, con su insistente canto, rompían el silencio de la noche, metidos entre los terrones sueltos de la gruesa tapia de barro.

La depositó a tientas sobre la cama, riendo ambos, pues venían tropezando por la oscuridad que reinaba dentro de la casa. Ella palpó como hojas suaves que yacían sobre la cama. Él sacó unos fósforos de la solapa de su traje y encendió una lámpara de aceite muy cerca de la cama, colgada de la pared. Ambos se sorprendieron al ver la cantidad de pétalos y flores que cubrían la cama y parte del suelo de tierra. Ambos sonrieron y Leonardo dijo:

—Esto debió ser cosa de Angelina.

—¡Ajá! Es como ella sueña que será su primera vez —pronunció María Aurora.

Leonardo la besó mientras le decía:

—No soy tan sutil o, como dicen, ¿romántico? —buscó la palabra—, pero intentaré darte la mejor noche de bodas.

—Tonto —le dijo ella, mirándole tiernamente—, contigo será siempre como si fuese la primera vez, aunque sea sobre una piedra.

Rieron ambos al recordarle ella con su comentario donde se habían entregado por primera vez. Suavemente, sin prisa, fueron besándose mientras sus ropas iban quedando confundidas con las sábanas o entre los pétalos del suelo. La contempló llenándose de su desnudez, de su mirada que lo invitaba a poseerla; ella también lo miraba extasiada, diciéndose, aunque no era mucha su experiencia, que quizá no había hombre que reuniera las condiciones físicas y viriles de su Leonardo. Se acariciaban el uno al otro, despacio, sin pensar en nada que no fuera en aquel momento tan sublime, mirándose sin vergüenza alguna. Él pasó su mano por el pequeñísimo bulto que comenzaba a ser su vientre. Sonrieron de nuevo, y él, en un movimiento, apagó la lámpara de un soplo. Entonces se entregaron el uno al otro con sumo amor y con mucho cuidado, pues no podían olvidar que ella estaba en su primer mes de embarazo, según él.

El engaño que María Aurora, ayudada por Angelina, forzada por miedo a las consecuencias de saberse el origen de todo, aún no había terminado; no, la última etapa de aquel plan era la más larga en cuanto a tiempo se refería. La joven, ya notándose su estado de gravidez por parte de todos, como era obvio, comenzó a fingir dolores, fatigas y hasta sangrado, haciendo de su embarazo uno de los más complicados conocidos.

Pasaba horas recostada en la cama en un continuo reposo, recomendado por una parturienta que vivía en una aldea vecina, a unas dos horas a pie. El pobre Leonardo hizo muchas veces este camino para traer a la comadrona hasta la casa grande, ya fuese en el día o a altas horas de la noche. Otras veces buscaban a su madre, que, preocupada por la situación, recordaba que ella misma había perdido dos hijos en abortos. María Aurora lloraba ante los comentarios de su madre, llanto del que se contagiaba Angelina, a lo que los demás le tomaban más consideración, diciéndole a la embarazada que tuviese fe en Dios, que todo iba a salir bien, que siguiera con el reposo y que le pidiera mucho a la Virgen. Lo que no sabían aquellos era que lo único que no era fingido de María Aurora era su

llanto, pues se sentía miserable al engañar a todos así, y se preguntaba si no estaba acarreando sobre ella y su hijo algún tipo de castigo por parte de Dios.

El parto se adelantó debido a las complicaciones y, a los siete meses, María Aurora dio a luz. Fue un día de mucha tensión en la casa grande, donde la partera, con gran cuidado y desconcierto, sostenía en sus manos a la criatura que acababa de ayudar a venir al mundo.

—¡Es una niña! —exclamó, a la vez que le cortaba el ombligo y la envolvía en una cobija, ayudada por doña Benilde, que al igual que la parturienta, se asombró de lo natural físicamente que era la bebé.

La orgullosa abuela la tomó en sus brazos y la llevó al regazo de María Aurora, que lloraba llena de diversos sentimientos. Su madre le dijo:

—Todo salió bien, hija, todo salió bien. Es una hermosura de niña, ni siquiera parece de siete meses.

María Aurora apretó la mano de su madre con la suya, besando a su bebé y bañando el rostro de la recién nacida con sus lágrimas.

Miró a la comadrona, que se disponía para salir, y le dijo entre sollozos, como en un ruego:

—Que mi Dios se lo pague, doña Eleonora, que mi Dios se lo pague.

—Amén, hija, amén —respondió, sonriendo con los ojos llenos de piedad, aquella mujer.

Las parteras de la época, al igual que los sacerdotes, se enteraban de hechos que jamás divulgarían: los segundos por aquello del secreto de confesión, y las primeras por su experiencia. A ellas no se les podía engañar.

Leonardo ni siquiera dudó de nada, aceptando los hechos tal cual, feliz, muy feliz, con la llegada de aquella hermosísima bebé de piel blanca y ojos grises como los de su abuelo.

Apenas pasados los cuarenta días, le corrieron el agua con el nombre de María Angélica, en honor a la increíble amistad entre María Aurora y su tía Angelina.

Eliseo, a pesar de tener tanto que ver en el cambio de vida de su hermano, María Aurora y la recién nacida María Angélica, pasaba sus días casi inadvertido para casi todos, como si no

existiese. Solamente con su madre cruzaba una que otra palabra cuando iba a la cocina a comer, lo cual siempre era de último. Repartía el tiempo de su vida entre las montañas y sus ensayos de disección de animales en aquel cobertizo, del cual salía constantemente un olor nauseabundo que a veces impregnaba la casa, mezclado con otros olores extraños que causaban estornudos a quienes la habitaban. Estos atribuían aquellos efectos a los ingredientes líquidos que de mes en mes hacía traer con Alcides, el maletero, con el cual entablaba charlas locuaces y muy poco coherentes, siempre refiriéndose a su enfermiza obsesión. Pocas veces recobraba la serenidad emocional y tomaba otro tema. Isabel, su madre, a veces lo observaba por el ventanuco de la cocina, yendo de aquí para allá, llevando una cosa, trayendo otra, hablando consigo mismo en un murmullo constante. Ya había hablado con Angelina, pero aquella no le daba importancia. Leonardo había intentado hablar con él y aquel ni siquiera le prestó atención. Así el tiempo transcurrió por casi un año; los malos recuerdos quedaban atrás. Los pobladores seguían con su rutina de ir y venir con sus verdes cafetales, sus plantaciones de cacao, caña de azúcar y demás, el trabajo constante de hombres y bestias en la recolección, proceso y transporte de los rubros a lomo de arreos de mulas por los caminos reales, con sus cuentos de aparecidos, sus supersticiones y sus típicas costumbres, apegadas a la fe en Dios todopoderoso, dándole a aquella aldea una identidad propia, autóctona, que parecía sería para siempre así.

María Angélica, de ocho meses, dormía plácidamente en una improvisada cuna de madera rolliza que le había hecho su padre. Eran casi las cinco de la tarde y María Aurora terminaba de darse un baño y, con una sábana alrededor de su cuerpo, entró a su habitación, donde Angelina le aguardaba por pedido de esta, para contarle algo muy importante. María Aurora fue a un improvisado ropero, que no era otra cosa que unas tablas aserradas y unos palos rollizos colgados de un alambre. Angelina la observó expectante, sentada en la cama. Aquella tomó algunas prendas y caminó hasta ella, depositándolas en la cama. En broma y feliz, tomó una mano de Angelina y junto con la suya la colocó sobre su pecho, diciendo: —Sínteme el corazón, siéntelo.

Angelina se puso tensa; el cabello largo, húmedo, los hombros desnudos por donde aún corrían gotas de agua. Sintió el calor de la piel de su amiga a través de la tela y el palpitir emocionado de su corazón; el suyo pareció ir más de prisa. Intranquila, apartó su mano como si se quemase y, nerviosa, preguntó: —¿Ajá? ¿Y?

La aludida, poniéndole suspenso al asunto, se volvió de nuevo, yendo unos pasos hasta un canasto que colgaba de la pared, y dejando caer la sábana que la cubría, quedó completamente desnuda. Angelina tragó saliva, recorriendo con su mirada el cuerpo hermoso de María Aurora; un leve temblor sacudió su ser, erizando cada vello de su cuerpo. En un esfuerzo terrible, apartó la mirada, sintió un ramalazo de calor en el rostro. María Aurora se volvió, poniéndose un medio fondo que le cubría de la cintura para abajo. Volvió a ponerse frente a su amiga y, volviendo a tomar una de sus manos, le dijo poniéndola sobre su bajo vientre:

—Creo... estoy casi segura de que estoy preñada otra vez.

El timbre y el entusiasmo en la voz de María Aurora denotaban mucha felicidad. Angelina no supo cómo reaccionar; entre sorprendida y nerviosa, su amiga, sin la más mínima malicia, la abrazó, apretando sus pechos desnudos contra ella, quien, sin comprender por qué, sintió el deseo de dejarse llevar. Abrazó a María Aurora, apretándola más contra sí, sintiendo la tersura y suavidad de su cuerpo. Iba cayendo en un remolino, sintiendo un calor tibio recorriendo su vientre virgen.

—Vas a ser tía de nuevo —la sacó de aquel sopor la voz de María Aurora, que la soltó, tomando el vestido sobre la cama.

—Sí, sí, ¡qué alegría! —pudo pronunciar Angelina, tratando de recuperar el aire, con el corazón latiendo a mil por segundo, y preguntó:

—¿Y Leonardo ya lo sabe?

—No —respondió su amiga—, pero esta noche se lo digo.

Angelina sentía que le faltaba el aire; quería salir ya de allí, por lo que, levantándose, dijo:

—Yo también voy a bañarme antes de que lleguen los obreros.

Y antes de que llegara a la puerta, María Aurora le dijo:

—Es nuestro hijo, de los dos; mi alegría es mayor, ¿lo sabes, verdad?

Angelina, a pesar de la prisa que tenía, se detuvo un segundo antes de abrir la puerta y respondió:

—Lo sé, sé lo que es para ti, y para mí también —le sonrió comprensiva, y abriendo la puerta voló a su habitación, donde, cerrando tras sí, se tiró de espaldas en la cama y, en un impulso que no pudo contener, arrastró su vestido con las palmas de sus manos hasta detenerse en el nacimiento de sus prietos muslos. Dejó una mano allí, presionándola contra su carne tibia, y con la otra recorrió su cuello, bajando hasta sus senos, estrujándolos en una caricia salvaje llena de contenido morbo. Su cuerpo era recorrido por incesantes oleadas de calor de hembra en celo, mientras en su mente no aparecía el ideal de un varonil y viril hombre, sino la figura esbelta y desnuda de María Aurora: sus labios, su pelo, su hermoso cuello, sus rosados pezones, la curva pronunciada de su espalda, donde nacían sus prietas nalgas, rematadas por esos muslos firmes y suaves que invitaban a...

Se sentó en la cama de pronto, negándose a seguir tocando su cuerpo enfebrecido, haciéndose mil preguntas que no obtenían respuesta. ¿Qué le pasaba, por Dios? ¿Qué era todo ese deseo tan extraño? Lloró, lloró en silencio, sin saber entonces el término que se usaba para definir lo que ella creyó era una rara enfermedad o alguna especie de maldición o castigo. Ella no lo sabía, pero comenzaba a manifestarse en su ser una naturaleza distinta.

Un par de meses después...

Todos estaban hartos, pero sobre todo María Aurora. Aquellos olores que despedía el cobertizo donde trabajaba Eliseo le causaban mareos, vómitos y un constante malestar. Leonardo, para evitar un problema con su hermano, optó por decirle a su padre, quien solo asintió con la cabeza. Pasaron unos días durante los cuales no parecía haber solución. Una mañana, Leonardo entró a la cocina con la cara congestionada por la rabia, preguntando a su madre:

—¿Dónde está papá?

Doña Isabel de inmediato se dio cuenta del motivo de la ira de su hijo al escuchar las arcadas de María Aurora en el improvisado lavadero a un costado de la cocina; el aire estaba cargado de aquella mezcla de olores. Respondió, rogando con la mirada:

—Está en el corredor de atrás, cepillando un cabo de madera para un hacha, mijo.

El joven, a grandes zancadas, salió de la estancia decidido a solucionar aquello de una vez. Sabía que su padre se pondría a favor de su hermano, pero esta vez él estaba dispuesto a imponer sus condiciones.

Héctor apenas levantó la cabeza, sosteniendo con sus piernas un trozo de madera al cual intentaba darle forma. Leonardo ni siquiera saludó, y, hartó, sabía que con su padre no servían las blanduras o la cortesía cuando se trataba de asuntos de aquel tipo.

—¡Papá! —le dijo en tono seco—, ¿usted no le ha dicho nada a Eliseo?

Héctor colocó la herramienta a un lado y enfrentó a su hijo, respondiendo:

—No sé cuál es la inquina de ustedes con el muchacho. Déjenlo que trabaje tranquilo.

Leonardo contestó sin bajar el tono de voz:

—Mire, papá, a mí no me interesa si trabaja o no; lo que molesta son los olores de todos esos animales que trae y deja podrir ahí. María Aurora no para de vomitar.

—Usted y María Aurora son los únicos que se quejan —aludió Héctor.

—¿Y quién se va a quejar? Si usted siempre se pone a favor de él; a todos nos molesta esa podredumbre —dijo Leonardo.

—Pues a mí nunca me huele a nada —respondió Héctor solo por llevar la contraria.

Leonardo, muy contrariado, dijo entonces:

—Pues si usted no le dice nada, se lo voy a decir yo mismo, y será mejor que usted no se meta, papá.

Doña Isabel asomó su figura por un extremo del corredor, a espaldas de Héctor; le hizo una seña a su hijo para que se callara, justo cuando el hombre mayor se levantaba sosteniendo el madero en su mano.

—¡Usted no va a hacer nada! —dijo su padre con voz autoritaria—. ¡O es que se le está olvidando que en esta casa mando yo! Leonardo, en su ira, torció la boca en una sonrisa sarcástica diciendo:

—Ya sabía que usted iba a salir con esa, papá. Pues mande,

mande, porque lo que es este pendejo, desde hoy no le trabaja un día más.

—¡Ja! —exclamó su padre también con sarcasmo—. ¿Y para dónde vas a coger vos?

—Eso, papá, es problema mío. Si usted lo que quiere es que todos soporten las loqueras de Eliseo, conmigo no cuente, ni con mi mujer. Le aseguro que de hambre no nos vamos a morir, pues si algo reconozco que me enseñó usted es a trabajar. En aquel momento aparecieron Angelina y María Aurora, deteniéndose al lado de Isabel. Leonardo dijo entonces a su padre, dando a entender que daba por terminada la discusión:

—No se preocupe, papá, no se preocupe... —miró a las nerviosas mujeres y dijo a su esposa—. Vaya arreglando los macondales, porque mañana mismo nos vamos de aquí.

Pasó por un lado de ellas, recto hacia la explanada; su madre lo miró diciendo:

—¡Pero, mijo!...

María Aurora fue detrás de Leonardo, preguntándole al verlo montar en su caballo, en el cual hacía un rato había llegado:

—¿A dónde vas, Leonardo?

La miró como siempre la había visto y le dijo, ya calmado:

—Fernando me dijo que allá en el valle don Porfirio está dando cafetales a medias. Voy a buscar a tu hermano para bajar esta tarde para allá, a hablar con el hombre, porque así no podemos vivir aquí.

—Está bien —dijo ella—, a donde tú vayas, yo iré.

Había una promesa en los ojos de ella, siempre la había; aquello le daba alientos en los momentos difíciles. Partió al trote suave de su caballo. María Aurora se quedó parada viendo cómo se alejaba; en ese momento, la puerta del cobertizo se abrió y apareció Eliseo llevando en sus manos lo que parecían ser restos de algún animal descompuesto. Él la miró desde la distancia que separaba la casa del improvisado laboratorio, y ella le sostuvo la mirada, a lo que él, murmurando entre dientes, apartó la vista y avanzó doblando hacia detrás del cobertizo. Ella fue de nuevo hacia la casa pensando en el horrible aspecto de Eliseo.

Angelina apareció entonces viniendo hacia ella por el corredor principal, trayendo a la inocente María Angélica por de-

lante, tomándola por las dos manos, ya que comenzaba a dar sus primeros pasos.

Héctor estuvo un rato reflexionando sobre lo ocurrido, sin poder concentrarse en lo que hacía. Isabel vino con un gran vaso de agua de panela, que el hombre bebió a grandes tragos. La mujer se sentó por allí, en un pequeño banco, mientras él continuaba, pareciendo concentrarse en lo que hacía. Sabía lo que ella quería decirle, pero sabía también que nunca diría nada; se sentaría allí y se quedaría quieta como una sombra, gritándole, pidiéndole por sus hijos, reprochándole por su conducta, quieta allí, callada, desde que él comenzó a humillarla, culpándola por nada. “Por nada”, se decía él para sus adentros. ¿Sus hijos, dónde estaban sus hijos? No aquellos tres, no, los que nunca le dio. Quería, quiso perdonarle aquella afrenta, aquella humillación, pero no pudo; su orgullo estaba por encima de todo.

La humilló, la olvidó por momentos; quería que ella le rogase, le pidiera perdón, pero tampoco lo hizo y, por el contrario, parecía pedir explicaciones. Siempre presente, rumiando en silencio por los rincones de la casa, en cualquier esquina, frente a él, encorvada ya, silenciosa, muy callada, como si hubiese encontrado la manera de castigarlo: callada, pero recriminándole, culpándolo, igual que su maldita conciencia.

Héctor, de pronto, se levantó y dejó caer el madero con un gesto de hastío y, como si sus pies le pesaran, fue por detrás de la casa hacia el cobertizo de su hijo Eliseo. Isabel lo vio irse, lanzando un suspiro de alivio, pidiendo a Dios para que aquel entendiera razones.

Héctor empujó la puerta de la casucha y entró; el nauseabundo olor por poco le hace dar una arcada. Colocó la mano sobre su nariz y llamó:

—¡Eliseo!

Se oyó un ruido detrás de una cortina hecha de sacos de fique, de lo que al parecer era una habitación contigua. El aludido apareció por detrás de los sacos, con su cara barbada y su enmarañado pelo, sus ropas manchadas de sangre fresca y seca. —¿Cómo está, hijo? ¿Cómo va con eso? —quiso romper el silencio su padre.

Eliseo lo miró con aquellos ojos azules brillando en la semi-

penumbra; había algo en ellos que se revelaba contra todo. Héctor jaló la puerta para que entrara un poco de aire, a lo que la voz de Eliseo se dejó oír:

—No es bueno que entre tanto aire.

Su padre lo miró, diciéndole:

—Bueno, entonces salgamos, porque no me aguanto el hedor. Eliseo pareció contrariado, como si salir a la claridad le molestase; sin embargo, fue detrás de Héctor, cerrando la puerta tras de sí. Cerraba y abría los ojos, adaptándolos a la luz; pasaba horas allí encerrado en aquella afición de la que no parecía obtener ningún beneficio; por el contrario, parecía estar enfermo.

Así se lo quiso hacer ver su padre al detenerse unos metros más allá:

—Eliseo, hijo, ¿usted por qué no deja esa vaina y vemos a ver en qué se pone a hacer?

Eliseo pareció no escuchar, con sus ojos fijos en las puntas de sus sucias botas.

—Sí, hombre, hijo —continuó diciendo Héctor—. Yo no le veo el queso a la tostada y usted está como enfermo, como diferente.

—¿Loco? —preguntó Eliseo de repente, levantando la cabeza y mirando a su padre de aquella manera extraña.

Héctor se apresuró a decir:

—No, hijo, no, eso son...

—¿Cosas que la gente dice? —preguntó Eliseo, completando la frase.

—Bueno, hijo, usted sabe cómo es la gente, siempre acumulando cosas. El hecho es, hijo, que yo... vine a decirle que... a todos nos molesta la mortecina que sale de aquí y... bueno, si usted no quiere dejar todavía esto, yo lo ayudo para que lo hagamos un poco más alejado de la casa. o le ayudo con unos obreros y lo retiramos un poco, ¿sí?

Eliseo seguía mirándolo como si lo odiara más que a nada.

—No estoy loco, no estoy loco —repitió, y luego preguntó, haciendo alusión a su lejanía emocional con todos—: ¿Más lejos? ¿Más lejos? ¿Dónde, en las montañas? Son felices cuando estoy allá por días, ¿no?

—No, no, Eliseo, nadie dijo eso. Hacemos un cuarto allá más arriba y sigue con su trabajo, hijo, más nada, ¿qué dice?

Eliseo se quedó un momento como sopesando la respuesta;

de pronto dio la espalda y fue hacia la puerta del cobertizo, desapareciendo dentro de este y cerrando la puerta con furia. Héctor hizo el amago de ir detrás de él, pero desistió en su empeño y fue hacia la casa. Isabel no podía acusarlo; lo había intentado.

Dos horas más tarde, Angelina entraba casi corriendo a la cocina, alarmando a su madre y a María Aurora, que servían la mesa para el almuerzo:

—Creo que Eliseo se va.

María Aurora e Isabel se miraron interrogantes. Fue la madre de aquel quien dijo a modo de pregunta:

—¿Se va? ¿Y a dónde se va a ir ese muchacho? ¿Será que se va de cacería? ¿No será?

—No, no creo, mamá. Tiene el caballo ensillado y la mula de reata aperada, y con algunos cachivaches sobre ella. Está sacando todos los cueros y otros animales muertos y haciendo una pila al lado del cobertizo.

Las mujeres, advertidas, salieron rumbo al zaguán para ver lo que hablaba Angelina. Salieron a tiempo de ver cómo Eliseo montaba en su caballo, dejando detrás una pila de cueros y cadáveres de animales en descomposición, comenzando a quemarse. Eliseo azuzó su caballo, haciéndolo avanzar, y se fue alejando sin siquiera girar la mirada. Isabel intentó llamar su atención saliendo afuera:

—¡Eliseo, Eliseo, hijo! ¿Para dónde se va a ir, muchacho? Deje la rebeldía.

Angelina, detrás de ella, puso sus manos sobre los hombros de su progenitora, diciéndole:

—Déjelo, mamá, ¡déjelo!

—¿Pero qué le pasa a ese muchacho? ¿Qué es lo que le pasa?

—preguntó Isabel.

Angelina no dijo nada, compadeciéndose de su madre. María Aurora, un poco más atrás, daba gracias a Dios por la marcha de aquel, mientras miraba cómo las llamas iban creciendo y el olor a carne y cuero quemado se hacía insoportable.

Leonardo no se fue de la casa grande, convencido por su madre y por Angelina de que no las dejase solas con un Héctor al que ambas apenas le dirigían la palabra.

Unos días después se enteraron de que Eliseo se había ins-

talado en aquella semidestruida y abandonada casucha de troncos que en vida había pertenecido a Jacinta y en la que nadie había vuelto a habitar, más por superstición que por otra cosa. Héctor lo visitó tres o cuatro veces, ayudándolo a restaurar un poco el lugar donde el fanático Eliseo continuó con su alocada obsesión. Un día Héctor bajó muy enojado de visitar a su hijo y ya nunca más volvió por allí, sin que nadie supiera el motivo.

María Aurora dio a luz a su segundo vástago, el cual fue varón, causando cierta reacción favorable en su abuelo Héctor, quien increíblemente se puso de muy buen humor al nacer este. Quizá la más orgullosa era María Aurora, que lo arrullaba con gran regocijo, sabiéndolo el fruto de su amor con Leonardo. Aquel, por su parte, estaba tan feliz como cuando nació María Angélica y daba gracias a Dios por haberlo traído al mundo tan sano como aquella.

No habían podido ponerse de acuerdo en cuanto al nombre del niño, no hasta pasada la cuarentena, cuando lo llevaron a la iglesia para correrle el agua. Aquel domingo, en la misa, el tema había sido sobre la vida del personaje bíblico David y de cómo este, por su valentía e inspirado por Dios, derrotó al gigante Goliat. A doña Isabel le pareció muy bonita aquella historia y dijo a su hijo y a su nuera:

—Al niño deberían ponerle David Valentín.

Y fue aquel su nombre de pila.

Alcides Tarazona era el único que visitaba a Eliseo cada vez que venía con su mercancía. Sus visitas a aquel no eran solamente comerciales; en verdad el mercader apreciaba a aquellos muchachos y lamentaba la clara discordia persistente en la familia Moncada, una de las que más hospitalidad le había brindado en todos aquellos años como maletero.

Isabel agradecía enormemente el acercamiento que Alcides continuaba teniendo con Eliseo, de esa manera ella podía saber de su hijo, ya que más nadie lo visitaba, ni aquel había vuelto a asomarse por la casa grande.

Fue al mes siguiente que Alcides volvió trayendo una noticia que corrió por los caminos y veredas, yendo de boca en boca, sorprendiendo a unos y causando incredulidad en otros.

Con el fin de crear un embalse, aprovechando el cauce de dos

caudalosos ríos que bajaban desde las cordilleras circundando todas aquellas montañas, el gobierno impulsaba como primer paso la creación de una vía de penetración que, por ende, comunicaría a aquellas zonas rurales productivas con poblados y ciudades más importantes.

Ante el asombro de los incrédulos, no tardaron mucho en aparecer por allí algunos voceros del gobierno con el fin de realizar conversaciones con el campesinado. Como era de esperarse, las primeras conversaciones fueron con las personas con liderazgo en cada aldea; luego las reuniones se hicieron más numerosas, prestándose la explanada de la casa grande, por lo amplia y referente, para muchas de aquellas charlas, donde se buscaba poner al tanto al campesinado de los proyectos del gobierno, cuál sería su papel en aquello y cuáles serían sus beneficios.

El campesinado escuchaba atónito las propuestas de los personeros. El gobierno se comprometía a pagar cada metro de tierra usado para la apertura de la vía; aquella vía, además de crearse para un fin de mayor envergadura, sería un gran apoyo para facilitar al campesino de los pueblos del sur colocar sus productos en los mercados de pueblos y ciudades, con menor esfuerzo y mayor ganancia.

Además, existía una institución creada por el gobierno para facilitarles créditos y préstamos que ayudarían a impulsar más la siembra y mejorar sus cosechas.

La mayoría creía en aquello y aplaudía con gran entusiasmo en cada reunión. Algunos escépticos como Héctor, Santiago y otros más no se mostraban tan entusiasmados; a ellos la experiencia les había enseñado a no creer en palabrerías.

Dos semanas después se instaló el primer campamento de obreros que comenzaron a talar lo que sería la pica por donde luego se abriría el camino. La pica comenzó desde el valle hacia el norte, buscando la carretera principal a unas tres horas de allí a pie.

Varias semanas después, grupos de hombres a caballo o a pie bajaban desde Ranchos Valientes y otras aldeas, atravesando el valle solo para ver con gran admiración cómo aquellos “bichos”, como algunos les decían, rugían estremeciendo la tierra, removiéndola con aquella gran pala, dejando tras de sí

una gran zanja que llamaban el “rompe”.

Unos vehículos que supieron les decían “Willis” iban detrás de esta máquina, con hombres trabajando en labores de alcantarillado y otros acondicionamientos de la vía para el tránsito. Los habitantes de las otras aldeas esperaban con ansias que los piqueros reiniciaran su labor, queriendo saber qué tan cerca estaría la carretera, o si corrían con la suerte de que la vía pasara por el patio de su casa.

La carretera llegó hasta donde terminaba el valle. No se conocieron las causas, pues nadie dio explicaciones. Un día, las máquinas dejaron de trabajar y, en la semana siguiente, se llevaron todo el equipo y al personal, quedando hasta allí lo que en principio se creyó llegaría hasta las cordilleras del sur.

CAPÍTULO VI

Transcurridos seis años... Por allí hay un viejo refrán que dice: “las oportunidades las pintan calvas” u otro: “el que madruga recoge agua clara.” Un tal Juan Pernía un buen día fue y le compró, con ruegos, a Porfirio Contreras un lote de sus terrenos a borde de vía, allí en el valle, y gastó esfuerzo y dinero en la construcción de una larga y ancha casucha de barro con amplios corredores alrededor y pisos rústicos de novadoso cemento gris, algo que para entonces era un lujo. A muchos les pareció un desperdicio que el pobre Juan hubiese cambiado su finca de café por aquel lote de cien por cien; a eso se le llamaba un mal negocio.

De pronto, el pobre Juan comenzó a comprar café y panela a sus coterráneos y a depositarlos allí, en aquel bodegón, y al pasar de los días ya nadie le decía “epa, Juan” sino “don Juan”, ¡buenos días, señor Juan! o “¿cómo está, don Juan?”

Una cosa trajo otra, y lo que era un depósito de granos para revender a otros que venían desde la ciudad se convirtió en un abasto de víveres, expendio de aguardiente, y por consiguiente cantina. Hasta prestamista de dinero fue el tal Juan, que los otros pagaban con la cosecha de todo el año. Al pasar cierto tiempo, ya no solo era el bodegón de Juan, sino otros diversos negocios y casas de familia construidas ya con novadosos materiales como los bloques de ladrillo y cemento. El valle se animaba, sobre todo los fines de semana, cuando los primeros vicios de una mal llamada civilización comenzaban a dañar y llenar de antojos el corazón de muchos.

Un medio de transporte de pasajeros en las entonces populares perreras y la creación de una feria al santo patrono San Isidro hicieron más referenciado el valle, el cual crecía en popularidad. Carreras de caballo, peleas de gallo, carrera en saco, el palo ensebado, y otras cosas más que, mezcladas con alcohol, causaban discusiones, riñas, heridos y hasta muertos que empañaban la popular celebración. Los habitantes de Ranchos Valientes no fueron ajenos a aquella muestra de civilización; el cemento fue uno de los materiales que al principio más supieron aprovechar, así como el zinc y la tubería galvanizada,

que trasladaban hasta la aldea a lomo de bestia.

De todas aquellas asombrosas novedades, hubo algo que vino a marcar un antes y un después, un punto seguido sin final, pues el conocimiento que dan las letras es indefinido e infinito. Con el apoyo del gobierno de entonces se fundó la primera escuela en el valle, donde en principio no eran muchos los niños que asistían, debido al trabajo duro al que sus padres los tenían acostumbrados, no viendo con buenos ojos que sus hijos fueran a un aula a “perder el tiempo.” Precisamente el tiempo sería el que les diera o quitara la razón; aquel se encargaría de mostrar cuán beneficioso es para el ser humano el conocimiento, si bien en la mayor parte de las veces lo usa más en su contra que a su favor.

La aldea de Ranchos Valientes, por uno que otro de sus coterráneos que habitaba ahora en el valle y por los pocos beneficios que había sabido aprovechar, continuaba casi imperturbable, fiel a su terruño, orgullosa de lo propio y de sus logros.

Eliseo Moncada, a pesar de su aislamiento de los demás y de que ya muchos lo creían algo loco, no era tonto; y en su mente vio también la oportunidad de sacar provecho de lo que hacía, y ya era típico verlo bajar al valle cada viernes, montado en su caballo y su mula de reata cargada de cueros secos de diversos animales que vendía a buen precio a otro mercader que los llevaba a la ciudad para darles distintos usos. Su aspecto abandonado, descuidado y sucio lo hacía parecer un anciano. No hablaba ni compartía con nadie, salvo al entregar la mercancía y recibir su dinero, cuando intercambiaba unas palabras obligadas con su interlocutor. A esto se limitaba su vida social; luego volvía a tomar sus animales y regresaba a la montaña, donde de mes en mes seguía recibiendo la visita de su único amigo, Alcides, el maletero. Eran muchos los que se preguntaban qué había llevado a Eliseo a caer en aquel estado tan deprimente.

Asistir a la escuela entonces no era tan fácil; es más, era un gran sacrificio. El número de estudiantes disminuía en la época de invierno, debido a las continuas lluvias y la crecida de los arroyos. Muchos no volvían después del invierno, pues prácticamente durante aquel habían perdido el año. Ya muchos padres habían comenzado a cambiar de parecer respecto

al estudio de sus hijos, al notar que les sería útil lo que aprendían cuando lo aplicaban en sacar cuentas del precio de los rubros o cuando en las casas se recibía alguna misiva o carta, muy comunes entonces.

El rigor de los maestros no era muy diferente al de los padres en la casa, lo que hacía que los muchachos mantuvieran una conducta de respeto hacia sus profesores, tal cual como a sus progenitores. Aunque había excepciones que llevaban a la deserción escolar o a la expulsión del alumno por su conducta inapropiada y grosera. Como siempre ha sucedido, hay educadores que solo hacen lo indicado, limitándose a cumplir con su trabajo, y nada más; y hay otros con mayor visión, que ven una luz en medio de la oscuridad o un gramo de oro en una pila de barro, como un cazatalentos.

A la escuela iban los niños, los pocos que podían asistir, pero aquellas luces iban de a poco iluminando a todos quienes de una forma u otra iban sintiendo la necesidad de saber, mientras el tiempo, ese que no se detiene nunca, seguía su curso, imperturbable. La mayoría de ellos se ponían de acuerdo para encontrarse en los caminos luego de salir por las veredas. Un cuaderno, un lápiz y una caja de colores eran todos sus útiles escolares, los cuales llevaban debajo del brazo o envueltos en un trozo de material plástico, pues el bolso escolar casi no existía y la bolsa plástica no se conocía, salvo la de empaquetar sal de grano de treinta kilos.

Cualquier pantalón de uso, que a algunos ya les quedaba poncho, con sus pies descalzos o en usadas alpargatas, y camisas manchadas y arrugadas, que les servían de pañuelo para limpiarse los mocos, con el pelo largo o corto donde no faltaban los piojos. Así iban los niños, y en condición similar las niñas, con la diferencia de que estas llevaban faldas gruesas de caqui y que algunas madres, un poco más preocupadas por su presentación en la escuela, les tejían el pelo o se lo recogían en un moño, aunque no era raro ver a alguna con el pelo trasquilado, cortado al ras debido a la infestación de piojos.

María Angélica llevaba tan solo tres semanas yendo a la escuela; ya conocía la rutina de reunirse con sus compañeros en el camino real para hacer el recorrido acompañados hasta el aula. La levantaban muy temprano y la hacían bañarse con

aquella agua terriblemente fría; luego le tejían el pelo entre jalones y remilgos, mientras olía el café recién colado y oía el ruido del hacha o el cuchillo en la piedra de amolar, al ser raspado en esta, preparándose los hombres de la casa para la faena. Su hermano, lloriqueando o en silencio, tiritando de frío, la miraba entre divertido y curioso mientras ella tomaba el desayuno: un huevo de gallina nadando en un mar de caldo negro que acompañaba con cambures y un pocillo de humeante café.

Se iba luego de pedir la bendición, subiendo por la vereda, recordando al pie de la letra todas las recomendaciones que le daban antes de salir cada día hacia la escuela. Llegaba al camino real, donde aguardaba apenas un poco o ya la esperaban uno o dos compañeros de escuela. Seguían por el camino real, donde cada cierto tramo se encontraban con gente a caballo o a pie que madrugaba a sus faenas; no era raro encontrar al arriero con su atajo de bestias y su ordinario modo de expresarse. De a poco se iban sumando mocosos con cara de sueño al grupo de estudiantes, convirtiéndose en una pequeña caravana que, entre juegos y sobrenombres, avanzaba por el camino entre charcos de barro, el olor a estiércol y remedando a los monos, guacharacas y perdices que se encontraban a su paso.

María Angélica se había convertido en la adoración de su tía Angelina, quien también prodigaba mucho cariño a David Valentín, pero sentía algo muy especial por aquella rubia de ojos grises y piel nacarada como la suya. Increíblemente, María Aurora, aunque la trataba con la mayor naturalidad, le advertía de vez en cuando a su cuñada y eterna confidente que no olvidara de quién era hija, refiriéndose a Eliseo, el hombre al que no había dejado de odiar y del que nunca hizo ninguna referencia a su hija. Aunque sabía que Leonardo e Isabel sí le habían dicho a la pequeña que aquel ermitaño era su tío Eliseo, en ocasiones en las que subían a misa y aquel pasaba por allí o se lo encontraban en el camino.

En alguna ocasión, Angelina, recordando el desprecio de su padre hacia ella, le preguntó a su amiga si acaso estaba haciendo lo mismo con la niña, que había venido al mundo por su deseo y no era culpable de nada. María Aurora lloró y negó

rotundamente que aquello fuese así, diciendo que lo único que le hacía advertir aquello era que nunca se le olvidara lo que Eliseo le había hecho, que ella no podía olvidar, pues debido a eso debía vivir en la mentira toda su vida.

Angelina dio por olvidado el tema y cobijaba sus sueños en el cariño de sus sobrinos, quienes la adoraban. María Aurora, a aquellas alturas, se preguntaba si Angelina pensaba quedarse solterona, pues en esos años eran muchos los buenos pretendientes que le habían propuesto noviazgo y hasta matrimonio, recibiendo siempre un “no” como respuesta.

“Loco; loco, montañero, caza un animal y vende los cueros.” Así molestaban los niños a Eliseo cada viernes que debía pasar frente al aula, ya fuese de ida o de regreso a las montañas. Los malvados varones eran quienes le habían improvisado aquella rima que hacía alusión a su aspecto y su afición. A Eliseo parecía no afectarle en nada las burlas de los infantes y continuaba su camino sin siquiera mirarlos. Los mocosos aprovechaban la seguridad que les daba la cerca de alambre de púas que rodeaba el patio de la escuela para burlarse de él; pero, cuando se lo encontraban en el camino, algunos se escondían entre las matas de café o simplemente se quedaban tiesos al costado de este, temblándoles las piernas de miedo.

Apenas a tres semanas de haber comenzado a estudiar, María Angélica dejaba sorprendida a su maestra por la facilidad con que se desenvolvía en el dibujo, descubriendo en ella un don especial, natural para esto. La educadora se dijo que dejaría pasar la primera etapa para cerciorarse bien sobre aquella habilidad de la niña, no fuera que fuese solo un gran entusiasmo de los primeros días de escuela.

El camino real estaba encharcado; había llovido un buen rato antes de salir de clase. El pequeño grupo de estudiantes que, junto a María Angélica, regresaban a Ranchos Valientes detuvo su paso ante el crecido arroyo. Ahora debían esperar una hora o más para que disminuyera el cauce o que apareciera algún adulto que los cruzara. La corriente no era demasiada para un adulto o bestia, pero para ellos sí. Escasos quince minutos habían pasado y nadie aparecía, cuando de pronto alguno dijo con voz de alarma:

—¡Ahí viene el loco montañero!

De inmediato, como si del diablo se tratase, todos, menos María Angélica, corrieron a esconderse entre las matas. En efecto, viniendo del valle, montado en su caballo y con la vieja mula atada a este, venía Eliseo, su tío, quien ya había visto al grupo de niños y su revuelta al verlo. Llegó a la orilla, ante una niña que lo examinaba curiosa mientras que otras miradas lo observaban incrédulas y asustadas por entre las ramas de las matas.

El harapiento Eliseo examinó la corriente con mirada experta y, como si hablara con su caballo, preguntó con voz áspera:

—¿Y vos no me tenés miedo?

La niña se estremeció un poco ante lo seca de la pregunta y, con un leve tartamudeo, dijo:

—No, tío, no.

Al oír que le llamaba así, Eliseo entonces reparó en ella y de inmediato dijo:

—¡Ah, caray! ¡Pero si es una Moncada en pasta! La hija de mi hermano.

Los ojos de ambos se encontraron, y la niña pidió:

—¡Bendición, tío!

Eliseo no le respondió, pareciendo contrariado, y tras un par de segundos de silencio, le preguntó a la niña:

—¿Vas a cruzar?

María Angélica dudó un momento, pero decidiéndose, respondió:

—Sí.

—Entonces súbase al anca del caballo —le dijo el estrafalario hombre, ofreciéndole una mano de largas y negras uñas.

La niña volvió a dudar, sin embargo, extendió su manita, la cual Eliseo tomó, y en un impulso estuvo sobre el anca del animal. Él se sintió extraño al contacto de aquella inocente mano con la suya; ella apartó el rostro de su espalda, sin soportar el desagradable olor que de sus ropas se desprendía. El caballo subió unos diez metros por la orilla y, con sabio instinto, encontró el paso acostumbrado para vadear el crecido arroyo. María Angélica se sujetó con fuerza de la cintura de Eliseo, y los cuadrúpedos vadearon la corriente con veteranía, saliendo a la otra orilla. Eliseo no se detuvo, sino que siguió al paso de las bestias. María Angélica miró hacia atrás y alcanzó a ver a sus compañeros, quienes, fuera de sus escondites, la miraban irse con estupor.

Hicieron el camino en casi total silencio, encontrándose a su paso con tres o cuatro personas, algunas de las cuales quedaban asombradas al ver a la niña en compañía de aquel, y es que a algunos se les olvidaba que aquel ermitaño era su pariente. Atravesaron la aldea causando la misma impresión en sus habitantes. María Angélica miraba con desafío a cuanto niño se le cruzaba, sabía del miedo que les causaba su tío. Ya entre la aldea y “pata de gallina”, se atrevió a preguntar, rompiendo aquel silencio:

—¿Por qué nunca vas a la casa?

Eliseo no respondió nada. La niña dejó pasar un rato y volvió a preguntar:

—¿Usted se peleó con mi abuelo?

Silencio. Eliseo no respondía. Así llegaron a donde apartaba la vereda hacia la casa grande. Allí, Eliseo detuvo el avance del caballo, y la niña, sujetándose fuerte de las caderas de su tío, desmontó de la grupa del animal. Levantó su mirada y se encontró con los ojos intensamente azules de Eliseo, que la miraban con un brillo especial en ellos.

—Bendición —le dijo despidiéndose María Angélica.

Esta vez tampoco le respondió. La niña optó por tomar la vereda hacia la casa; el hombre se quedó allí un momento observándola y de pronto la llamó por su nombre:

—¡María Angélica!

Ella se volvió, sorprendida. Sabía su nombre. Le sonrió halagada mientras que por los ojos de Eliseo pasaba una sombra de tristeza. Azuzó el caballo y continuó la marcha, a lo que la niña, muy feliz, hacía lo propio, ansiosa por llegar y contar su hazaña. Llegó a la casa grande, ahora con un amplio patio de cemento que ocupaba una parte de la anterior explanada a un costado de la misma, cuyas pisos interiores ya no eran de tierra, sino de aquel novedoso material del cual casi todos en la aldea se habían beneficiado.

La primera que vio fue a su madre, quien tendía ropa al tímido sol. Más allá, en el cobertizo que antes fuera de Eliseo y al cual le habían derrumbado una de sus paredes, estaba su tía Angelina, que sonrió al notar su llegada.

María Aurora respondió el acostumbrado “Dios la bendiga” al pedido de la bendición de María Angélica y, algo extrañada de su temprana llegada a pesar de la lluvia, preguntó:

—¿No estaba muy crecida la quebrada?

La niña, que moría de ganas de contar su aventura, respondió confiada y orgullosa:

—Sí, pero me ayudó a cruzar mi tío Eliseo.

La cobija que comenzaba a poner sobre la cuerda cayó al suelo, mientras su cara se tornaba lívida, y preguntó tajante:

—¿Qué? ¿Ese hombre qué?

La niña notó el cambio de humor de su madre y respondió algo nerviosa:

—Que mi tío Eliseo me ayudó a cruzar y me trajo en su caballo hasta allí arriba —señaló la niña, levantando su mano, ya arrepintiéndose de contar lo hecho. No sabía por qué su madre la miraba así.

Algo dentro de María Aurora se rebeló contra aquel hecho. Dentro de ella se mezclaban un sinfín de sentimientos, todos ligados al infinito odio que sentía hacia Eliseo por la horrible experiencia que le había hecho pasar y por tener que basar su relación con el hombre que amaba en una mentira. Casi fuera de sí, fue hacia la niña y, agachándose un poco, la cogió con fuerza descontrolada de uno de sus brazos y, levantando su otra mano, puso su dedo índice frente al rostro de la asustada María Angélica y sentenció con voz llena de rabia:

—Escúchame bien, porque será la única vez que te lo advierta, así que escúchame bien, niña —repitió, recalcando las palabras—: no quiero por nada de este mundo que te acerques a ese hombre. No me importa lo que te diga tu papá o ninguno de esta maldita casa respecto a ese infeliz, no quiero que lo mires, ni le hables, ni que respire cerca de él. ¿Has entendido?

Trémula, la niña movió la cabeza afirmativamente, sin entender nada, e inocente preguntó:

—¿P-pero es mi tío o no?

María Aurora respondió con labios apretados por la furia, como si con aquella respuesta pudiera borrar todo el pasado, sin entender que con eso confundía aún más la mente de la pequeña:

—No, ese hombre no es nada tuyo, nada.

—Pero la abuela, papá y el abuelo dicen que es mi tío —volvió a insistir la niña.

—¡Que no, he dicho que no es nada tuyo! —le repitió su madre, zarandeándola con más fuerza.

—¡María Aurora, ya déjala quieta! —se oyó detrás de ella la voz de Angelina, que se había acercado, curiosa al ver los gestos de su amiga. La aludida se volvió y, con claro reproche en su voz, le preguntó:

—¿Tú también? ¿También le dices que es su tío? ¿Quieres que le quiera acaso?

Angelina la miró incrédula, mientras la niña se zafaba de su madre y corría a refugiarse, abrazándose a la cintura de su tía, quien la apretó contra sí, diciéndole a su amiga, conciliatoria:

—No, claro que no, pero de esta manera no vas a arreglar nada.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo olvide todo? —pronunció María Aurora.

María Angélica levantó los ojos llorosos y preguntó a su tía:

—¿Verdad que es mi tío, verdad?

Angelina no respondió nada, sosteniendo la mirada de su amiga de toda la vida, quien dijo, terca, refiriéndose a la niña:

—No, no lo es, y más vale que me hagas caso, más vale, o si no... —dejó su velada amenaza de un castigo más severo. La niña, soltándose de su tía, corrió hacia la casa.

Las dos mujeres quedaron enfrentadas. Angelina, con un brillo de llanto en sus hermosos ojos, dijo:

—Tú no eres la única que ha sufrido, María Aurora, no eres la única.

Se volvió antes de que aquella pudiera responderle, yendo tras los pasos de la niña. María Aurora quedó allí parada un momento, vacilante; luego fue y recogió la cobija con movimientos rabiosos mientras pensaba: “no voy a permitir que la acerquen a ese maldito.”

Al día siguiente era sábado y las dos se encontraban solas en la casa. Doña Isabel había ido con María Angélica a visitar a una amiga contemporánea suya que se encontraba delicada de salud allá en Ranchos Valientes. Leonardo y don Héctor estaban en la huerta, llevando consigo al pequeño David Valentín, de quien su abuelo se había ido apegando de a poco.

María Aurora, sentada en un ordinario sillón de rústica madera, pegaba un remiendo a un raído cobertor con hilo y aguja, a un costado del jardín central en el corredor interno. Angelina, con una gran escoba de planta de lucateva, barría el piso, ambas concentradas y silenciosas. En un momento, Angelina

se detuvo junto a la otra y, sentándose en la hamaca colgada cerca de ella, carraspeó para llamar su atención y preguntó:

—¿Estás molesta por lo de ayer?

María Aurora levantó la mirada y respondió:

—No, contigo no. ¿Por qué debería estarlo?

—Ayer me acusaste —dijo Angelina.

—Ayer tenía mucha rabia y me sigue dando, solo escuchar que le dice tío —dijo María Aurora.

—¿Y cómo quieres que le diga, cuando todos los demás le dicen que lo es? —respondió Angelina con aquel interrogante.

—No voy a permitirlo —dijo tajante María Aurora.

—Debes hacerlo —le dijo Angelina, haciendo que su amiga la mirara, contrariada e incrédula.

—No, no voy a hacerlo. ¿Crees que es fácil olvidar lo que me hizo? Me ha hecho vivir una vida de pecado sin tener yo la culpa de nada —dijo María Aurora.

—Si no lo haces —dijo Angelina—, si no dejas que todo parezca natural, no sé por cuánto tiempo pueda callar.

—¿Qué? —dijo María Aurora, con claro estupor, levantándose del sillón—. ¿Serías capaz de...?

—Sí —la interrumpió Angelina, con seguridad en la voz—.

No voy a dejar que maltrates a María Angélica por una decisión que tomamos hace tiempo. Yo también soy parte de esto; sin mi apoyo, hubieras tenido que decir la verdad. Yo también he tenido que sacrificar mucho, María Aurora.

—¡No fue a ti a quien violaron! —casi gritó aquella.

—¿Y qué? —replicó Angelina—. Pasó, fuiste engañada. ¡Fue horrible, es verdad! Pero escogimos esconderlo por tu felicidad al lado de mi hermano; luego estabas embarazada, y las dos decidimos seguir con la mentira. Sabías que nunca terminaría, que mientras todos los demás vivan no se sabrá. Solo con mi muerte lo sabrán; así te lo prometí y así he pensado hacerlo, si Dios me lo permite. Pero si sigues empeñada en este tema con la niña, romperé mi promesa, y sabes que siempre te he apoyado por tu felicidad.

—¿Me reprochas? —preguntó María Aurora, y continuó—. No eres feliz porque no quieres, puedes irte, nada te detiene; yo no. Yo debo quedarme aquí.

Angelina, sentada en la hamaca como estaba, bajó la mirada al escuchar las últimas palabras de María Aurora, de pie ante

ella. Recordó aquel día en que le confesó que estaba embarazada de Eliseo y ella, en un arranque por librarla de todo prejuicio, le había propuesto que se fueran juntas a la ciudad donde nadie las conociese. Entonces, María Aurora se negó porque su felicidad era allí, en una vida sencilla al lado del hombre al que amaba y por el que fragmentaron toda una vida de mentira, una mentira que ahora se tambaleaba por la terquedad de aquella.

Angelina, con lágrimas brillando en sus pupilas, preguntó:

—¿Has sido plenamente feliz?

María Aurora se conmovió ante la mirada triste de su amiga y, bajando el tono de su voz, dijo con pesadumbre:

—No, no por Leonardo, sino por la maldita sombra de Eliseo, jese maldito!

Sus hombros se estremecieron en un sollozo. Angelina se levantó y se abrazaron conmovidas.

—Perdóname —dijo María Aurora.

—No, perdóname tú a mí —le dijo la otra.

María Aurora la apartó un poco y, sollozando, le dijo:

—Fui cobarde entonces y tuve miedo de perderlo. Le tuve miedo al qué dirán, mentí y te arrastré a ti, y hoy no sé qué es peor: si haberme arriesgado al escarnio en aquel tiempo o esta agonía, este odio pecaminoso al saber que todo es una mentira.

Una mentira que, a pesar de mi aberración por él, debe continuar, como tú dices. Pero yo también tengo razón al decirte que debes irte y buscar esa felicidad que sueñas. Aún eres muy joven y bonita; puedes conseguir ese amor del que tanto me hablas. Vete y no vuelvas más por aquí; yo sé que siempre seré tu amiga del alma, y sabes que siempre serás la mía. Decídetes y no te quedes a envejecer aquí sin ningún motivo.

Se abrazaron con fuerza, como reafirmando que no había nada que acabara con aquella increíble amistad que las unía en las buenas y en las malas, desde que eran unas niñas. Angelina quería gritar a los cuatro vientos lo que sentía, quería decirle a su amada amiga que sus pecados tenían perdón, ante la sociedad y ante Dios. Los suyos, en cambio, la condenaban sin remedio al escarnio, el oprobio, la vergüenza y el exilio del reino de los cielos sin culpa alguna, pues estaba en ella, en su ser, era su naturaleza. Poco a poco se había ido descubriendo

hasta lograr identificarse al final de aquella extraña transformación, como el gusano que se vuelve mariposa. Aunque se cuestionaba por sus principios, lloraba muchas veces en la soledad de su aposento, preguntándose qué clase de maldición sería aquella y si sería la única de su especie.

Luego de aquella pausa de seis años, las máquinas comenzaron a llegar de nuevo, así como los personeros del gobierno, quienes efectuaron nuevas reuniones con nuevas e innovadoras promesas, pues la civilización, decían ellos con su frase preferida, “avanza a pasos agigantados.”

Con ansias habían esperado aquellos años los habitantes de muchas de aquellas aldeas, noticias claras y precisas sobre aquel tema. Y ahora que era inminente que en pocos meses se iniciarían los trabajos de apertura de camino, muchos no cabían de entusiasmo.

Diciembre llegó con sus tradicionales fiestas navideñas, llenas de alegría, aguinaldos, villancicos, chicha y hallacas. Había doble motivación para celebrar aquella Navidad, luego de varias reuniones ministeriales y de personeros políticos con los habitantes de aquellos pueblos del sur, llenos de estudiados discursos políticos, promesas, sonrisas y abrazos que iban desde los niños hasta el bobo del pueblo:

—“Les espera el verdadero futuro con la construcción de esta importante vía; estas tierras fluirán leche y miel. Mejoraremos sus técnicas de producción con asesoría de peritos agrónomos y nuevas semillas. Ya no habrá necesidad de tanto trabajo manual, se les apoyará con equipo y maquinaria, que hará el trabajo de quince hombres. Las cosechas serán puestas directamente en el mercado sin más intermediarios que blablablá...” —decían en las reuniones.

Los aldeanos tragaban moscas con la boca abierta, admirados de lo que dentro de poco comenzarían a vivir. El poder de convencimiento que, a través de la historia, han tenido estos personajes sobre la población es bien conocido, y no es necesario extenderse o describir sobre lo que ya es considerado como la peor plaga que azota el mundo entero: la política.

Los estudios topográficos, junto con la apertura de picas, comenzaron después del seis de Reyes (seis de enero), llevándose un par de meses en ello. Muchos de los lugareños iban a

curiosear sobre el funcionamiento de aquellas extrañas herramientas de medición de las condiciones del terreno.

También muchos aldeanos fueron contratados como piqueiros para deforestar o talar lo que sería la trocha, por donde luego sería el rompe, una trocha de unos doce metros de ancho, la cual, de acuerdo con el ministerio, se pagaría por el metraje afectado a cada dueño de conuco. Esto se hacía por medio de un vale, con el cual el afectado o beneficiario, según se mire, iba a la gobernación del Estado, donde le emitían un cheque que luego cobraba en un banco de la ciudad.

Aquello fue una novedad para muchos en diversos aspectos: ni sabían qué era un vale, mucho menos un cheque. Nunca habían ido a la ciudad, menos aún a la gobernación, y ni por asomo sabían qué era un banco. Hubo mucha confusión al principio, pero con los días lograron solucionarlo y comenzaron a adaptarse, pues “la civilización avanza a grandes pasos.”

Mientras tanto, las clases habían comenzado de nuevo, y la maestra de la niña, ya convencida del don que aquella tenía, se reunió con María Aurora y le dijo:

—La niña es muy buena estudiante, pero además de eso tiene una facilidad para el dibujo inmejorable. Yo la he estado observando y creo que si se le da la atención y la educación correctas, llegaría a pintar muy bien. No le hablo de dibujo, señora María, le hablo de pintura, de arte.

—Bueno, profesora Domínguez —decía María Aurora—, yo la verdad apenas si aprendí a leer y no entiendo de eso, ¿sabe?

—¡Ay, señora María! Yo la comprendo a usted, pero no se preocupe, que mientras siga mandando a la niña a la escuela, yo la apoyaré en lo que esté a mi alcance —le dijo la maestra.

—Dios me la pague, profesora. A mí me gustaría entender más de algunas cosas para, no sé, ayudar más a María Angélica —continuó María Aurora.

—Luces, hija, moral y luces son nuestras primeras necesidades, así lo dijo nuestro libertador —dijo la profesora, solemne.

María Angélica, persuadida por su tía Angelina, quien le dio una explicación breve de la mala fe de su madre hacia Eliseo, esquivaba la ayuda que en el camino aquel pudiera ofrecerle. Pero siguió llamándolo tío y desistió de pedirle la bendición, pues él nunca le respondía. Esto no significaba que, de vez

en cuando, él aceptara algunos dulces que la niña le ofrecía cuando tropezaban en el camino en su ir y venir. Ella había encontrado aquella forma, en su inocencia y espiritual humanidad, de decirle que no le importaba si lo llamaban loco y de soportar las burlas sobre ella misma.

Lo quería, era su tío, su sangre, y nada lo cambiaría. Eliseo, por su parte, se complacía de aquello, sumido en su mundo, sin dar importancia a la llamada civilización, sin saber que aquella carretera era una parte de sí, parte de su historia.

Los trabajos de romper comenzaron casi al cuarto mes del año. Las primeras semanas fueron muy provechosas; el trabajo rendía y, de seguir así, para fin de año la vía estaría construida. Sin embargo, los problemas comenzaron cuando se internaron en el cuerpo montañoso a los pies de esta y comenzaron a caer las primeras lluvias.

Las máquinas debían detenerse por horas mientras los ingenieros discutían la forma más acertada de salvar la situación. Entonces aparecían los expertos en explosivos, quienes, luego de un estudio del terreno, distribuían con gran cuidado cierta cantidad de cartuchos de dinamita que hacían estallar con gran estruendo en un impresionante alud de rocas, causando un destrozo en la geografía del lugar y arrasando, además, diversas plantaciones. Esto causaba los reclamos airados de los afectados, quienes amenazaban con parar la obra. Entonces, aquellos de cuello blanco volvían, abrazaban a todo el mundo y prometían hacer un censo para cuantificar los daños y resarcirlos doblemente. Como siempre, terminaban convenciendo a todos, y hasta una fiesta con comelona les organizaban, agradecidos de su gran “preocupación.”

Los trabajos continuaban con pausas y estruendos de explosiones, dejando a su paso una gran devastación. Cientos de venas de agua fueron sepultadas o reventadas por la dinamita; aquellas hermosas mesetas comenzaban a desangrarse mientras la “civilización” rugía montaña arriba en forma de máquinas, materiales y hombres en distintas faenas, acondicionando aquel rompe que muy pronto se convertiría en carretera. Las aves volaban en bandadas, silenciosas, mudas de espanto; así, otro sinfín de animales huían atemorizados, alejándose de aquellos monstruos.

Cemento, cabillas, tuberías, zinc, herramientas y muchas otras cosas que la mayoría ni siquiera sabía que existían iban reemplazando y mitigando en parte el enojo de los lugareños por el desastre que, a su paso, dejaba el avance de la civilización.

No fue sino hasta finales de julio que el rompe llegó hasta la propiedad de Héctor Moncada, partiendo su terreno en dos y pasando al pie del café del plan, muy cerca de donde terminaba la planicie que le daba su nombre. El arroyo quedó dividido en dos por la acción de las máquinas. Muchos curiosos se reunían para ver tal labor y observar cómo el hombre se enfrentaba a una naturaleza aparentemente indefensa. La lucha era encarnizada contra ella y contra las inclemencias del tiempo. Aquel día en que partieron el arroyo que bajaba junto al café del plan, trabajaron hasta entrada la noche, aprovechando una tregua en el tiempo, dejando canalizado el pequeño cauce para, al día siguiente, poner el respectivo alcantarillado.

La tempestuosa lluvia comenzó cerca de las once de la noche. Los relámpagos se repetían uno tras otro, tanto que la oscura noche parecía casi de día, dejando ver extrañas formas confundirse con los elementos de la naturaleza. Los truenos estremecían la casa grande, sobresaltando a sus habitantes. María Aurora recordaba no haber visto una tormenta como aquella y se estremecía con cada trueno mientras avanzaba, linterna en mano, por un extremo del corredor interno hacia la habitación de sus hijos. Apenas abrió la puerta, estos bajaron de la cama corriendo hacia ella, muy asustados.

—¿Se va a acabar el mundo? —preguntó, inocente y nervioso, el pequeño David Valentín.

—No, mijo, no. Es solo una lluvia con mucho viento —respondió María Aurora.

—Yo no había oído tantos truenos, mamá —dijo María Angélica.

—Pues yo tampoco —respondió la madre.

—Tengo mucho miedo, mamá, quiero dormir contigo —demandó el pequeño David.

María Aurora iba a decir algo, pero no lo hizo; a ella misma le daba miedo aquella extraña tormenta.

—¡Agarren las cobijas y vamos! —dijo a los niños, que de prisa obedecieron a su madre y, muy pegados a ella, salieron de la habitación, yendo a la de sus padres.

Entraron y cerraron la puerta tras ellos. Los niños se abalanzaron sobre la cama junto a su padre, que, semidormido, apenas dijo algo. María Aurora, con la luz de la linterna, miró el reloj de cuerda sobre la mesa en un rincón. La figura de una clueca llamando a sus pollitos con su incansable picoteo en el aparato marcaba las doce y cuarto. Un trueno que más bien parecía venir de las profundidades de la tierra la hizo sobresaltarse; alumbró las paredes de tapia de donde se desprendían, estremecidos, pequeños terrones. Se persignó, pidiendo a Dios protección, y, apagando la linterna, se acurrucó junto a sus hijos, quienes, sabiéndose protegidos, no tardaron en dormirse.

—¡Pum, pum, pum! —sonaron tres golpes fuertes en la puerta de la habitación.

En principio creyó que eran los truenos, pero al mirar hacia la puerta, María Aurora vio una luz que se filtraba por la hendidura de esta, una luz mortecina como la de una lámpara de aceite, por momentos opacada por los fuertes relámpagos que se filtraban por el jardín central.

—¡Pum, pum, pum! —volvieron a oírse los tres golpes en la puerta. Leonardo se revolvió en la cama, diciendo en la oscuridad:

—¿Quién será?

María Aurora encendió de nuevo la linterna y dijo:

—A lo mejor es tu papá. ¿Será que se salieron las bestias?

—¡Pum, pum, pum! —sonaron con más fuerza los golpes en la puerta.

—¡Ya voy! —respondió Leonardo, levantándose rápidamente de la cama, poniéndose los pantalones de prisa y calzándose unas alpargatas. Tomó la linterna que le extendió su mujer y, avanzando hacia la puerta, la abrió y salió rápidamente, cerrándola a medias.

El ruido feroz de la tormenta lo golpeó de lleno; se estremeció de frío y se arrepintió de no haberse puesto una camisa. Alumbró a un lado y a otro del corredor, dirigiendo la luz hacia la puerta del zaguán, pero esta estaba cerrada. El agua caía a chorros por el tejado hacia el jardín central. Fue entonces cuando reparó en el piso, ahora de cemento; unas huellas menudas de pies descalzos se marcaban en el suelo, húmedas por el barro que habían pisado. Siguió las huellas unos pasos y, deteniéndose un momento, las rastreó con la luz de la linterna. Entonces,

un relámpago se filtró y, apenas una décima de segundo, vio cómo una figura se introducía en una de las habitaciones cerca de la cocina. Fue hacia allí, diciéndose que era su madre o Angelina, pues la figura que había visto era sin duda la de una mujer que llevaba una especie de camisón.

Rodeó el jardín, viendo las huellas dirigirse en esa dirección. El fuerte viento arrastraba la lluvia, y un trueno feroz lo hizo encogerse, temiendo que la casa fuera a caer sobre él. Llegó a la puerta de la habitación donde vio entrar a su madre o hermana; así lo afirmaban también aquellas huellas. La puerta estaba entreabierta. Fue entonces cuando recordó que aquella habitación había pertenecido por muchos años a la negra Domitila, quien se fue sin saberse a dónde. La habitación servía desde hacía mucho como depósito de enseres en desuso, o como le decían todos: el cuarto de los cachivaches. Empujó la puerta y avanzó unos pasos, alumbrando a su alrededor. Frunció el ceño y llamó:

—¡Mamá! ¡Angelina! ¿Angelina, eres tú?

Silencio, solo la lluvia se oía cayendo con fuerza. No había nadie en aquella habitación, nadie.

Avanzó dos pasos más y vio por allí, en desorden, las imágenes de algunos santos en un rincón, llenos de telarañas y polvo. En ese momento, su linterna dejó de funcionar. Su exclamación de contrariedad fue ahogada por un trueno; dio varios golpes suaves al aparato, pero no se recompuso. La oscuridad era intermitente debido a la luz de los continuos relámpagos, que hacían bailar los objetos dentro de la habitación, deformándolos. Leonardo retrocedió, tomando la hoja de la puerta a tientas y cerró la habitación, entre contrariado y un poco nervioso; estaba seguro de haber visto a alguien entrar allí.

Se fue por el corredor, guiándose en la oscuridad, dándole continuos golpes al aparato mientras pensaba en buscar una lámpara y regresar a la habitación para encontrar a quien estuviera escondido allí. Las huellas lo delataban. De pronto, el artefacto volvió a funcionar justo cuando se detenía en la puerta de su habitación. Alumbró el piso, y su mano tembló al darse cuenta de que aquellas huellas que había visto hacía un rato habían desaparecido totalmente, como si nunca hubieran estado allí.

—Es imposible... —pensó desconcertado.

Volvió a estremecerse, pero esta vez no fue de frío. Se persignó al recordar las palabras que precisamente Domitila le dijera una noche y, en voz alta, pronunció: “Dios me libre de todo mal.” Dicho esto, abrió la puerta y entró en su cuarto, donde María Aurora y los niños dormían plácidamente. Trancó la puerta con un palo, como era entonces la costumbre, y se volvió para irse a la cama. Fue entonces que se dio cuenta, con espanto, de que aquello había estado allí, en la habitación; las huellas venían desde la puerta y se detenían al borde de la cama, luego volvían sobre sus pasos y llegaban hasta la puerta de nuevo. Leonardo se quedó impávido del susto; se persignó de nuevo, doblemente, y como si sus piernas pesaran una tonelada, fue hasta los pies de la cama. No sabía si aquella presencia aún estaba allí. Sus manos temblaban cuando tomó a su esposa por los pies sobre las sábanas:

—¡María Aurora! ¡María Aurora! —trémula, su voz.

Ella parecía estar muerta. La zarandeó de nuevo con fuerza, algo desesperado, sintiendo su piel fría a través de la sábana. Como poseído por un horrible presentimiento, descubrió de un jalón las piernas de su esposa: ¡huesos! Eran solo huesos, semicubiertos de húmedo barro hasta los pies. Dio un grito tremendo al tiempo que se sentaba en la cama:

—¡María Aurora! ¡María Aurora!

Ella, alarmada, también se despertó de golpe. Tomó y encendió la linterna casi al mismo tiempo, enfocando a su esposo, quien, ubicado ya en la realidad, decía:

—¡Ave María Purísima! ¡Qué pesadilla tan fea! Dios nos ampare y nos favorezca.

—¡Ay, mijo, qué susto! —exclamó María Aurora—. ¿Y qué fue lo que soñó?

Leonardo daba gracias al cielo de que todo fuera solo un horrible sueño. Fijó los ojos en los pies desnudos de María Aurora y le dijo:

—No la quiero asustar ni que se despierten los niños. Mañana le cuento, ¿sí?

Ella le sonrió comprensivamente, mientras él pasaba las manos por el rostro, tratando aún de adaptarse a la realidad. Los niños dormían en medio de los dos, relajados después de los

nervios por la tormenta. Unos tímidos relámpagos y lejanos truenos anunciaban que ya todo había pasado; el rumor de las crecidas y el tímido canto de algunos insectos nocturnos se dejaban oír. María Aurora reparó en la hora antes de apagar la linterna: las tres y media marcaba el aparato.

Todos se levantaban muy temprano en la casa grande. Se sentía una tensa calma; el frío era intenso. Un grupo de guacharacas intentó romper el silencio con su estruendoso canto, pero quizás las demás tenían demasiado frío para aceptar el careo. El gallo en el gallinero sí se animó y, luego de lanzar tres aletazos, dejó oír su canto madrugador que arrullaba a los que aún estaban en cama y animaba a los que ya estaban levantados.

Doña Isabel, poniendo sobre sus hombros un viejo sobrante de cobija, salía de su habitación cuando vio a Leonardo entrando en el cuarto de los cachivaches, llevando con él una novedosa lámpara Coleman. Se detuvo en su camino hacia la cocina, en la entrada de aquella habitación, sorprendida al ver a su hijo mirando hacia el techo mientras levantaba la luz por encima de su cabeza. Él se volvió, algo sobresaltado, y al ver que era su madre pidió:

—La bendición, mamá.

—Dios me lo bendiga, hijo. ¿Qué, hay ratas? —preguntó ella.

—No, no, mamá, es una gotera, creo —respondió Leonardo.

—Ah —dijo ella, mirando el suelo en el centro de la habitación, donde se extendía un cristalino charco de agua—. Caray, mijo, eso fueron las ratas que están haciendo nido entre la caña brava y la teja.

—¡Júu! —pronunció Leonardo—. Es posible, mamá. En cuanto aclare el día, voy a subir con la escalera para revisar bien —terminó diciendo, escudriñando el techo donde no se veía huella de humedad alguna.

El aroma a café recién colado llenó la casa.

—Vamos, para que tome café, mijo.

Leonardo salió detrás de su madre, cerrando la puerta y observando con atención el suelo. Le había parecido tan real aquel sueño. Un momento después, tomaba café mientras el día comenzaba a asomar, y se distinguían algunos guamos desgajados por el fuerte viento de la noche anterior.

Héctor ya les picaba pasto a las bestias que chapoteaban en el barro de la caballeriza. María Aurora entró a la cocina junto

con María Angélica, quien, friolenta y somnolienta, apenas iniciaba una protesta por haberla hecho madrugar, ya que no podía ir a clases por lo crecida que debía estar la quebrada.

El rugido de las máquinas al encenderse acabó por romper la calma. “Aquellos bichos no se detienen”, pensó Leonardo, levantándose de donde estaba para ir al cobertizo que había sido de Eliseo. De allí extrajo una escalera que luego acomodó por un costado de la casa; se aseguró de la estabilidad de la misma y, con cuidado, subió los peldaños hasta el techo.

Se detuvo un momento, guiándose para llegar exactamente al techo de aquella habitación. Debía andar con cuidado sobre las húmedas y resbaladizas tejas si no quería caerse. Su padre lo observaba desde la caballeriza, donde terminaba de picar el pasto.

En ese momento, un mozalbete llegó casi corriendo por el camino que subía desde el rompe hasta la casa. Ni siquiera esperó llegar a esta, sin darse cuenta en su afán de la presencia de los hombres fuera de la misma, y casi gritó con voz apremiante:

—¡Don Héctor! ¡Don Héctor!

Por el rostro pálido y agitado del jovenzuelo, se adivinaba una tragedia.

—¿Qué pasó, Rosalino? ¿Qué son esos gritos? —preguntó Leonardo desde el techo, haciendo que el joven levantara la mirada hacia él. Leonardo bajó de prisa por las escaleras, mientras las mujeres, que habían escuchado los gritos y los ladridos de los perros, salían para ver qué sucedía. Héctor también dejó su quehacer y se acercó hasta donde Leonardo encaraba al agitado Rosalino.

El mozalbete puso las manos sobre sus rodillas para tomar aire, señal de que había corrido pendiente arriba. Héctor, con algo de dureza en la voz, preguntó; a veces aquellos muchachos hacían un gran escándalo por poco:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué tanto alboroto?

—Don Héctor, don Leonardo, los mandan a buscar allá abajo, porque la gente que está haciendo la carretera encontraron un... un muerto —dijo Rosalino, haciendo pausas debido a lo agitado de su respiración.

—¡Ave María Purísima! —pronunció doña Isabel.

Angelina se persignó, mientras María Aurora apretaba a su hija contra su vientre, quien abrió los ojos espantada, y la arrastró consigo hacia la casa, bajo la mirada severa de los hombres.

Rosalino aprovechó aquella pequeña pausa para tomar más aire. Fue Leonardo quien preguntó:

—¿Y quién es el difunto?

—No, no se sabe, mi don, porque lo que se encontró es un esqueleto completo de un cristiano —respondió el jovenzuelo.

—¡Válgame Dios! —dijo doña Isabel, persignándose de nuevo.

Leonardo se estremeció y volvió a preguntar:

—¿Un esqueleto?

—Sí, mi don, está un poco cubierto de barro, donde comienza el barranco que se hizo anoche, del café del plan hacia abajo —dijo Rosalino.

—¡Carajo! —exclamó don Héctor—. En mis tierras entonces, el café del plan.

—¡Sí, mi don, eso se desbarrancó todo casi! —dijo Rosalino.

Claramente turbado, Leonardo dijo entonces a Rosalino:

—Vaya donde mi suegro y dígame a Fernando que venga. Hágame ese favor.

—Ya mandaron a mi hermano Luis a buscarlo, mi don —respondió el joven rápidamente.

—Bueno, entonces voy a ponerme las botas y salimos para allá —dijo Leonardo, y entró en la casa, donde María Aurora le interrogó, con María Angélica a prudente distancia:

—¿Quién es el difunto, Leonardo?

Él la miró fijamente, con gran desconcierto en sus ojos al recordar las imágenes de la pesadilla de la noche anterior.

No tenía tiempo para explicarle nada, así que solo dijo:

—No salgan hoy de la casa para ningún lado. Desde esta madrugada tengo como un peso aquí... —dijo, tocándose el pecho—, como un presentimiento.

Apenas un momento después, las tres mujeres los veían partir de prisa, quedándose ellas con el interrogante sobre lo que se desarrollaba allá abajo con el hallazgo de aquellos restos humanos.

Llegaron al lugar del hallazgo, donde ya un corro de curiosos se amontonaba para ver. Héctor Moncada paseó su mirada por los alrededores, desconociendo por completo lo que por años conocía como la palma de su mano. Las aguas del pequeño manantial aún estaban turbias; la torrencial lluvia de la noche anterior había convertido el manso arroyo en un desbordado torrente de agua, piedras y lodo, que, ayudado

por el socavón de las máquinas en la vía, había causado un deslizamiento de tierra, desprendiendo parte del que fuera el café del plan. Aquella gran piedra no había sido la excepción y había rodado, ayudada por su propio peso, arrastrando una gran porción de tierra y dejando al descubierto los macabros restos de lo que alguna vez fue un ser humano.

Por indicaciones del jefe de la obra, nadie se había acercado a remover los restos, esperando la presencia del alguacil de la aldea, que para entonces era Fernando Salcedo. Fernando ya contaba con veintiocho años y había sustituido a su padre en el cargo hacía ya unos tres años, los mismos que llevaba casado con la nieta de don Zósimo, quien se encontraba a la espera de su tercer hijo.

Héctor y Leonardo llegaron al borde del barranco, asomándose hacia abajo a lo que había sido cafetales hasta la noche anterior y que ahora solo era un alud de piedras y lodo. Se fijaron en lo que había sido el lecho de aquella piedra, tan conocida por ellos, y donde jamás imaginaron que fuera el lugar de reposo de un cadáver.

Leonardo sintió un escalofrío al ver el cráneo con sus cuencas vacías; jamás había visto un esqueleto humano. Bueno, la noche anterior en aquella terrible pesadilla había visto parte de uno. Se asombraba, desconcertado, ante aquella extraña premonición que había vivido en la madrugada y ante aquel peso que sentía en el pecho, el cual le hacía tomar bocanadas de aire como si se ahogara.

Héctor se había alejado unos pasos, siendo requerido por el jefe de obra y el maquinista que habían hallado los restos. En ese momento, llegó Fernando Salcedo, montado en su caballo. Se apeó rápidamente y fue al encuentro de su amigo y cuñado, saludándose con un fuerte apretón de manos.

Fernando se dirigió hacia donde Héctor hablaba con los otros hombres, los saludó cortésmente y, acto seguido, pidió detalles de cómo había sido encontrado el cadáver o lo que quedaba de él. Seguían llegando curiosos al sitio del suceso, pues la noticia corría como reguero de pólvora.

Hecha su indagación, Fernando se dispuso a bajar para remover los restos. Miró a su amigo y le dijo:

—Baje usted conmigo, Leonardo, y usted también, don Héctor —decidió de pronto—. Y tú, Rosalino —dijo al mozalbete

que permanecía cerca—, consígueme una pala y un plástico. El joven fue de inmediato a buscar lo solicitado entre los trabajadores de la obra, que formaban parte de los curiosos.

—¿Quién podrá ser? —preguntó el alguacil a su amigo. Leonardo encogió los hombros y dijo:

—Sabrá Dios cuántos años tendrá ese cristiano ahí.

Rosalino volvió con los objetos demandados y, ya con ellos en sus manos, los tres hombres bajaron con mucho cuidado hasta donde estaban los restos. La humedad les hacía hundirse casi hasta las rodillas, pero, al acercarse a los restos, el terreno se hizo más firme.

De cerca, los restos eran aún más tenebrosos. Los tres se persignaron ante aquellos huesos en señal de respeto. Estuvieron un momento mirando el cráneo y parte de las tibias, pues era lo que estaba a la vista; sobre lo demás había una gruesa capa de tierra. A una señal de Fernando, se agacharon y comenzaron con la lúgubre tarea de remover aquellos restos. Fernando, con la pala, comenzó por quitar tierra de sobre lo que eran las costillas, mientras Leonardo cavaba con las manos por donde se suponía estarían las caderas.

La tierra blanda era removida rápidamente. Leonardo casi dio un brinco al descubrir unos huesudos dedos; cavó con más prisa para descubrir lo que sería la muñeca y parte del brazo. De pronto, se puso lívido como un cadáver; quiso levantarse, pero no pudo y cayó sentado en la húmeda tierra.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios mío, no puede ser! —exclamó Leonardo.

Fernando rodeó los restos mientras Leonardo movía la cabeza negativamente, sin poder creer lo que sus ojos veían. Con un hilo de voz, dijo mientras Fernando revisaba los restos descubiertos:

—Es Domitila, es la negra Domitila.

—¿Qué? —exclamó Fernando, incrédulo—. ¿Cómo puede ser? Héctor, que desdoblaba el grueso plástico para colocar los restos, también cambió de color, perdiendo un poco la entereza que lo caracterizaba, y preguntó:

—¿Qué? ¿Domitila?

—¡Sí! —exclamó Leonardo—. Es ella; la reconozco por sus anillos de oro, sus pulseras. ¡Es ella, es ella! —dijo con frenesí,

abalanzándose casi sobre el cadáver y comenzando a cavar como un loco, diciendo ronco—: Es Domitila, es mi vieja. ¡Papá, ayúdame! ¡Ayúdame! —rogó.

Héctor y Fernando, lívidos y contagiados por la emoción, comenzaron a cavar con más rapidez para comprobar, apenas un momento después, que aquellos restos eran de la desaparecida mujer.

—¡Domitila! —exclamó Héctor, persignándose, visiblemente conmovido.

Leonardo no paraba de excavar, y un murmullo recorrió a los curiosos al oír el nombre de la negra Domitila. Cada vez iban descubriendo, en sus esqueléticas extremidades, prendas de oro, plata y cobre que confirmaban la identidad del cadáver. Leonardo perdía la compostura y sollozaba mientras continuaba excavando, sabiendo que nadie ocultaría un cadáver porque sí.

—¿Quién te hizo esto, mi vieja? ¿Quién pudo ser tan malo? Tú eras tan buena, eras como mi madre. ¿Lo sabías, verdad? ¿Cómo pasó esto, Dios mío? ¿Cómo? —decía Leonardo, visiblemente conmovido.

A Fernando le temblaba la barbilla por la emoción, contagiado del sentir de su amigo y por los recuerdos de las buenas atenciones de aquella mujer. De pronto, Leonardo tocó con sus manos algo que sobresalía de un costado de los restos. Rápidamente, removió la tierra lo mejor que pudo, y entonces se hizo palpable lo que era ya una clara sospecha: la habían asesinado. Aquel descomunal cuchillo, pues era evidente que lo era, clavado en su costado izquierdo, un poco más abajo de lo que sería su axila, debió partirle el corazón en dos.

El esqueleto había quedado completamente al descubierto, y los curiosos se amontonaban al borde del barranco. Algunos de los más jóvenes o de la obrerada no comprendían el llanto de Leonardo, la palidez de Héctor ni el desasosiego del alguacil. Pero la mayoría sí lo entendía: cualquiera que tuviera quince años en adelante y fuera del lugar conocía de sobra lo que aquella mujer, ahora un esqueleto, había significado para las familias Moncada y Salcedo.

Sin embargo, las sorpresas aún no habían terminado en aquella soleada mañana que, para algunos, se tornaba gris. Fer-

nando escudriñó las casi intactas cachas de nácar del cuchillo, ahora de un color terroso, pero sin duda, eran de nácar. Le dijo a un Héctor pensativo y cabizbajo:

—Disculpe, don Héctor, necesito una vasija para coger agua. Héctor subió hasta el borde, donde los más atrevidos lo acosaron con preguntas. No les dijo nada y se limitó a pedir que le consiguieran un recipiente. Leonardo, recuperando un poco la compostura, vio cómo Fernando retiraba, casi sin esfuerzo, aquel cuchillo de entre las costillas del esqueleto humano. Un estremecimiento de negación recorrió su cuerpo como un escalofrío al ver las dimensiones de aquel cuchillo. Un recuerdo lejano, pero nítido, pasó por su mente; se levantó como un resorte, movido por un nuevo presentimiento, y, secándose rabioso una lágrima que le bajaba por la mejilla, se agachó junto a su cuñado, quien raspaba el cuchillo contra una áspera piedra.

Héctor llegó con el recipiente lleno de agua, algo turbia, derramó un poco sobre el cuchillo y Fernando continuó raspándolo con insistencia. Ambos se miraron, pero ninguno dijo nada, tragando saliva. ¿Sería posible? Con la angustia de una nueva sorpresa, continuó raspando el arma homicida casi intacta contra la piedra, derramó más agua sobre ella y la restregó contra su grueso pantalón. Fue entonces cuando Leonardo, de rodillas junto a él, vio nítidas las iniciales en la hoja de metal y dijo casi sin voz, tartamudeando:

—Eli... Eliseo Moncada.

Fernando tampoco podía creerlo y, poniéndose de pie, se volvió hacia Héctor, quien, pálido, dijo:

—¡El cuchillo de Eliseo!

Arriba, un murmullo de espanto recorrió a la multitud. De pronto, Leonardo, levantándose rápido como un rayo, le arrebató el cuchillo a Fernando de entre las manos sin darle tiempo a reaccionar. En tres o cuatro saltos increíbles llegó al borde del barranco con el cuchillo entre sus manos. Los curiosos se apartaron atemorizados al ver la expresión en el rostro de Leonardo, una máscara de rabia y dolor. Todo sucedió en fracciones de segundo: el joven se volvió un instante para ver los restos de Domitila y, en un ademán que llenó de espanto a todos, se persignó con la punta del puñal.

Luego, volviendo sobre sus pasos, dio dos zancadas y, en un ágil salto, cayó sobre el lomo del brioso caballo de Fernando, que se encabritó parándose en dos patas y quedándose unos momentos suspendido en el aire. Aquella imagen bravía, salvaje, quedaría en la mente de muchos para siempre.

Leonardo azuzó al animal con un rabioso “¡Heal!”, y este salió como una exhalación, subiendo sendero arriba y haciendo crujir las piedras a su paso. Fernando y Héctor llegaron al borde justo a tiempo para verlo partir con los ojos encendidos de furia.

Héctor quiso gritarle que iba a cometer una locura, que era su hermano, pero, avergonzado de sí mismo, con el peso de su pasado sobre los hombros, apenas murmuró:

—No vayas a condenarte como yo, hijo...

—¡Un caballo! ¡Un caballo, carajo! —gritaba Fernando, pidiendo a voces.

Una tragedia más se cernía sobre la familia Moncada. El vaso estaba lleno, y la gota que lo derramaría había caído.

CAPÍTULO VII

Voló más que corrió el pobre animal. El sudor chorreaba de su cuerpo de brillante pelaje, los ijares sueltos para que se diera rienda, comiéndose el camino que parecía venírsele encima al noble bravío. Sobre él, un ser humano con casi perdida la conciencia, casi tan irracional como el animal que montaba, a punto de atravesar aquella línea que separa al hombre de las bestias, dispuesto a matar, sus ojos convertidos en dos brazas encendidas.

Ese desgraciado, ese malnacido, la había matado a ella que les dio toda su vida, a ella que era como su segunda madre, a ella que les dio mimos y cariños, a ella que les había cuidado con desvelos como si hubiesen sido sus propios hijos. ¿Por qué? Era la pregunta. ¿Por qué la había asesinado y sepultado su cuerpo? ¿Por qué? Se preguntaba Leonardo en su mente.

Miró la casucha de troncos frente a sí, al filo de la montaña. Tensó los ijares del caballo, haciéndole bailotear peligrosamente en un duelo feroz del hombre contra la bestia. Prácticamente se tiró del animal en un movimiento digno de un contorsionista.

—¡Eliseo! —gritó con rabia, cuchillo en mano, los pies clavados a la tierra, el cuerpo algo agazapado, plantado frente a la choza.

—¡Eliseo! eo, eo, eo... —el viento se llevó su grito en un largo eco por entre los recovecos de la montaña.

—¡Eliseo, soy tu hermano y vengo a matarte! —arte, arte, arte... Lo repetía la montaña, como burlándose de sus tragedias—. He venido a cobrarte la muerte de Domitila, ¡maldito! —ito, ito, ito... se repetía el eco.

—¡Eliseo! —gritó con más rabia; partículas de saliva salieron de su boca, casi babeante de la rabia y la desesperación de que aquel no apareciese para calmar sus ansias de venganza. Con los ojos desorbitados fue hacia el cobertizo y, de una fuerte patada, echó abajo la puerta. Saltó adentro, cuchillo en ristre.

—¡Eliseo, Eliseo, no te escondas, desgraciado! Salga y me mata, como mataste a nuestra segunda madre —sollozó.

Hediondez de cueros putrefactos y figuras de animales disecados en claro desorden que parecían mirarlo con espanto y silencio de muerte. En un rincón, un camastro desvencijado; sobre él, una vieja y sucia estera, digna de un perro. Dio un manotazo y otro y otro, tirando lo que encontraba a su paso. Salió de allí corriendo como un poseso y fue hasta un peñasco cercano de cara a la inmensa montaña.

—¡Eliseo! ¡Eliseo! ¡Eliseo! ¿Dónde estás? ¡Vine a matarte! ¡Hermano, vine a matarte! —gritó fuertemente. El eco retumbaba en la montaña y luego, silencio... todo parecía estar muerto.

Volvió a la casucha, girando la cabeza de un lado a otro. Temblaba, todo su cuerpo temblaba. De pronto cayó de rodillas frente a la cabaña, levantó los brazos al cielo y gritó con toda la fuerza de la que era capaz:

—¡Eliseooo!

Una sombra pasó rauda frente a él. Giró la cabeza, creyendo que aquel le atacaba por la espalda, solo para ver que aquella sombra bailoteaba en movimientos vertiginosos a su alrededor. De pronto, en un movimiento brusco, el joven sepultó de un golpe el cuchillo en la tierra hasta la empuñadura, y en sollozos oró entrecortadamente.

—“Padre, padre nuestro que estás en el cielo, san-santificado sea tu nombre; venga a nos-nosotros tu reino, hágase tu voluntad a-aquí en-en la tierra co-cómo en el cielo. Da-danos hoy nu-nuestro pan de cada día y-y perdona mis ofensas, oh Dios —sollozó—. Perdona mis ofensas, como también nos-nosotros per-perdonamos a los que nos ofenden. No me dejes caer en la tentación... no me dejes caer en la tentación y lí-líbrame del mal. Amén, amén, mi Dios” —repitió sollozando, quedadamente se fue dejando caer hasta quedar de bruces, abrazando la tierra como si quisiera fundirse en ella. Se fue calmando, deshaciendo su angustia, su rabia, solo con Dios como testigo de su arrepentimiento en medio de la naturaleza, por haber pensado en matar a su hermano.

Así lo encontraron Fernando y Rosalino, que se había atrevido a venir con aquel. El jovenzuelo, apenas desmontar, fue en busca del caballo de Fernando, que mordisqueaba en la yerba un poco más allá. Fernando fue hasta donde yacía su amigo,

que, al oírlos llegar, se puso lentamente de rodillas, aún con los ojos llorosos.

—¿No lo encontraste? —preguntó Fernando.

—No, gracias a Dios no —respondió Leonardo con claro signo de arrepentimiento.

Su amigo movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Sí, gracias a Dios. Seguro está de cacería, como es su costumbre.

—Sí, seguro —dijo Leonardo.

—¿Estás bien? —preguntó Fernando.

—Sí, creo que sí —contestó Leonardo.

—Vamos entonces —suspiró Fernando, aliviado, desenterrando el cuchillo clavado en la tierra.

Leonardo intentó ponerse de pie, pero trastabilló y hubo Fernando de sostenerle. El cuerpo le dolía terriblemente; sus brazos parecían haber perdido la fuerza y las piernas se negaban a sostenerle. Tal era el trance por el que había pasado. Fernando le ayudó a montar, mientras Rosalino sostenía al cuadrúpedo del cabresto.

Fernando echó una ojeada a los alrededores mientras comenzaban a andar. Ya había enviado dar aviso a las autoridades y, por la tarde, llegaría un piquete de guardias para la búsqueda y aprehensión de Eliseo Moncada. Leonardo ni siquiera giró la cabeza. Su amigo volvió a respirar aliviado y pensó: “Gracias a Dios, y el reo no es Leonardo, gracias a Dios”.

Los restos de Domitila fueron sepultados aquella misma tarde en el cementerio de Ranchos Valientes, bajo un silencio impresionante. Su cruz fue una de las primeras fabricadas en cemento. La familia Moncada había caído en una especie de letargo, sumido cada quien en sus pensamientos, tratando de entender las razones que habían llevado a Eliseo a cometer un hecho tan horripilante y cruel.

María Aurora había escuchado a uno y a otro especular sobre los motivos, pero quizá la única que estaba más cerca de adivinar las causas era ella. Había dado vueltas a sus recuerdos, a las palabras sueltas, había ido y vuelto en el tiempo y llegado a la conclusión de que la muerte de la infortunada Domitila tenía mucho que ver con el ultraje que Eliseo había cometido con ella. Mientras tanto, ayudaba a Angelina

a preparar la cena dejando que doña Isabel descansara, ya que los hechos de aquel día le afectaban doblemente a ella. Don Héctor también se veía claramente afectado. Taciturno y preocupado, caminaba de un lado a otro del corredor principal, moviendo la cabeza negativamente. Leonardo, en un extremo, sentado en un banco de madera, intentaba dar respuestas vagas a las preguntas de María Angélica y David Valentín.

Casi era de noche cuando los ladridos de los perros anunciaron la llegada de Fernando en compañía de un hombre de uniforme, al cual este le decía sargento. Luego de desmontar, avanzaron directamente al corredor donde, expectantes, les aguardaban Héctor y su hijo. Luego de saludar, vinieron las presentaciones, diciendo el hombre de uniforme apellidarse Ramírez. El sargento habló largamente con padre e hijo sobre el asunto que lo había traído hasta allí, tomando notas en una pequeña libreta, lo cual dijo era para su informe, el cual, terminado su especie de interrogatorio, les hizo firmar al pie de la escritura.

La mano de Héctor tenía un leve temblor cuando firmó aquello. Era una declaración donde acusaba a su hijo como el único sospechoso de haber cometido el crimen. El alto y bigotudo uniformado le informó que tenía a tres de sus hombres haciendo guardia en el cobertizo de Eliseo, esperando que aquel apareciese para aprehenderle. Fernando se despidió de los otros, diciendo al sargento que si se presentaba algo en lo que pudiera ayudar, no dudara en enviar aviso. Héctor insistió a Fernando que se quedara para la cena, pero el joven se disculpó alegando estar muy cansado y se marchó rato después, cuando ya era de noche.

La cena fue silenciosa, oyéndose el sonido de los cubiertos. La mayoría apenas probó alimentos, no así el sargento, que engulló los suyos con suma delicia, relamiéndose el frondoso bigote y derramando elogios sobre Angelina y María Aurora, arrancándoles una débil sonrisa a las mujeres, que agradecieron el cumplido.

Los hombres fueron al corredor, mientras que Angelina preparaba unos alimentos y un té de toronjil para llevarle a su madre. María Aurora, ayudada por su hija, levantaba los platos del comedor, mientras que David Valentín jugueteaba con

un gato en un rincón. Doña Isabel no quiso probar bocado, tan solo aceptó el té, el cual consumió en pequeños y pausados sorbos. Temblorosa y preocupada, decía:

—Esos hombres matarán a mi hijo —comentó, enterada de la presencia de los hombres de la ley.

—No, mamá, ellos solo lo van a hacer preso, nada más —respondió Angelina.

—Tu papá o Leonardo deberían estar allá, para que no me lo maltraten. ¡Mi pobre hijo! Él no es malo, Angelina, no es su culpa, hija, es culpa del odio —decía Isabel.

—Ya, mamá, tenga calma. Quizá ni siquiera lo encuentren —dijo Angelina, rogando que ojalá sí lo aprehendieran para que por fin pagase por su crueldad.

—Un día —dijo su madre mientras una lágrima caía de sus ojos—, un día tu padre y yo llegamos aquí. Él quería cambiar, quería encontrar perdón, perdón y paz para su conciencia.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué necesitaba tanto ese perdón? ¿Qué hizo? —preguntó Angelina, sentándose junto a su madre.

—Él —continuó diciendo su madre—, él me amaba lleno de sueños y de ilusiones. Si lo hubieras visto, lo diferente que fue por un tiempo, aunque a veces lo encontraba por la madrugada desvelado, agazapado por allí en la oscuridad, en la explanada, mirando hacia el camino o hacia las montañas, como si esperase a alguien, como si por un momento no pudiese con su conciencia.

—¿Tan terrible es su pasado? —preguntó de nuevo Angelina, que por momentos se contagiaba de las emociones de su progenitora.

—Yo —dijo Isabel, apretando las manos de su hija entre las suyas—, yo era el final de una vida de odio, violencia, de ideales estúpidos que llevan a los hombres a perder la cordura hasta convertirlos en seres cegados por el odio, transformándolos en fieras, hija, en fieras sanguinarias que no razonan, que no tienen piedad de nada ni de nadie, que se pierden en un remolino de odio alejándose de Dios. Yo, hija, yo era el principio de una vida distinta, yo era su redención, su forma de acercarse a Dios de nuevo. Me amó tanto que no le importó dejar atrás todos aquellos ideales en los que había creído. Huimos juntos; la fiera que llevaba dentro se fue quedando

atrás, encerrada entre las montañas, con cada espantosa confesión que me hacía.

—Fueron días de camino, a veces perdidos en improvisadas trochas, sin saber a dónde ir ni dónde estábamos, pero aun así no desistimos de nuestros empeños, movidos por el deseo de dejar todo aquello atrás —Isabel hizo una pausa en la que pareció tomar aliento y continuó—: Un día, a tu padre le brillaron los ojos mientras desde allí arriba ambos mirábamos el valle. Supe entonces que nuestra búsqueda había terminado y que comenzaríamos nuestra vida lejos de toda aquella violencia. Allí tu padre y yo hicimos una promesa... una promesa de jamás alimentar a aquella fiera que quedaba atrás, perdida, encerrada en la montaña. Prometimos no darle una razón para que resurgiera el motivo por el cual habíamos huido dejando atrás todo.

Isabel hizo otra pausa, cansada y triste, pareciendo envejecer más a cada instante. Angelina preguntó:

—¿Y cuál era el motivo de tanto odio, mamá? ¿La guerra? Isabel respondía, mientras movía la cabeza negativamente:

—La guerra es hija del odio, muchacha. Primero se debe sembrar el odio, como se siembra una planta, tal cual. La guerra es el desenlace, es el fruto de los ideales de unos y el antagonismo de otros. Es entonces cuando el odio se expande como una maldición, llevando a los hombres a levantarse unos contra otros, aun en contra de su propia sangre, defendiendo lo que creen entonces que es lo correcto.

—¿Y cuál es el lado correcto, mamá? ¿De qué lado estaban ustedes? —preguntó Angelina.

—¡Ay! Hijita, cuando se trata de ideales, el lado, por muy correcto que sea, se va llenando de vicios y favores, y el remedio termina convirtiéndose en algo peor que la enfermedad que se quería curar, y todo vuelve a empezar de nuevo. Los buenos pasan a ser malos, déspotas cegados por el poder, y los malos se convierten entonces en las víctimas, y terminan pagando, en su mayoría, justos por pecadores. Y luego de todo, solo queda el odio, el deshonor, la vergüenza y los cargos de conciencia incurables que persiguen a quien lo padece como una especie de maldición, como un castigo por haberse dejado llevar de los hombres, alejándose de Dios.

—Héctor, él, Héctor —siguió diciendo Isabel, exaltándose, apretando aún más las manos de su hija entre las suyas—, tu padre, él hizo matar a su propio hermano, fusilándolo por ser fiel a sus ideales. Él creía que era lo correcto.

Angelina, que no esperaba tal confesión, abrió los ojos en un gesto de incredulidad y asombro, a la vez que decía interrogando a su madre:

—¡Por Dios santo! ¿Cómo fue eso, mamá? ¡No puede ser! —Sí, sí —dijo Isabel—, es cierto, hija, no dudes de eso. Pero lo peor —dijo cayendo como en un trance y con los ojos muy abiertos—, lo peor fue que rompió su promesa. Él, hijita, alimentó el odio entre la familia por castigarme a mí. Se olvidó de su promesa por su capricho, por su orgullo de hombre. Y ahora mis hijos, mi pobre hijito, él no es malo, Angelina. Que no lo maten, ¡se los ruego por la Virgen!

—No, mamá, no. Ya quédese tranquila —Angelina palpó la frente de su madre. Tenía fiebre; su cuerpo era recorrido por continuos escalofríos. Le ayudó a recostarse, arropándole con una gruesa cobija, rogándole que permaneciera acostada y que tratara de mantener la calma.

Salió de la habitación preocupada por la salud de su madre, llevando sobre ella el peso de un secreto más. Escuchó la voz de su padre allí afuera, se detuvo un momento mirando a través del pasillo hacia el corredor. Pensó en las circunstancias que rodeaban a la familia, enumerando desde el principio, desde su nacimiento hasta ese día en el que se descubrió el cadáver de Domitila. ¿Hasta dónde llegarían las consecuencias de los actos de su padre? ¿Acaso ellos eran culpables? O, como dijo su madre, ¿era el pago de justos por pecadores? ¿Terminaría ya todo con la aprehensión de Eliseo? ¿Y si no era así? ¿Cómo detener esa especie de maldición?

Leonardo salió de su habitación, encontrando a su hermana ensimismada en aquellos pensamientos. Angelina se dio cuenta de su presencia al tenerlo casi frente a ella. Este le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Yo nada. Es mamá la que está muy preocupada con lo de Eliseo. Está muy triste, Leonardo, hasta tiene fiebre. Voy a la cocina a prepararle algo para bajarle la calentura. ¿Y los ni-

ños? —terminó por preguntar Angelina a su hermano.

Aquel respondió:

—Están con María Aurora en el cuarto. David Valentín ya se durmió, pero María Angélica, ya la conoces, no se cansa de preguntar cosas.

—Ya va a cumplir ocho años, Leonardo, y es muy inteligente. No es fácil de engañar —le dijo Angelina.

Ninguno dijo más. Leonardo entró a la habitación mientras que su hermana iba en dirección a la cocina. El joven entró sigiloso hasta detenerse junto a la enferma, que no notaba su presencia; parecía dormida. Leonardo, con ternura, observó el rostro cansado y triste de su madre. Por ella había sacrificado gran parte de su orgullo, soportando humillaciones de su padre y de Eliseo. Pensando en ella había caído de rodillas ante el Creador, humillado ante Él para que sacara de su alma el rencor que sentía.

Sabía que la habían decepcionado. Lo sabía. Ojalá pudiera darle una vida más alegre y sin tantas decepciones. Palpó la frente de la enferma, la cual se estremeció al contacto frío de su mano, y abriendo los ojos dijo:

—¡Ah! Es usted, mijo.

—¿Cómo te sientes, mamá? —preguntó el joven.

—Solo es un poco de fiebre, nada más. ¿Y usted, mijo, cómo está? Leonardo supo a lo que se refería su progenitora. Para ellas, las madres, un hijo es como un libro abierto.

—Estoy bien, bien con Dios y con mi conciencia —respondió Leonardo.

Isabel le dijo, como si le adivinara el pensamiento:

—Nosotras, las madres, no podemos dejar de querer a un hijo por muchos errores que cometa. Tú eres fuerte y bueno, Leonardo. No te dejes llevar por la rabia y el resentimiento. Arráncalo de ti como una mala yerba, porque, aun cuando serías justificado ante los hombres, es ante Dios que tendrás que dar cuenta. Témele, hijo, porque Él no justifica el odio. Es cierto, y tú lo sabes, que fue muy poco las preocupaciones que me diste... delegué ciertos derechos en Domitila, que Dios tenga en su gloria. Comprendo el cariño que ustedes le tenían. Sabía, con ese instinto de madre, que tú eras el más fuerte, que tú eras la roca contra la que todo terminaría desmenuzándose, porque temes a Dios y ante Él te humillas.

—Ahora —continuó Isabel— sé que hay muchos pensamientos en tu cabeza, buenos, pero también malos. Pero no me preocupa, porque eres tú. Sé que desearás lo malo y quedará lo bueno en ti. Pero mi pobre Eliseo, tan vulnerable, aceptando las manipulaciones de tu padre, mezclando todo sin hacer elección, amparado en los privilegios que Héctor le daba tan solo para hacerme la vida triste... era su venganza, para humillarme. Pero ni siquiera él sabía hasta dónde nos llevaría su orgullo. Y ahora mi pobre hijo, mi pobre muchacho... —sollozó la triste mujer.

—Ya, mamá, ya no te martirices —dijo Leonardo con voz ronca, sufriendo también—. Sé que nunca nos juzgarás y que siempre tendremos tu perdón. Yo ya perdóné a mi hermano por lo que le hizo a Domitila, aunque siempre me preguntaré los motivos que lo llevaron a esto. Estamos en paz con Dios, tú, yo, y ojalá Eliseo pueda doblegarse y encontrar su perdón, mamá. Pero ante los ojos de la ley de los hombres, ha cometido un crimen y debe pagar por él.

La anciana lanzó un sollozo. Leonardo, con pesadumbre, le tomó una mano diciéndole:

—Perdóname, mamá, pero así están las cosas ahora. Diera mi vida por evitarte este mal trago, pero no puedo. No está en mis manos ni en las de nadie.

En aquel momento entró Angelina llevando una bandeja en la cual traía algunos medicamentos con los cuales intentaría menguar la fiebre de doña Isabel.

Leonardo salió de la habitación, atravesando el corredor interno hacia la salida principal. Afuera, su padre y el sargento permanecían en silencio. El segundo fumaba tabaco en una ordinaria pipa, mientras parecía escrutar en la oscuridad de la noche. Un relámpago lejano brilló allá en el horizonte. Leonardo dijo, dirigiéndose al hombre de la ley:

—Si desea recostarse un rato, ya le dispusimos un cuarto, sargento.

—Gracias, amigo Leonardo, quizá más tarde. Pero ahora debo estar al pendiente de mi obligación, ¿sí me entiendes?

—Claro que entiendo, pero esto puede llevar días. Ya se lo dijimos: Eliseo, como puede aparecer hoy, lo puede hacer dentro de una semana. No se sabe.

—¡Júl! —hizo el sargento alisándose el bigote—. Esperaremos, mi amigo, esperaremos...

Leonardo se sentó en un banco de madera, pensando en su madre, preocupado por la salud de aquella y en los tensos momentos que aún le faltaba por vivir con la aprehensión de su hermano. Miró a su padre recostado en la hamaca, el cual, después de una pequeña muestra de vulnerabilidad, había vuelto a ser el de siempre: impasible como un indio, protegido detrás de aquella coraza de no aceptación, de que gran parte de todo lo que sucedía era por su culpa.

Ladraron los perros, sacando a los hombres de sus pensamientos, haciéndoles erguirse. En su habitación, María Aurora también levantó la cabeza recostada en su almohada. María Angélica apenas si se había dormido; se removió inquieta.

Los perros fueron hasta la curva del camino, ladrando estruendosa y amenazadoramente. El sargento tomó una linterna de las alforjas de la silla de su caballo, dispuesta por allí, e hizo una especie de señal, encendiendo y apagando la linterna tres veces, pues sin duda alguien o algunos se acercaban a la casa por la vereda que venía de la cruz de caminos. En la oscuridad, una luz brilló tres veces, respondiendo a la señal del sargento.

—Son mis hombres —dijo el superior—. Necesito más luz aquí. Leonardo fue adentro. Angelina y María Aurora, en el corto pasillo, le miraron interrogantes, a lo que este les dijo: —Que no salgan los niños, ustedes quédense con mamá. Creo que apresaron a Eliseo.

No dijo más. Tomó una lámpara que colgaba de una viga y salió por el zaguán.

La pequeña caravana de jinetes ya trasponía la curva, llegando a la explanada.

Los hombres de la casa avanzaron por el patio de cemento, levantando las lámparas Coleman por sobre sus cabezas, intentando ver si eran tres o cuatro los jinetes que llegaban.

—¡Chits, chits! —acalló Leonardo los ladridos de los perros. La luz de las lámparas iluminaba un buen radio del gran patio. Como surgidos de otro mundo por el efecto de la luz, fueron apareciendo los jinetes en sus caballos. Eran cuatro; Eliseo era el segundo en la fila, montado en su propio caballo, las

manos atadas a la espalda, con la barbilla metida en el pecho, sus azules ojos, ahora amarillos por la luz de las lámparas, fijos en la silla de su caballo.

El sargento, a pesar de haber recibido con anterioridad una descripción del reo, no dejó de sorprenderse al tener frente a sí a Eliseo Moncada, con su aspecto descuidado y su ordinaria y sucia vestimenta. Olía a bicho o a animal a veinte metros de distancia.

—¡Buenas noches! —saludó uno de los uniformados.

—¡Buenas noches! —respondieron al unísono los tres hombres de la casa.

Acto seguido, el mismo hombre del saludo desmontó de su caballo y, cuadrándose frente al sargento en un saludo castrense, le dijo:

—Mi sargento, le informo que la detención de Eliseo Moncada fue cumplida sin novedad.

El superior movió la cabeza en un movimiento afirmativo y preguntó con voz grave y tajante:

—¿Hubo resistencia?

—No, mi sargento, no la hubo —respondió con firmeza el cabo.

—Bien —pronunció el sargento—. Descansen. Lleven al prisionero al corredor para hacerle unas preguntas y luego nos vamos.

Dos hombres ayudaron a Eliseo a desmontar. Este no movía un músculo ni miraba a nadie. Fue llevado al corredor junto al zaguán, sentándolo en una silla de cuero.

Un recuerdo que le hizo estremecer pasó por la mente de Héctor, que, saliendo de su mutismo, pidió al superior:

—¿Puedo hablar unas palabras con él?

—No, hasta que lo haya interrogado, don Héctor —respondió este.

—Bien —hubo de aceptar Héctor los términos de aquel y le dijo—. Hágalo, entonces.

Leonardo se paró junto a su padre, viendo cómo el sargento iba hacia sus alforjas, extrayendo de ellas aquel descomunal cuchillo, y volvía plantándose frente al acusado, preguntándole:

—Eliseo Moncada, ¿reconoce este cuchillo?

El aludido levantó la cabeza con lentitud, posando sus mortecinos ojos en el arma homicida. No se adivinó un sentimiento en ellos ni salió una palabra de su boca.

—¿Mató usted a Domitila Aponte hace aproximadamente ocho años? —volvió a preguntar el sargento—. Responda, señor Eliseo. Sabe que, si no lo hace, si no hay una negación de su parte, se le tomará como culpable de asesinato sin más. Eliseo no respondió nada, con sus ojos muertos fijos en el descomunal cuchillo. El sargento pareció contrariado. Aquel hombre parecía haber perdido la razón. Preguntó entonces a sus subalternos:

—¿Ha dicho algo? ¿Preguntó por alguien?

—No, mi sargento, nada. No le he escuchado la voz —respondió un subalterno.

—¡Por favor, hijo! —se escuchó la voz de Héctor, conciliatoria, extrañándole al sargento aquella actitud de un hombre que hasta el momento le había parecido severo—. Por favor, diga algo, mijo. Si usted no fue, no se quede callado, no dej...

—¡Por Dios, papá! —le interrumpió Leonardo—. Ahora no, papá. ¿Hasta cuándo vas a tratar de favorecerlo? ¿Es que no están claras las cosas?

—¡Ni tanto, ni tanto! Yo me acuerdo que él dijo... me acuerdo como si fuera hoy, que el cuchillo se le había perdido por la montaña o en el camino, y yo hasta le dije que a lo mejor alguien lo encontraba y se lo regresaba, porque tenía las iniciales y nadie tenía un cuchillo así y... —quiso continuar Héctor. La figura de Angelina apareció de la nada, interrumpiendo lo que decía su padre. Nadie esperaba lo que hizo. Cuando quisieron reaccionar, ya fue tarde. Se interpuso entre el sargento y Eliseo, y de inmediato le soltó dos sonoras bofetadas que retumbaron en la casa y por poco tumban a Eliseo.

—¡Plaff, plaff! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Asesino!

Leonardo se apresuró a detenerla, arrastrándola con él unos pasos. El sargento comenzaba a ver la gran división que existía en aquella familia y que, por las circunstancias, hubo de conocer.

—El gran Héctor Moncada una vez más tratando de favorecer a su consentido —dijo la furiosa joven—. Cuando este infeliz bajó de la montaña, Domitila ya tenía tres días desaparecida, los mismos que él duró esa vez allá arriba. Él no pudo perder ese cuchillo por la montaña porque ya la había matado antes de ir de cacería. Recuerdo que bajó muy raro y, por pri-

mera vez, no cazó nada. Nos dimos cuenta de la pérdida de su cuchillo y fue el comentario junto a la supuesta marcha de Domitila.

Era la comidilla de todos, pero a él no pareció interesarle mucho. Yo llegué a pensar que era por... —una luz se hizo en la mente de Angelina; se estremeció y dijo—: ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ahora comprendo, ahora comprendo.

En un arranque de histérica furia, quiso abalanzarse sobre Eliseo para abofetearlo hasta el cansancio. Había descubierto el motivo por el cual aquel desquiciado había asesinado a Domitila.

Leonardo la sostenía con fuerza diciéndole:

—¡Cálmate, Angelina! ¡Cálmate, por favor! Él pagará ante los hombres y luego quedará en manos de Él, si quiere que Dios lo perdone.

—¡Desgraciado! ¡Ojalá te pudras en la cárcel! ¿Por qué tenías que matarla? ¿Por qué? —sollozó Angelina con desesperación, sintiendo por momentos la necesidad de gritar todo lo que sabía. Era demasiado el peso de aquellos secretos. Se dejó llevar por Leonardo hacia el interior de la casa, trémula de impotencia al no poder desahogarse.

Los uniformados se miraban uno al otro. Héctor pidió al superior:

—¿Puedo hablar con mi hijo? Quizá a mí me diga algo. El sargento asintió con la cabeza, mirando a aquel hombre, el cual por momentos parecía derrumbarse. Héctor jaló otra silla y se sentó frente a Eliseo. Aquel levantó la mirada y la fijó un momento en el rostro de su padre. Una mueca se dibujó en la boca del reo, quizá un amago de sonrisa o una burla.

—Hijo —comenzó diciendo Héctor—, yo nunca lo corrí de mi casa. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué te alejaste de la familia? ¿Por qué tanta rabia, mijo? ¿Por qué odias a tu familia?

—¿Y me lo pregunta usted, papá? —se oyó sarcástica, por fin, la voz de Eliseo.

Los uniformados se quedaron en vilo, esperando que dijera algo más, viendo cómo la cara de Héctor cambiaba de color ante la respuesta mordaz de su hijo. Héctor no supo responderle a Eliseo. Aquella mirada en sus ojos parecía desnudarle el alma, clavarse en sus más profundos pensamientos.

—¿Usted mató a Domitila, mijo? ¿Fue usted?

Eliseo no respondió. Su silencio otorgaba.

Leonardo salió en aquel momento y se dirigió al sargento diciéndole:

—Mi mamá quiere ver a mi hermano, sargento. El superior dudó un momento, luego hizo una seña a sus subalternos y, tomando a Eliseo, lo trasladaron a través de los corredores hasta la habitación. Vio el ventanuco en la pared; era la única salida después de la puerta. Isabel le dijo, sabiendo lo que pensaba aquel:

—¡No se preocupe, mijo! No se va a escapar, no se preocupe. El hombre del uniforme se apresuró a disculparse:

—Perdone, señora. Soy un grosero —llegó hasta los pies de la cama y se presentó—. Soy el sargento Ramírez y lamento, en verdad, ser yo el que tenga la responsabilidad de la aprehensión de su hijo. Pero entienda usted que es mi deber, señora.

—No se preocupe, mijo, usted cumpla sus obligaciones —respondió Isabel.

—Gracias por su comprensión, doñita, y deseo que se mejore —le dijo con sinceridad Ramírez, un tanto conmovido al ver la gran tristeza en el rostro de la mujer y la manera bondadosa que le hablaba, a pesar de las circunstancias.

Angelina, ya serena, entró en la habitación junto con Leonardo. Ramírez los llamó a un rincón y les dijo como advertencia, fijando su mirada en el bello rostro de la joven:

—No quiero un escándalo, señorita. No quisiera usar la severidad con usted.

Leonardo fue el que respondió:

—No se preocupe, sargento. Yo me encargo, asumo la responsabilidad.

El sargento salió dando órdenes a sus hombres. Dos fueron al corredor de atrás, custodiando el ventanuco, y el cabo, junto con él, se quedarían en custodia de la puerta. A pesar del pedido de Héctor de que le desatase las manos a su hijo, el sargento no quiso arriesgarse, a pesar de la actitud un tanto sumisa de Eliseo.

Apenas este entró en la habitación, doña Isabel se desgranó en lágrimas. Asombrada, intentó reconocer entre el pelambre y la vestimenta estrafalaria a su hijo Eliseo, del cual lo único

distinguible eran sus ojos, en los cuales no se reflejaba ningún sentimiento, como los ojos de un lobo. Con algo de espanto, se dio cuenta enseguida, desgarrándose su alma, de que Eliseo había sobrepasado los límites: aquel que distingue al ser humano de las bestias, y de que solo se movía por el instinto, un último vestigio de instinto humano.

La débil mujer, con algo de esfuerzo, se sentó en su lecho. Eliseo llegó frente a ella y, movido por aquellas últimas muestras de humanidad, se arrodilló ante su madre, la cual de inmediato se abrazó a él, besándolo, acariciando su velludo rostro, mojando con sus lágrimas la faz descuidada y sucia de Eliseo. —¡Hijo, hijito mío! —le dijo entre hipidos—. ¿Por qué te has alejado tanto de tu Creador?

Aquel levantó su rostro y miró a su madre con aquellos ojos de aquel azul espantosamente muerto y dijo:

—Solo dime adiós, mamá. Ya nunca volverás a verme.

—¡No! —denegó la mujer—. ¡No! Iré, iremos a visitarte. Lo haré aunque tenga que ir sola. ¡No te abandonaré, hijo! Nunca lo haré. Un día saldrás y vol... volverás con nosotros y... y el tiempo todo lo cura, hijo, todo —decía la débil anciana con voz trémula mientras acariciaba el rostro de su hijo.

En el rincón donde permanecían Leonardo y Angelina, casi no podían contener la emoción que les causaba el suplicio de su madre.

—Perdóname, mamá, perdóname —volvió a oírse la voz de Eliseo sin vacilación alguna, haciendo ademán de levantarse.

—Espera, hijo... espera —rogó la atribulada mujer, estirando su mano para coger un pequeño cofre sobre una mesita a la cabecera de la cama. Del cofre extrajo una gruesa cadena de plata, de la cual colgaba un medallón del mismo metal, en el cual tenía grabada en alto relieve la imagen de la Virgen María.

Abrazando a Eliseo, Isabel engarzó la cadena por sus extremos detrás de la velluda nuca de su hijo. El objeto quedó colgado de su cuello, el cual Eliseo observó un momento.

—Era de papá. Me la dio antes de irse a la guerra civil en la que murió. Es la Virgen María; ella es madre como yo. Nunca te la quites, mijo, nunca. Y... y ahora ya puedes irte, muchacho —le dijo su madre a un imperturbable Eliseo, que no pronunció palabra.

Isabel quería aferrarse a él, rogar para que no se lo llevarsen, pero, sacando fuerzas de su flaqueza, dijo:

—Anda, hijo, ve a cumplir con tu destino. Que Dios te bendiga.

Eliseo se levantó lentamente y, con la misma actitud, dio media vuelta y salió de la habitación. Detrás de él se oyó un sollozo, el sollozo de una madre que se desgarraba de dolor. Afuera, el sargento dio aviso a sus hombres, que dispusieron todo para el traslado del reo. María Aurora apareció en la puerta de la cocina cuando Eliseo era escoltado a través del corredor interno. Entonces se detuvo apenas un momento, y sus ojos parecieron cobrar un instante de vida al verla a ella, pero la fría mirada de la mujer le hizo agachar la cabeza. Continuó su marcha, perdiendo aquel instante de brillo en su mirada, quedando quizá más muertos que nunca sus azules ojos. Detrás de la escolta iban sus hermanos y su padre, quien, al detenerse aquellos junto a las dispuestas bestias, quiso despedirse de Eliseo, haciendo ademán de abrazarle, a lo que aquel lo esquivó, oyéndose entonces su voz:

—¡Vámonos ya!

Los uniformados se dividieron, montando en sus briosos caballos, dos delante y dos detrás de Eliseo. Al medio, en su propia montura, el sargento dio la orden de partir y la pequeña caravana se puso en marcha.

Angelina, junto a Leonardo, apretó la mano de este, nerviosa.

Aquel, como despedida, dijo a Eliseo:

—¿Por qué has corrompido tanto tu alma, hermano? ¿Por qué?

Eliseo vio a Leonardo a los ojos y respondió:

—Sería una suerte para los dos que yo estuviera muerto.

La comitiva se alejó, mientras que Eliseo, con la cabeza vuelta hacia atrás, descubrió en la semipenumbra, en la puerta del zaguán, la figura de María Aurora, que los veía mientras eran tragados por la oscuridad de la noche.

Los hombres iban al paso de sus caballos, que se guiaban por su fino instinto perfectamente en la penumbra. El prisionero llevaba la barbilla metida en su pecho, con las manos atadas a la espalda. Eliseo parecía resignado a su suerte. Ya faltaba poco para dejar lo más abrupto del camino atrás. Allá abajo se oía el rumor de las aguas del arroyo. Aquel arroyo que él, prisionero, una vez hubiera ayudado a cruzar a María Angélica.

ca. Él conocía todas y cada una de las curvas, pasos y riesgos de aquel camino y de todas las demás veredas que llevaban o venían de la montaña.

El sargento había decidido no ir por la recién construida carretera hasta el valle, pues las lluvias habían causado estragos en esta y era un total lodazal. Así que escogió ir por el camino real.

—¡Cabo! —sonó de pronto la voz de Ramírez en medio de la oscuridad.

—¡Ordene, mi sargento! —contestó el aludido de inmediato.

—Pasaré al frente, venga a la retaguardia. Debo inspeccionar el arroyo —dijo el sargento.

—¡Entendido! —dijo el cabo, que acto seguido hizo girar su caballo sin detener la marcha de los demás.

Eliseo ni siquiera espabiló en aquella actitud aparentemente sumisa. Entretanto, el cabo encendió una linterna e iluminó a Eliseo mientras pasaba junto a él. De pronto, en una fracción de segundo, todo cambió. Un rabioso “¡Heaaa!” salió de la boca del prisionero, lanzando su caballo contra el jinete que quedaba al frente, mientras se tiraba de costado contra un sorprendido cabo con tanta fuerza e ímpetu que los dos cayeron de sus caballos, rodando cuesta abajo, resquebrajando la maleza a su paso.

Los demás uniformados, tomados por la sorpresa, se abalanzaron de sus caballos, preparando sus armas para abrir fuego. Pero fue la misma voz del sargento, prudente y encorajinado, la que les gritó:

—¡No disparen, carajo! ¡No disparen, que pueden matar a Martínez!

Eliseo dio varios tumbos hasta que la raíz de un árbol le detuvo en su caída. Sintió un dolor agudo en el costado, apretó los dientes y, como un animal, se revolvió en el suelo, quedando sentado. En un esfuerzo que casi le disloca los hombros, pasó su cuerpo por el arco que formaban sus largos brazos atados por las muñecas. Quedándose quieto, acechando en la oscuridad con todos sus sentidos alertas, arriba se oyeron voces dando órdenes y vociferando maldiciones. Por allí en la maleza había quedado la linterna que portaba el cabo, aún encendida.

De pronto oyó un gemido un poco más abajo de donde se encontraba agazapado. Tensó los músculos y, en un movimiento digno de un puma, de un salto cayó sobre el cabo, que intentaba incorporarse. El hombre cayó de espaldas, intentando sacar su arma. La luz de una linterna pasó fugaz, iluminando un momento la escena: Eliseo se erguía frente a él, sosteniendo una voluminosa piedra entre sus manos. El uniformado, por instinto, se cubrió el rostro con las manos.

—¡Allí está! ¡Allí está! ¡Disparen! —sonó la voz del sargento. Eliseo saltó hacia la oscuridad al tiempo que tronaban los disparos. Volvió a rodar cuesta abajo por varios metros, quedando como un ovillo entre las bajumbas de un grueso árbol. El sargento y otro de los uniformados llegaron casi dando tumbos hasta donde Martínez comenzaba a incorporarse, pálido a la luz de las linternas.

—Creo que le di, mi sargento —dijo el raso, que alumbró entre la maleza buscando al fugitivo o algún rastro de sangre. El sargento parecía más preocupado por Martínez, al que preguntó:

—¿Está bien, cabo?

—Sí, mi sargento, adolorido, nada más —contestó este.

—Sshitts —hizo el raso apagando la luz. Los tres quedaron en silencio en medio de la oscuridad, intentando oír algún ruido anormal entre la maleza. Ningún ruido extraño se produjo en un lapso de cinco minutos que estuvieron quietos y expectantes.

—¿Huiría o estará por ahí agazapado? —preguntó el cabo.

—No lo sabemos, Martínez, y es mejor no arriesgarse con este hombre. Él está en su elemento y puede estar agazapado en cualquier parte. Lo mejor es regresar y esperar a que amanezca para comenzar a buscarlo. ¡Maldita sea! Esto se complicó —terminó diciendo, contrariado, el sargento.

Escalaron, llegando al camino donde el último de los cuatro guardias los cubría, muy atento, a pesar de la herida abierta que presentaba en la cabeza, la cual se restañaba con un pañuelo ya cubierto de sangre; había caído golpeándose la cabeza cuando Eliseo había abalanzado su caballo contra el suyo. Nadie, salvo los niños, había dormido en la casa grande.

Héctor iba de un corredor a otro donde, por algunos minutos, se recostaba en la hamaca o se sentaba en una banca.

Pasado ese corto tiempo volvía a levantarse, continuando su deambular por los corredores, sumido en sus pensamientos, encerrado en sí mismo.

Leonardo conversaba con su esposa y hermana, contándoles a ambas aquella extraña pesadilla que había sufrido la noche antes. Angelina iba de rato en rato a la habitación de su madre, pendiente del estado de aquella. Por ratos guardaban cortos silencios en los que cada uno reflexionaba sobre los últimos acontecimientos. De pronto, el eco de dos o tres disparos que venían del norte les hizo mirarse interrogantes. Afuera, Héctor detenía sus pasos al tiempo que los perros comenzaban a ladrar.

Leonardo salió rápido de la cocina, yendo al patio donde ya su padre, con un cabestro en mano, iba a la caballeriza. Los perros aullaban lúgubrementes. El joven no dijo nada, solo esperó a que su padre volviera trayendo la bestia, disponiéndose a ensillarla. Fue entonces que preguntó:

—¿Qué crees que pasó, papá?

—¡No sé! —respondió algo seco. Y mientras, con mano firme, ajustaba la cincha a la panza de la bestia, terminó diciendo—: Es lo que voy a averiguar. Y quiera Dios que esos infelices no me hayan matado al muchacho, porque se las van a ver conmigo.

Montó casi de un salto, con una agilidad que no muchos tenían a su edad. Echó a andar el caballo mientras repasaba su cintura, acariciando con su mano derecha el machete de veintidós pulgadas que descansaba en su vaina de finos ramales. Desapareció en la oscuridad sin que su hijo hiciera un argumento para persuadirlo o se ofreciera a acompañarlo. Leonardo solo pensó que todo, con respecto a Eliseo, era en gran parte culpa de aquel, pues que fuera él el que le pusiera punto final a aquel tema. Sin embargo, se fue adentro, preocupado por la suerte que pudiera estar corriendo su hermano.

Tropezó con su esposa y hermana en el corredor interior, que le miraron interrogantes.

—Papá ensilló el caballo y se fue a saber qué pasó. Puede que ni sea nada que ver con los guardias; a lo mejor alguien está cazando —dijo Leonardo.

—¿Y por qué no le avisamos a Fernando? —preguntó María Aurora.

—No sé —respondió Leonardo, dubitativo—. Es que no estamos seguros de lo que está pasando.

—¿Y si hirieron a Eliseo y papá la agarra con los guardias? —preguntó Angelina.

Leonardo respondió a su hermana con una pregunta muy lógica:

—¿Y si Eliseo se escapó y en estos momentos viene hacia acá?

No, no voy a dejarlas solas. Toca esperar, pase lo que pase.

Angelina y María Aurora asintieron mientras se tomaban de las manos, asustadas ante aquella posibilidad.

—¿Y mamá? —preguntó Leonardo, sentándose en la hamaca.

Angelina respondió:

—Está dormida, parece que no escuchó nada.

—¡Gracias a Dios! —pronunció el joven, mientras que María Aurora se acomodaba junto a él. Este la abrazó, atrayéndola hacia sí, y preguntó esta vez—: ¿Y los niños?

Ella le respondió con una cansada sonrisa:

—Dormidos.

Leonardo suspiró hondo mientras decía, mirando a las dos mujeres:

—Recuerdo cuando estábamos pequeños, tampoco nos preocupaba nada —volvió a respirar hondo y continuó—: Siempre fuimos los cinco, de una manera u otra, peleando, jugando, trabajando, sí, pero sin preocuparnos de nada. ¿Qué íbamos a pensar? Que Eliseo cambiaría tanto hasta convertirse en un asesino, que Fernando sería el alguacil, que nosotros nos casaríamos, que Angelina llegara a los treinta soltera, habiendo sido la más cortejada. ¿Quién iba a imaginarse que la pobre Domitila, que nos ayudó a criar, terminaría siendo asesinada por uno de nosotros?

—¡Todo es culpa de papá! —sentenció Angelina.

María Aurora la miró; entendía el resquemor de aquella por don Héctor.

Leonardo pasó las manos por su rostro cansado diciendo:

—Sí, quizá en parte, pero yo pude tener más motivos para ser diferente y no lo he sido.

María Aurora apretó con las suyas una de las manos de su esposo y dijo, con voz dramática y sentenciosa:

—Quizá solo es el destino que Dios designó para cada uno de nosotros. No lo sabemos. La verdad es que nuestra infan-

cia fue muy bonita, a pesar de muchas cosas, y era imposible imaginar que estas cosas pasarían entre las dos familias más respetadas de aquí.

Se hizo un silencio después de las palabras de María Aurora. Así había transcurrido el día y ahora la noche para ellos, entre cortas conversaciones y largos silencios en los que daban vueltas y vueltas a sus vidas, reflexionando.

La espera se hacía larga, la noche se hacía fría, silenciosa y llena de malos presagios. Angelina fue a la habitación de su madre, abriendo la puerta con cuidado. Avanzó despacio hacia el lecho, cerciorándose de que aquella dormía tranquilamente. La fiebre había desaparecido casi por completo, así lo demostraba la acompasada respiración de doña Isabel. La tenue luz de una gruesa vela apenas iluminaba la estancia. La joven se sentó con cuidado a los pies de la cama. Así, mirando el rostro ahora sereno de su madre, le hizo una promesa, una promesa que le obligó a estremecerse.

Sintió que una mano suave le palpaba el hombro y la voz de María Aurora que le susurraba:

—Angelina, Angelina.

Abrió los ojos con pesadez; el sueño y las emociones del día le habían vencido. Se había hecho un ovillo a los pies del lecho y se había dormido.

—¿Qué, qué pasó? —preguntó preocupada Angelina.

—Sshh —hizo su cuñada y le hizo señas para que la siguiera. Se levantó de prisa y fue tras ella, que la esperaba afuera de la habitación. Notó que de la gruesa vela apenas si quedaba algo. Había dormido como una hora. Afuera la oscuridad era total; solo en la cocina se veía algo de luz.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja Angelina.

—Viene gente a caballo por el camino de arriba —le respondió María Aurora con el mismo tono de voz.

—¿Será papá? —preguntó Angelina.

—Quién sabe —respondió la otra en la penumbra.

—¿Y Leonardo, dónde está? —preguntó Angelina.

—Afuera, en el patio. Dijo que la llamara y estuviéramos precavidos —respondió María Aurora.

Afuera, Leonardo comenzaba a estar aliviado, pues el claro tropel de varias bestias le indicaba que era un grupo de hom-

bres los que las montaban. No se equivocó en su apreciación, reconoció la voz del sargento cuando este gritó desde arriba: —¡Hey! Los de la casa, soy el sargento Ramírez.

Los perros, a los cuales Leonardo tenía que controlar, quisieron comenzar a ladrar, pero los acalló de inmediato.

Leonardo preguntó precavido:

—¿Papá, viene con usted?

—Sí, aquí está con nosotros —respondió Ramírez.

—Sí, Leonardo, aquí voy con el sargento y sus hombres

—oyó aquel la voz de su padre. Ya no preguntó nada más, casi adivinó lo sucedido, aunque no sabía en calidad de qué regresaba su padre.

Un minuto después, el grupo de hombres se detenía en la explanada. Héctor Moncada descabalgó de prisa y, con gesto huraño, tomó el cabestro de su caballo y fue al zaguán a desensillarlo.

Leonardo encendió la linterna y dio un vistazo al grupo, preguntando:

—¿Qué pasó, sargento?

El bigotudo hombre respondió, mirando hacia el zaguán donde se adivinaba la figura de Héctor:

—Su hermano nos atacó por sorpresa y se escapó, hiriéndose uno de mis hombres —contestó el aludido, mientras desmontaba, imitado por sus subalternos.

Adentro de la casa, María Aurora y Angelina, conscientes de que ya no había peligro, encendían dos lámparas, trayendo una hacia el corredor principal. El hombre herido fue llevado hacia la cocina, donde fue curado de la mejor manera posible. La herida no era grave, y el uniformado parecía estar bien. Sin embargo, Leonardo le ofreció su hamaca para que se recostase un rato. Luego encaró al sargento, preguntando:

—¿Cómo se les pudo escapar?

El hombre del uniforme, aceptando su irresponsabilidad de manera correcta, dijo:

—La verdad fue que me confíé, y nos sorprendió a todos antes de llegar al río. Pero no se preocupe, mi amigo, y me disculpo por tratarse de su hermano. Mañana, a primera hora, comenzaremos a buscarlo, y lo vamos a agarrar... vivo o muerto —concluyó el sargento después de una pausa.

Efectivamente, al día siguiente comenzó la búsqueda del prófugo por parte de los uniformados, apoyados por Fernando, quien, con algo de vergüenza, se ganó la animadversión de Héctor, que no lo miraba con buenos ojos. El padre del fugitivo no entendía que aquel cumplía solo con su deber.

Una semana después, cinco uniformados más se agregaron a la búsqueda de Eliseo. Ramírez había pedido refuerzos a sus superiores, sin escatimar esfuerzo ni empeño en su propósito. La búsqueda duró un mes largo. Buscaron hasta debajo de las piedras. En la casa grande siempre permaneció un guardia de noche y de día, por si aquel pensaba refugiarse allí. El cobertizo de Eliseo fue quemado con todo lo que tenía dentro. La impotencia de Ramírez le había hecho dar la orden; jamás se le había escapado un prisionero, y no pensaba dejar escapar a aquel. Pero al final, hubo de darse por vencido y aceptar que Eliseo era como si la tierra se lo hubiese tragado.

CAPÍTULO VIII

El tiempo transcurría lento pero indetenible, al igual que la llegada de la civilización, la cual, con sus novedades, distracciones y vicios, parecía enterrar costumbres y sentimientos. Fernando había dimitido del cargo de comisario, dedicándose al manejo de la finca de don Santiago y al cuidado de su esposa y los hijos que llegaron. Con el asfaltado de la vía, se fueron adoptando lenta y gradualmente nuevas formas de vivir que hacían la vida mucho más cómoda. Cemento, cabillas, bloques, tuberías plásticas y galvanizadas de varios diámetros fueron, entre otras, una gran novedad. Pero la verdadera sensación fue la llegada de la luz eléctrica y la voz en radio de una emisora que, con sus poderosas ondas hercianas, se comenzó a oír en todas estas regiones.

La hasta entonces humilde vida de aquellos campesinos se vio saturada de tantas cosas desconocidas para ellos que apenas salían de un asombro y ya se espantaban con otro mucho mayor. Primero una casa, luego dos, después tres, y luego ya era una fila de casas al borde de la recién asfaltada carretera. Los trabajos para la construcción de la presa habían comenzado. En principio, se volvió otra de las novedades ver a los distintos transportes que iban y venían llevando materiales, equipos y maquinarias. La demanda de mano de obra clasificada y obrera no se hizo esperar. Fue entonces que vino el éxodo. Un simple obrero ganaba en la obra en una semana lo que un jornalero en un mes allí. Aquel rumor se corrió por toda la región y los hombres, en su mayoría, acudieron en estampida en busca de trabajo en la presa.

La ignorancia sana comenzó a desaparecer, víctima del conocimiento “superior”. Superior en vicios, mal vivir, diversión, libertinaje y ambición. Comenzaron entonces a llenar las vidas de todos, bueno, de casi todos. Las plantaciones de café, cacao, caña de azúcar y otros rubros se vieron claramente afectadas por la falta de peones para su mantenimiento y recolección, hasta el punto de que las cosechas se perdían, pudriéndose, aprovechándose apenas un veinte por ciento de su producción. Esto lo hacían los propios dueños de conuco, que luchaban a brazo partido para mantener sus predios.

La construcción de casas de bloque al lado de la vía ya no era una novedad. El empostado que seguía al costado de aquella les hacía más cómoda y menos aburrida la vida, porque con la llegada de la civilización se conoció el aburrimiento. Los caminos reales, las veredas y los atajos comenzaron a desaparecer. Con ellos también desaparecían el jinete en su caballo, el caminante, el muchacho asustadizo del mandado, el popular maletero con sus cachivaches a cuestras, el folklore, la superstición y los cuentos de aparecidos que por siempre se hicieron de la cruz de caminos, la cual señalaba con sus agonizantes caminos reales a los cuatro puntos cardinales de la tierra.

Aquella cruz de caminos, en la cual se habían cruzado —valga la redundancia— la vida y el destino de todos aquellos habitantes, allá, entre una neblina de parecida tristeza, seguían alzándose misteriosas y majestuosas las montañas de la meseta, como testigo silencioso de aquellos senderos que parecían negarse a su extinción, como si quisieran perdurar con el tiempo. Se construyeron casas, bodegas, cantinas y una escuela. Una escuela que cumplía con todas las normas de ley. Se creó un medio de transporte que pasaba dos o tres veces al día, llevando pasajeros en distintas direcciones hacia las ciudades o pueblos más comerciales. Ahora muchos y muchas tenían cosas que hacer en ellos, claro, para no aburrirse y ya que había dinero...

Vinieron entonces los peritos agrónomos en su afán por demostrar el conocimiento que dan las academias sobre el cultivo de la tierra. Se les ofreció créditos a los campesinos junto con nuevas semillas de café que prometían mayor cantidad de fruto y menos tiempo para cosechar. Se les prometió hasta mano de obra para las colectas, para evitar que se siguiera perdiendo la producción. Entonces apareció la broca, la sigatoka, la quema temprana y tardía y otro sinnúmero de pestes que quizá fueron traídas a través de la trasplatación de las nuevas semillas. Entonces fue el principio del fin de las que fueron alguna vez las más hermosas, verdes y productivas tierras de café, caña de azúcar y cacao.

Lo que no se perdió por falta de mano de obra, lo pudrieron las pestes. Y si algo se salvó de la peste, lo arrasaba la naturaleza en forma de aludes de tierra y piedras, motivado a lo

inestable que se había hecho el terreno desde que comenzara la remoción de tierra por medio de la dinamita. La geografía del lugar cambiaba con cada aguacero o con el paso de aquellos transportes de maquinaria pesada. Bastaba solo eso para que se hiciera en el terreno un gran deslizamiento que hacía desaparecer árboles, plantaciones y tramos de la vía que la compañía arreglaba de inmediato, cuidando su interés. Pero cuando concluyeran los trabajos de la obra, ¿qué pasaría?

Los jóvenes comenzaron a emigrar. Hecho el puente que los comunicaba con las grandes ciudades, abrían su mente a lo nuevo, sabiendo que más allá había mucho más que ver y aprender. Deslumbrados por lo que podían encontrar, abandonaban su terruño, alejándose de sus familias, perdiéndose algunos en aquellas ciudades en medio de la vorágine de una creciente población, no volviéndose a saber nunca más de muchos de ellos.

En medio del éxodo causado, los Moncada fueron algunas de las pocas familias que prefirieron continuar donde estaban. Aunque eso sí, no despreciaron las cosas útiles que a su paso dejaba el avance. Leonardo y su padre luchaban por intentar salvar sus plantaciones de la plaga. Héctor rabiaba, mortificado, viendo cómo su fundación se iba quedando vacía. Quisiera haberlos detenido, pero sabía que era imposible. ¿Qué pasaba con ellos? ¿Por qué abandonaban lo que por siempre les había pertenecido? Algunos iban por un año a la ciudad, volvían de visita, desconociendo a algunos familiares y olvidándose hasta de qué tal animal era una gallina o de qué era una mata de café.

—¡Imbéciles! Si no los conociera yo —se decía para sí el amargado Héctor.

María Aurora sufría viendo los esfuerzos de su esposo por salvar lo que quedaba, sabiendo que sus sueños de hombre de campo dedicado al cultivo se veían amenazados y que el futuro de sus hijos era incierto. Angelina, por su parte, tenía días buenos y malos debido a aquella lucha interior en la que se mezclaban su descubierta sexualidad, sentimientos, deseos y sueños de liberación, los cuales se veían detenidos por aquella promesa que hiciera a su madre aquella lejana noche en la que Eliseo desapareció para siempre de sus vidas.

La carretera, con sus vehículos que iban y venían, se le hacía una tormentosa tentación. Las noticias en la radio, las novedades en cosméticos, vestidos, prendas y otras cosas más que podía adquirir en el pueblo más cercano se le hacían un suplicio, una verdadera tortura. A veces se probaba un hermoso vestido y maquillaje base con moderación, solo para verse frente al espejo de cuerpo entero que le había regalado algún sufrido admirador. Admiraba su propia belleza, una belleza madura que sabía pronto comenzaría a marchitarse, desapareciendo sin haber sacado ningún provecho de tanta hermosura.

Aquello le hacía rabiarse; se quitaba el vestido a jalones bruscos, desgarrándolo, y se tiraba sobre la cama semidesnuda, con su hermosa piel jamás tocada, efervescente, deseosa de unas caricias que sabía eran imposibles. Las lágrimas abrían brechas en el moderado maquillaje, dejando en su boca el dulce amargo de su propia existencia.

Isabel, desde su lecho de enferma, adivinaba en parte por lo que pasaba su hija, viéndola, como absorta, pasaba su tiempo entre cuidarla a ella, los quehaceres de la casa y el consuelo del cariño de sus sobrinos. Isabel, que jamás pudo recuperarse en su estado de ánimo desde que Eliseo desapareció, sentía algo de culpa por truncar los sueños de su hija, conociendo los deseos de aquella de marcharse para siempre de allí.

—¿Por qué no te vas? Vete, hija, vete, aún estás joven y bonita —la empujaba su madre.

—Un día de estos, mamá, un día de estos me iré —respondía Angelina siempre.

Y así seguía transcurriendo el tiempo, y Angelina continuaba allí, depositando sus inquietudes y tristezas en su eterna confidente, la cual también le aconsejaba:

—Siempre has querido marcharte, ahora puedes hacerlo. Aquí nunca encontrarás lo que quieres. Por tu mamá no te preocupes, sabes que Leonardo y yo la cuidaremos —le decía María Aurora.

Angelina sabía que era así, pero ella jamás abandonaría a su madre. Aquella nunca le había despreciado, aun cuando, a causa de su nacimiento, había perdido todos sus sueños de mujer.

Mientras tanto, los pocos agricultores que se negaban a abandonar lo que había sido toda su vida, ya fuese por apego a la

tierra o porque era lo único que sabían hacer, habían optado por ir convirtiendo los antiguos cafetales en cultivos de pasto para el sostén de ganado de cría. Esto acabó por cambiar la geografía ya afectada del lugar, pues la deforestación vino a empeorar la situación del terreno, ya inestable e hidrográficamente mermado.

El médico de provincia que, desde hacía un par de años, atendía a doña Isabel, jamás dio un diagnóstico concreto del mal que aquejaba a la pobre mujer. El mismo se desvelaba buscando en sus gruesos libros de medicina un párrafo con el cual descifrar los síntomas que presentaba la cada día más enfermiza y débil anciana. Sin embargo, a pesar de que buscó con ahínco y preocupación verdadera, no encontró nada con qué calificar aquel mal que, de a poco, iba consumiendo la vida de aquella. Y es que, solo hasta hoy, se le puede dar un diagnóstico a aquellos síntomas.

Pena moral. Isabel había ido muriendo de pena moral. Desde su primera humillación el día del nacimiento de su hija, hasta la desaparición y posible muerte de Eliseo, su alma y su espíritu habían ido perdiendo las ganas de vivir. Su cuerpo se había ido secando, no hallando ella, a pesar de los seres queridos que le rodeaban, una razón que le motivase a apegarse a la vida. Todo había sido en vano. Las razones por las que en su juventud había seguido a aquel hombre ya no existían; él, con su proceder, las había hecho desaparecer. Y tal parecía que Dios, la vida o el destino les cobraba con creces, haciendo que todo por lo que habían luchado sufriera una extraña transformación, amenazando con desaparecer. No había nada por qué vivir; vivir más significaba truncar los sueños de sus hijos, obligándoles a vivir un destino tan vacío y cruel como el suyo.

—Quiere verlos a todos —dijo el médico, saliendo de su habitación.

Héctor miró a sus hijos alrededor de sí. Angelina, sentada en un banco, levantó la cabeza con sus ojos inundados en llanto. María Aurora también se estremeció, apretando la mano de Leonardo, que intentaba, con el corazón roto, mantener un poco de serenidad. Un poco más apartado del grupo se encontraban don Santiago y Fernando, que, en voz baja, conversaban con un compungido Alcides Tarazona, que había venido desde

San Cristóbal con un propósito determinado, encontrándose con la mala noticia de la gravedad de doña Isabel.

Su vida había terminado unida a aquellas familias, en sus dramáticas existencias, en su historia. Único amigo y enlace entre Eliseo, la civilización y la ahora moribunda Isabel. La verdad, él no llegaba a entender la reserva de aquel asunto que le había sido encomendado por el desaparecido Eliseo hacía varios años.

El motivo por el cual había venido hasta allí podía esperar; no era el momento para hablar con María Aurora, pues solo con ella podía tratar aquel asunto.

Más allá, alrededor del jardín central, la bondadosa doña Benilde intentaba explicarle a sus nietos lo que acontecía, a lo que la carita de María Angélica se llenaba de tristeza, y los ojos de David Valentín se abrían, asombrados e incrédulos, sin tener aún una clara noción de lo que sucedía.

Isabel, con sus mortecinos ojos fijos en algún punto indefinido del amplio aposento, sostenía, entre sus manos a la altura del pecho, un rosario de gruesas cuentas del que pendía una cruz. El cura que habían hecho venir desde el día antes permanecía junto a la cama, sentado en un ordinario sillón de madera.

—Héctor... Héctor —llamó con voz débil la moribunda mujer.

El aludido se acercó con paso lento al lecho de la enferma y se sentó al borde de este. En sus ojos se debatían un sinfín de sentimientos. Puso una de sus manos sobre las de su esposa; aquella pareció estremecerse al contacto. Le miró con ojos quietos, reconociéndole:

—Héctor —pronunció con voz cansada, casi inaudible para el resto de los presentes—, nunca... nunca rompí mi promesa... usted sí lo hizo y... te perdono, aun cuando no puedas pedírmelo... Usted nunca pidió perdón a nadie y es eso... lo que debes aprender.

Una lágrima rodó por la mejilla de Isabel.

—Mira a tus hijos, Héctor, míralos —le pidió como en un ruego—. Míralos, Héctor. ¿Dónde está mi Eliseo? ¿Dónde? Esos fueron los hijos que Dios me permitió darte y debiste es... estar agradecido.

Héctor, con la cara demudada, paseó sus ojos por el rostro de sus hijos.

—Perdóname, Héctor, perdóname por no ser la mujer que esperabas.

Aquel no dijo nada, solo volvió a mirarla, apretando más las manos, un tanto frías, de Isabel entre las suyas, inclinando la cabeza. Isabel respiraba con algo de dificultad. Angelina se acercó al lecho e, inclinándose un poco, acarició el cabello de su madre mientras una silenciosa lágrima brotaba de sus ojos. Aquella aún pudo reconocerla y, con su último aliento, pidió: —Perdónenme, hijos, si no fui lo suficientemente madre para ustedes. Perdónenme. Acércate, hija —pidió ya casi sin voz. Aquella pegó su mejilla a la de su progenitora, a lo que esta le murmuró unas últimas palabras al oído, a las que Angelina asintió diciendo:

—Sí, sí, mamá. Así será, mamá. Si es tu voluntad, así será.

Así, en una última exhalación, Isabel dejó de existir, liberando su alma de todas las culpas que en su vida hubiera podido sentir. Angelina se abrazó a ella, estremecida por un silencioso llanto. Héctor, en un arranque de adormecida ternura, hizo ademán de acariciar el cabello de su hija, pero se quedó a medio camino, como si una fuerza invisible le impidiera realizar aquel simple acto. Se levantó de la cama, frunciendo el ceño y apretando las mandíbulas, no dejando que aflorasen sus sentimientos. Salió de allí sin pronunciar palabra, al tiempo que Leonardo se abrazaba al cuerpo aún tibio de doña Isabel, diciendo con voz ronca:

—¡Mamá! ¡Mamá!

A siete años de la llegada de la civilización, seis de la desaparición de Eliseo y tres de la muerte de doña Isabel, la sociedad, junto a los elementos, habían sufrido un cambio drástico. María Aurora, en algún punto de la deformada geografía que rodeaba la desaparecida aldea de Ranchos Valientes, observaba a su hija María Angélica, de casi catorce años, que, con pinceles en mano, intentaba hacer un cuadro de su tía Angelina. Esta, sentada en un tronco caído en una pose serena, trataba de tener paciencia complaciendo a su sobrina. La niña, casi una señorita, discutía por momentos con su tía, pues aquella a veces se movía, fastidiada por algún insecto.

María Aurora sonreía de buena gana al verlas haciéndose muecas y gestos que acababan por hacerlas reír a todas. Aque-

llo era un aliciente para la triste Angelina que, a tres años de la muerte de su madre, no decidía marcharse, como era su deseo desde siempre.

María Angélica había concluido la primaria, no así David Valentín, al cual le restaban dos años. Como había dicho alguna vez la primera educadora de la niña, esta tenía un don especial para recrear paisajes, personas, animales y otros elementos a través de la pintura. Aquella maestra, que hasta hacía dos años había permanecido en la escuela del valle, les había asesorado en cuanto a aquel arte, facilitándoles y haciéndoles llegar, de alguna forma, pinceles, pinturas y lienzos que la menor había aprendido a manipular con asombrosa maestría.

María Angélica lloró cuando Olga, como se llamaba su profesora, anunció que debía irse por solicitud del Ministerio de Educación. Había sido recomendada para otro cargo dentro de la entidad, precisamente por su dedicación y esfuerzos por el mejoramiento de la educación. Se marchó, no sin antes despedirse de la que dijo era su mejor alumna, a la cual le regaló, con un afectivo abrazo, una caja de pinceles, pinturas y lienzos, recomendándole no abandonar sus estudios. Además, le aseguró que, si alguna vez iba a la capital del estado por alguna razón académica, preguntara por ella en el ministerio.

Unos meses después de la partida de la profesora Olga, la niña fue retirada del valle y terminó su primaria en la escuela construida en Ranchos Valientes. Leonardo y María Aurora habían considerado los consejos de la buena maestra sobre la continuidad de la educación de su hija, pero sabían que, estando allí, eran nulas las posibilidades de superación de María Angélica, quien no abandonó su afición a la pintura. He allí que, una vez por semana, como mínimo, era acompañada por su madre y tía a algún paraje del lugar para recrear en un lienzo un paisaje con sus elementos, mejorando cada vez su natural técnica.

María Aurora sabía que, mientras Leonardo mantuviera un mínimo de esperanza en aquellas tierras, no las abandonaría para irse a la ciudad. Él era un hombre de campo, y no era ella quien iba a persuadirlo de dejar todo por lo que habían luchado, a pesar de su hija. Dios sabría cómo hacer las cosas. Leonardo, a su modo, apoyaba el gusto por el arte de la niña

y, con algunos gastos y sacrificios, acondicionó y ambientó adecuadamente, como taller para aquella, la habitación que alguna vez habitara la difunta Domitila.

Allí, María Angélica pasaba muchas horas dedicada a lo que era su pasión, una pasión desmedida para su edad, destacándose en las pinturas sobre paisajes solitarios y tristes, en las entrañas de una montaña desconocida y misteriosa, como si, entre la maraña tenebrosa de aquella, intentara encontrar a alguna figura abstracta, como si en su subconsciente buscara una respuesta a una pregunta que jamás ni siquiera había pensado, pero que estaba allá dentro de su alma inocente.

Fue precisamente su madre la que quedó abismada al ver aquellas pinturas tan atrayentes que parecían transportarla dentro de ellas. Sintió un extraño escalofrío, apartando la mirada del cuadro y continuando con la limpieza del lugar. Muy a su pesar, hubo de reconocer que, aunque intentó con toda su alma negarse al hecho de que María Angélica heredase algunos rasgos de su verdadero padre, aquellas pinturas demostraban una clara afinidad con aquel. Ahora entendía de dónde venía, desde el inicio, aquel don que hasta entonces le había parecido una bendición, pero desde ese momento ya no lo creía así. Salió de la habitación pensando en nunca animar a Leonardo para continuar dando estudios a su hija y poner obstáculos para que aquella fuese perdiendo el gusto por la pintura.

Eliseo. Siempre Eliseo. Los cambios, mentiras y simulaciones que nunca terminaban a lo largo de su vida, debido al daño que aquel había infringido, mantenían vivo su odio hacia aquel. Aun sin existir, parecía ocupar una parte de su vida. Muy a su pesar, se desesperaba e intentaba borrar cualquier cosa que se lo recordase, aun tratándose de su propia hija.

Algunos domingos, todos menos Héctor iban de visita a donde los abuelos maternos de los niños. Aquellos salían de la rutina y jugaban con sus primos, los hijos de Fernando, al cual lo seguía uniendo aquella amistad con los hermanos Moncada. No así don Santiago y Benilde, que después de la muerte de Isabel se habían distanciado casi por completo de Héctor, al cual hacían responsable, en parte, por la conducta del desaparecido Eliseo y, por ende, la enfermedad y muerte

de su comadre. Sin embargo, seguían tratando a Leonardo y a Angelina con el mismo cariño de siempre.

Héctor había envejecido considerablemente en aquellos últimos años. Él había intentado, a medias, entablar cierta relación con Angelina, la cual no se lo permitía, rehuyéndole. Aquella no sabía si lo odiaba o era solamente desprecio lo que sentía por su progenitor. Si continuaba allí, era porque en su último suspiro su madre, en señal del amor que sintió por aquel hombre, le había atado a él en su última voluntad, lo cual era para Angelina un claro castigo, sin entender por qué su madre la había encadenado a este, sabiendo de su animadversión por aquel. Era quizá su castigo, así lo creía, pues nadie en aquella casa parecía estar libre de una pena.

Solo en David Valentín encontró Héctor algo de verdadero cariño, siendo el vivaz y diligente muchacho como su mano derecha en muchas tareas. El muchacho lo sacaba a veces de su mutismo, dándole algún sentido a su vacía existencia en la que incesantes recuerdos le castigaban, haciéndole remorder la conciencia. Así habían transcurrido aquellos años, y lo novedoso iba haciéndose común, cotidiano, adaptándose cada quien a la transformación de su entorno sin queja ni reclamos, pensando quizá que perdiendo también se gana, aunque a veces el precio a pagar sea muy alto.

Comenzaba, a pesar de las buenas intenciones, lo que con el tiempo sería la pérdida total de las buenas costumbres y la moral. La mayoría de los padres de familia pasaban quince días o más sin ir a su casa en su afán de hacer más dinero trabajando en las distintas compañías que hacían vida en aquella gran obra. Aquellas largas ausencias hacían que los jóvenes, a falta de un carácter fuerte y amparados en nuevas leyes, comenzaran a salir de tarde en tarde a curiosear, terminando en las cantinas. Allí, con el tiempo, no era extraño ver a mujeres jóvenes y maduras, lugareñas que, con alguna excusa, salían de sus hogares, parando en los susodichos. Muchas de ellas terminaban solteras o casadas, enamoradas de algún hombre de preferencia que ostentara algún cargo en la compañía, deslumbradas por sus ademanes civilizados, sus vehículos y los sueldos que devengaban, sin tomar en cuenta que no todo lo que brilla es oro y que la avaricia se echa en saco roto.

Comenzó, pues, así la decadencia de la moral, dejándose llevar por apenas una muestra de un falso modernismo que nos hace confundir libertad con libertinaje, que nos hace creer que somos libres y con pleno control de nuestras vidas. Y como en un malvado espejismo que no deja ver que la triste realidad es otra, cada día nos hacemos más esclavos de nuestros deseos de tener más para vivir mejor, adoptando costumbres ajenas como propias, que nos llevan en una vorágine a perder nuestra propia identidad.

—¡María Angélica! —llamó María Aurora, dando unos duros golpes en la puerta del taller.

La aludida se sobresaltó, saliendo de su concentración, haciendo un mohín de disgusto y respondiendo:

—Diga, mamá.

—Salga y se pone a barrer el patio —le ordenó María Aurora.

La niña, en pausa con el pincel en la mano, arrugó el entrecejo en un gesto de extrañeza y respondió:

—Siempre lo hago en las tardes, mamá.

Hubo apenas una pequeñísima pausa en la que volvió a oírse, severa, la voz de la mujer:

—Pues quiero que salgas y me ayudes a lavar los platos.

—¡Todos los días los lavo para la cena, mamá! —respondió María Angélica, con un gesto ya de hastío, dejando el pincel.

María Aurora refunfuñó algo entre los dientes y, dando fuertes golpes en la puerta, casi gritó:

—¿Será que la niña sale del cuarto y ayuda a hacer algo en esta casa?

Angelina apareció en la puerta de la cocina, secándose las manos con un delantal. Avanzando por el corredor, fue hacia donde su amiga, que con gesto de impaciencia aguardaba a que María Angélica abriera la puerta.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Angelina.

María Aurora volteó a mirarla y, con voz decidida, le dijo:

—No quiero que la defiendas, ¡no esta vez!

Angelina pareció sorprendida y volvió a preguntar:

—¿Pero qué hizo?

La otra le respondió en tono recriminatorio:

—Ese es el problema, que no hace nada. Todos los días está ocupada en esa habitación. Es bueno el cilantro, pero no tanto.

La puerta de la habitación se abrió y, algo refunfuñona, la niña preguntó:

—¿Qué es lo que tengo que hacer, mamá?

—Algo, póngase a hacer algo. Ayude a su tía, barre los cuartos. Aquí hay muchas cosas que hacer, no solamente pintar, pintar... —le respondió con voz regañona María Aurora.

—Pero... —comenzó a decir María Angélica, entre molesta y sorprendida.

A lo que su madre la interrumpió tajante al decir:

—Haga caso, señorita, y ya mañana veremos. Pero lo que es hoy, no la quiero ver dentro de esa habitación, ¿entendió?

La dura voz de su madre le dejó sin réplica, a lo que, vacilante y a punto de llorar, movió su rubia cabeza afirmativamente diciendo:

—Sí, mamá.

Aquella pareció vacilar también al ver los grises ojos de su hija humedecidos, pero adoptó de inmediato su dura postura y, dando la espalda, se fue en dirección al corredor principal. Angelina, que no salía de su desconcierto ante aquel inesperado cambio de actitud de su amiga, apenas si intentó detenerla llamándola:

—¡María Aurora! ¡María Aurora!

La mujer no acató el llamado de su amiga. Dos lágrimas rodaban por sus mejillas. Allí, frente a la puerta de la habitación, Angelina y la niña se miraban; la pequeña haciéndose una pregunta: ¿Qué había hecho para que su madre estuviera tan molesta? Angelina, entendiendo que su amiga estaba más que preocupada, tenía miedo, estaba asustada, y creía saber por qué. Ella también había notado aquella tendencia de María Angélica en sus pinturas.

Mientras tanto, Leonardo Salcedo, a pesar de los cambios geográficos y sociales de la época, no cejaba en su empeño de poner sus esperanzas en la tierra. Se sentía orgulloso de su hijo David, el cual parecía haber heredado de su abuelo y de él mismo el gusto por las faenas del campo. No era extraño verlo en sus tiempos libres, luego de la escuela, en compañía de su padre o abuelo, en alguna labor afín a la agricultura o a la recién aprendida ganadería, que estaba sustituyendo al café, el cual ya parecía una especie en extinción.

El muchacho iba y venía con este o aquel, diligente, hacendoso, vivaz e inteligente, aprendiendo y preguntando a veces

cosas que su padre no le sabía explicar y otras que su abuelo no le quería responder.

Lo cierto era que Héctor Moncada, por momentos, parecía estar a gusto con su nieto, vivificándose un poco, siendo a veces condescendiente con aquel, a lo que Leonardo estaba muy al pendiente de que su padre no ejerciera mucho sobre la conducta de David. Temía un poco de lo influyente que era aquel cuando se lo proponía. Como espejo tenía la crianza de su hermano Eliseo, del cual, entre otras especulaciones, la que más fuerza tenía era que había muerto perdido entre las montañas, devorado por alguna fiera.

Las cercas de alambre de púas habían sustituido los linderos naturales. Estas eran indispensables para evitar que el ganado se pasase a la finca vecina. Los caminos y veredas desaparecían al no ser transitados. Solo algunos tramos, o muy pocos, subsistían con el paso del tiempo, entre ellos la cruz de caminos, los cuales quienes más lo transitaban, entre otros, eran los Moncada y los Salcedo por la ubicación de sus tierras, siendo el llamado “pata de gallina” el límite entre ambos predios.

De común acuerdo, Héctor y Santiago habían decidido no explotar aquella porción de montaña que rodeaba el lugar. Gracias a esto, hoy podían contar con varios manantiales para el consumo del ganado. Allí, en los límites de lo que ahora eran pastos y comenzaba el bosque, Leonardo, junto a su hijo, hubo de levantar una tupida cerca de alambre para atajar los cerdos de su propiedad, ya que estos subían por el sendero y hacían daños en los huertos vecinos.

La cerca, pues, atravesó el camino que bajaba del antiguo camino real. Héctor hizo un portón el cual, para un mozalbete como David Valentín, era casi imposible de abrir. Lo hacía así adrede, pues algunos mocosos irresponsables no lo cerraban después de abrirlo. Así, por fuerza, debían pasar entre las tupidas y puntiagudas hebras de alambre, llevando algunos arañazos como recuerdo de que se debe ser más responsable con todos tus actos, por simples que parezcan.

Era sábado, y estaban por fin las dos solas en la casa. Era la oportunidad que Angelina esperaba para hablar con María Aurora, la cual seguía imponiendo aquel cambio de actitud que repentinamente había asumido desde hacía ya tres sema-

nas en contra de María Angélica, quien rogaba a su tía que intercediera por ella. No hacía falta que la niña se lo pidiese; era que aquella no le daba oportunidad, esquivándole en varios intentos de tocar el tema.

Pero ese día la iba a escuchar. María Aurora picaba aliños sentada en la mesa del comedor. Angelina se sentó frente a ella y, por un instante, la observó. Había cierto rictus amargo en el semblante de aquella; la comprendía hasta cierto punto. Respiró hondo y preguntó:

—¿Qué es lo que haces?

La aludida, que esperaba la pregunta, contestó:

—Te pedí que por esta vez no te metieras en esto.

Hubo un pequeño silencio en el que solo se escuchó el sonido del cuchillo rebanando las legumbres en aquella media mañana del sábado. Angelina volvió a suspirar profundo.

—No puedo —dijo, y preguntó—: ¿Crees que todo es casual, María Aurora?

Aquella dejó lo que hacía y levantó la cabeza, enfrentando a su amiga, mirándola fijamente a los ojos. Encogió los hombros y preguntó:

—¿Qué no es casualidad?

Angelina sacudió la cabeza diciendo:

—Todo. ¿No lo ves? Mira a tu alrededor, retrocede atrás y piensa en todo lo que ha pasado.

—¿Crees que no pienso en eso todos los días y que no maldigo aquel momento? —contestó con voz ronca y cargada de resentimiento María Aurora.

Angelina le dijo entonces:

—Eres un poco egoísta, solo piensas en lo que te sucedió a ti.

¿No ves cuántas cosas nos han sucedido a nosotros?

María Aurora dejó el cuchillo con un movimiento brusco y, irguiéndose un tanto, casi gritó:

—¡No se puede comparar con lo que me sucedió a mí!

Angelina, paciente, agachó la cabeza y pronunció con voz trémula:

—Sí, no se puede comparar con la pérdida de una madre.

Aquella actitud hizo que María Aurora reflexionase sobre lo que acababa de decir y, dejándose caer de nuevo en el banco, estiró una de sus manos, tomando la de Angelina, pidiendo:

—Perdóname, perdóname, ¿sí?

Ambas se miraron con los ojos llorosos. Angelina, estremecida, apretó la mano de su amiga entre las suyas con especial ternura, diciéndole:

—Si me hubieras hecho caso y nos hubiéramos ido juntas cuando nadie sabía nada, a donde nadie nos conociera, nada de esto nos hubiera tocado. Tú no lo ves, pero nada de lo que pasa en nuestra familia es casualidad, María Aurora. Nada. La nuestra es una familia marcada por el resentimiento y el odio, un odio feroz que va más allá de nuestra comprensión. Una noche, cuando Domitila vivía, nos lo advirtió a mí y a Leonardo. Entonces casi no le creímos. Nos dijo que un mal desandaba por los rincones de esta casa, que llevaba años agazapado por allí, sembrando el odio en esta familia. Que era negro como una conciencia cargada de hechos viles y repugnantes que solo las bestias podían comer.

A pesar de la claridad del día y los sonidos naturales que del exterior venían, María Aurora sintió un repeluzno en el cuerpo al ver el convencimiento que había en las palabras de su querida cuñada y amiga de siempre.

—¿Pero por qué nunca me habías hablado de esto? —preguntó María Aurora.

Angelina, quedándose unos segundos en vilo mirando hacia un rincón de la estancia, respondió, apartando la mirada de allí:

—Porque yo misma no le había creído, y creo que Leonardo tampoco. Pensamos que eran cosas de Domitila, por sus creencias, hasta que un día mamá me confesó algo que no puedo repetir. Fue entonces cuando me di cuenta de que nada era casualidad.

No quise asustarte porque siempre has sido muy asustadiza y no quería que, además de lo que te había pasado, vivieras con miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó incrédula María Aurora.

—¿Acaso no lo has sentido? ¿No lo sabes ya? ¿No es eso lo que hace que le prohíbas a María Angélica que pinte sus cuadros favoritos? ¿No es por eso que ahora la mandas con sus abuelos los fines de semana? ¿No es por miedo?

María Aurora vaciló ante la seguridad con la que la interpelaba Angelina y, algo dudosa, respondió:

—No quiero que se parezca en lo mínimo a Eliseo. Ya es suficiente con lo físico. Odio que quiera parecerse a él. Es como

si el monte la embrujara, es como si lo buscara entre la maldita montaña —dijo María Aurora, levantándose del banco y zafándose de la mano de su amiga.

—Ella no quiere parecerse a él —dijo Angelina—. Es algo natural, está en ella. Déjala ser, apóyala. La vida ya no es lo que era. Ella, dentro de poco, dejará de ser una niña. Si la presionas, se irá. No son nuestros tiempos, cuando no existía nada más y apenas aprendimos a leer. La estás alejando de ti, le estás sembrando tu odio, y ella es totalmente inocente de todo.

—¡Ese odio es por culpa de tu hermano! —dijo María Aurora, encarando a Angelina con su voz subida de tono.

—Sí —dijo Angelina—. Y era eso precisamente lo que quería que entendieras. Ese odio es la sombra de la que te hablé. Pasó de mi padre a mi hermano Eliseo, y si no te detienes, si no lo arrancas de tu corazón, si no lo perdonas, ese odio pasará a tu hija y a tus nietos, y no parará nunca. Seguirá haciendo daño, el mismo daño que nos ha hecho a nosotros, a ti, a nuestra familia. ¿Ahora lo entiendes?

—¡No sé! ¡No sé! —dijo aquella, volviéndose a sentar, cruzando los brazos sobre la mesa y recostando su cabeza en estos como señal de desespero.

Esta vez, Angelina estiró su temblorosa mano y acarició el negro cabello de su amiga. La amaba, la amaba con toda su alma; se lo gritaba en silencio. Tan puro, tan sublime, pero tan prohibido el amor que por ella sentía, solo en sus sueños era suya.

María Aurora levantó su rostro diciendo:

—Solo sé que tengo miedo de que se parezca tanto a él, que Leonardo termine por darse cuenta. Soportaría mil vidas más como esta, pero no su desprecio, no su odio. ¿Imaginas si llegara a enterarse? ¿Cuál sería su decepción? ¿No lo has visto cómo lo ha afectado todo este problema con la tierra? ¿Con el café? Él no lo dice, pero yo sé que está muy preocupado. Si soportó tantas humillaciones de tu padre es porque quiere esta tierra, es su futuro para él. Lo veo ir y venir, luchando, pensativo, buscando la forma de rescatar algo de lo que se ha perdido, tolerando este cambio que muchos ni se imaginaban. ¿Te imaginas si ahora, por alguna razón o forma, llegara a enterarse? ¿No crees que me odiaría y con sobrada razón? Nunca debí casarme con él, no de la manera como estaban

las cosas. Quizá tengas razón en que he sido egoísta, que he pensado solo en mí desde un principio. Es quizá mi castigo por mentirle a él, que es tan noble y luchador. Pero es tarde para arrepentirme, es tarde para remediar, para enderezar lo torcido, y también es tarde para dejar de odiar.

Son catorce años con esta humillación sobre mí, catorce años con sus días y sus noches, en las que he maldecido el nombre de Eliseo. He disfrutado con cada cosa mala que le sucedió y en lo que llegó a convertirse, y si ha muerto como dicen, espero que no haya tenido la oportunidad de ponerse a bien con Dios. Creí que con el tiempo iba a aprender a sobrellevar esta angustia de vivir con esta mentira, pero las pesadillas han vuelto y es escasa la noche en la que no sueño con él. Aparece de repente, como aquel mal día en el que me violó; me ve con su mirada burlona, extraña, enferma... Estoy desnuda ante él, trato de alejarme, pero no puedo escapar, de cubrirme, pero es imposible. Ríe, ríe sin parar y entonces... aparece María Angélica y le dice: “¡Papá!” Me despierto llorando y maldiciendo su nombre. A veces Leonardo se despierta y pregunta qué me pasa. Sigo mintiéndole como lo he hecho estos catorce años... Si ese es el miedo del que me hablas, entonces ese es mi espanto, es mi conciencia que me hace sentir miedo, miedo de mis errores, de mis mentiras, miedo de que cualquier noche sea yo misma quien le confiese, en una de esas horribles pesadillas, lo horrendo que hizo Eliseo conmigo.

María Aurora hizo una pausa, en la que Angelina quiso decirle algo que la ayudara a sentir un poco de paz, algo que le ayudara a sobrellevar aquella pesada carga que llevaba en su conciencia. Las palabras no salieron de su boca; se quedaron allí, atoradas, atascadas entre un sinfín de sentimientos que, por sublimes que fueran, eran aún más pecaminosos que la mentira en la que María Aurora había fundado su hogar.

—No me pidas —continuó aquella con voz rogada—, no me pidas entonces que lo olvide, porque no puedo. No pidas que lo perdone, porque es imposible. No me pidas que arranque el odio de mi corazón porque fue una promesa, una promesa que le hice a Eliseo. Le prometí que iba a odiarlo con todas las fuerzas de mi alma hasta la hora de mi muerte. Tú lo sabes, así que no me lo pidas, porque no puedo, por más que quiero no

puedo. Aquí, en mi mente, quizá, pero en mi corazón, es imposible. Aquí en mi corazón no hay un asomo de piedad para él, no cuando hube de convertir a mi hija en esa mentira, una mentira que me mira, me habla y crece queriendo como descubrirse, cuando por años he vivido agobiada por ocultarla.

Amo a mi niña, la amo, y me maldigo a mí misma cuando no soporto algunos de sus gestos, odiándolos... ¡No he vivido, Angelina! ¡No he vivido! —dijo con los ojos inundados de lágrimas—. Tan solo he venido muriendo poco a poco. Si lo he soportado es porque he tenido el cariño de Leonardo, tu amistad y lealtad, Angelina. Has estado conmigo en las buenas y en las malas, tú has sabido decirme las cosas de frente sin ocultarme nada.

De pronto, María Aurora fijó su mirada en un punto indefinido en la gruesa pared de barro de la amplia cocina. Las lágrimas surcaban su rostro, su voz sonó más bien suave al decir: —Me estoy secando, amiga. Me estoy secando. Ahora que lo veo, quizá tengas algo de razón. Estoy desapareciendo, así como desapareció la frescura, el verdor y el olor de los cafetales y el cacao. Ya no hay nada. Moriré aquí como ellos, secándome por la peste, pero mi peste es el odio. Ese odio por el que he de morir sin poder perdonar, es mi condena. Moriré aquí como han muerto muchas cosas. Mi alma quizá quede vagando por ahí, y si después de la muerte hay conciencia, seguiré odiando a Eliseo por llevarse mi vida aquel día.

Dicho esto, aquella se levantó de la mesa yendo hacia la estufa, dando por terminada aquella conversación. Angelina pareció quedar sin argumento ante las palabras de su amiga. Solo se quedó mirándola, mientras dos lágrimas corrían por sus pálidas mejillas. Se levantó y fue hacia la puerta con pesadumbre, buscando en su mente alguna forma de remediar todo aquello. —¡Angelina! —oyó la voz quebrada de María Aurora. Se volvió a mirarla, aquella también la miró y le dijo:

—¡Gracias! Gracias por ser mi amiga, y perdóname, porque a pesar de todo, él también es tu sangre.

Fueron acortando la distancia y, llorando, se abrazaron como quizá nunca lo habían hecho, y como si nunca más fueran a hacerlo. ¿Quién lo hubiese sabido? ¿Dios? ¿Quién?

Arriba, en el camino, Leonardo, en compañía de su padre y con la ayuda de David Valentín, terminaban de poner aquella

cerca para atajar cerdos. Héctor, con algunas herramientas en su mano, pasó por un lado de Leonardo, yéndose sendero abajo con paso cansino. Aquel se detuvo, y por un instante le vio ir mientras un sentimiento encontrado hacía mella en su ánimo ya nostálgico.

Sintió pena por su padre, a pesar de su mal carácter y las humillaciones que le había hecho vivir desde su niñez. No tenía grandes resentimientos hacia él. Le perdonaba porque era su padre, porque creía en Dios y porque así lo hubiera querido su madre, de la cual había aprendido a ser tolerante y a perdonar. Al fin y al cabo, aquel le había enseñado a ser un hombre con todas las de la ley.

Si en algo se parecían era en que amaban la tierra como a una segunda madre.

No podía decir que tuviera una buena relación con aquel, nunca la había tenido, todo fueron siempre asperezas y correazos que, al ya ser un hombre, se había convertido en una relación contrariada en la cual su única afinidad eran las faenas del campo. La diferente actitud con Eliseo, de aquel el claro desprecio por su hermana y las humillaciones que había hecho vivir a su madre, nunca pasaron desapercibidas para él, aquel rumor de esos amores con Domitila tampoco fueron un secreto, aunque para ellos, los hijos, fue solo un rumor. ¿Quién iba a decirle o pedirle explicaciones a Héctor? ¿Quién? ¿Cuál sería el hombre que entonces se atreviera a hacerle una sugerencia para hacerle ver sus errores? Si sus amigos más cercanos preferían alejarse de él antes que meterse en la vida privada de aquel... tan dominante, orgulloso y terco, radical era la palabra, luego de meterse una idea en la mente no había fuerza humana que le hiciera ver que estaba equivocado, equivocaciones que los llevaban a perder todo menos su orgullo, el cual llevaba a cuentas como una maldición.

Leonardo, paseó su mirada abarcando, por ser un sitio dominante, todo lo que alguna vez fueron hermosos cafetales. Suspiró con añoranza mientras extendía su mano hacia una reseca planta de café, de la cual, tomando un puñado de sus tostadas ramas, las estrujó en sus manos convirtiéndolas en nada. David Valentín pasó junto a él en pos de su abuelo, mirándole limpiamente, sin miedo ni reproche en sus ojos.

Leonardo extendió su mano y le mesó los cabellos, aquella simple caricia bastaba para que él supiese que lo quería y que se sentía orgulloso de tenerlo junto a él.

Un poco más allá, hacia un costado del camino, en un pendiente del quebradizo terreno, una res se ponía en peligro, estirando su nuca, intentando alcanzar unas briznas de pasto. Piedrecillas y tierra rodaban bajo su peso. Notando por instinto el peligro al que se exponía, desistió de su cometido. No sería la primera res que hubieran de sacrificar luego de que hubiese rodado pendiente abajo, quebrándose sus patas o quedando muerta al desnucarse.

Amaba aquellas tierras en las cuales había nacido, criado, se había enamorado y había procreado a sus hijos, pero aquello no era lo que había soñado, ni para él ni para ellos. No, había llegado el momento de desistir, de cambiar de aires. Aún había lugares donde continuar con sus sueños del café; aquel no era el único sitio donde esta planta existía. Sí, él no podía arrastrar a los suyos a vivir miserablemente por no dar su brazo a torcer, se lo diría a María Aurora aquella misma noche, ella lo apoyaría sin duda, ya había visto en ella miradas donde había un poco de triste reproche por su empeño en algo que ya no tenía remedio y de lo cual no se sentía satisfecho.

El canto de los pajuales anunciaba la llegada de la noche. Las sombras de aquella comenzaban a cernirse sobre la casa, la luz eléctrica desde hacía algunos años había suplantado la luz de las lámparas Coleman y los mechurrios de aceite de tártago, las Coleman colgaban de las vigas de la casa, ya como una segunda opción, dentro de algunos años aquellas desaparecerían así como habían ido desapareciendo cientos de objetos y formas de vida de una época que jamás volvería, que fue borrada por la llegada de cosas y formas nuevas de vida, que solo el tiempo se encargaría de decir si sería lo mejor.

No había ya viajeros, ni arrieros, tampoco el popular maletero y menos la peonada en los cafetales, pues de aquellos solo quedaban vestigios, como en una especie de extinción. Solo una que otra vereda era utilizada por algunos lugareños, entre ellas la cruz de caminos parecía querer perpetuarse, negándose a desaparecer.

Angelina salió al corredor con sendos jarros de agua de panela para su hermano y su padre que sudorosos acomodaban

sobre unos cuartones de madera las bolsas de cemento que desde pasado el mediodía traían desde la carretera a lomo de bestia, los animales sudorosos resoplaban en una esquina del patio. Los hombres ávidos vaciaron en un santiamén el contenido de las vasijas y prestos salieron hacia donde yacían los animales de carga comenzando a recoger los lazos de prisa, apenas si quedaba tiempo para el último viaje antes de que oscureciese por completo. Angelina miraba con insistencia hacia el camino que venía de “Pata de Gallina”, María Aurora no regresaba y pronto sería de noche. La había notado diferente antes de ausentarse, sus ojos tenían el brillo de una nueva esperanza como si renaciera en ellos la vida.

No le había preguntado nada ya, ella le contaría el motivo de aquel positivo cambio de actitud. Ya giraba para irse cuando los tres perros que acompañaban a los hombres en su ir y venir, comenzaron a olisquear al aire erizando el pelo en sus lomos, gruñendo entre amenazadores y asustados, fue el más viejo de los canes el que de pronto partió carrera potrero arriba mientras que un agudo grito de espanto llegaba hasta ellos traído por el eco. Una punzada en el pecho como una especie de ahogo hizo que Angelina soltara las vasijas de barro que con sonido sordo se estrellaron en el piso, partiéndose en varios pedazos. Héctor volteó hacia ella la cabeza, mientras Leonardo se quedó un momento como suspendido en el aire. María Aurora y David Valentín habían llegado muy temprano aquel domingo a la casa de Santiago y Benilde, haciéndose el camino a pie, pues las bestias las habían ocupado en la casa grande para cargar cemento para la construcción de estanques de agua para bebederos del ganado, pues en aquel verano se había acentuado la sequía, algo que jamás hubieran imaginado con los cientos de nacientes de agua que antes corrían por la superficie de aquellas tierras y ahora debían hacer aquellas pequeñas presas para recoger el agua de algunos hilillos mohosos que, agonizantes, no soportarían un verano más.

La distancia entre las dos casas se recorría a pie en escasos cincuenta minutos, poco más, poco menos, siendo la cruz de caminos la mitad casi exacta de la distancia entre las dos, partiendo de allí descendiente el camino hacia ambos hogares. Apenas llegar su hija, Benilde también notó aquel brillo nue-

vo en sus ojos y aquello le alegró mucho. Fue al encuentro de su hija y su nieto, saludando primero a aquella, la cual le abrazó con mucha fuerza, cosa que no hacía desde algún tiempo. Ella le correspondió como era natural que lo hiciera con toda la ternura y confianza que pudo transmitirle en aquel abrazo, luego hizo lo propio con su nieto, el cual, debido a su notable prematura madurez, no era muy apegado a cursilerías. María Angélica apareció tímida en la puerta de la cocina ante la presencia de su madre. María Aurora avanzó hacia ella, abrazándola con fuerza, con la misma fuerza y ternura que su madre le hubiese transmitido hace un momento. La niña, sorprendida y emocionada, sintió un tarugo en el pecho y poco a poco se fue fundiendo con su madre en un abrazo que pareció eterno.

La mujer se separó apenas un poco y, apartando mechones rubios del rostro de María Angélica, le dijo mirándose en sus ojos claros:

—Mi niña... mi hermosa hija —volvió a apretarla contra sí y con una lágrima de felicidad brillando en sus pupilas prometió—: Ya no pelearé más contigo... todo va a cambiar para nosotros, ya lo verás, ya lo verás y... serás lo que quieras ser. —¿De verdad, mamá? —preguntó la niña con voz gruesa y emocionada, levantando su húmedo rostro para ver en los ojos de su madre aquella promesa.

—De verdad, hija, de verdad —la niña entonces la tomó de la mano e introduciéndola en la casa la llevó hasta un corredor posterior de la misma, donde en un caballete reposaba el cuadro que había pintado de sus abuelos. María Aurora no pudo más que admirar la magnífica pieza y, una vez más, abrazó con orgullo, diciéndole:

—Algún día serán muchos los que van a admirar tus pinturas, porque tu papá y yo de alguna forma vamos a enviarte a la ciudad a estudiar.

—Pero me gusta vivir aquí, mamá —dijo la muchacha.

—Sí, hija, pero aquí no podrás... —María Aurora rebuscó en su mente la palabra, haciendo una pausa— ¡desarrollar! Eso, desarrollar tu don, ¿verdad, mamá? —se apoyó en doña Benilde, que junto con David Valentín habían ido detrás de ellas.

—Sí, es así —respondió la siempre bondadosa mujer—. Aho-

ra todo es diferente, mi niña, a lo mejor un día seas una de esas personas famosas que caminan derechos y ni se sientan para no arrugar el traje —la abuela caminó estirada, dramatizando sus palabras. Madre e hijos rieron al ver los gestos de doña Benilde.

—No, abuela, yo nunca seré una estirada y, si me fuera, siempre vendría a visitarte —dijo la niña.

—¡Ay, mi cielo! —suspiró doña Benilde, diciendo con voz profética llena de sabiduría—: Esta vieja que tú ves aquí sabe algunas cosas que otros creen que no. Las cosas están cambiando: la gente, los gobiernos, el monte. Yo jamás imaginé que viviría para ver todo esto, y no es nada. Quizá muera sin ver lo que será el mundo dentro de algunos años —hizo una pausa y continuó—. A este paso, todo cambiará tanto que ni siquiera sabremos quiénes somos y nos olvidaremos de dónde vinimos.

—¡Ay, mamá! —dijo María Aurora—. No exageres, ni que nos volviéramos todos locos o algo así.

—Y quizá no viva para verlo, hijitos, pero ustedes sí. A lo mejor estoy equivocada, solo Dios sabe, solo Dios —terminó diciendo doña Benilde.

María Aurora preguntó, cambiando de tema; no quería hablar ya de malos presagios:

—¿Y el resto de la gente de esta casa dónde están, mamá?

—Pues Fernando anda para el valle con su mujer y los muchachos, visitando a mano Sósimo, que está muy enfermo, el pobre abuelo, y su papá está para la leña.

—¡Ah! —pronunció María Aurora—. ¿Y está muy lejos papá?

—Sí, hija, abajo en la vega de la quebrada. Es el único lugar donde queda tal cual guamo seco —respondió doña Benilde.

—¡Pobre mi viejo! —exclamó María Aurora—. Él nunca descansa.

—No, hija —le dijo su madre—. Él es feliz así. El día que no tenga nada que hacer, se muere de guayabo.

El tiempo se hace corto cuando se comparte con verdadera alegría, humildad y amor fraterno. Don Santiago llegó a media tarde, sudoroso y cansado, pero toda su fatiga desapareció al ver a su querida hija. Compartieron el resto de la tarde entretenidos a ratos con David Valentín, que intentaba sin éxito sacar algunos acordes de la vieja guitarra de su tío Fernando.

Se dieron cuenta de pronto de que la tarde moría y se despidieron de prisa, quedando en la esquina del corredor una Benilde y un Santiago alegres y tristes. Alegres porque habían vuelto a ver en su hija el brillo de su marchitada alegría, tristes porque los había puesto al tanto de los planes que para su vida tenía Leonardo, y aquello significaba que viviría apartada de ellos y que ya no la verían con regularidad.

CAPÍTULO IX

David Valentín caminaba una veintena de metros delante de su madre y de su hermana, haciendo sonar con cada paso el puñado de metras que en el bolsillo de su pantalón de caqui llevaba. La tarde se hacía silenciosa, ese silencio, aquella pausa que parece hacerse en el relevo natural entre los ruidos diurnos y sonidos nocturnos. Penetraron en el pequeño bosque que rodeaba la cruz de caminos. Los árboles quietos, como muertos en vida, la hojarasca seca, el silencio roto por el chas, chas, chas de las pisadas en la hoja seca y el cras, cras, cras de las metras en el bolsillo del pantalón de David Valentín. Este se detuvo de pronto y, con él, las mujeres. Silencio, silencio. Escudriña entre la maleza que lo rodea. Quizá son sus pasos en la hojarasca o sus propias metras que lo asustan. —Vamos más rápido, hijitos, que se nos va a oscurecer en el camino —resonó clara la voz de su madre.

Se dieron prisa. Chas, chas, chas. Cras, cras, cras. Veinte, treinta, cuarenta metros. El niño vuelve a detenerse, gira el rostro pálido y dice a su madre, que detrás de María Angélica llega hasta él:

—Un animal saltó de un lado a otro del camino, por allá, mamá —levantó su brazo y señaló unos treinta metros más adelante.

—¡Ajá! ¿Y qué era? —preguntó su madre.

—No sé, como un mono —respondió el niño.

—¿Y a estas alturas usted le tiene miedo a los monos, mijo?

—dijo María Aurora—. ¡Vamos, vamos, caminen rápido que se nos oscurece, niños!

El muchacho continuó su marcha delante de las mujeres, mirando hacia los arbustos. La cruz de caminos se hizo visible al trasponer aquella curva por donde había cruzado el supuesto mono. El sonido de sus pasos y el de las metras ya se confundían el uno con el otro.

—¡Espérame! —rogó la voz de María Angélica, que se quedaba unos pasos rezagada.

David Valentín se detuvo, lo mismo que su madre, la cual acarició el cabello de su hija, sonriéndole al pasar por su lado

y detenerse unos segundos en medio de aquellos dos para tomar aire. ¡Chras! ¡Chras! ¡Chras! Ruidos claros entre la maleza, causados por una especie en movimiento. Todos giraron la cabeza hacia allí. La niña preguntó con miedo en la voz:

—¿Qué es, mamá?

Aquella no respondió. Puso su dedo índice sobre sus labios haciendo “sits” mientras intentaba ver entre la maleza, debajo de los árboles. Los niños, impávidos, no movían un músculo. ¡Chras! ¡Chras! ¡Chras! Esta vez el sonido se escuchó más cerca.

—¿Qué es, mamá? ¿Qué es? —preguntó de nuevo María Angélica.

¡Chras, chras, chras! La maleza se estremeció y las fuertes pisadas de un ser avanzaron hacia ellos, abriéndose paso, resquebrajando ramas violentamente. De pronto María Aurora volvió su rostro hacia sus hijos y, con una serenidad que estaba muy lejos de sentir, les dijo:

—¡Corran!

Aquellos palidecieron al tiempo que echaban a correr. El niño llegó a la cruz de caminos, girando hacia la derecha, tomando el casi intransitado camino real. Volaba más que corría al tiempo que con su mano derecha apretaba las metras en su bolsillo para evitar que se perdieran. Sin embargo, estas iban quedando una que otra en el camino. María Angélica, detrás de él, lloraba diciendo:

—¡Esperemos a mamá! ¡Esperemos a mamá!

David Valentín aminoró su carrera, girando la cabeza hacia atrás. En aquel momento tropezó, cayendo de bruces al suelo, reventándose los labios con una raíz. Se revolcó en el suelo de dolor, manando la sangre que corría por su imberbe barbilla. María Angélica llegó hasta él y le ayudó a levantarse, halándolo por la camisa. Todo sucedía en fracciones de segundo. María Aurora apareció en la cruz de caminos, intentando correr lo más rápido que podía.

—¡Apúrese, mamita! ¡Apúrese! —le gritó el niño, a pesar de la herida abierta en sus labios.

¡Chras! ¡Chras! ¡Chras! Los niños giraron la cabeza hacia la maleza. Aquel ser los seguía a ellos.

—¡Corran! ¡Corran! —les gritó su madre, casi sin aliento—.

¡Corran por Dios santo y no paren!

María Angélica echó a correr de nuevo con renovados bríos. David Valentín, por un par de segundos, estuvo esperando a su madre, que se acercaba gritando. Quería ser valiente, pero el miedo pudo más. Echó a correr al tiempo que decía, llorando:

—¡Mamita! ¡Mamita!

María Angélica, descalza, tomó la vereda que llevaba a la casa, dejando el camino real. Corría, corría, solo corría. Aquello que los perseguía saltó de un lado a otro del camino real en un relampagueo y, por un momento apenas, corrió por la vereda, volviendo a introducirse en la maleza en un claro intento por cortarles el paso a los dos niños. María Aurora apenas si pudo verlo mientras llegaba a la intersección del camino. Era alto; un extraño pelaje de color negruzco le semicubría todo su cuerpo. Andaba algo encorvado sobre sus dos patas. Sollozó exhausta, tomando la vereda. Tomó aire y gritó con todas sus fuerzas, en un intento por recibir ayuda:

—¡Leonardo! ¡Leonardo!

De pronto tropezó, dando un peligroso giro, golpeando su cabeza contra una piedra. La sangre salió de la herida y, aun así, intentó ponerse de pie. Sus piernas no le respondieron. Todo a su alrededor comenzó a oscurecerse y, desmadejada, cayó al piso semiinconsciente. Los niños bajaban corriendo a toda velocidad, rezando y sollozando. El miedo no les dejaba pensar en nada más que no fuera escapar de aquella cosa que los perseguía. Oyeron los gritos desesperados de su madre llamando a su padre. Las gruesas hebras de alambre de púas de la tupida cerca para cerdos apareció frente a ellos de repente.

María Angélica ni siquiera lo pensó y se lanzó de cabeza por entre el pequeño espacio que había entre la una y la otra. Restos de su cuero cabelludo, vestido y piel de varias partes de su cuerpo quedaron en las puntiagudas púas. David Valentín también lo intentó. ¡Clam! Se dejaron oír las tensas hebras de alambre. El niño quedó engarzado de extraña manera del pantalón, su cabeza rozando la tierra como si, en última instancia, hubiese querido saltar por sobre la cerca. Sintió algo viscoso y tibio que le empapaba parte de su pelo y rebosaba su oído. Pataleó, intentando zafarse. El restante de las metras caían una detrás de otra sobre el reguero de sangre. Sí, apenas se daba cuenta, pero se había degollado.

Todo sucedía a velocidad de vértigo, en un relampagueo alucinante. María Angélica se revolvió al tiempo que las cuerdas de alambre hacían aquel sonido lúgubre. Vio entonces a su hermano colgado de sus piernas y cómo un grueso hilo de sangre chorreaba la tierra, y ya no pudo ver más, pues sus ojos se posaron con espanto en el ser que, con agilidad pasmosa, saltó la cerca fijando su atención en ella. Avanzó hacia su persona. María Angélica gateó de espaldas con los ojos como platos, sin poderlos apartar de aquella semejanza de ser humano. Su espalda chocó contra un grueso árbol; quería gritar, pero de su boca no salió ningún sonido. Quiso levantarse, pero sus piernas no le respondieron; su cuerpo parecía desconectado de su cerebro.

Aquella horrible aparición se acercó a ella, inclinando la cabeza de un lado a otro, estudiándola, escudriñándola, como si intentara mantener vivo un recuerdo. De su boca salían sonidos extraños, guturales. La niña, a merced de aquel ser y presa del más infinito terror, pataleó desesperadamente al tiempo que se arrancaba guedejas de pelo con sus manos en un acto de impotencia. Quiso, y no pudo, apartar sus ojos de los de aquel ser. Sus ojos, aquellos ojos. Aquella horrible bestia se arrodilló junto a sí y alargó sus horribles brazos hacia ella. Entonces algo brilló tenuemente ante sus ojos, y fijando su mirada en ello, se desvaneció, quedando como muerta.

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Groar! ¡Groar! ladraban y gruñían los perros avistando al ser que alargaba sus garras hacia la inerte María Angélica. Sonaron voces de hombres que subían rápido por la vereda. Aquella semejanza de hombre se irguió violentamente, miró hacia abajo en una clara actitud amenazante, su cuerpo semi encorvado, sus brazos como aspas, saliendo de su garganta sonidos indescriptibles. Miró a la niña, inclinando la cabeza a un lado y a otro, en aquel gesto extraño. Por un momento pareció que la tomaría entre sus peludos brazos llevándosela. Pero de pronto giró sobre sí y, dando dos zancadas, saltó de nuevo por sobre la cerca, cayendo entre la maleza y estremeciéndola.

Luchó para no perder totalmente el conocimiento, pero al intentar ponerse de pie nuevamente, había perdido la noción de las cosas por un breve lapso de tiempo que, al comenzar a

recuperarse, creía era infinito. Con trabajo se sentó en el duro suelo, moviendo la cabeza e intentando aclarar su borrosa visión. Aquel duro golpe detrás de la cabeza le afectaba en gran manera. Oyó lejanos, muy lejanos, los ladridos de los perros. Una angustia suprema se apoderó de ella. Casi a rastras, gateó por el duro terreno mientras rogaba con voz trémula:

—Leonardo, Leonardo, salva a mis niños, por amor a Dios, salva a mis niños.

Quiso llenarse de aliento, respiró profundo y, en un esfuerzo sobrehumano, se puso de pie. Todo le daba vueltas. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Ya había oscurecido acaso? Todo era tan borroso. Dio un paso, dos, tres pasos trastabillantes y rodó cayendo en una zanja al costado del camino. La sangre brotó de su boca y nariz. Trató de incorporarse, pero solo consiguió quedar sentada en la zanja. ¡Chras! ¡Chras! ¡Chras! Ruido en la hojarasca frente a sí.

Lo primero que vieron fue al niño que colgaba de la cerca y el naciente de sangre debajo de su cabeza. Los perros ladraban en revueltas agresivas y temerosas, sin atreverse a pasar la cerca. Leonardo corrió con el corazón en vilo hacia el cuerpo de su hijo, que estaba muy quieto. Le desabrochó el pantalón, sosteniéndolo, y le desenfundó estos, poniéndolo en el suelo. Héctor llegó entonces en aquel momento con una escopeta de pistón a la bandolera. De una ojeada se dio cuenta de la situación y vio el cuerpo de María Angélica, caído al pie del árbol. Rápido fue hacia allí y, arrodillándose junto a ella, supo de un vistazo que, salvo por los profundos arañazos en su cuerpo, solo estaba inconsciente. En aquel momento, un grito de profundo dolor salió de la garganta de Leonardo.

—¡No! ¡Dios mío! ¡No, mi niño, no! —se estremeció en violentos sollozos—. ¡Ahh... Dios... ahhh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Héctor Moncada endureció las facciones. Sus ojos brillaban peligrosamente y su mandíbula apenas tembló. Colocó sus manos firmemente sobre la escopeta. Aquella bestia, aquella fiera, porque era una fiera, lo sabía apenas ver la actitud de los perros en sus revueltas. Su cara era un amasijo de hierro cuando cruzó la cerca abriendo el duro portón. No sentía, no escuchaba nada, ni siquiera los lamentos ahogados de Leonardo. Lo último que le importaba se lo había hecho perder

aquel animal. Él mismo era ahora una fiera al acecho; sus ojos eran un pozo profundo donde no existía nada. Subió con sigilo, encorvándose entre las peñas del camino. Los perros, indecisos, no le siguieron, tal era su temor. La rabia profunda, el odio y el dolor que no podía expresar le devolvían a Héctor Moncada rasgos de su violenta juventud. Algunos recuerdos de su vida pasaron por su mente.

De pronto lo vio allí a la distancia, desde una vuelta en el camino. Estaba encorvado sobre algo o alguien. No podía definir bien de qué se trataba; la oscuridad que se cerraba no se lo permitía, pero se trataba de una especie de animal, no había duda. Había ido ganando metros. Estaba a una distancia prudencial para intentar el tiro, el único, no traía más pertrecho. Aquella especie de oso de montaña o mono parecía concentrado en algo frente a sí. Apuntó con cuidado; no podía, no quería errar el tiro. Aquella cosa maldita había matado a su nieto, el único aliciente que le quedaba en su perdida existencia.

¡Bang! Retumbó el disparo en los recovecos de la montaña, extendiéndose por los montes. Algunas aves silvestres alzaron su vuelo, lanzando graznidos asustadas. Aquella extraña criatura cayó de costado en el camino, recibiendo de lleno el disparo matadantas por debajo de lo que parecía su axila. Inerte quedó allí mientras de sus múltiples heridas, causadas por los gruesos perdigones, salía sangre burbujeante, evidencia de que sus pulmones colapsaban. Héctor Moncada, poseído del demonio de la guerra, tiró la escopeta y, desenvainando su machete, acortó la distancia con el claro propósito de descuartizar al animal aquel, causante de aquella desgracia. Pero de pronto aquella criatura se puso de nuevo de pie y, tambaleante, corrió camino arriba dejando tras de sí goterones de sangre espumosa.

No se escaparía; sabía por experiencia que el disparo había sido certero, pero quería darle alcance y hacerlo picadillo. Lo vio trastabillar; por momentos andaba sobre sus cuatro patas. No llegaría muy lejos. Corrió en pos de él, pero no anduvo mucho. A pesar de lo agrio de su corazón y del temple de su carácter, sus piernas flaquearon. A un costado del camino, con los ojos inmensamente abiertos, el rostro húmedo de

llanto y sangre, estaba María Aurora. Sus ojos, en los que el último brillo de vida se había opacado, parecían mirarle desde el más allá.

Permanecía semiencorvada con su espalda contra la zanja y sus piernas extendidas. Tenía una herida impresionante a la altura del cuello, causada sin duda por las garras de aquel animal. La sangre aún corría, empapando su vestido, extendiéndose desde su busto hasta su vientre y comenzando a correr en un hilillo que manchaba la seca tierra. Héctor Moncada se acercó dos pasos y su mano tembló cuando, en un impulso, cerró los ojos de la muerta. No supo qué hacer, si volver sobre sus pasos o seguir en pos de aquella bestia. Unas familiares voces apremiantes y confusas le hicieron decidirse por lo primero; ya habría tiempo de sobra para conseguir el cuerpo de aquel animal. Sabía que su disparo había sido mortal.

Fernando, de quien era la voz que había oído hace unos instantes, le vio venir. En los ojos de aquel había asombro y dolor. Había vuelto del valle con su esposa e hijos y había decidido venir por aquella vereda para saludar a su hermana y su cuñado. Apenas llegar a la casa grande, Angelina le había puesto al tanto de los gritos que habían oído y de la inmediata salida de su padre y Leonardo hacia allí. Él también subió de prisa junto a un peón que venía acompañándoles desde el valle. A medio camino oyeron el eco de un disparo y apresuraron el paso, llegando exhaustos al lugar de los hechos. Oyó con un nudo en la garganta los lamentos de Leonardo y vio cómo, de rodillas, sostenía al cuerpo inerte de David Valentín, apretado contra su pecho y desgarrado en llanto.

Su primer impulso fue correr hacia ellos, pero de inmediato reparó en el cuerpo de María Angélica al pie del árbol. Corrió hacia allí, seguido del peón, arrodillándose junto a ella y auscultándola. La tomó en sus brazos, levantándose, y con voz apremiante dijo al asustado Gumersindo, como se llamaba el peón:

—Llévala rápido a la casa y vete para el valle. Dale parte a las autoridades. ¡Pero rápido, Gumersindo! ¡Rápido!

El nervioso hombre casi corrió camino abajo, llevando en sus brazos a María Angélica, que no volvía de su desmayo. Fernando se volvió y, a largas zancadas, iba hacia donde permanecía Leonardo, cuando de pronto apareció Héctor con los brazos

caídos a lo largo del cuerpo, sosteniendo en uno de ellos la larga escopeta. Con los ojos vacíos y con voz escueta, dijo:

—María Aurora está allí arriba, Fernando. Vaya rápido donde mi compadre Santiago y dígame que venga, que ha ocurrido una doble desgracia.

Fernando sintió como si quedara suspendido en el aire. Solo entonces, Leonardo, al oír mencionar el nombre de María Aurora, volvió su rostro hacia ellos y, aun sin asimilar la muerte de su hijo, intentó comprender lo que acababa de decir su padre. Depositando el cuerpo de David Valentín en la tierra, preguntó:

—¿María Aurora? ¿Dónde está ella? ¿Por qué no estaba con ellos? ¿Dónde está, papá? —volvió a preguntar, levantándose—. ¿Dónde? —gritó Leonardo, avanzando hacia el portón. Héctor se apartó del camino y señalando, pronunció:

—Allá arriba, mijo. Allá arriba está.

Leonardo pasó como una exhalación junto a su padre mientras decía:

—¡María Aurora! ¡María Aurora!

Fernando, incapaz de reaccionar, cayó de rodillas, estremecido por un sollozo contenido. Sintió la férrea mano de Héctor Moncada sobre su hombro y la voz de aquel cuando le dijo con firmeza:

—Escuche, muchacho. Es en estos momentos en los que algunos hacemos la diferencia y no nos dejamos llevar por el dolor y la desesperación. ¡Levántese, carajo! Y avísele a sus taitas.

Dicho esto, Héctor Moncada fue hasta donde estaba el cuerpo de su nieto. Arrodillándose junto a este, lo tomó con sumo cuidado en sus nervudos brazos y, levantándose, avanzó camino abajo, desapareciendo en la ya casi cerrada noche, bajo la mirada dolida de Fernando Salcedo.

En la casa grande, las mujeres no cabían en la angustia de no saber lo que ocurría allá arriba, sobre todo después de oír el eco del disparo. Angelina entraba y salía hacia la explanada, mirando hacia el camino, mientras que la esposa de Fernando trataba de explicarles a los niños lo que sucedía. Estos, con ojos asombrados y curiosos, veían el ir y venir de Angelina.

—Dios mío santo, ¿qué habrá pasado? ¿Por qué tardan tanto? —se preguntaba a sí misma mientras miraba hacia arriba, escudriñando el camino.

Volvió a la casa y ya se dejaba caer en un banco de madera cuando el mayor de los niños dijo:

—¡Ahí vienen los perros!

Las dos mujeres giraron sus cabezas hacia allí al tiempo que se levantaban de sus asientos. En efecto, el trío de perros aparecía fatigado y con el lomo erizado en actitud defensiva. Angelina casi corrió de nuevo a la explanada, deteniéndose un poco más allá. Los canes llegaron junto a ella moviendo la cola tímidamente. De pronto salió despavorida hacia el sendero al ver aparecer a Gumersindo en una curva del camino, llevando en sus brazos lo que parecía uno de sus sobrinos. A la distancia y por la oscuridad, no podía distinguir cuál. Llegó corriendo al encuentro del peón, el cual al instante le dijo, para evitar perder tiempo pues llevaba prisa:

—La niña no tiene nada, solo está desmayada. Llévemola a la casa rapidito.

Angelina se sintió aliviada en parte y apenas si acarició el rostro de María Angélica, haciéndose a un lado y notando los profundos arañazos en la piel de la niña.

—¿Qué pasó allá arriba, Gumersindo? —fue detrás de aquel preguntando—. ¿Valentín y María Aurora dónde están? ¿A qué le disparó papá?

El pobre peón no sabía cómo responder y si le correspondía a él dar aquella mala noticia. Así llegaron a la explanada, donde con cara de espanto los veían llegar la esposa de Fernando y sus hijos.

—Ave María purísima —exclamó la otra mujer—. ¿Qué pasó?

—Nada, nada. A la niña nada. Solo está desmayada. Que le pongan sales, alcohol o agua florida —respondió Gumersindo.

Angelina lo condujo a su habitación, donde acostaron a María Angélica.

Gumersindo entonces dijo, mirando a las mujeres con gran pesar:

—¡Ay, mis señoras! Yo voy para el valle a dar aviso a las autoridades.

Angelina, en un arranque, tomó al hombre por un brazo zarandeándolo y preguntándole:

—¿Qué fue lo que pasó?

—¡Ay, mi señora Angelina! —volvió a exclamar el hombre con pesadumbre—. Yo no sé si tengo que decirle esto.

Angelina ya no buscó respuestas, y aunque el mismo Gumer-sindo no sabía de la suerte que había corrido María Aurora, ella sabía que algo muy terrible había sucedido. Cogió una linterna de un nicho en la pared de barro y, con una suprema angustia atenazándole el pecho, salió de prisa mientras el peón y la esposa de Fernando intentaban detenerla llamándola:

—¡Angelina! ¡Angelina!

Leonardo subió trastabillando, cayendo y volviendo a levantarse, gateando, arañando la tierra.

—¡María Aurora! ¡María Aurora! —daba voces llamándola—. ¡María Aurora! ¡María Aurora! —dijo ya casi sin aliento, incrédulo, cuando la miró allí, al costado del camino.

Se abalanzó hacia ella besándole el rostro, su pelo, sus manos, manchándose con su sangre, sin notar que estaba ya yerta, fría.

—Ya estoy aquí, mi vida —le dijo—. ¡Vamos! ¡Vamos! —le decía mientras la halaba suavemente por un hombro—. Se hace la noche, amor, vamos a la casa. Vamos, no me dejes, no ahora, te lo ruego. Nos íbamos a ir juntos, te lo dije, te lo dije —volvió a besarle su tez lívida y luego fue acurrucándose a su lado. Allí se quedó quieto, abrazado a la cintura de su amada María Aurora, llorando lastimosamente sin decir nada más.

Ni siquiera se dio cuenta cuando Fernando, con lágrimas en los ojos, hizo un alto frente al cadáver de su hermana, persignándose. Con un esfuerzo sobrehumano, continuó su camino a cumplir una tarea que jamás pensó le sería encomendada algún día.

Angelina sentía que se ahogaba por momentos. No sabía si por el cansancio o por la angustia que llevaba mientras subía por el serpenteante camino. Ya había traspuesto más de la mitad del sendero que la separaba de la cruz de caminos cuando, como una aparición, vio a su padre salir de la semioscuridad llevando en sus brazos el cuerpo de David Valentín. Héctor se detuvo al ver a su hija. Aquella acortó los pocos pasos que los separaban, y todo su cansancio desapareció cuando el dolor se adueñó de ella al notar las heridas en el cuello y los coágulos de sangre en el cabello del niño.

—¿Qué le pasó? ¿Qué le pasó al niño? —preguntó mientras extendía sus manos y tocaba el rostro grisáceo del muchacho—. ¿Qué?... —retrocedió espantada al notar la piel fría de David Valentín—. ¿Está..? —preguntó tartamudeando, incrédula.

Héctor Moncada movió la cabeza afirmativamente, diciendo con algo de emoción en la voz:

—Muerto, Angelina. Está muerto.

—¡No! ¿Cómo? ¿Cómo? —lloró Angelina, intentando arrebatárselo a su padre de los brazos, pero aquel lo apretó contra sí, diciendo:

—No hay nada ya que hacer por ellos, nada, Angelina. Vamos a la casa.

—¿Ellos? —preguntó la mujer, sus hermosos ojos llenos de lágrimas—. ¿Ellos quiénes? ¿A qué le disparabas? ¿Dónde están María Aurora y Leonardo? ¿Dónde están?

Héctor Moncada dijo mirando el camino frente a sí:

—Un animal los persiguió desde “Pata de Gallina”, creo. David se degolló al tratar de pasar la cerca, quizás, no se sabe. Yo pude ver al bicho ese y le disparé. Está muerto. Es lo que importa, que esa fiera maldita esté muerta.

—¿Y María Aurora no venía con los niños? —preguntó de nuevo Angelina.

—Sí —respondió Héctor—. Sí, venía con ellos. Quedó allá arriba. Leonardo está con ella.

En su dolor y angustia, Angelina frunció las cejas extrañada y preguntó:

—¿Le pasó algo a ella? ¿Está herida?

Su padre la miró entonces, con el cadáver de David Valentín en sus brazos, y le respondió sin más titubeos:

—Está muerta. María Aurora murió. Ese animal la había matado cerca del camino real antes de que yo le disparara.

Contrario a lo que esperaba su padre, Angelina demostró aquello que él, un momento antes, había dicho a Fernando. La mujer pareció quedar un momento en shock, pero al instante preguntó con voz temblorosa:

—¿Dónde está?

—De la cerca hacia arriba, antes de llegar al camino real, donde está la zanja —respondió Héctor, que veía incrédulo cómo su hija iba serenándose—. Si no quieres, no vayas —le dijo—. No hay nada que se pueda hacer ya.

Angelina lo miró de una forma especial y le dijo unas palabras que aquel no pudo entender:

—Quizá no por los muertos, pero sí por los que han de vivir y en memoria de los que murieron.

La luz de la linterna iluminó la escena. Angelina quedó perpleja un momento, impresionada por la herida en el cuello de la difunta. Leonardo apenas reaccionó ante la luz del artefacto. Se sentó junto a su hermana, le acarició el cabello y lloró, lloró quedadamente, guardando su dolor para después. No tenía con respecto a ella nada que reprocharse; habían sido incondicionales, una para la otra. De pronto, un destello en la hojarasca llamó su atención. Fijó la luz de la linterna hacia allí y hurgó con su otra mano. El sonido de voces angustiosas acercándose le hizo actuar rápido y se guardó el objeto aquel, estremecida de horror. Después de todo, los muertos sí hablan.

El dolor y la angustia de los padres de María Aurora al enterarse de la muerte de esta y de su nieto fue indescriptible. Sobre las nueve de la noche se presentó una comisión de la autoridad correspondiente, los cuales investigaron la manera en que habían ocurrido los hechos y qué había llevado al deceso de una madre y su hijo. El único que algo pudo aclararles fue el propio Héctor Moncada. Él les narró los hechos a cabalidad según su conocimiento de los mismos. Sin embargo, la única que quizá los podía poner más al tanto era María Angélica, quien extrañamente continuaba como si estuviese dormida.

Leonardo, con semblante demudado, no quiso hablar con nadie, permaneciendo al lado de los cuerpos de su esposa e hijo. Gumer-sindo hablaba con todos sobre los hechos, los cuales fueron tergiversando y exagerando, como ocurre siempre ante tales sucesos. Angelina iba de aquí para allá en los quehaceres del funeral, ayudada por otras mujeres y hombres, entre ellos Fernando, que aquel día había aprendido a ser fuerte ante la adversidad, aun cuando quien estaba muerta en medio del corredor interno de la casa grande era su única y amadísima hermana y uno de sus sobrinos.

María Angélica despertó sobre las once de la noche, cuando ya se planteaba seriamente llevarla al pueblo para que la viera un doctor. Despertó de repente, llorando y temblorosa. Angelina la abrazó, escondiendo aún más el dolor que sentía por temor a que María Angélica sufriera alguna especie de colapso al enterarse de la muerte de su madre y hermano. La jovencita no pronunció palabra alguna, solo miraba a todos lados asustada, hasta que casi una hora después volvió a quedarse dormida en los brazos de su tía.

Al sepelio se hizo presente casi toda la gente de las aldeas vecinas, el cual se llevó a cabo en el cementerio de la vieja y abandonada aldea. Las caras de los familiares y amigos más cercanos eran la imagen del más sentido dolor. Los caminos y viejas veredas se vieron transitadas por gente a caballo y a pie que venía, unos por solidaridad y otros por la curiosidad de conocer el lugar donde había ocurrido aquel extraño suceso. La misa se realizó a campo abierto en el viejo cementerio. Algunos de los presentes se sintieron avergonzados por la falta de una capilla, pues aquello se debía al éxodo de todos, abandonando la aldea que con tanto sacrificio habían fundado los Moncada y los Salcedo. Terminado el sepelio, todos volvieron a sus casas. Algunos grupos se detenían en la cruz de caminos, donde se decía había aparecido aquella cosa, a la cual no se le había hallado rastro, salvo por la sangre que derramó cuando fue herido por Héctor.

Muchas especulaciones surgieron a raíz de este hecho. Unos decían que pudo ser un oso de montaña el causante del ataque; otros dijeron que fue una especie de mono rojizo muy grande que habitaba en lo profundo de la meseta. Pero fue la superstición la que más fuerza cobró, y la cruz de caminos, aunque muy poco transitada, volvió a ser un lugar referente al que se le continuaron atribuyendo espantos, aparecidos y pactos con el demonio. Este último le fue atribuido a Héctor Moncada luego de un hecho que nadie esperaba, un largo mes después de la muerte de María Aurora y David Valentín. María Angélica estuvo por cuatro días sufriendo aquellos extraños lapsos de sueño en los que parecía querer alejarse de la realidad, una realidad que le horrorizaba y de la que no quería formar parte. Quizás fue después de estos cuatro días que Angelina, de la manera más sutil posible (si es que existe tal sutileza para dar una noticia de esta naturaleza), le dijo a su sobrina sobre la pérdida de su madre y hermano. Leonardo, su padre, quien era el indicado, no podía ni hablar del tema sin que la emoción lo embargara. Por ende, fue Angelina, quien sabía dominar sus emociones, la más indicada para hablar con la jovencita.

Fue entonces cuando Angelina comprobó algo extraño que había notado cada vez que María Angélica volvía de aquellos lapsos

de sueño: la jovencita no gesticulaba palabra alguna y solo afirmaba o negaba con su cabeza. María Angélica había perdido el habla, había quedado muda. Así se lo hizo saber a su hermano, un incidente más que añadir a la tragedia ya vivida:

—Hay que esperar unos días —dijo Leonardo—. Está muy asustada todavía. ¿Ha dicho algo de lo que pasó?

—No —dijo su hermana—. No quiere. Baja el rostro y se pone a llorar.

Estaban en el patio. Leonardo levantó la mirada, viendo hacia el camino, y dijo con pesar:

—No entiendo nada. ¿Por qué? ¿Cómo es que esto pasó?

Angelina puso una mano suavemente en el hombro de su hermano, mirándolo profundamente emocionada. Ella podía darle una explicación que le ayudaría a salir de aquella incertidumbre, pero ¿podría soportar una pena más su amado hermano? Tendría que contarle todo, desde el principio, y contar toda la verdad, toda, hasta aquel extraño amor por María Aurora. ¿Lo soportaría su hermano? ¿Las perdonaría a ella y a su María Aurora? ¿O terminaría odiándolas por haberlo mantenido engañado? No, era mejor callar. ¿Hasta cuándo? No lo sabía. Quizás solo terminaría ensuciando la memoria que Leonardo tenía de su amada. Ellas, a fin de cuentas, sacrificaron gran parte de su felicidad para que él, que lo merecía, fuera un poco feliz. Y lo fue mientras duró, hasta que el mal agazapado por allí, por los rincones, había dado un zarpazo más.

Si, seguir callando era lo mejor: que Leonardo pensara que María Aurora le había pertenecido solo a él y que junto a él había sido completamente feliz, eso al menos. Que le pertenecería por siempre.

María Angélica, luego del shock al enterarse de la muerte de su progenitora y de David Valentín, se refugió en su taller, no queriendo que nadie la molestase. Apenas atendía al llamado de su tía Angelina. Durante las novenas y cánticos de ángel, algunas mujeres ayudaban en la decoración del altar y preparación de alimentos, entre ellas doña Benilde, ya un poco más resignada.

Un día antes de la última novena, un gran estruendo dentro del taller hizo que un par de mujeres corrieran hacia la puerta de aquel, cerrada con llave desde adentro. Angelina y Benilde salieron de la cocina alertadas:

—¿María Angélica, qué pasó? ¿Qué fue ese estruendo? —preguntó Angelina a través de la puerta, no obteniendo respuesta. Luego de unos segundos de silencio, aquel estruendo volvió a repetirse—. ¡María Angélica! ¡María Angélica! ¿Qué haces? ¿Qué es lo que pasa?

—¿No hay otra llave? —preguntó doña Benilde.

—No, no, es la única —respondió Angelina.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Leonardo, que venía de la leñera.

—Ay, miijo, no sabemos. Creo que es la niña que está tirando todo —respondió con voz angustiada doña Benilde.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! —golpeó Leonardo la puerta con el puño cerrado y exclamó con algo de fingida dureza:

—¡María Angélica, abra ya esa puerta!

La respuesta fue un nuevo estruendo, a lo cual Angelina dijo: —Voy por la parte de atrás. Quizás tenga abierta la ventana y vea qué está haciendo.

Puso acción a la palabra y fue de prisa rodeando la casa. Llegó ante la amplia ventana, la cual, en efecto, estaba abierta. Acercándose, miró a través de los barrotes. De pie, en medio del recinto, estaba María Angélica con un trozo de madera entre sus manos, mostrando claros signos de estar alterada. A su alrededor, diseminadas en el suelo, había una veintena de pinturas cuyas rotas y maltratadas. En aquel preciso momento se ensañaba con una de ellas, la cual Angelina reconoció como aquella que María Aurora había tratado de alejar del taller hacía un par de meses, por la que madre e hija habían permanecido distanciadas en las últimas semanas previas a la tragedia.

Lloraba temblorosa mientras con saña golpeaba la pintura. Del otro lado, se oían los llamados de doña Benilde golpeando la puerta. Angelina, percatándose de la presencia de su hermano, que había ido en pos suyo, le hizo una seña para que no se acercara a la ventana, sospechaba que aquello la alteraría más.

—¿María Angélica, qué es lo que haces? —la jovencita apenas si se detuvo, como sorprendida, y continuó golpeando aquel cuadro—. ¡María Angélica, ya basta! Habla conmigo, cuéntame a mí, solo a mí. Sabes que te quiero, puedes decirme lo que quieras, no voy a reprocharte nada en este momento.

Dáñalos todos si quieres, pero el dolor no va a desaparecer. Todos la amábamos, mi niña. ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Dime qué?

María Angélica dejó de golpear la pintura y quedó quieta por espacio de medio minuto, de pie ante ella, con el madero en la mano y respirando agitadamente. De pronto arrojó el objeto y, llorando, corrió a la ventana y, a través de los gruesos barrotes, se aferró a su tía, que conteniendo el llanto le acariciaba el rostro con suma ternura. Leonardo hizo ademán de ir hacia ellas, pero Angelina volvió a detenerlo con una nueva señal. Dos lágrimas silenciosas corrían por las mejillas de la mujer, que con voz trémula preguntó a la niña:

—¿Qué es lo que quieres hacer?

María Angélica se separó rápidamente de su tía y regresó al instante con papel y lápiz, con lo cual escribió una nota:

“No quiero pintar nunca más, nunca, nunca más.”

—¿Por qué? —preguntó Angelina.

Con una nueva nota, la niña le dio la respuesta:

“Yo tuve la culpa, a mamá no le gustaban mis últimos cuadros, no sé por qué, ella les tenía miedo.”

Angelina, tomándole las manos a su sobrina, le dijo con firmeza:

—Nunca, nunca vuelvas a decir eso, ni siquiera lo pienses, mi vida. Tú no tuviste la culpa de nada, absolutamente de nada.

¿Si me comprendes? De nada.

La firmeza y seguridad con que su tía dijo aquellas palabras hicieron que María Angélica asintiera afirmativamente. Angelina, sabiendo que era el momento, preguntó:

—¿Pudiste ver al animal ese?

La niña se estremeció, apretando fuertemente las manos de su tía.

—¿Lo viste?

María Angélica, tras un nuevo titubeo, movió la cabeza afirmativamente.

—¿Puedes describirlo? —preguntó Angelina.

La jovencita tembló, soltando las manos de su tía y retrocediendo un paso con los ojos muy abiertos. Angelina se apresuró a decir:

—¡Está bien! ¡Está bien! No es necesario que lo hagas ahora, no importa. ¿Quieres abrir la puerta para limpiar ese desastre?

Por respuesta, María Angélica metió su mano en un bolsillo de su largo vestido y, extrayendo la llave, alargó la mano para entregársela a su tía. Benilde, detrás de Leonardo, juntó las palmas de las manos y elevó la mirada diciendo en un murmullo:

—¡Gracias, Dios mío!

Angelina volvió a rodear la casa y, utilizando la llave, abrió la puerta. No todas las pinturas habían sufrido el ataque de histeria de María Angélica. En un rincón junto a la ventana estaban la pintura que la niña le había hecho a ella y otra que había hecho de María Aurora y Leonardo juntos.

—Pensé que las habías dañado todas —le dijo Angelina a la jovencita que, después de aquella explosión, parecía más relajada y hasta un poco avergonzada—. No te preocupes, limpiaremos todo y estos caballetes servirán de leña.

María Angélica miró a su tía y movió la cabeza negativamente.

—¿No? —preguntó aquella simulando extrañeza—. ¿O sea que vas a pintar de nuevo?

Esta vez, la jovencita movió la cabeza afirmativamente. Angelina acortó la distancia que la separaba de su sobrina y, tomándola suavemente por la barbilla, le levantó la mirada y le dijo:

—Fue lo que María Aurora quería, lo sabes, es lo que queremos muchos de los que te amamos y, además, será tu más absoluta expresión, más si no recuperas el habla, ¿verdad?

María Angélica movió la cabeza afirmativamente y, en un impulso, se abrazó a su tía, que la apretó contra sí diciéndole:

—Pinta, pinta, mi niña, y di a través de la pintura lo que quieras decir. Es tu don, es el regalo que Dios te dio.

Al día siguiente, para la última novena, una visita inesperada pero apreciada llegó a la casa grande, trayendo para los que así lo sentían recuerdos buenos, aunque tristes, llenos de nostalgia y añoranzas de tiempos mejores que jamás se repetirían. Se trataba de Alcides Tarazona, el otrora maletero, que de alguna forma se enteró de aquella tragedia y venía con dos propósitos: el primero, dar el pésame y compartir el dolor por la pérdida con aquellos amigos; el segundo, era un asunto personal del cual debía andar con cuidado a la hora de dirimirlo, pues era un asunto delicado, el cual aún no entendía y ahora menos después de enterarse de la forma en que habían ocurrido los hechos.

Héctor Moncada, como buen anfitrión, fue el primero en saludarlo, dándole un fuerte apretón de manos y diciéndole:

—¡Caramba, don Alcides, que ya era tiempo que nos visitara!

—Pues aquí, apenado con ustedes, don Héctor. Mire en qué momento me acuerdo de mis buenos amigos. Reciba usted mis más sinceras condolencias —dijo con sinceridad en la voz Alcides.

—No se preocupe usted, mano Alcides. Estos son los avatares de la vida. Siga, siga adelante, está en su casa.

Don Santiago, más abierto, abrazó al maletero con mezcla de pesar y alegría. Benilde, muy emocionada, se desgranó en lágrimas al estrechar con cariño la mano de Alcides, recordando, entre otras cosas, que el primer par de ganchos para el pelo de María Aurora se los había regalado aquel hombre cuando aquella era apenas una niña de tres añitos. Leonardo, que salía al corredor principal, quedó muy sorprendido al ver al viejo maletero y, avanzando a grandes zancadas, fue a su encuentro y, sin decir nada, le abrazó entrañablemente, temblandoles a ambos la barbilla por la emoción. Fue el más viejo el que apenas si pudo decir, sin poder evitar que dos lagrimones corrieran por los surcos en sus mejillas:

—Qué triste, miijo. Un muchacho tan noble como usted pasando por este trance. Resignación, mi buen amigo, y aceptar la voluntad de Dios. ¿Qué más le puedo yo decir, miijo?

Leonardo palmeó las anchas espaldas de Alcides mientras movía la cabeza afirmativamente, con un grueso tarugo obstruyéndole la garganta. Angelina, unos pasos más allá, esperó su turno y espontáneamente abrazó y le estampó dos besos al bonachón hombre en ambas mejillas, el cual enrojeció cual amapola, mientras intentaba secar sus lágrimas con el dorso de sus manos:

—Que lo traje con el pensamiento, mano Alcides —le dijo emocionada Angelina—. Hace un ratico no más me acordaba de la vez que usted nos regaló aquel corte a María Aurora y a mí con el que Domitila nos hizo dos vestidos igualitos. ¿Se recuerda?

Benilde sollozó más fuerte mientras don Santiago pasaba un brazo sobre sus hombros y Leonardo se dejaba caer en un banco.

—¡Ay, mi muchachita! —exclamó Alcides—. Cómo no me voy a acordar, si eran ustedes dos mis mejores clientas desde que eran unas niñitas. Caramba, mi buena señorita Angelina, qué tristeza inmensa la que de verdad siento y le acompaño en

su dolor, que sé es mucho más grande del que yo pueda sentir. Un “gracias” salió casi al unísono de los allí presentes. Angelina, con ojos llorosos y voz ronca, quiso ser fuerte y dijo al viejo maletero con entusiasta hospitalidad:

—Venga conmigo a la cocina, don Alcides, y se come algo, porque es pasado el mediodía y no me va a decir que ya comió.

—¡Ay, mi muchacha, no se ponga en esos menesteres ahorita! —respondió Alcides.

Leonardo se levantó de donde estaba y, yendo hacia ellos, dijo, apoyando a su hermana:

—Qué menesteres, don Alcides. Ni más faltaba. Venga, traiga esa maleta, yo se la guardo, y pase para la cocina. ¡Hombre, pase!

Alcides, un tanto abrumado de tanta hospitalidad, fue detrás de Angelina, la cual, un momento más tarde, sería la única en enterarse de aquel asunto personal que tenía inquieto al viejo Alcides, el cual quería dejar claro aquel punto y, a falta de María Aurora, la cual había sido la indicada para ello, no vio a nadie en quien más confiar aquel delicado asunto y resolvió, mientras iba al comedor, confiar aquello en Angelina. Así, una vez más, ya fuera por casualidad o por una jugarreta del destino, aquella sería conocedora del asunto que tenía mucho que ver con el futuro de María Angélica. Asombrada, recibió aquel sobre de manos de Alcides.

Culminados los novenarios, la jovencita María Angélica retomó con brío la pintura, encerrándose por horas en el taller, del cual apenas si salía para comer. Alcides se había marchado, no sin antes dejar su dirección exacta de donde vivía en la ciudad de San Cristóbal, sabiendo que tarde o temprano vería por allí a la familia Moncada, de una forma u otra.

La actitud de María Angélica, aunque un tanto serena, se tornó extraña en cierto modo, empeñada en la elaboración de una pintura, la cual no quiso que su tía o su padre ni más nadie vieran de qué se trataba, y para esto mantenía siempre bajo llave y escondía esta cuando salía de la habitación. Así transcurrieron los primeros diez días subsiguientes a las novenas entre lágrimas, insomnios y preguntas que no obtenían respuestas.

Leonardo acomodaba algunas cosas y empacaba otras, solo en la habitación. La puerta permanecía entreabierta, por la cual entró Angelina, deteniéndose unos pasos detrás de él.

—Entonces... ¿estás decidido a irte? —preguntó Angelina.

—Sí —respondió aquel, volviéndose y colocando un vestido de la difunta sobre la cama—, ya estaba decidido antes y ahora más, que ya ella no está.

Un velo de tristeza llenaba la habitación. Angelina clavó sus ojos sobre el floreado vestido sobre el lecho, recordando lo hermosa que se veía María Aurora con él.

—¿Tú qué harás? —le sacó de sus pensamientos Leonardo. Aquella esbozó una mueca que quiso fuese una sonrisa, encogiéndolo los hombros mientras pensaba en lo extraña e incierta que era la vida. Ella, que siempre había querido irse, parecía destinada a morir allí.

—Pues quedarme aquí con él, supongo —dijo, refiriéndose a su padre.

Leonardo, sentándose en el lecho, dijo:

—No soporto ya vivir aquí. No quiero ni ver hacia ningún lado, todo me la recuerda a ella. Me voy a la ciudad; esos no eran los planes, pero es el único lugar al que puedo ir ahora, gracias a que Alcides nos deja una casa para vivir mientras se venden unas reses aquí. Ya veré, no sé, no sé —dijo, pasándose una mano por la cara en señal de hastío—. Ahora lo único que quiero es irme, Angelina, irme lejos.

Aquella, sentándose al lado de su hermano, le tomó ambas manos y, mirándolo con supremo cariño, le dijo:

—Escúchame, hermanito, eres el único de esta familia que no merecía lo que te ha pasado, pero nunca permitas que los malos sentimientos dañen ese corazón tan grande que tú tienes. Mantén siempre tu fe en Dios. María Aurora, ella te amaba tanto, pero tanto, que quizás no existe medida para el amor que sentía por ti. Eso quiero que lo guardes en tu corazón como una reliquia, para que te ayude a vivir dondequiera que estés y te ayude a seguir siendo ese hombre bueno que siempre has sido, y para que puedas educar a María Angélica en base a tu ejemplo y llegue a ser esa gran mujer que usted y María Aurora querían que fuese. Vete, hermanito, vete y no te preocupes por mí. Tal vez, en un tiempo, cuando ya el dolor haya pasado y solo quede la resignación, hasta te enamores de nuevo y hagas una vida nueva, diferente.

—No, Angelina, no —dijo Leonardo, mirando fijamente a su hermana, muy convencido de sus palabras—. Nunca habrá ca-

bida para otra mujer en mi vida. Esa parte de mí se fue con ella. Me dedicaré a mi hija, solo a ella, por completo mientras viva.

Una semana después, en una calurosa mañana de aquel largo verano, un vehículo aguardaba a Leonardo y a su hija, que, a un costado de la carretera, se despedían de doña Benilde, don Santiago, Fernando y Angelina. Esta última aprovechó que los otros despedían a Leonardo y se apartó con su sobrina a una distancia prudencial donde su hermano no pudiera oírla y, cerciorándose de que ninguno la veía, extrajo de su escote una prenda que rápidamente puso en las manos de María Angélica, que por poco no corre espantada al ver de lo que se trataba. Su tía la abrazó con fuerza, diciéndole:

—Un día sabrás toda una verdad que ahora es necesario que no conozcas. Nunca dejes que tu padre vea lo que acabo de darte, nunca. Sé que eres muy inteligente y que estarás haciéndote mil preguntas, pero, aunque tengo las respuestas, por Leonardo, por ti y por la memoria de tu madre, debo callar ahora. Pero júrame que jamás dejarás bajo ninguna circunstancia y por ningún motivo que Leonardo lo vea. ¡Júramelo! La jovencita movió la cabeza afirmativamente mientras escondía en su enjuto escote aquella prenda con mano temblorosa. Luego, con su otra mano, buscó en un bolsillo de su vestido y extrajo una pequeña nota doblada que entregó a su tía, diciéndole con señas:

—“La puedes leer cuando llegues a la casa. Ahí te digo dónde dejé la llave del taller”.

—Está bien —dijo Angelina, guardando la nota.

—Bueno... —escuchó tras de sí la voz de su hermano—, ¡nos vamos!

Angelina se volvió y ambos se fundieron en un abrazo interminable.

—¿Seguro que quieres quedarte por él? —preguntó Leonardo al deshacer aquel abrazo.

Angelina miró a su alrededor mientras decía:

—Se lo prometí a mamá. Debo quedarme.

—¿Estarás bien? —preguntó él.

—Sí, sí, no te preocupes por mí, hermanito. Antes, más bien, cuídese mucho y me cuida a la niña, y trate de ser feliz. Al menos le queda alguien por quien luchar y no pierda la fe en Dios.

Leonardo movió la cabeza afirmativamente y, echando un vistazo a su alrededor, respiró profundamente, diciendo:

—Hasta luego, entonces, y cuídese usted también.

Angelina no respondió a la despedida de su hermano, solo se quedó viendo cómo subían a bordo del automóvil, comenzando a sentir una terrible soledad. El moderno Ford Malibú comenzó a desplazarse, en lo que María Angélica miraba a través de la ventanilla y decía adiós con su mano, arrancando las lágrimas de su abuela Benilde. Angelina subió de prisa por el sendero y, desde un recodo desde donde se dominaba un trecho de la carretera, dijo mientras jadeaba y unas gruesas lágrimas asomaban a sus hermosos ojos, viendo el vehículo alejarse:

—Adiós, adiós hermanito, adiós María Angélica, Dios me los guarde.

Retomó el sendero, llegando un momento después a la explanada. Corrió a la casa, atravesando el amplio patio de cemento, donde unos escasos granos de café se secaban al sol. Un poco más arriba, Héctor parecía distraído en la reparación de una cerca. Desde allí oyó cómo Angelina, presa de la más terrible congoja, dejaba escapar todo el dolor contenido.

Casi cuatro semanas habían transcurrido desde el día que Leonardo se marchara junto a María Angélica y, desde entonces, salvo por dos o tres visitas que Fernando le hiciera y por las palabras necesarias para dirigirse a su padre, Angelina solo hablaba con ella misma, al punto que Héctor pensaba que estaba volviéndose loca. ¿Quizás?

Fue Fernando el que, por tercera o cuarta vez, llegó aquella mañana a la casa grande a sacarla de aquella rutina autoimpuesta por ella misma, o al menos a intentarlo.

—¡Buenas! —gritó desde afuera, bajando de la mula que montaba—. ¡Buenos días! —volvió a decir en voz alta nuevamente, no recibiendo respuesta alguna, aunque por el humo que salía de la chimenea sabía que la casa no estaba sola.

Echó un vistazo alrededor. El cacareo de las gallinas era el único sonido que rompía aquel pesado silencio que arropaba la vieja casa. Los perros no estaban por allí, indicando esto que debían andar con don Héctor, el cual estaría realizando alguna faena en algún lugar de sus predios.

Ya iba Fernando a iniciar un tercer llamado cuando, por la puerta posterior, asomó Angelina. De inmediato, Fernando notó lo demacrado y mustio de su rostro, señal inequívoca de que no conciliaba el sueño y de lo desagradable que se le había vuelto su existencia al llevar aquella carga que todos, incluyendo a su madre, habían puesto sobre sus hombros. Pero aquello no lo sabía Fernando. Él solo pensó que la pobre no superaba la muerte de María Aurora, su hermana, y ahora menos en medio de aquella reinante soledad en la que parecía cobijarse, alejada de todos quienes eran sus amigos. Claro que aquellos también parecían alejarse de la casa y de aquella familia como si apestaran y temieran contagiarse de algo.

Angelina intentó sonreír al ver de quién se trataba, pero solo unos surcos aparecieron en su antes lozano rostro.

—¡Fernando, es usted! Pase, pase —lo invitó a entrar de buena gana la lánguida mujer, haciéndose a un lado.

Fernando entró al amplio corredor interno, notando que todo estaba en orden y limpio, aunque se respiraba cierto aire pesado, y es que las añoranzas parecen mezclarse con la atmósfera, dándole a todo un ambiente triste, vacío, donde los fantasmas flotan junto con los recuerdos, de lo que fue y de lo que no pudo ser. El hombre se acomodó en un viejo sillón de cuero al tiempo que preguntó:

—¿Y don Héctor?

—¡Ah! —pronunció Angelina ausente—. Salió de madrugada con los perros, tiene días haciendo eso, no sé a dónde será que va, aunque lo adivino. Llega casi como al mediodía. ¿Lo necesitaba? —terminó preguntando la mujer.

—No, no, preguntaba porque no lo veo por ahí —respondió Fernando.

—¡Ah! —volvió a decir algo ausente Angelina—. Usted sabe, Fernando, que él y yo casi no nos dirigimos la palabra.

—Sí, Angelina, ¿y usted cómo está? —terminó preguntando Fernando, cambiando el tema.

—Bien, bien —respondió aquella, esquivando la mirada de su amigo—, pero ya vengo, Fernando. Voy a traerle aguamiel. El hombre miró de nuevo alrededor, trayendo a su mente recuerdos de aquella época en la que fueron niños y en la que cierta alegría habitaba aquella casa, a pesar de los problemas

de distanciamiento que ya eran notables entre Angelina y su padre. Era claro que de niños y jóvenes no prestaran atención a aquellos detalles familiares, pero al hacerse hombres y madurar, ya no eran ajenos a los rumores y tampoco a que en aquella familia había un grave problema de convivencia que, de a poco, había ido desencadenando hechos que parecían destinados a hacer desaparecer a los Moncada.

Angelina volvió con un humeante pocillo de aguamiel, el cual Fernando cogió, comenzando a sorber el hirviente líquido. La mujer tomó una silla y se sentó frente a su amigo, estrujándose las manos nerviosas, como si estuviera a punto de llorar. Fernando preguntó así, de repente:

—¿Qué te hemos hecho nosotros, los Salcedo, a ti, que ya no nos visitas? ¿Ah, Angelina?

La aludida miró sorprendida a su amigo y, algo molesta por la pregunta, respondió:

—¡Nada! ¿Qué me van a hacer? ¿Usted por qué dice eso?

Fernando dio un largo sorbo y respondió:

—Porque es lo que parece. Es como si no quisieras hablarnos, como si fuéramos unos extraños.

—No es así, Fernando. Es que... extraño mucho a María Aurora —dijo Angelina.

—¿Crees que nosotros no? —le preguntó aquel con firmeza—. No es más tu dolor y tristeza que el de mamá y papá, y aun así se preocupan por ti. No es más tu dolor que el mío, Angelina. ¿Crees que es fácil venir aquí y no encontrarla? Y saber que no la veré ya nunca más. Murió, Angelina. Se fue. Quedamos nosotros, tú y yo. Te quiero como a una hermana, lo sabes. Papá y mamá también te aprecian, y mucho. Creí que ya lo habías asimilado. Es duro. Es un dolor que es difícil describir con palabras, pero ¿qué podemos hacer? No podemos volverlos a la vida. Hay que ser fuertes y sobreponerse al dolor. Eso me dijo don Héctor ese día que ella murió.

Angelina, con los ojos llorosos, levantó la cabeza y dijo:

—¡Ja! ¿Él? ¿Qué sabe él de dolor?

—¿Y qué? —dijo Fernando—. Quizás ha cometido muchos errores, pero en algo tiene razón. El caso es que necesitas salir de esta casa. No puede ser que pases todo el tiempo aquí como si no existiera nada más. Eso no es bueno, mujer. La

verdad es que me extraña que seas tú la que se esté dejando llevar por esto. Soy tu amigo, soy tu hermano, Angelina. Y ahora que te veo tan decaída de ánimo, debo confesarte algo, algo que ya no es, algo que sentí por usted.

Angelina solo le miraba, mientras hondos suspiros salían de su pecho, como si intentara tomar nuevos bríos, sabiendo que Fernando tenía razón. Aquel continuó en su diálogo, confesando:

—Hace algún tiempo me sentí enamorado de usted, Angelina. Y yo creo que usted se dio cuenta, pero eran tantas las proposiciones que usted rechazaba que preferí quedarme esperando un poco más. Y además estaban sus ganas de irse de aquí. Siempre lo decías. Siempre estabas hablando de todo lo que podía haber allá en las ciudades, y eso también hizo que nunca te dijera nada de lo que yo sentía, pues sabía que en algún momento te irías y entonces me dolería mucho, porque para aquellos días mi vida, sin tu presencia, era vana. Así lo sentía, pero luego, no sé, ese sentimiento se fue volviendo admiración y fue lo mejor que pudo haber pasado, porque, al igual que con todos los demás que intentaron cortejarte, me hubieras rechazado; y te admiré desde entonces. Eras diferente, veías las cosas de otra manera, no eras como todas.

Angelina por un momento se puso tensa, creyendo que Fernando iba a confesarle que había descubierto su tan escondida naturaleza, pero suspiró aliviada al comprobar que no era así.

—Sí, Angelina, usted tenía sueños, esperanzas, ilusiones. Sé que quería irse y casarse, quizás, tener hijos, hacer una vida muy distinta a esta que hemos hecho nosotros, y yo no la juzgaba por eso. Lo hablamos varias veces María Aurora y yo. Ella supo de mi enamoramiento por usted y me aconsejó que no me hiciera falsas ilusiones porque su vida no estaba aquí en estas montañas. Ella quería que cumpliera sus ilusiones, que siguiera sus impulsos, así lo quería ella, usted lo sabe. No creo que exista una amistad más unida, incondicional y fuerte que la que hubo entre María Aurora y usted, no lo creo.

Angelina sollozó quedadamente, conmovida por las palabras de Fernando, el cual, levantándose, avanzó los dos pasos que lo separaban de donde permanecía sentada su amiga y le dijo:

—Escuche, Angelina, si no le basta con mi sincera amistad, con mi cariño de hermano, le pido, en nombre de ese amor, de

esa amistad hermosa que hubo entre ustedes, que se levante de esa silla y que hoy se sacuda esa tristeza de sus ojos, que limpie la telaraña de los espejos y se vea en ellos, que de alguna forma alivie ese dolor que hay dentro de usted y que mañana vuelva a ser esa mujer que admiré, esa mujer que tiene sueños, ilusiones y que aún tiene un amigo que la quiere y al que le duele verla de esa manera, un hermano más, que está aquí y que le pide que sea usted de nuevo, que tiene que vivir caiga quien caiga, porque usted se lo merece, porque está viva, Angelina. Está viva, ¿no lo ve? Usted y yo estamos vivos.

Angelina, de un impulso, se levantó y, abrazando a su amigo, lloró, lloró como cuando era una niña, sin vergüenza alguna, en el pecho de Fernando, que luchaba por no llorar también. Así, sacudida por los sollozos, Angelina pronunció con voz temblorosa:

—Ese precisamente es mi castigo, Fernando. Vivir será mi tortura.

Pero las palabras de Fernando parecieron surtir efecto en el ánimo de la mujer, la cual, tres días después, para un sábado por la tarde, ataviada con un hermoso vestido y unas lindas zapatillas, parecía estar dispuesta para ir a algún lado. Salió por el corredor principal, donde Héctor parecía descansar en una desvencijada mecedora, y le dijo solo para que no esperase su regreso aquella noche:

—Voy a visitar a los Salcedo y vuelvo mañana temprano.

La gota que derramó aquel vaso cayó con las palabras de Héctor, que dijo:

—¿Y a qué vas donde esos malagradecidos?

Angelina le miró entonces como se mira a cualquiera y dijo a modo de pregunta:

—¿Malagradecidos, por qué? ¿Porque no se humillan ante el gran Héctor Moncada? Me extraña que usted, que finge de tanta hombría, hable así a espaldas de los demás.

Héctor enrojeció de golpe, levantándose del sillón, y dijo con voz dura:

—Tenga cuidado con esa boca, no se le caigan los dientes, ¡carajo!

La rabia acumulada, el dolor, la impotencia comenzaron a salir del pecho de Angelina, convertidos en palabras que como saetas se clavaban profundamente en el ánimo y la conciencia de su padre.

—¿Ahora vas a pegarme? Sí, puedes hacerlo, porque eres muy hombre, pero ¿sabe qué, señor? —recalcó Angelina la palabra “señor”—. No tienes moral como mi padre, porque nunca quiso ser mi papá. Su costo fue procrearme y darme la comida, y eso lo pudo hacer cualquiera. Por eso, no creo que deba yo darle explicaciones a usted de a dónde yo voy o de dónde vengo, no a estas alturas de la vida. Héctor, rabiosamente, avanzó hasta ponerse frente a su hija y con voz furibunda casi le gritó:

—Pues ahí tiene el camino, señorita, porque mientras yo viva y sea el dueño, quien viva bajo mi techo me da explicaciones. Angelina le miró desafiante, a pesar de la seria amenaza de recibir unos fuetazos del encolerizado Héctor, diciéndole:

—¿Cree que me quedé aquí por usted? ¡No, señor! Por mí puede quedarse con todo lo que le dé la gana, eso es lo que menos me importa. No me fui porque mamá, en su última voluntad, me pidió que no lo abandonara, pero no sabe lo que me costó hacerle esa promesa. No sabe lo que me cuesta vivir a su lado sabiendo que es el culpable de todo.

—¿Culpable de qué? —vociferó Héctor, frente a su cara, rojo de ira—. ¿Culpable de criarlos bien, de darles una buena casa y unas buenas tierras que al final ninguno apreció y todos se largaron? ¿Ah?

Esta vez Angelina le miró con una mezcla de ira, reproche y lástima, diciéndole:

—No quieres, no puedes verlo. Tu orgullo, el maldito orgullo, aún te hace creer que lo que hiciste estaba correcto.

—¿Qué hice? ¿Qué fue lo que hice, según tú? —gritó Héctor, echando chispas de la ira.

—¡Usted sabe qué fue lo que hizo, Héctor Moncada! —le gritó Angelina con rabia—. Mamá lo sabía, y luego yo lo supe por su boca, gracias al desprecio que usted sintió por mí desde mi nacimiento. Sí, ella me dijo la atrocidad que usted cometió en la guerra civil de 1920.

Héctor retrocedió varios pasos, entre airado y confuso, y, como si de un muñeco desarticulado se tratase, se dejó caer en el desvencijado sillón con las manos cubriéndose el rostro. Angelina no se conmovió y, punzante, continuó diciendo:

—¿Qué creías, que estabas por encima de Dios? Eso es lo que consiguen los hombres como usted, que por su orgullo y

soberbia no se detienen a pensar en las consecuencias de sus actos. Traías la maldad tras de ti y nos destruiste a todos los de tu sangre. Todos de alguna forma sufrimos las consecuencias de tu acto, y aún hay más, pero no necesitas saber toda la “gloria” que conseguiste por venerar tu fanatismo, tus ideales de aquel tiempo. Solo hay algo que quiero que sepas sobre aquella tarde en que murió María Aurora.

Héctor levantó la cabeza, demudado, mirando la transfiguración de Angelina, la cual, metiendo una mano en su escote, extrajo la llave de aquella habitación que un día fuese el dormitorio de Domitila y, tiempo después, el taller de arte de María Angélica. Blandió la llave frente al rostro de Héctor, colocándola sobre un banco de madera cerca de él, diciéndole: —¿Ves esta llave? Allá, detrás de esa puerta, está la respuesta que buscas casi todos los días junto a los perros en la montaña. Allá, en esa habitación, está la explicación, el punto final de la que fue tu gran hazaña al asesinar a tu hermano. Tienes las manos manchadas con la sangre de tu familia.

Héctor hundió la cabeza sobre sus hombros, mientras que Angelina, dicho aquello, volvía a entrar a la casa en busca de unos enseres. Hecho aquello, salió por el zaguán, atravesando el patio y la explanada, tomando la vereda ascendente rumbo a la casa de los Salcedo. Se llenó de sorpresa al notar que, una veintena de metros más adelante, Héctor se perdía en la siguiente curva. Miró hacia la casa, extrañada, y apuró el paso para comprobar que, en realidad, su padre avanzaba delante de ella, de prisa. Así continuaron hasta llegar al término de la vereda, que se encontraba con el ya casi intransitado camino real. Angelina se estremeció recordando los hechos allí ocurridos hacía casi dos meses. Héctor se detuvo un momento a verla; ella le sostuvo la mirada mientras avanzaba. Él parecía querer decirle algo, pero de pronto optó por continuar su camino, apartándose hacia la antigua aldea de Ranchos Valientes. Angelina adivinó que iba al cementerio.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí caminando entre las tumbas. Casi oscurecía ya, hacía rato que el sol se había ocultado dando paso a las sombras. Un viento frío le hacía estremecer. La cabeza inclinada, con el sombrero entre las manos, parecía elevar una oración al cielo. Quizás tarde se había arrepenti-

do de su soberbia. Solo, en aquel cementerio casi olvidado, la tristeza carcomía su viejo corazón. En su cara de hombre recio se dibujaba un rictus de amargura, de impotencia; las piernas flaqueaban como si un gran peso descansara sobre él, y es que la conciencia se vuelve el peso más difícil de llevar y del que no te puedes desprender.

Por los dos montones de tierra removida frente a sí, se podía deducir que dos seres habían sido sepultados allí recientemente. ¡Sí, la conciencia! ¡Oh, Dios! Apretaba las manos, dándole paso a la rabia, la impotencia. Era mucho el camino andado, muchos los años de lucha, de batallas sin cuartel. Algunas se habían perdido, sí, pero siempre había una explicación; la había para todo. Pero ahora él no entendía, no sabía qué hacer. Por primera vez en su vida se sintió perdido. No había a quién pedirle una respuesta, no había contra quién pelear. No podía simplemente descargar esa conciencia justificándose. ¡Dios! ¡Dios! Estrujaba el sombrero entre sus manos, casi sin darse cuenta. Si todos aquellos cadáveres pudieran verlo, a él, a Héctor Moncada, al hombre que jamás se acobardó, el hombre que se imponía, el que resolvía sus asuntos enfrentando a la mismísima muerte cara a cara, sin miedo... Sí, aquello era lo peor: él nunca creyó en nada que no fuese palpable. La superstición le había parecido siempre una cobardía, una excusa de hombres sin coraje.

El miedo, sí, aquel sentimiento extraño para él, aquella extraña sensación que recorría su cuerpo haciéndole temblar las manos. Pero no era miedo a la muerte, no; era miedo a lo inexplicable, a no saber luchar contra su propia conciencia. Un miedo indescriptible, miedo a sentir miedo sin saber a qué. Levantó la cabeza, colocándose el sombrero. Sus ojos claros y cansados se posaron allá a lo lejos, en las inescrutables, imponentes y misteriosas montañas de la meseta. Aquel atroz recuerdo de la guerra pasó por su mente. ¡Era absurdo! ¡Absurdo! Se estremeció, palpando en su bolsillo aquella llave. Angelina regresó al día siguiente, muy temprano, a la casa grande. La acompañaba Fernando, que luego seguiría hacia el valle por algún asunto comercial. El cielo había amanecido encapotado, a lo que aquel comentó, cuando ya atravesaban la explanada:

—Por fin, creo que termina el verano.

Angelina no comentó nada; solo miró al cielo y se dijo para sí que los días serían más tristes. Las puertas estaban abiertas, los perros apenas si iniciaron un conato de alarma al verlos, cambiando su actitud por una de alegría, moviendo la cola zalameros. Las luces de la casa aún estaban encendidas; Héctor debería estar por allí. Angelina siguió por el corto y ancho pasillo de la entrada principal. Fernando se sentó en un banco de madera a dar un respiro para luego continuar su camino. Angelina fue directo a la cocina y, de un vistazo, se dio cuenta de que su padre no había tocado los alimentos que la tarde anterior le dejara preparados. Hizo un gesto de contrariedad, no pareciéndole extraño ya aquella actitud en él. Volvió sobre sus pasos, saliendo al corredor, donde Fernando se puso de pie al verla salir, preguntando:

—¿Y don Héctor?

—¡Ah! Debe andar por ahí cerca, revisando el agua del ganado —respondió esta.

Aquel hizo un gesto de extrañeza ante la respuesta de Angelina y, señalando a una gruesa cuña de madera en la tapia, dijo: —Pero ahí están colgados su sombrero y cuchillo.

Angelina giró la cabeza y, en efecto, vio allí aquellas prendas de su padre, de las cuales solo se desprendía para ir a dormir. ¿Por qué las habrá dejado allí? Fue la pregunta que pasó por la mente de los dos. Angelina miró a Fernando como interrogante y, dando media vuelta, volvió a entrar en la casa. Un pensamiento instintivo y absurdo pasó por su mente. ¿Estará en su habitación durmiendo? ¿O quizá estuviera enfermo? Pero... ¿por qué la casa estaba abierta? Escuchó a Fernando que daba voces allá afuera:

—¡Don Héctor! ¡Don Héctor!

Ella tocó varias veces, sin llamar, a la puerta de la habitación de su padre; nadie respondió. Se dirigió de nuevo a la cocina con la intención de salir por la puerta que daba al lavadero. Desde allí se podía ver el callejón; quizás anduviera por allí. Fue entonces que, pasando junto a la puerta de aquella habitación que funcionara hasta hace poco más de un mes como taller de María Angélica, vio que en la cerradura estaba puesta la llave. ¿Sería posible?

Empujó la manija mientras escuchaba su propia voz: “Allá, en esa habitación, está la explicación, el punto final, de la que fue tu gran hazaña al asesinar a tu propio hermano”. Giró el pomo, empujando despacio, mientras sus manos temblaban. Decidida, abrió la puerta de par en par y un grito a medio contener salió de su boca. Allí estaba él, Héctor Moncada.

Colgado de una de las vigas del techo, con un lazo sujeto al cuello, sus ojos desorbitados parecían mirar con espanto la pintura que, en medio de la habitación, descansaba sobre el caballete. Aquel era el último cuadro en el que trabajara María Angélica antes de partir. Aquella obra oscura, misteriosa, en una metamorfosis horrible, revelaba a la bestia causante de las muertes de David Valentín y María Aurora.

Los pasos de Fernando resonaron viniendo hacia allí. Angelina, de prisa, pasó junto a los pies del cadáver y, cogiendo un trozo de seda blanca, cubrió la pintura, tomándola y rodando el caballete hacia un rincón. Fue a la ventana de madera de dos hojas, corrió el cerrojo, abriéndola. En aquel momento entró Fernando, el cual exclamó:

—¡Jesús, credo!—quedando petrificado con la visión del cuerpo de Héctor, colgado del cuello.

Angelina, cuidando los detalles de aquel escenario para guardarlos en su mente, reparó que en un rincón junto a la ventana, donde alguna vez estuviera aquel altar de adoración de la difunta Domitila, había un charco de agua, pura, cristalina. Instintivamente miró al techo, recordando en el acto que no llovía desde hacía unos cuantos largos meses. Se estremeció recordando a la difunta Domitila y apretó el cuadro contra sí. Salió de la habitación, pasando junto a Fernando, que no podía apartar los ojos del ahorcado. Salió al patio con el cuadro en sus brazos, levantó los ojos hacia las montañas de la meseta, desafiante. Ya el día no le pareció tan opaco, respiró hondo y casi sonrió, recordándolos a ellos, a los vivos y a los muertos. Eran libres, libres al fin de aquella marca, aun cuando ella cargara con todos sus secretos y con sus fantasmas siguiéndola a todas partes.

Tenía fe, sabía de alguna forma que Dios le daría a ella una oportunidad para liberar su conciencia y conseguir el perdón para su alma y, por consiguiente, morir tranquila y en paz.

Esta es mi historia...

LA BELLE

David había consumido el libro con ávida lectura. Sus manos temblaban de la emoción, miró la caja sobre la cama donde aún permanecía aquel otro cuadro que adivinó de qué se trataba, pero que le daba miedo ver. Sí, el miedo, aquel sentimiento extraño para él, pues ya sabía, ahora lo sabía, que todo hecho tiene una causa, que el sinrazón no existía y que la casualidad se torna a veces en lo más extraño. Con claro nerviosismo pasó la página y palpó con suavidad el viejo forro que cubría la pasta del cuaderno. Tanteó algo y, buscando sobre la cama, miró el abrecartas y con cuidado hizo un corte en el papel, introdujo los dedos extrayendo lo que parecían ser dos cartas. Escogió una al azar y, desdoblándola con sumo cuidado, leyó con asombro lo que parecía una carta poder:

Mes de julio del año 1953

“Yo, Eliseo Moncada, en plenas facultades mentales y de total acuerdo, autorizo a Alcides Tarazona para que administre un dinero de mi entera propiedad, el cual la cantidad es de 38.345 bolívares. Los cuales serán utilizados en la compra de unos terrenos en la parte alta de la ciudad de San Cristóbal, los cuales pasarán a manos de María Angélica Moncada cumplida su mayoría de edad, a la cual reconozco como mi única heredera.”

Abajo seguían las firmas de los dos hombres. David, sosteniendo la carta entre sus temblorosas manos, intentaba ordenar ideas. O sea que aquellas propiedades, al fin y al cabo, no eran de Alcides, quien se las había heredado, sino de Eliseo, su verdadero abuelo. Era increíble, si no tuviera en sus manos aquel cuaderno con todos esos datos, si no tuviera aquellos documentos que probaban a cabalidad aquella historia, si no tuviera en sus manos aquellas pinturas, aquellas pruebas tan palpables como la mudez de su madre María Angélica y sus propios nombres, David y Valentina—seguro llamados así por su madre en honor, en recuerdo de su hermano muerto aquel terrorífico día—, si no fuera por todo aquello, él seguiría creyendo que todo era la fantasía de una mente con mucha imaginación, un cuento o un buen guion para una película.

Con ansiedad y nerviosismo introdujo las manos en la caja y, con cuidado, extrajo lo que sabía era aquella pintura en la que María Angélica había plasmado aquel ser monstruoso. Su corazón latía de prisa, lo recostó en la almohada y con suavidad le quitó la tela que lo cubría; sus ojos se abrieron en una mezcla de miedo y asombro. Ante él estaba aquella inspiración divina donde, con los más naturales colores en tonos y rasgos exactos en un ambiente que absorbía, que atrapaba, estaba representada aquella escena donde una niña caída, con su espalda contra un árbol, reflejando en su rostro el más puro espanto, miraba al ser que, encorvado frente a sí, alargaba lo que parecían sus brazos hacia ella. Era relativamente alto, un pelaje grisáceo le cubría gran parte de su cuerpo, sobre todo su rostro, donde se reflejaba a través de sus azules ojos una mezcla de fiera humanidad. De su boca, algo deforme, de negruzcos y carcomidos dientes, predominaban intactos y amarillentos los incisivos. Parecía querer salir alguna especie de gruñido mientras que con sus largas y sucias uñas casi rozaban el rostro abismalmente aterrado de la pequeña. Pero lo más increíble era que del cuello de aquel ser colgaba una gruesa cadena de plata de la cual pendía un medallón en el cual, en alto relieve, se reflejaba la imagen de la Virgen María.

David, a punto de llorar, tomó el teléfono, ya plenamente convencido de lo equivocado que había estado en cuanto a la existencia de Dios. Conocía aquel medallón, era el que usaba su madre después de la muerte de su abuelo Leonardo. Buscó en sus contactos la dirección y número de su madre mientras desdoblaba aquella otra carta que, sin duda, junto a la carta poder, eran aquellas que en su momento había entregado Alcides a Angelina. En voz trémula y apenas audible comenzó a leer:

“Estoy perdiéndome y antes de que lo haga por completo he pedido bajo juramento a mi amigo Alcides, mi buen amigo, que jamás lea esta carta y que cuide no caiga en las manos equivocadas. Me pierdo por momentos en los que no sé quién soy, vuelvo a ser yo por otros días y vuelvo a sumergirme entre la maraña oscura y espesa de mis sentimientos, tan espesa y enmarañada como los bosques en los que habito. No sé qué me obliga a este exilio: ¿mi conciencia o Dios? De igual forma mi soberbia no me deja inclinarme ante Él, negándome a

ser culpable por amar a una mujer, la cual mi mala forma de conseguirla me llevó a matar a la inocente y buena Domitila. La odio y la amo. No sé de qué me oculto, si de Dios, de mí mismo, de su mirada llena de odio o de esa otra mirada inocente que me hace sentir la más terrible de las vergüenzas y el ser más despreciable que hay sobre la tierra. Entre aquella maraña en la que me pierdo y vuelvo, una verdad se hace palpable por sí sola, una verdad que hace que la odie más de lo que la amo. Si tan solo me hubiese dado una oportunidad, el derecho legítimo de llamarla hija, yo hubiese sido el más útil de los hombres. Voy perdiéndome sin remedio, convirtiéndome en una aberración, en un espanto, despojándome de mi humanidad, llevando conmigo solo aquella mirada tierna, inocente e inteligente que me dice que ella presente, y que de alguna forma, a través de ella, voy a vivir.”

ELISEO MONCADA

Las manos de David temblaban, sosteniendo el teléfono en la una y en la otra aquella carta final. Miró abismado la espeluznante pintura de nuevo, quieto allí en medio de la estancia, apartado de todo, en un silencio raro, abstracto, sintiendo bullir su sangre, oyendo los latidos de su corazón, sintiéndose extraño.

Reaccionó de pronto y con un sobresalto descubrió su imagen reflejada en el gran espejo de la pared. Parecía transfigurado, se sorprendió balbuceando:

—¿Eliseo Moncada?

Salió huyendo de la habitación, de lo que ya no podía huir, y en su mente sonó nítida la voz de La Belle: su tía Angelina:

—¿Acaso sabes quién eres tú?

Una semana después, una moderna camioneta Hilux con tres ocupantes dejaba la troncal cinco que conduce al llano y tomaba una angosta carretera hacia las altas montañas del sur.

FIN

CONTENIDO

DEDICATORIA ESPECIAL	6
A MODO DE PRESENTACIÓN...	7
CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	31
CAPÍTULO III	59
CAPÍTULO IV	83
CAPÍTULO V	107
CAPÍTULO VI	131
CAPÍTULO VII	157
CAPÍTULO VIII	181
CAPÍTULO IX	205

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 22 días del mes de noviembre de 2024, el mismo día pero de 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo